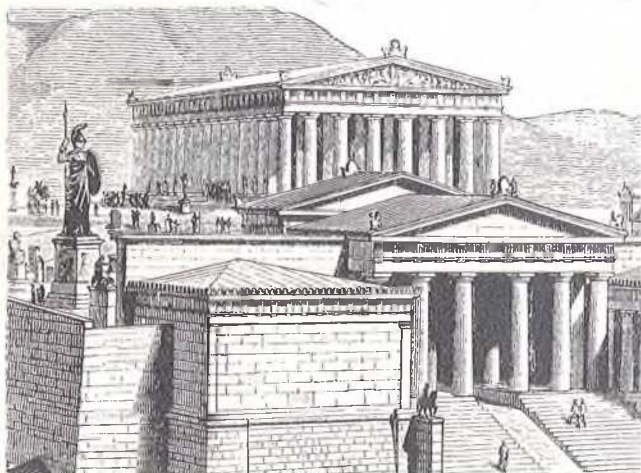
José Alsina

TUCIDIDES



HISTORIA, ETICA Y POLITICA

BOLSILLO
RIALP

El profesor José Alsina Clota es catedrático de Filología griega en la Universidad de Barcelona y personalidad ampliamente conocida en el campo de los estudios clásicos. Ha sido catedrático de Lengua griega en los Institutos de Manresa y Barcelona (Ausias March). Fue encargado de curso de Lingüística Indoeuropea, Religión griega y romana y Comentario de textos en la Universidad de Barcelona, donde en 1958 obtiene la Cátedra de Filología griega. Con beca de la fundación March, en 1960, realizó estudios en Grecia, tomando contacto con el griego moderno, lo que le permitirá también difundir en el ámbito hispano la literatura griega moderna, a través de varias publicaciones.

Es autor de un centenar de trabajos en revistas especializadas y obras colectivas (como la *Gran Enciclopedia Rialp*) y de numerosos libros como: *La Mitología* (1963), *La literatura griega clásica* (1964), *La literatura griega medieval y moderna* (1966), *La literatura griega: contenido, problemas y métodos* (1967), *Descubrimiento del Mediterráneo* (1973), *Tragedia, religión y mito entre los griegos* (1974), etc., además de traducciones de clásicos griegos como Homero, Tucídides, Luciano, Plutarco, Teócrito, Hipócrates, Pseudo-Longino, Eurípides.

Este nuevo libro del profesor Alsina Clota, *Tucídides: Historia, ética y política*, está dedicado a unos temas que apasionan y que conoce como pocos. Se trata de un interesante estudio sobre uno de los «padres de la Historia», y sobre su obra, su intención y sus aportaciones, que han sido objeto de múltiples interpretaciones y polémicas entre historiadores, filólogos y filósofos. En lo que nos consta, «Tucídides se ha planteado por primera vez en la historia de Occidente los problemas básicos que hay que intentar contestar a la hora de entender el hecho político —dice el profesor Alsina—, y sobre todo a la hora de clarificar las relaciones existentes entre poder y ética, entre fuerza y derecho. Además de ser el primer historiador de una guerra contemporánea, vivida por el propio autor con pasión y con inteligencia, la figura de Tucídides aparece como uno de los grandes genios que han intentado comprender las leyes que rigen el inquietante fenómeno del poder».

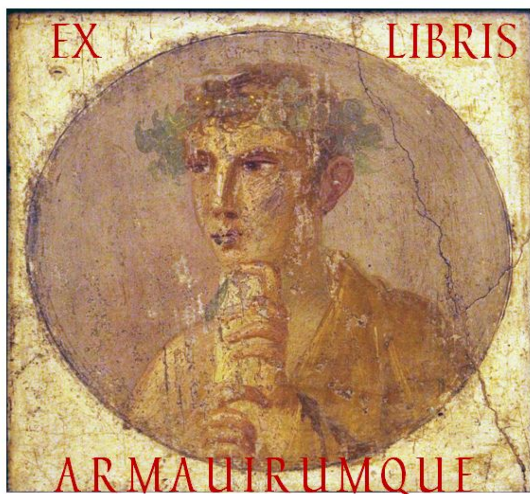
El profesor Alsina muestra problemas generales y particulares implicados en las apasionantes relaciones entre ética y política en el mundo helénico; analiza y compara la abundante bibliografía sobre la persona y obra de Tucídides; y así presenta un cuadro completo sobre ella y sobre esos temas de interés tan antiguo como actual (guerra, política, historia, poder, ética, etc.). Señalando sugerentes líneas interpretativas, el libro se lee con una creciente avidez, que no defrauda al lector. Una acertada selección de textos del mismo Tucídides y de sus estudiosos completan el libro, excelente exposición de un magistral conocedor de los problemas clásicos.

JOSE ALSINA
Catedrático de la Universidad de Barcelona

TUCIDIDES:

Historia, ética y política

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID



ISBN: 84-321-2085-5

Depósito legal: M. 20.019.—1981

Impreso en España Printed in Spain

Industrias Gráficas España, S. L. - Comandante Zorita, 48 - Madrid-20

SUMARIO

PRESENTACION

El profesor José Alsina Clota es catedrático de Filología griega en la Universidad de Barcelona y personalidad ampliamente conocida en el campo de los estudios clásicos. Ha sido catedrático de Lengua griega en los Institutos de Manresa y Barcelona (Ausias March). Fue encargado de curso de Lingüística indoeuropea, Religión griega y romana y Comentario de textos en la Universidad de Barcelona, donde en 1958 obtiene la cátedra de Filología griega. Con beca de la Fundación March en 1960, realizó estudios en Grecia, tomando contacto con el griego moderno, lo que le permitirá difundir en el ámbito hispano también la literatura griega moderna a través de varias publicaciones.

Ha sido secretario, vicedecano y decano en funciones de la Facultad de Filosofía, y vicerrector de la Universidad de Barcelona. Ha sido presidente de la filial barcelonesa de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, de la que fue presidente en 1970, organizando el IV Congreso Nacional de Estudios Clásicos (Barcelona y Madrid).

Fundador y director del «Boletín del Instituto de Estudios Helénicos», secretario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, etc.

Es autor de un centenar de trabajos en revistas especializadas y obras colectivas (como la Gran Enciclopedia Rialp) *y de numerosos libros como:* La Mitología *(1963),* La literatura griega clásica *(1964),* La literatura griega medieval y moderna *(1966),* La literatura griega: contenido, problemas y métodos *(1967),* Descubrimiento del Mediterráneo *(1973),* Tragedia, religión y mito entre los griegos *(1974), etc., además de traducciones de clásicos griegos como Homero, Tucídides, Luciano, Plutarco, Teócrito, Hipócrates, Pseudo-Longino, Eurípides.*

Este nuevo libro del prof. Alsina Clota, Tucídides: Historia, ética y política, *está dedicado a unos temas que apasionan y que conoce como pocos. Se trata de un interesante estudio sobre uno de los «padres de la Historia», y sobre su obra, su intención y sus aportaciones, que han sido objeto de múltiples interpretaciones y polémicas entre historiadores, filólogos, filósofos. En lo que nos consta, «Tucídides se ha planteado por primera vez en la historia de Occidente los problemas básicos que hay que intentar contestar a la hora de entender el hecho político —dice el profesor Alsina—, y sobre todo a la hora de clarificar las relaciones existentes entre poder y ética, entre fuerza y derecho. Además de ser el pri-*

mer historiador de una guerra contemporánea, vivida por el propio autor con pasión y con inteligencia, la figura de Tucídides aparece como uno de los grandes genios que han intentado comprender las leyes que rigen el inquietante fenómeno del poder».

El libro del prof. Alsina tiene un interés muy actual. Desde los tiempos de Tucídides hasta nuestros días han pasado muchas cosas; se han sucedido reinos e imperios, religiones, civilizaciones y culturas, problemas humanos y políticos, con sus aciertos y fracasos —ya la misma Grecia clásica lo ensayó casi todo—; y sobre todo se ha dado la revelación cristiana, y se han descubierto nuevos mundos, espirituales y materiales. Experiencias y aportaciones que, después del desarrollo de la cultura helénica, pueden contribuir a ver con más luces muchos problemas, como los referentes al derecho y al poder, a la sociedad, la política y la ética. Sin embargo, algunas corrientes de pensamiento de tipo neohegeliano, como socialistas y marxistas, u otras diferentes, de tipo agnóstico o escéptico, siguen planteándose las cosas de modo ineficaz o anacrónico. En este sentido, el libro del prof. Alsina sobre Tucídides tiene actualidad; ayuda a conocer ciertas corrientes de pensamiento.

Pero además, aunque intelectualmente las cosas hoy puedan enfocarse tal vez mejor a como lo hicieron los griegos y romanos clásicos (tanto

por la experiencia acumulada como por la luz cristiana), los problemas básicos de la naturaleza humana, sus tendencias y necesidades personales y sociales, son esencialmente los mismos. En otras palabras, el problema moral de acercarse cada vez más a la convivencia cordial, a la práctica de la paz y la justicia, es permanente; los engaños y autoengaños a que la persona humana y las sociedades pueden verse sometidas son siempre parecidos. Superar y solucionar esos problemas exigen una vigilia permanente. Y en este sentido este estudio sobre Tucídides y su época es también actual; viene a ser una interesante invitación a mantener esa vigilia, vista la permanencia de ciertos problemas básicos.

El prof. Alsina muestra problemas generales y particulares implicados en las apasionantes relaciones entre ética y política en el mundo helénico; analiza y compara la abundante bibliografía sobre la persona y obra de Tucídides; y así presenta un cuadro completo sobre ella y sobre esos temas de interés tan antiguo como actual (guerra, política, historia, poder, ética, etc.). Señalando sugerentes líneas interpretativas, el libro se lee con una creciente avidez, que no defrauda al lector. Una acertada selección de textos del mismo Tucídides y de sus estudiosos completan el libro, excelente exposición de un magistral conocedor de los problemas clásicos.

J. I.

A mi hija Rosa María, que ha sentido el fuerte atractivo del mundo griego.

INTRODUCCION

> A veces... yo pienso que nadie debería ocuparse de política internacional contemporánea sin haber estudiado a Tucídides.
>
> A. W. Gomme

En los tratados de ciencia política el nombre de Tucídides no suele aparecer. El hecho podría, en principio, considerarse normal, pues la obra de Tucídides no es, en rigor, un *tratado* político. Pero la cosa empieza a preocupar cuando en antologías del tipo de la de W. Ebenstein *(Los grandes pensadores políticos*, Madrid, Revista de Occidente, 1965) se recogen textos de figuras como Polibio, Epicteto y Marco Aurelio, en lo que atañe al mundo helénico, y de Roosevelt y Hoover, e incluso de Freud, en lo que respecta al mundo contemporáneo, y, en cambio, no se menciona a Tucídides. No menos sorprende hallar en un libro como el de Leo Strauss *(¿Qué es filosofía política?*, Madrid, Guadarrama, 1970) sendos capítulos consagrados a Jenofonte y a Alfarabí, en tanto que el nombre de Tucídides es silenciado.

Evidentemente algo funciona mal aquí. Bien es verdad que Tucídides, por vocación, era un *histo-*

riador. Pero también lo eran Polibio y Jenofonte. Y si se alega que Polibio descubrió un hecho político importante —el secreto del triunfo romano en el mundo antiguo—, replicaremos que, por lo pronto, Polibio era un continuador de los métodos descubiertos por Tucídides, y que, por otra parte, los análisis socio-políticos que realiza Tucídides en su obra están muy lejos de ser inferiores a los que lleva a término Polibio. Muy al contrario de lo que podría hacer pensar el olvido a que hemos hecho referencia, si alguien ha iniciado un método para analizar la patología del cuerpo social, y las leyes del comportamiento de los Estados en sus relaciones violentas entre sí; si ha habido, en la Antigüedad, un espíritu que ha sabido penetrar en la entraña del fenómeno del poder, del imperialismo, del hecho revolucionario, éste ha sido, sin duda alguna, Tucídides en el siglo v a.C. En suma, si hoy contamos, en Occidente, con una historia política, a Tucídides se lo debemos.

Creo que los méritos contraídos por el gran historiador de la guerra del Peloponeso bien merecen ser reconocidos y analizados. Y esa es, precisamente, la intención básica del presente libro. Tucídides se ha planteado, por primera vez en la historia de Occidente, los problemas básicos que hay que intentar contestar a la hora de entender el hecho político, y, sobre todo, a la hora de clarificar las relaciones existentes entre poder y ética, entre fuerza y derecho. Además de ser el primer

gran historiador de un guerra contemporánea, vivida por el propio autor con pasión y con inteligencia, la figura de Tucídides aparece como uno de los primeros grandes genios que han intentado comprender las leyes que rigen el inquietante fenómeno del poder.

* * *

La *Historia* de Tucídides es una de las creaciones más atractivas y problemáticas de la literatura histórico-política. Escrita en un lenguaje difícil, apta sólo para quienes dominan a la perfección la ya de por sí difícil lengua griega, las dificultades de su lectura aumentan porque su autor no pretende ahorrar a sus lectores ningún obstáculo, ningún esfuerzo: es arduo en sus ideas y en la expresión de las mismas. Pero eso hace aún más atractiva su lectura, que, para un lector inteligente, se convierte en un auténtico reto.

Es un verdadero problema determinar las razones últimas que llevaron a Tucídides a moldear sus instrumentos expresivos con estilo tan peculiar, y no es escasa la bibliografía consagrada al tema. La respuesta no puede consistir, sin más, en afirmar que el carácter de *unicum* que tiene la prosa tucidídea se explica por la falta de modelos áticos, dado que la obra de Tucídides es, prácticamente, el primer monumento de la prosa ática. Tucídides no tendría modelos que imitar —se ha dicho alguna vez— y ello le obligó a bus-

car sus modelos expresivos en la poesía. Pero esa explicación sólo da cuenta de un aspecto —y no precisamente el más significativo— de su estilo.

El problema más grave que se plantea a todo el que pretende explicarse los orígenes del estilo tucidídeo consiste en determinar si el historiador hace hablar a sus personajes en un lenguaje anacrónico ya en su propio tiempo, superado definitivamente, o si, por el contrario, hay indicios para suponer que los discursos de un Pericles, un Cleón, un Nicias y un Alcibíades reflejan, en cierta medida por lo menos, el estilo de los discursos realmente pronunciados. Es doctrina comúnmente aceptada que hay razones para inclinarse hacia la primera alternativa. Así han resuelto el problema críticos de la categoría de un Blass, un A. Croiset, un Rittelmeyer o un Ros. Del primero de los mencionados críticos son las siguientes palabras, que resumen muy bien la *communis opinio* que predomina sobre la cuestión: «El discurso fúnebre y los otros dos discursos puestos en boca de Pericles por Tucídides no nos dan ni una verdadera imagen de su espíritu ni de su elocuencia»[1]. Y, sin embargo, un crítico contemporáneo, J. H. Finley Jr., ha aportado no pocos argumentos en favor de la tesis contraria. De acuerdo con Finley[2], no sólo en las ideas, sino en el estilo,

---

[1] *Die attische Beredsamkeit,* 2 ed. Leipzig 1887, I, p. 34.

[2] *The origins of Thucydides Style,* «Harv. St. in class. Phil.» 50 (1939). Reproducido en su libro *Three Essays on Thucydides,* Cambridge, Mass. 1967, p. 55 y ss.

hay más de una razón para creer que, antes de la llegada de Gorgias a Atenas, en 427 a.C., se había iniciado ya en ella un tipo de prosa antitética del tipo de la que hallamos en nuestro historiador.

La constatación de Finley confirma, por otra parte, el hecho de que Tucídides no fue un hombre que vivía de espaldas a su tiempo, sino que estaba muy atento a todos los movimientos espirituales y culturales que se manifestaron en su época. Uno de ellos es la cuestión de los elementos constitutivos de la naturaleza humana y las leyes que la rigen. Y, sobre todo, la oposición existente entre fuerza y derecho.

Lo que hoy consideramos como el campo propio de las ciencias humanas comienza a perfilarse, según lo que sabemos, durante el siglo v a.C. Una vez que la especulación presocrática ha elaborado el concepto de *physis*[3], la medicina griega se lanza a la difícil empresa de aplicar este concepto al campo de lo humano. Con una metodología estrictamente científica[4], agudizando hasta el máximo su capacidad de observación y especulación, el hipocratismo realiza la gran hazaña de propor-

---

[3] Para este aspecto de la historia espiritual de Grecia, véase el luminoso estudio de P. Laín, *La medicina hipocrática*, Madrid 1970 (Rev. de Occ.), p. 22 y ss. Asimismo las páginas de J. Schumacher, *Die Anfänge abendländischer Medizin in der griechischen Antike*, Stuttgart 1965.

[4] Los textos básicos para el estudio de este campo de la medicina antigua son: L. Bourgey, *Observation et expérience chez les médecins de la Collection hippocratique*, París 1953; E. Vintró, *Hipócrates y la nosología hipocrática*, Barcelona 1972.

cionar los medios necesarios para comprender las causas internas y externas que provocan los desequilibrios del organismo humano, es decir, la enfermedad. El médico hipocrático descubre que la salud física del hombre radica en un equilibrio de los humores, y que los factores externos —vientos, aguas, situación geográfica, clima— son de una importancia fundamental para entender la estructura anímica del hombre [5]. Tucídides, que está en posesión de los postulados básicos de la ciencia hipocrática, da un paso más, y aplica al cuerpo social los principios médicos que se utilizaban para entender al individuo. Surge así una nueva concepción de la historia, de la dinámica social, de las relaciones entre los Estados. Según Tucídides, el impulso primario que mueve a los Estados es su aspiración al *poder,* al dominio sobre los demás, basándose en una *ley natural* —analizada por los sofistas—, de acuerdo con la cual «el débil es dominado por el fuerte». Por su parte, el estadista, conocedor de los resortes que ponen en movimiento al cuerpo social, sabe encauzar los impulsos elementales de la masa, dirigiéndolos con su *gnômê,* con su inteligencia política.

---

[5] El tratado hipocrático más importante, en esta perspectiva, es el que lleva por título *Sobre los aires, aguas y lugares.* Lo hemos traducido en el volumen *La medicina hipocrática,* Madrid, C.S.I.C., Instituto Arnau de Vilanova (Colección «Clásicos de la Medicina»). Una traducción catalana, con un amplio prólogo, en mi edición de Barcelona 1976 (Fundació Bernat Metge).

Pero si Tucídides ha sabido utilizar parte de lós grandes logros de la ciencia médica de su tiempo, trasponiéndola a un campo hasta entonces virgen, ha sabido, además, enfocar el problema de la guerra desde una óptica nueva también. Ya no son los meros impulsos personales los que explican la conducta de los Estados, como ocurría en Heródoto. Hay un *hecho político* que el historiador sabe aislar, y que da explicación de la dinámica que preside las relaciones de los Estados: por un lado, la idea de *poder,* de potencial; por otro, el hecho de que cada pueblo, cada Estado, tiene su propia estructura interna, su propia idiosincrasia, que explica a veces su destino particular. Así, Atenas se caracteriza por su constante y universal tendencia a la expansión imperialista, la *polypragmosynê;* Atenas es incapaz de saber dormirse sobre los laureles de sus previas conquistas, y debe tender, casi trágicamente, a un *todavía más,* que a la postre determinará su propia ruina. Esparta, por su lado, es la potencia eternamente remisa, difícil de poner en movimiento; pero, una vez desperezada, su marcha resulta imparable.

* * *

Armado con tales principios y métodos, y con su peculiar capacidad de observación de la realidad más profunda que preside el hecho político y bélico, Tucídides se hace, pues, historiador. Pero

al dar ese paso decisivo no seguirá la tradición establecida por Heródoto. Por lo pronto, y ahí radica un aspecto de su originalidad, Tucídides hará historia rigurosamente contemporánea. Los hechos por él narrados han sido vividos, y muy intensamente por cierto, por el propio narrador. Pero narrar una guerra es empresa que puede hacerse desde muy distintos puntos de vista y, desde luego, con criterios muy dispares. Lo que interesa primariamente a Tucídides no es la *guerra en sí* —aunque descuella maravillosamente en el planteamiento y narración de los hechos bélicos—, sino, especialmente, las *causas reales* de esa guerra y las consecuencias morales que provoca. Para el historiador, una guerra es comparable a una enfermedad: en el estado normal de salud, las anomalías fisiológicas del cuerpo humano no se patentizan; sí, en cambio, se hacen visibles en el momento de la alteración que significa la enfermedad. Del mismo modo, afirma Tucídides, en la paz y en las situaciones de salud social no se hacen patentes, a los ojos del observador, los desarreglos y alteraciones que surgen en el estado crítico de la guerra. Así como el médico necesita observar cuerpos enfermos para mejor entender qué es la salud, de igual modo el sociólogo penetra mejor en las leyes que rigen la comunidad humana al observar las alteraciones de su normal funcionamiento. Eso queda patente en el, con razón, famoso texto del libro III, 82 y ss.

La guerra, pues, como fenómeno elemental y

primigenio, en el que se ponen al descubierto las tendencias, también elementales, de la sociedad; el fenómeno del poder, de la ambición política, del derecho que choca con otros derechos: tal es el centro del interés de la obra tucidídea. Penetrar en esos problemas es penetrar en el núcleo central de la *Historia* de Tucídides.

I. HISTORIA Y POLITICA: UNA APROXIMACION A TUCIDIDES

Su propósito era escribir la verdad de los hechos.

MARCELINO
(biógrafo de Tucídides)

La primera página de Tucídides es el único comienzo posible de toda auténtica historia.

HUME

1. *Tucídides y la derrota del 404*

En el año 404 a.C. termina la gran guerra sostenida entre Atenas y Esparta y sus aliados respectivos. Fue una dura contienda, cuyo final, imprevisible en sus comienzos, representó la derrota aplastante de Atenas y el hundimiento de su imperio marítimo. La paz definitiva, tras la guerra civil que vivió Atenas, comportó una amplia amnistía de la que se aprovechó el que debía ser gran historiador de la guerra: Tucídides.

Educado en la mejor pedagogía de su tiempo [1], Tucídides, hijo de una de las familias más distin-

---

[1] Sobre la educación de Tucídides, en general, J. FINLEY, *Thucydides*, 2 ed. Cambridge, Mass. 1947, p. 36 y ss. Para su formación sofística, W. NESTLE, *Thukydides und die Sophistik*, «NJb» 33 (1914), p. 649 y ss., y RITTELMEYER, *Thukydides und die Sophistik*, Berna-Leipzig 1915. Para sus contactos con la medicina hipocrática, K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratische Schriften*, Heidelberg 1954.

guidas de Atenas, fue, asimismo, político y militar. En 424 había sido elegido *estratego,* uno de los cargos de mayor responsabilidad y prestigio. Pero, fracasado en la misión que se le había encomendado, cuando Brásidas realiza su fulminante y victoriosa ofensiva en Tracia, es Tucídides condenado al destierro. Obligado, pues, por una dura necesidad, se ve imposibilitado de participar en la cada vez más dura contienda. A esa inactividad forzosa debemos una de las obras más importantes y significativas que haya producido la mente humana: la *Historia de la guerra del Peloponeso,* en la que su autor debió, según confesión propia, trabajar ya desde los inicios del conflicto, pero, sobre todo, a raíz de su exilio.

El mismo declara, en el llamado *segundo proemio* (V, 25), que el destierro le permitió gozar de la tranquilidad espiritual suficiente para reflexionar sobre las derivaciones que iba tomando el conflicto. Como ha ocurrido en otros ilustres casos, una inactividad involuntaria (pensemos en la cárcel donde Cervantes concibe su *Quijote)* tiene como resultado un fruto intelectual de primer orden. Es la ley de la compensación que, a veces, parece imperar en los asuntos humanos.

Tras veinte años de exilio, regresa Tucídides a su patria. En el momento de abandonarla era Atenas la primera potencia indiscutible de Grecia. Aunque un azar terrible había privado a la gran potencia de su figura política más relevante, Pericles, y aunque los sucesores de ese gran estadista

no estuvieran, quizá, a la altura de su arrolladora personalidad, Atenas se mantenía en el cenit de todo su poderío naval. Nada hacía esperar ni prever, humanamente, que, al final, la caída iba a ser tan dura y, por añadidura, tan absurda. A su regreso encuentra Tucídides una Atenas desconocida: su escuadra había tenido que ser entregada, por ley imperiosa de la derrota, a los vencedores; los Muros Largos habían sido derruidos. Y la guerra civil había agotado aún más, si cabe, las escasas energías que restaban a la ex gran potencia.

Indudablemente, el corazón del historiador debió dar un vuelco. ¿Cómo era posible que la grandeza de antaño se hubiera trocado en la miseria de hogaño? ¿Cómo era humanamente explicable que el poder, aparentemente invencible, de Atenas hubiera podido sucumbir ante una potencia como Esparta, tan lenta, tan inmovilista, tan poco ágil?[2] Evidentemente tenía que haber una razón, tenía que existir una explicación a tanto desastre, a tan absurda derrota. Y Tucídides se propone encontrarla. O, mejor, se propone exponer su propia interpretación del conflicto en toda su integridad. Ya hemos dicho hace un momento que el propio Tucídides afirma que el destierro fue una fértil escuela de pensamiento y reflexión para él.

Pero había, sin duda, otros motivos que explican

---

[2] Véase la enumeración de los rasgos típicos de Esparta en Tuc. I, 69 y ss., y, sobre estos textos, O. REGENBOGEN, *Thukydides als politischer Denker*, «Gymnasium», 44 (1933), p. 2 y ss.

la decisión de Tucídides de publicar un libro sobre la guerra. Motivos personales no podían faltar. El estratego que había sido condenado a un destierro por un fracaso cuya responsabilidad posiblemente no recayera, al menos del todo, sobre sus espaldas, estaría deseoso por justificarse. Se ha podido sostener, por ejemplo, que la campaña de Anfípolis, tal como la presenta Tucídides, rezuma toda ella un deseo de autojustificación y autodefensa[3]. Y la cosa nada tiene de extraño. Pero había, asimismo, otros posibles motivos de índole personal. A Tucídides no debieron faltarle enemigos, y no es una hipótesis descabellada pensar que, con su *Historia*, el político deseaba dejar las cosas en su justo punto, al menos desde su ángulo personal. Así, algunas partes de su *Historia* están presentadas de forma tal, que, sin que se invalide la objetividad del historiador, algunos de sus enemigos son duramente criticados. Tal es el caso de Cleón, por ejemplo, y no ha faltado quien haya sostenido, con cierta verosimilitud, que el retrato de Cleón que nos ha transmitido Tucídides está determinado por un deseo, muy humano, de combatirle aunque sea *post-mortem*[4].

Había, sin embargo, otro motivo, y éste ya no de carácter personal, sino ideológico. Al concluir

---

[3] H. D. WESTLAKE, *Thucydides and the Fall of Amphipolis*, «Hermes» 90 (1962), p. 276.

[4] Cfr. especialmente, A. G. WOODHEAD, *Thucydides' Portrait of Cleon*, «Mnemosyne», ser. IV, vol. XIII (1960), p. 289 y s.

la guerra no faltaron nunca voces que intentaban achacar la total responsabilidad del desastre a la persona de Pericles, el estadista que, según esos mismos detractores, había desencadenado la guerra para resolver conflictos internos que amenazaban su posición preeminente en Atenas. Que esos conflictos existieron no puede negarse, y los procesos de Anaxágoras, Fidias, Protágoras, los grandes colaboradores de Pericles, son una prueba de ello. Pero de ahí a afirmar, sin ambages, que el gran caudillo ateniense era el responsable único y directo del conflicto, media un abismo. Y Tucídides se propone, con su *Historia,* aclarar las cosas, ponerlas en su justo punto y dejar bien sentado que la figura de Pericles era intangible, y que la derrota de Atenas se debía a razones mucho más profundas.

Pero seguramente no sólo razones apologéticas bastan para explicar la génesis de la obra. Es la de Tucídides una mente profundamente reflexiva, que busca las explicaciones causales de los hechos hasta hallar la razón última de las cosas. Se conjugaron, pues, razones de índole personal y razones de índole ideológica en la concepción de su obra.

No ha faltado, entre los filólogos modernos, quien ha intentado explicar la génesis de la obra de Tucídides como resultado de una actitud exclusivamente apologética, como un intento por justificar, ante sus contemporáneos, la figura de Pericles y la maravillosa creación del imperio ate-

niense, con su «*Machtpolitik*» cargada de realismo y de la doctrina de la ley del más fuerte. El más ilustre de esos intentos es, sin ningún género de dudas, el de Eduardo Schwartz[5]. Para el gran filólogo alemán, Tucídides es el caso típico del hombre que tiene, tras una durísima experiencia, una profunda intuición que le obliga a modificar radicalmente sus postulados e ideas anteriores y adaptarlas a esa nueva experiencia. En el caso de nuestro historiador, la terrible vivencia habría sido su regreso a la patria derrotada y vencida. Entonces se habría dado cuenta que la verdadera y radical enemiga de su patria había sido, desde siempre, Esparta, que había obtenido el verdadero provecho de la derrota de su rival.

Fue esa intuición la que le habría obligado, según Schwartz, a modificar profundamente la redacción primera de su *Historia*. En ese primer esbozo la responsabilidad de la guerra recaería sobre los aliados de Esparta, que azuzan a su hegemonía contra las «provocaciones» de Atenas. Sobre todo Corinto, que está sufriendo, como lo habían hecho antes otros Estados, los efectos de la política económica y naval de Pericles. Mas los hechos, la dura realidad, habrían obligado al historiador a un radical cambio de perspectiva, a una «retractación». Y el gozne de su nueva teoría

[5] *Das Geschichtswerk des Thukydides*, Bonn 1919. El autor termina con estas palabras: Tucídides sometió su obra a una profunda revisión, «*die, ohne zu übertreiben, eine Apologie des grossen Staatsmannes ist*» (p. 217) («que, sin exagerar», es una apología del gran estadista»).

de las causas de la guerra sería que Pericles tenía razón, que la política de Atenas, basada en el poder, era la única viable; que el temor de Esparta hacia el enorme poder de Atenas la había impelido a desencadenar la guerra. La tesis de «Esparta, culpable» sería, pues, la última justificación de la génesis de la obra tucidídea.

En realidad y a pesar de los avances que en la llamada cuestión tucidídea[6] pudo significar la obra de Schwartz, hoy nadie comparte ya sus puntos de vista[7], aunque muchas de las derivaciones secundarias de su hipótesis central —la justificación, por ejemplo, de la doctrina de la «*Machtpolitik*», en la obra de Tucídides— graviten y, a veces, con excesiva fuerza, sobre los estudiosos del pensamiento de Tucídides. Fracasado el intento por explicar la génesis de la *Historia* tucidídea como un acto de «apologética», los filólogos se han orientado hacia una consideración más objetiva de la obra de nuestro historiador. Reduciendo los intentos modernos a sus tendencias más representativas, podríamos decir que se ha buscado en Tucídides, fundamentalmente, o al

---

[6] El iniciador de la «cuestión tucidídea» fue ULLRICH, *Beiträge zur Erklärung des Thukydides*, I, Hamburgo 1845; II, 1846. Sobre este punto, véase la exposición que damos en el capítulo final del libro.

[7] Su punto de partida, la constatación de que la serie de discursos del libro I, 68-88 fue redactada en épocas diferentes, fue refutada por POHLENZ en sus *Thukydidesstudien*, «Nach, Gött, Ges.» (1919), p. 95; (1920), p. 56.

simple historiador[8], o el teórico de la política[9]. Algunas veces, ciertamente, las dos cosas.

2. *Tucídides y la historia política*

En el momento en que Tucídides se propone redactar su obra existía ya en Grecia un importante precedente en el campo histórico. Heródoto había editado su *Historia*, no sabemos exactamente cuándo, pero desde luego pocos años antes de que estallara la guerra del Peloponeso. La historia local (la tradición de las Ἀτθίδες) no estaba todavía muy desarrollada, pero Helánico estaba redactando la suya, y no es muy improbable que, al editarla, Tucídides estuviera ocupado en la composición de su obra en la que, posiblemente, introdujo algunos ligeros retoques a raíz, precisamente, de su aparición[10].

Pero, como ha señalado Schwartz, la *Historia* de Heródoto, al aparecer, estaba ya anticuada[11]. El ritmo acelerado de la evolución cultural de Grecia hizo que, en el curso de una sola genera-

---

[8] Sobre todo GROSSKINSKY, GOMME, DE ROMILLY, en parte SCHADEWALT *(Die Geschichitsschreibung des Thukydides*, Berlín 1929) y COCHRANE *(Thucydides and the science of History*, Oxford 1929).

[9] K. O. MÜLLER, JAEGER, REGENBOGEN, FINLEY, entre otros.

[10] Cfr. O. LENDLE, *Die Auseinandersetzung des Thukydides mit Hellanikos*, «Hermes» 92 (1964), p. 129 y ss.

[11] Sobre el arcaísmo ideológico de Heródoto, J. DEFRADAS, *Les thèmes de la propagande delphique*, París 1954, p. 208 y ss.

ción, la interpretación de los hechos históricos cambiaran radicalmente. Porque Heródoto hace «historia a lo divino». Toda su grandiosa concepción —la doctrina de la *hybris*, sobre todo, que planea sobre su entera producción histórica— quedó anticuada y desfasada tras la aparición de la sofística. Tucídides tenía que seguir por otro camino. Hombre formado en ambientes culturales muy distintos de los de Heródoto, las premisas en que se basa su visión de la historia son absolutamente distintas.

Conviene, sin embargo, distinguir. Cuando decimos que Tucídides es el primer gran historiador en el sentido moderno de la palabra; cuando se afirma de él que «en su concepción de lo que se requiere de un historiador está más cerca del siglo XX que del V a.C.» [12], y se le define con términos como «próximo a la fe positiva del científico moderno» [13] o, simplemente, cuando se le considera un historiador que ha practicado, por vez primera, la crítica de las fuentes y el estudio y valoración de los documentos que tiene a mano, conviene recordar que esa actitud se halla ya, y en no pequeña medida, en su gran predecesor, Heródoto. En realidad, en este punto concreto, cabe más bien hablar de diferencia gradual que esencial. Como ha dicho H. Strassburger: «La aportación de Tucídides a la historiografía no es el paso de

---

[12] LORD, *Thucydides and the World War (Martin class. Lectures*, XII, Cambridge, Mass. 1945, p. 216).

[13] COCHRANE, *op. cit.*, p. 2.

la falta de crítica a la actitud crítica, sino de una consideración no política a otra política»[14]. No es buen método atribuir a Tucídides mayor agudeza *crítica* por el simple hecho de que los documentos no hayan delatado en nuestro historiador errores importantes de información[15]. También de amplios capítulos de la obra de Heródoto es válida esa afirmación[16].

Y, sin embargo, en otros muchos aspectos podemos hablar de una radical diferencia entre Heródoto y Tucídides. El primero mira al pasado; Tucídides limita su campo a la historia estrictamente contemporánea. Y cuando su mirada se dirige al pasado, ello tiene siempre una concreta finalidad: ilustrar los antecedentes necesarios para explicar el presente[17]. Ya lo veremos a propósito de la *Arqueología* y la *Pentecontecia*.

---

[14] «*Die Tat des Thukydides für die Geschichtsschreibung ist nicht der Schritt von der Unkritik zur Kritik, sondern der von der unpolitischen zur politischen Seheweise*» (*Die Entdeckung der politischen Geschichte durch Thukydides*, «Saeculum» 1954, p. 395).

[15] Cfr. W. KOLBE, *Thukydides im Lichte der Urkunden*, Stuttgart 1930.

[16] B. W. SPIELBERGER, *Die Glaubwürdigkeit von Herodots Bericht über Aegypten im Lichte der ägyptischen Denkmäler*, Heidelberg 1926. Véase asimismo HIGNETT, *Xerxes' Invasion of Greece*, Oxford 1963 y W. KIERDORF, *Erlebnis und Darstellung der Perserkriege*, Gotinga 1966.

[17] Mientras en Heródoto los excursos etnográfico-geográficos tienen una finalidad propia, en Tucídides cumplen una función específica, y, desde luego, tienen normalmente una importancia secundaria. Cfr. H. BOGNER, *Thukydides und das Wesen der altgriechischen Geschichtsschreibung*, Hamburgo 1937. Interesantes las páginas de STAHL (*Thukydides*, Munich 1966, introducción)

Heródoto es un historiador *épico,* si se me permite la expresión, y ello en un doble sentido: por un lado, porque ha elevado a categoría cuasi mítica el tema de su obra; por otro, porque sus «héroes» se mueven de acuerdo con la tramoya épica. Son los hilos de la divinidad, en todas sus ricas facetas, los que mueven la Historia. Tucídides hace historia «a lo humano», explica los hechos desde un punto de vista estrictamente κατ'ἀνθρωπείαν φύσιν, según una antropología vigente en su propio tiempo. Y si Heródoto afirma, en el preludio de su obra, que se propone, además, hallar *la causa* de la gran confrontación entre Oriente y Occidente, esta causa es siempre concebida desde un punto de vista enteramente opuesto a la etiología histórica esbozada por Tucídides. Tucídides hace historia causal-inmanente, establece los nexos causales de los hechos concretos.

Finalmente, frente a la «garrulitas» herodótea, la concentración tucidídea. En Tucídides no hallamos jamás intención de narrar por narrar. Ya hemos señalado cómo esa ley de la concentración le lleva a limitar estrictamente el tema de su obra: «la guerra de los peloponesios y atenienses». No promete una historia «cultural» de su tiempo, de

---

quien parte de la digresión sobre los pisistrátidas en el libro VI para fundamentar su tesis sobre la irracionalidad del hecho histórico en nuestro autor. Otras veces las digresiones tucidídeas tienen una finalidad «demostrativa», como ocurre con la llamada «pentecontecia» (I, 97 y s.). El proemio del libro VI, sobre la prehistoria de Sicilia sirve para poner de relieve la fuerza de esta isla en el momento en que Atenas intenta conquistarla.

ahí que no hable en absoluto de hechos artísticos o filosóficos. Su historia es una historia estrictamente militar y política. La guerra, las causas de la misma, los móviles que pusieron en movimiento la máquina de los beligerantes, el papel del político en los hechos, las leyes que la determinan: eso y no otra cosa es lo que primariamente le preocupa. Que, de rechazo, de la lectura de su obra pueda derivarse una lección, es decir, que de su *Historia* pueda hacerse un manual del estadista, es algo que se ha defendido, pero que en no pocos casos es cosa más que dudosa.

3. *Sobre el método del historiador*

Para ilustrar nuestro punto de vista el mejor medio consistirá en un esbozo de sus intenciones tal como el propio historiador las expone en el preludio de su obra. Preludio que, lógicamente, debió Tucídides redactar una vez concluyó su *Historia,* como es habitual e imaginable. Por haber olvidado ese principio, que creemos elemental, se perdieron en problemas acerca de hipotéticas «evoluciones» del historiador filólogos como Ullrich, Schadewalt, Pohlenz y otros.

Tucídides inicia su obra con una grandiosa introducción, que constituye, de hecho, todo el libro primero. En ella anuncia su tesis básica: la guerra del Peloponeso es la mayor que ha sostenido el mundo helénico, y estalló por el temor de Esparta

a la creciente potencia de Atenas. Y, sobre todo, analiza el mecanismo que llevó a Grecia a un dualismo peligroso que sólo podía desembocar en un conflicto general. Y, además: quiere poner de manifiesto que la guerra, en sus dos fases, es una guerra única, cuyo verdadero sentido ha escapado a todos sus contemporáneos.

De acuerdo con un principio estilístico que se halla en la base de la literatura arcaica, y que en Heródoto es sistemáticamente utilizado [18], Tucídides organiza este primer libro introductorio según la ley de la llamada composición anular: se empieza por exponer una tesis, se aducen los argumentos básicos, y se termina repitiendo la tesis central que tenía que ser probada [19]. Esta tesis central constituye el contenido de los primeros párrafos del libro I: «Tucídides, el ateniense, escribió la guerra de los peloponesios y los atenienses, tal como la sostuvieron entre sí, empezando tan pronto se inició, y con la intuición de que iba a ser grande, y más memorable que las precedentes, basándose, para esa suposición, en que los dos contendientes fueron a ella en el momento máximo de su potencial, y en que todo el mundo griego se alineaba con los dos bloques, unos inme-

---

[18] Cfr. W. A. A. van Otterlo, *Untersuchung über Begriff, Anwendung und Enstehung der gr. Ringkomposition,* Amsterdam 1944.

[19] Cfr. R. Katicic, *Die Ringkomposition im ersten Buche des thuk. Geschichtswerkes,* «W. St.» LXX (1957), p. 179; N. G. L. Hammond, *The structure of thought in the Archaelogia,* «Proc. Class. Phil. Soc.» CLXXII (1939), p. 10.

diatamente, otros con la intención de hacerlo.» Señala, acto seguido, que esa «conmoción» [20] fue la mayor que vivió el helenismo, y que, aunque la antigüedad de algunos hechos anteriores no permite una clara idea de la importancia de los hechos bélicos precedentes, sin embargo, «gracias a los argumentos que una larga indagación me permite creer como fehacientes, se puede deducir que tales hechos no fueron muy importantes ni en lo que atañe a las guerras ni en los demás aspectos».

Ilustra Tucídides su tesis con una serie de capítulos que se conocen hoy con el nombre genérico de *Arqueología* [21]. Los filólogos han tardado en reconocer que las páginas de dicha arqueología son un fruto de la madurez de Tucídides. El iniciador contemporáneo de la cuestión tucidídea, E. Schwartz, la consideraba antigua (esto es, anterior a la hipotética «retractación» del historiador). Es mérito de Cwiklinski [22] el haber señalado ya, mucho antes que Schwartz, su carácter tardío. Con él se alinean Ed. Meyer, Taeger y Bizer [23].

---

[20] Para los problemas que plantea la interpretación de este término (Κίνησις), cfr. PATZER, *Gnomon*, 16, 1940, p. 350.

[21] Sobre la «arqueología» tucidídea, cfr. E. TÄUBLER, *Die Archäologie des Thukydides*, Leipzig 1927; F. BIZER, *Untersuchungen zur Archäologie des Thukydides*, Diss. Tubinga 1937; J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide*. París 1956, p. 240 y ss.

[22] *Quaestiones de tempore quo Thucydides priorem historiae suae partem composuerit*, Diss. Berlín, 1873, p. 23 y ss.

[23] ED. MEYER, *Forschungen zur alten Geschichte*, II (1899), p. 274; F. TAEGER, *Thukydides*, Stuttgart 1925, p. 3 y s.; BIZER, *op. cit.*, p. 46 y s.

Este último autor ha insistido en que la *Arqueología* no sólo quiere «entender»; sirve, asimismo, como argumento esencial para demostrar la verosimilitud de su tesis: que la causa de la guerra debe verse en el temor de Esparta. La *Arqueología*, pues, tendría una finalidad teórica: esbozar cómo en la Grecia primitiva se estructura o se perfila ya la dualidad que, a la postre, conducirá a la guerra.

En realidad, empero, el alcance de la tesis de Bizer debe reducirse considerablemente. Orientada de acuerdo con la hipótesis de Schwartz, según la cual la segunda «versión» de la historia tucidídea se proponía «hacer la apología de la política de fuerza periclea», Bizer sostiene que la *Arqueología* cumple una función «apologética». Tampoco podemos aceptar el punto de vista del mencionado autor, según el cual la *Arqueología* se propone, en la intención de Tucídides, perfilar el nacimiento del dualismo político del que, a la postre, surgirá la guerra. Es otra la finalidad del historiador. De hecho, lo que demuestra esta parte del primer libro es que, en la «antigüedad», Grecia no dispuso de elementos financieros, militares y económicos como para emprender aventuras de gran envergadura. Sirve, pues, para demostrar algo que el propio autor ha establecido en el comienzo: que Grecia, antes de las guerras del Peloponeso, no estaba madura para guerras importantes. Será más adelante, en los pasajes de la *Pentecontecía*, cuando el historiador esbozará el origen de la oposición Esparta-Atenas.

Tras la *Arqueología*, Tucídides dedica unos capítulos a esbozar y explicar sus métodos. Los pasajes en cuestión son de una importancia capital, y, de hecho, de ellos ha partido una buena parte de las interpretaciones de Tucídides como historiador [24].

Los famosos capítulos sobre la metodología comienzan por establecer una dificultad básica: la de una exacta y cuidada información. Los hombres, dice el historiador, aceptan, en no pocos casos de un modo harto simplista y sin examen crítico, las tradiciones, incluso las de su propia patria. Para ilustrar esa afirmación realiza un breve «excurso» sobre los Pisistrátidas [25], demostrando el autor, por vía de ejemplo, los principios en que se basará su propio método. Sigue con una importante constatación: su obra no está concebida al estilo de los poetas, que «exageran para engrandecer sus temas», ni al modo de los logógrafos, que buscan más «el aplauso momentáneo que la verdad estricta». No, Tucídides realizará una exhaustiva búsqueda de los datos, sin fiarse del primer informador que le salga al paso:

---

[24] En general, léase el luminoso trabajo de Grosskinsky antes citado, que rebate la tesis de Schadewalt sobre una evolución de Tucídides «desde un sofista historiador a un investigador que busca el sentido del acontecer histórico». Cfr. asimismo la reseña del libro de Schadewalt publicada por Kapp en *Gnomon*, 1930. También Pohlenz cree en una paulatina evolución de Tucídides.

[25] Sobre este punto, H. J. DIESNER, *Peisistratidenexkurs und Peisistratidenbild bei Thukydides*, «Historia» 8 (1959), p. 12 y s.

contará los hechos por él presenciados y aquellos que proceden de fidedignos testigos, tras un examen crítico de los datos aportados por terceros.

Entre una y otra constatación se extiende el historiador sobre los dos grandes elementos de que consta su *Historia:* los discursos (λόγοι) y los hechos (ἔργα). Porque, efectivamente, la obra de Tucídides está constituida por dos elementos básicos y complementarios: de un lado, la narración estricta de los acontecimientos, ordenados cronológicamente de acuerdo con el principio de la buena y mala estación de cada año, principio del que es inventor y que permite, según Tucídides, una clara organización de las acciones político-militares, mucho mejor, por supuesto, que el sistema a base del nombre de los funcionarios epónimos de las ciudades en litigio. Estos hechos hablan por sí mismos, son objetivados por el historiador, y sólo en muy escasa medida Tucídides hace observaciones sobre el curso de los acontecimientos. Pero los hechos en sí nada dirían al lector. Era preciso que Tucídides introdujera un elemento racional, un medio de señalar los móviles básicos que ponen en marcha los acontecimientos, un elemento que detecte la dinámica de la historia. Tal función cumplen los discursos. Introducir discurso en una obra histórica no fue, sin embargo, creación de Tucídides. Ya Heródoto[26] los había

[26] Cfr. A. DEFFNER, *Die Rede bei Herodot und ihre Weiterbildung bei Thukydides,* Dis. Munich 1933. Pohlenz ha señalado («Kleine Schriften» II, 103, n. 11) que los discur-

utilizado, aunque con un criterio enteramente distinto. En Heródoto los discursos son un simple medio de dar vida a la obra. Casi nunca son un procedimiento para poner de relieve la trama invisible que mueve los hilos de la historia. En Tucídides, sí, y en eso radica su profunda originalidad y su carácter único.

¿Qué se ha propuesto Tucídides al introducir, con un estilo tan difícil y con una tal concentración conceptual, sus numerosos discursos? Y, sobre todo, ¿son los discursos tucidídeos una «reproducción» objetiva de los que se pronunciaron realmente, o hay que aceptar una fuerte dosis de aportación personal por parte del historiador?

Las palabras clave las escribió Tucídides en el cap. 22 del libro I:

> «En cuanto a los discursos que pronunciaron los contendientes, ya sea antes de entrar en guerra ya en el curso de la misma, era prácticamente imposible reproducir el texto literal valiéndome de mis recuerdos personales o de las referencias que otros me proporcionaban; pero he hecho decir a cada orador lo que me parecía que tenía que decir como más apropiado a las circunstancias, ateniéndome lo más estrictamente posible

---

sos herodoteos inician ya la orientación, luego continuada por Tucídides, de intercalar discursos, sobre todo en los libros VII-IX, acaso por influjo ateniense.

al sentido general de las palabras realmente pronunciadas.»

Para interpretar este importante párrafo se han realizado enormes esfuerzos. Por creer que en estas palabras Tucídides afirma su intención de atenerse objetivamente a discursos realmente pronunciados, ha hablado Pohlenz[27] de una paulatina evolución en la historia de Tucídides, habida cuenta que algunos discursos (que *a priori* se consideran «tardíos») no responden a la intención programática de su autor; es más, que algunos han sido claramente «inventados». Por partir del mismo principio ha podido, Schadewalt, hablar de una evolución que llevó a Tucídides «de sofista-historiador a investigador que busca la interpretación más profunda de los hechos»[28].

Es cierto que en algunos discursos tucidídeos es posible descubrir un innegable elemento objetivo. Comparándolos con testimonios procedentes de otras fuentes, se ha podido señalar que algunas de las ideas pericleas, tal como aparecen en ciertos

---

[27] POHLENZ, *Die thukydideische Frage im Lichte der neuerer Forschung*, «Gött. Gel. Anz.» 198 (1936), p. 2, donde resume sus puntos de vista con estas palabras: *«Mein Hauptergebnis war die Scheidung zweier Schichten, von denen die ältere die wirklich gehaltene Rede wiedergeben will, weil sie diese als historische Faktoren neben den Erga wertet, während nach 404 Thukydides durch der Mund der auftretenden Personen seine eigensten historischen Erkenntnisse in ganz freier Weise ausspricht».*

[28] *Op. cit.*, p. 38 y ss.

pasajes tucidídeos, deben responder, indudablemente a ideas reales del estadista[29].

Sin embargo, los resultados de la más reciente investigación sobre el problema dejan fuera de duda que en los discursos nos hallamos ante un caso de «recreación». Sin dejar de constatarse que en la base de las palabras de los estadistas hay un elemento objetivo, es innegable que, ante la imposibilidad real, afirmada por el mismo Tucídides, de reproducir los discursos tal y como fueron pronunciados, el historiador, por medio del procedimiento del εἰκός *(lo probable)*, tan propio de su método de trabajo, reelaboró los discursos, poniendo una buena parte de sí mismo. Tal es el resultado básico del estudio de Grosskinsky, al que, hoy, se presta casi unánime aprobación.

Pero, ¿es eso extraño? El principio positivista según el cual la historia excluye cualquier elemento de subjetividad, y según el cual el historiador es un simple «constatador de hechos» ha sufrido fuertes embates y una figura de la talla de Mommsen pudo escribir: «*Der Geschichtsschreiber gehört vielleicht mehr zu den Künstlern als zu den Gelehrten*» («El historiador pertenece quizá más a la categoría de los artistas que a las de los eruditos»)[30].

---

[29] Pohlenz ha intentado mostrar, por ejemplo, que algunos pasajes del discurso fúnebre del libro II, contienen expresiones propias de Pericles. Cfr. asimismo FINLEY, *Three Essays on Thucydides*, Cambridge, Mass. 1967, p. 5 y ss.

[30] *Reden und Aufsätze*, p. 11.

Que ello es así, por otra parte, lo delata ya la misma estructura interna de los discursos tucidídeos, en los que el principio de los δισσοὶ λόγοι es aprovechado hasta el máximo, y en los que las constantes referencias a motivos centrales alcance el grado de *leit-motiv*. ¿Es imaginable que mientras Nicias, en su discurso del libro VI, intenta disuadir a Atenas de la expedición a Sicilia, un siracusano use, en Sicilia, los mismos argumentos y casi con las mismas palabras?

Tucídides, pues, ha puesto mucho de su propia cosecha en la redacción de sus discursos. Pero, aparte de la relativa imposibilidad de recordar el contenido de las palabras de los estadistas, ¿no habrá otra razón que explique la introducción de tales procedimientos en su *Historia?*

Hay una corriente interpretativa que ve en los discursos tucidídeos un medio de introducir sus propias ideas en la narración de los hechos; que cree que además es un procedimiento empleado con el fin de dotar a su *Historia* de una dimensión «política». Gracias a los discursos, Tucídides, el político, hablaría a los políticos, dotándolos de un manual de conducta para el futuro [31]. Los discursos, se dice en este caso, aparecen siempre en los momentos críticos y decisivos, y es a través de ellos como el estadista del futuro contará con una piedra de toque para orientar su actuación.

---

[31] REGENBOGEN, *op. cit.*, p. 31: «*Thukydides schreibt als Politiker für den politischen Menschen*» («Tucídides escribe como político para los políticos»).

Cada caso concreto de la historia de Tucídides sería una orsiana elevación de la anécdota a la categoría. Y, se añade, este procedimiento del historiador no es sino resultado de su aplicación, al campo de la Historia, de los métodos de la medicina hipocrática. Así como todo tratado hipocrático se propone informar, tras la observación de los procesos patológicos, al futuro médico, así el historiador informa de la patología de la sociedad al futuro estadista, que se encontrará en casos similares y obrará en consecuencia.

Que un cierto influjo hipocrático existe en la terminología tucidídea, es, ciertamente, innegable. Ya Littré, en 1839, había señalado algunos paralelos estilísticos entre el *Corpus hipocrático* y la *Historia* de Tucídides. Y el trabajo de Weidauer ha demostrado, con gran claridad, que términos como αἰτία, φύσις, πρόφασις, εἶδος, proceden, en Tucídides, de la terminología médica. Pero conviene no exagerar tal influjo ni llegar a la precipitada conclusión de que la obra de Tucídides representa «*an atempt to apply to the study of social life the methods wich Hippocrates employed in the art of healing*», como pretende Cochraine[32]. Muy recientemente el profesor Lichtehaeler, buen historiador de la Medicina, ha rebajado mucho los intentos de la moderna filología por explicar el método tucidídeo como simple trasposición de la metodología hipocrática, insistiendo en que se trata de simples paralelos explicables porque ambos

[32] *Op. cit.*, p. 3.

autores son mentes gemelas [33]. Pero hay más. Es punto básico de la metodología hipocrática la consideración de que la detectación de los síntomas, con todo el complicado proceso de diferencias y analogías entre ellos, permite una perfecta prognosis [34]. El médico, si puede disponer de los datos necesarios, podrá predecir el curso de la enfermedad y aportar los medios apropiados para la curación. Todo azar está, en principio, excluido.

Pero, ¿podemos decir lo mismo de la metodología de Tucídides? Hay, en el primer discurso de Pericles, cuando establece las bases lógicas que le permiten augurar la victoria, unas palabras terriblemente trágicas: «Pues cabe dentro de lo posible que los acontecimientos no se correspondan exactamente en los planes del hombre, por lo cual, cuando ocurre algo contra lo previsto, solemos acusar a la fortuna.»

La introducción de ese factor irracional en el acontecer histórico nos coloca de lleno ante uno de los aspectos más importantes del pensamiento tucidídeo. Porque la obra de nuestro historiador ha querido ser presentada como el monumento

[33] LICHTENHAELER, *Thucydide et Hippocrate,* Ginebra 1965.

[34] Sobre la prognosis y el diagnóstico hipocrático, tan importante a la hora de determinar si hay o no influjo médico en Tucídides, cfr. LAÍN, *La relación médico-enfermo,* Madrid 1964; ID., *La historia clínica,* Barcelona 1961²; ID., *La medicina hipocrática,* Madrid 1970, p. 225 y siguiente; E. VINTRÓ, *Hipócrates y la nosología hipocrática,* Barcelona 1972, p. 175 y s.; en estos libros se hallará la bibliografía anterior sobre el tema.

a la razón. La *Historia* de Tucídides sería, según no pocos intérpretes, el análisis del poder de la razón política puesta al servicio de la patria. El político, ciertamente, ocupa un lugar muy importante en la obra de nuestro historiador[35]. Hace un instante planteábamos el problema de la función de los discursos en su *Historia*. Pues bien: el mismo Tucídides, en boca de Pericles, afirma en una ocasión que no hay que considerar a la palabra como enemiga de la acción; al contrario, es perjudicial no hablar antes de actuar[36]. A la palabra, en su doble aspecto de reflexión y expresión de este pensamiento, que permite prejuzgar el resultado de todo acto político o militar, equivale, en la obra tucidídea, el discurso.

Por medio de los discursos, pues, Tucidídes objetiva las ideas directrices de sus estadistas. Se comprende, por ello, que abunden tales discursos en los momentos «críticos», pues sólo así puede Tucídides iluminar todo su profundo alcance e ilustrar el auténtico móvil del estadista.

4. *¿Historia trágica?*

Pero hemos hablado hace unos instantes del azar y conviene detenernos en este punto. El estadista, tal como Tucídides lo define en su famoso

---

[35] Cfr. especialmente, G. F. Bender, *Der Begriff des Staatsmannes bei Thukydides,* Diss. Erlangen, Wurzburgo 1938.

[36] *Tucídides,* II, 40, 2.

pasaje del libro II, debe poseer cuatro importantes cualidades: debe saber concebir las medidas apropiadas para cada caso concreto (γνῶναι τά δέοντα), pero, además, es preciso que no carezca de la elocuencia necesaria para hacer comprender sus planes a sus conciudadanos (ἑρμηνεῦσαι). A ellas añade Tucídides el patriotismo y la insobornabilidad. De estas cuatro cualidades que determinan al estadista ideal, tal como lo ha estudiado Bender, es obvio que nos interesan aquí, fundamentalmente, las dos primeras. La clarividencia del político es piedra angular para una eficaz gestión. Es cierto. Pero, ¿hasta qué punto está limitada esa facultad del estadista? ¿No existirán factores irracionales que se opongan a la tarea del político?

No faltan, ni mucho menos, las concepciones optimistas cuando se aborda esta cardinal cuestión del pensamiento de Tucídides. En un estudio dedicado a esta cuestión concreta, ha dicho Herter[37]: «Los hombres han elaborado una imagen de la *Tyche* (fortuna) para hacerse perdonar su propia ignorancia: pues sólo en una medida reducida choca la *Tyche* contra la inteligencia, pero, por lo general, en la vida reina una clara raciona-

---

[37] H. Herter, *Freiheit und Gebundenheit des Staatsmannes bei Thukydides*, «Hermes» 93 (1950), p. 139: «*Die Menschen haben sich ein Bild der Tyche erdichtet zur Beschönigung ihrer eigenen Ratlosigkeit, denn nur in geringstem Ausmass streitet die Tyche wider die Einsicht, das meiste aber im Leben richtet ein wohlverständiger Scharfblick im Grade*».

lidad.» Juicios parecidos ha expresado de Romilly[38]. En otros casos, ese optimismo histórico se defiende aduciendo que el papel del azar se reduce a casos muy concretos[39].

No se trata, simplemente, de señalar el mucho o poco papel que el «azar» pueda jugar en la historia de una guerra. Papel que no deja de tener su importancia para una cierta orientación de postguerra, y que ha hallado su paradigmática expresión en el conocido libro de F. Meinecke[40]. El propio Tucídides, hasta qué punto equivocadamente es difícil demostrarlo, ha insistido en que el brillante triunfo de Cleón en Pilos no fue sino resultado de la casualidad[41], de la suerte.

Se trata, sencillamente, de plantear la existencia de una vertiente trágica, aunque parcial, en la historia tucidídea. Que el historiador ha partido de unos esquemas «esquíleos» y que su *Historia* es, en realidad, una obra de corte trágico sin ningún posible parecido con lo que debe concebirse como auténtica obra historiográfica, es una tesis que Cornford[42] defendió hace más de setenta años, posiblemente como reacción contra la excesiva valoración «positivista» de la *Historia* de

---

[38] En su trabajo *L'optimisme de Thucydide et le jugement de l'historien sur Périclès*, «Rév. des Et. Grecques» LXXVIII (1965), p. 371 y s.

[39] Así, FINLEY, *op. cit.*, p. 191.

[40] *Die deutsche Katastrophe*, Wiesbaden 1946.

[41] Cfr. H. HERTER, *Pylos und Melos*, «Rh. Mus.» 97 (1954), p. 316.

[42] *Thucydides mythistoricus*, Londres 1907.

Tucídides. Pero la *boutade* de Cornford ha sido en múltiples ocasiones refutada y no sin razón. No es haciendo a Tucídides un «*mythishoricus*» como llegaremos a la comprensión de su pensamiento más profundo. Y, sin embargo, la existencia de un factor trágico en su obra es algo que se impone desde el primer momento. Quizá, más que de «factor» trágico, cabría hablar de *esquema trágico* a lo sofócleo. Que, por otra parte, existen innumerables paralelos entre la tragedia euripídea y la historia tucidídea ha sido repetido en no pocas ocasiones últimamente por Finley[43] en un interesante artículo. Pero creo que es por el camino de la tragicidad de Sófocles como lograremos un poco de luz para abarcar el hondo sentido de una parte de la obra de nuestro historiador.

Hay, por lo menos, dos momentos en Tucídides en los que se percibe un profundo sentimiento de «indefensión», de ἀμηχανία trágica. El primero es la muerte de Pericles; el segundo, toda la monografía sobre la expedición a Sicilia.

Vamos a ocuparnos ante todo de ese segundo momento. Conocemos bien los detalles de ese hecho infortunado y podemos por ello abreviar un tanto nuestra expedición. Inspirados por la fuerza elocuente de Alcibíades, los atenienses se dejan ganar para su ambicioso plan de someter Sicilia, primer paso para una ingente operación militar

---

[43] *Op. cit.* en nota 29, especialmente el cap. I titulado *Thucydides and Euripides*, publicado previamente en «Harv. St. in class. Phil.» 49 (1938).

que aplastaría, al final, a los enemigos de la patria. Nicias, en un memorable debate, representa la voz de la razón, de la prudencia. Pero en su discurso, Alcibíades hace una defensa tan elocuente y sugestiva de sus ideas y de sus proyectos, que la asamblea aprueba, unánimemente, la propuesta del sobrino de Pericles. Se prepara la expedición con todo entusiasmo. Pero pronto surge el primer «azaroso problema»: se descubre un acto de impiedad (la mutilación de los Hermes) y en seguida este hecho «casual» implica a Alcibíades, que es acusado como presunto «parodiador» de los misterios y como posible cómplice en la mencionada mutilación. El hecho va a tener desastrosas consecuencias, pues, como se sabe, el *affaire* dejará la expedición sin jefe apropiado; Alcibíades, condenado a muerte, logra escapar a la acción de la justicia ateniense y pasarse al enemigo, con lo que el rumbo de la guerra cambiará radicalmente. Privado del caudillo apropiado, entregada la expedición a manos de Nicias, enemigo declarado de tal empresa, el ejército expedicionario acabará aplastado, derrotado, vencido hasta el último hombre.

Pero más que el hecho en sí es la forma en la que lo presenta Tucídides lo que da a estos libros un sesgo trágico. Nicias simboliza aquí la voz de la prudencia. Alcibíades simboliza, por el contrario, el principio de la *hybris* trágica, que impulsa al verdadero héroe de esta tragedia, el pueblo de Atenas, a hechos que están más allá de «lo permi-

tido». Tucídides se ha encargado de retratarnos, en otro pasaje, sobre todo en el libro I, cómo la esencia del espíritu de Atenas es su «*pleonexia*» su desmedida ambición de conquistas. Y Atenas actúa aquí, de acuerdo con su «*daimon*». Como Ayax, como Edipo, como Electra en Sófocles, Atenas actúa movida por su impulso interior, hoy diríamos, bajo la voz de su propio destino. Y cae fulminada. Aquella expedición que, lógicamente, debía culminar en una victoria resulta un hecho παρά λόγον, un absurdo.

Pero si la expedición a Sicilia puede definirse, trágicamente, como un acto de *hybris*, ¿cómo calificaremos la actitud de Pericles? También Pericles es aquí un héroe trágico, a lo sofócleo. Leed las densas páginas que anteceden al primer discurso pericleo del libro I. Planea sobre Atenas una imperiosa necesidad. El temor de Esparta —se nos dice en varios momentos— está preparando la guerra, una guerra inevitable. Atenas, la Atenas de Pericles, que había recibido como parte de su propio destino el imperio ganado a costa de grandes sacrificios por las generaciones anteriores, se ve ante la dura, la terrible alternativa: o actuar, buscando τὸ καλόν y evitando, por tanto, la deshonra, o sucumbir y verse aniquilada. Y Pericles, como un héroe sofócleo, se decide por la guerra. Y, por otra parte, ¿no están de su lado todas las ventajas? Leamos el discurso de Pericles. ¿No parece que todo, lógicamente, está de parte de Atenas? ¿No es la guerra una cuestión de di-

nero, de poder, de decisión? ¿Y no tiene Atenas todos esos requisitos?

Y, sin embargo, ocurren dos hechos imprevisibles. La peste, que abate al caudillo que, con su inteligencia, habría sin duda conseguido la victoria para Atenas. Y los sucesores del gran estadista siguen por un camino opuesto al que él señalara.

Es un principio básico de la tragicidad griega —esencialmente de Sófocles— el que el héroe se vea en la ineludible necesidad de realizar una elección. Es, asimismo, postulado básico de esa misma tragicidad que el hombre «obre como obre» cae abatido. La doble faz de la situación trágica planea en muchos aspectos de la *Historia* de Tucídides. Pero es, asimismo, rasgo de la tragedia de Sófocles el que el héroe, con su caída, afirme aún más vigorosamente su propia valía. Y eso es precisamente lo que ha ocurrido a la Atenas de Tucídides. El epitafio que pronuncia Pericles, ¿no es, en última instancia, sino el reconocimiento de que, pese a su derrota, a su humillación, a su caída, los valores por ella acuñados tendrán eterna vigencia?

Conviene, sin embargo, no llevar demasiado lejos estas analogías. De lo contrario, caeríamos en una falsificación del sentido de la obra histórica de Tucídides. Pretender, como ha hecho recientemente Stahl [44], que toda la obra de nuestro

[44] *Thukydides. Die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess,* Munich 1966.

historiador es una ilustración del principio de la *tyche* como factor único de su obra; defender que en cada momento, en cada actuación de los personajes tucidídeos, planea la cegadora fortuna, de modo que todo acto de un estadista sea, en última instancia, una actuación ciega, condenada al fracaso, es, ciertamente, llevar demasiado lejos la reacción contra los intérpretes optimistas que niegan el relativo valor del azar, de lo irracional, en el pensamiento, del gran historiador ateniense. Un cierto esquema trágico es comprensible en Tucídides, que, al fin y al cabo, es un hombre de su tiempo. Pero su intención última no es otra cosa que llegar a una comprensión. «No llorar, no indignarse, comprender», es una fórmula de Spinoza que acaso no sea del todo inapropiada para entender la obra de Tucídides.

5. *Tucídides y el fenómeno del poder*

Hasta aquí hemos bosquejado, muy *per summa capita,* una serie de elementos de la *Historia* de Tucídides. Hemos podido comprobar que nuestro historiador ha sabido realizar una creación original; ha planteado la historia como una serie de hechos cuyos móviles son, esencialmente políticos, corrigiendo las concepciones de sus antecesores; ha puesto en el centro de sus reflexiones al estadista, situado entre su propia capacidad para planificar y un cierto resto irracional que,

a veces, lo hace profundamente trágico; ha ilustrado los hechos por medio de los discursos, a través de los cuales asistimos a la objetivación de las ideas de los grandes políticos que intervienen en el curso de la historia.

Nos queda ahora por abordar una cuestión que tiene una cierta importancia para nuestro tema: la cuestión podría formularse de la siguiente manera: Tucídides, ¿es esencialmente un historiador o hay en él un teórico de la política? ¿La finalidad de su obra histórica se propone simplemente aportar una luz para entender la guerra por él historiada, o busca, básicamente, proporcionar lecciones de teoría general del Estado, del hecho político? Y si ello es así, ¿cuál es su propia posición como teórico de la política? ¿Cuáles son sus ideas políticas concretas?

Nada ganaremos, de entrada, adoptando la simplista actitud de un Jebb[45], quien niega, lisa y llanamente, la existencia de ideas tucidídeas en el campo de la ética y la política. Que nuestro historiador se haya limitado a exponer los hechos sin aportar nada propio, encasillándolos dentro de las ideas corrientes en su tiempo es algo a todas luces improbable y, desde luego, contrario a toda evidencia. Que frente a ese escepticismo la única posible solución sea intentar esbozar las ideas tucidídeas sobre la democracia y el impe-

---

[45] *The speeches of Thucydides* en el libro *Essays and Adresses*, Cambridge 1907, p. 379.

rialismo ateniense, como hace Green[46], me parece un pobre recurso. Que entre la interpretación de Schwartz, con su tesis de un Tucídides apologeta desesperado de la política de fuerza tal como se refleja en el diálogo de los Melios, y la tesis de Stahl, que niega sencillamente al Tucídides político para hacerlo exclusivamente un «trágico», hay un camino intermedio, me parece, no sólo *a priori* demostrable, sino incluso muy verosímil. El propio Stahl reconoce en Tucídides al «descubridor de la historia política»[47].

Por lo pronto, Tucídides enjuicia, en raras sí, pero en claras ocasiones los hechos político-sociales que está historiando. Su afirmación taxativa de que la causa latente, pero profunda, de la guerra es el «temor» de Esparta al poderío de Atenas es ya una afirmación de importancia capital. Por otra parte, cuando el historiador habla de la obra política de Pericles no deja de señalar que la incapacidad de sus sucesores fue la causa central de la derrota de su patria. Y cuando en el libro III esboza la célebre *patología* de las revoluciones se revela como un agudísimo psicólogo y sociólogo que no cae muy lejos de un avisado político.

Naturalmente estos juicios no bastarían para hacer de Tucídides un teórico de la política, o,

---

[46] *Man in his pride*, Chicago 1950, pp. 24 y 43 y ss.

[47] *Op. cit.*, p. 19: «*Es ist auch m. E. richtig und sinnvoll... Thukydides als den Entdecker der politischen Geschichte zu sehen.*»

cuando menos, un hombre que posee sus propias ideas sobre el hecho político.

Afortunadamente, tenemos otros testimonios que nos permiten por lo menos, barruntar que nuestro historiador ha sabido calibrar bien la raíz del hecho bélico y sus implicaciones políticas. Ante todo, sabe, y ello es el tema de algunos de sus discursos, que la guerra es cuestión financiera [48]; que el político debe saber distinguir cuándo una exigencia del enemigo es pura propaganda y cuándo la cosa va en serio; que toda potencia debe cuidar muy mucho su propio prestigio [49]; que la unidad de «mando» es una condición básica para el triunfo [50]; que una planificación bien hecha es algo imprescindible para vencer; que el estadista debe saber aplacar los ánimos o excitarlos, según las circunstancias. Pero, sobre todo, Tucídides tiene ideas muy claras sobre la raíz y fuente del hecho político y de las relaciones interestatales: el propio interés, y, en última instancia, la fuerza y el derecho.

Shorey [51] ha definido las ideas básicas de Tucídides en materia política como «positivismo ético e intelectualismo». Por positivismo ético entiende el filólogo americano el principio según el cual la naturaleza y la conducta del hombre están de-

---

[48] Cfr. *Tuc.*, I, 141.

[49] *Tuc.*, VI, 11, 1.

[50] *Tuc.*, I, 141, 7.

[51] *Implicit Ethics and Psychology in Thucydides*, «Trans. Am. Phil. Ass.» 24 (1893), p. 66 y ss.

terminados por su medio físico y social y por un número elemental de apetitos y deseos. Por intelectualismo se entiende la constante preocupación por el papel de la razón.

El principio del «positivismo ético» posiblemente sea un préstamo que Tucídides haya realizado a las ideas hipocráticas. El tratado *Sobre los aires, aguas y lugares* es un loable esfuerzo por deducir, del medio ambiente, la estructura física y mental de los diversos pueblos. No es improbable que Tucídides haya realizado una inteligente, y parcial, trasposición de los principios hipocráticos al campo de lo social. Ahí están, como ejemplo, las famosas etopeyas de Atenas y Esparta en el discurso de los Corintios en el libro primero, y que, en buena parte, explican la actitud de ambos pueblos antes y durante la guerra. La idiosincrasia de Atenas la impele a una incansable «actividad» (término bajo el cual, en Tucídides, se esconde la idea de «imperialismo»); la de Esparta a una lentitud en entrar en acción.

Pero por debajo de esos rasgos secundarios de la naturaleza humana se halla el móvil natural: la utilidad, la ambición de poder. Y el principio de la «φύσις» que explica que el fuerte se imponga sobre el débil.

En la base de esas ideas tucidídeas se halla su profundo sentido realista. No es un idealista a lo platónico, aunque tampoco hay que ver en él un defensor de la idea del *superhombre* como pretenden algunos.

Hombre profundamente enraizado en ideas de su tiempo, ha realizado una profunda inducción, aplicando a la naturaleza humana los móviles que, en su generación, se consideraban básicos en la idea del hombre [52]. Pero de ahí a defender, como algunos han hecho, que Tucídides era un apasionado defensor de la ley del más fuerte y de las posiciones más extremistas hay ciertamente un paso, y no pequeño. Basta leer sus reflexiones sobre las consecuencias de la lucha de partidos, en el libro III, para darse cuenta de que condena ese radicalismo de la generación que le siguió.

Pero para poder emitir un juicio válido sobre las ideas políticas de Tucídides, o, mejor, para definir con rasgos objetivos la actitud de nuestro historiador ante el fenómeno del poder es menester que nos detengamos un poco a analizar el clima cultural en que se formó, y, sobre todo, que realicemos un estudio pormenorizado de los pasajes más importantes que se aducen cuando se pretende elaborar un esbozo de las ideas de Tucídides. Por lo pronto no hay que olvidar un hecho

---

[52] Sobre el problema de la *utilidad* de la *Historia* tucidídea, que no podemos tocar aquí, cfr. J. de Romilly, *L'utilité de l'Histoire selon Thucydide,* en *Histoire et historiens dans l'Antiquité,* Entretiens sur l'Antiquité, Ginebra, Fondation Hardt 1956, p. 39 y ss. Gomme, *A Historical commentary on Thucydides,* Oxford, I, 1959, nota a I, 22, 4, insiste en las profundas diferencias que separan la concepción tucidídea y la polibiana de la utilidad de la historia. Que éste era un principio básico de la historiografía helenística lo demostró P. Scherer, *De hellenistica historiae conscribendae arte,* Dis. Leipzig 1911, p. 72 y ss.

que creemos fundamental: como ocurre con una obra dramática, los personajes que intervienen en la *Historia* de Tucídides exponen diversos puntos de vista sobre cuestiones varias que, *a priori*, pueden no coincidir con las ideas del autor. Es muy cierto que en la mayoría de los discursos hallamos defendida, a veces con harto cinismo, el principio de la ley del más fuerte, el naturalismo sofístico de acuerdo con el cual la existencia no es sino una enorme selva en la que el hombre es un lobo para el hombre. Es cierto también, como ha señalado Romilly [53], que la *Historia* tucidídea nos presenta un mundo *«régi par des passions égoïstes et semé de cruauté, dont le sujet est une guerre doublée de guerres civiles, s'accompagnant d'une déchéance morale progressive et ménant à une defaite»*. Nadie negará, además, que los oradores tucidídeos suelen expresarse con un gran desparpajo cuando, al referirse a las tendencias más profundas del alma humana, se habla del poder, del egoísmo, de la «ley natural». La ambición de los Estados, la búsqueda de la propia seguridad y el propio interés, a costa, no pocas veces, de la seguridad de los demás, es tema constante en su obra. Pero queda en pie el problema fundamental: ¿hasta qué punto era solidario Tucídides de este ambiente que se fue formando en Grecia, especialmente en Atenas, a lo largo de la

[53] *Art. cit.* en nota 38.

gran crisis espiritual que presidió los últimos decenios del siglo v?

Que la cuestión no es fácilmente soluble lo delata ya, por lo pronto, la falta de unanimidad a la hora de establecer un balance definitivo de lo que cabría llamar el *speculum mentis* del autor. Hace un momento apuntábamos el hecho al señalar cómo podían juzgarse de forma contradictoria las ideas políticas de Tucídides. Intentemos ahora avanzar un poco más.

La tendencia a hacer del historiador de la guerra del Peloponeso un político realista a ultranza que pone en labios de sus personajes ideas propias, y cuyo concepto del poder como móvil básico de la naturaleza humana constituye el fundamento de su credo sobre la conducta del hombre y de los Estados es, según vimos, bastante antigua: «Tucídides —ha dicho recientemente Woodhead [54]—, en su aproximación al problema del poder político y sus efectos en la historia en general..., se halla en los comienzos de un dilatado proceso histórico-filosófico.» Y en este largo proceso, son importantes eslabones de la cadena hombres como Maquiavelo, Hobbes, Nietzsche, por mentar sólo figuras representativas. Pues bien, los críticos que han sostenido la tesis de un Tucídides apologeta y teórico de la doctrina de la «fuerza» no se cansan de señalar puntos de contacto, a su juicio innegables, entre las doctrinas tucidídeas y deter-

[54] *Thucydides on the nature of power*, Cambridge, Mass. 1970, p. 10 y ss.

minar ideas de algunos políticos que «se inspiran» en la obra del historiador. Shorey[55], al comentar la tesis de Diodoto con respecto a los móviles elementales de la naturaleza humana, tras definir como tucidídea la doctrina de la ley del más fuerte sostenida por los delegados de Atenas ante Melos, anota: «La conexión de cinismo y doctrina de la necesidad en Tucídides no es accidental», y cita estas palabras de Maquiavelo: «*Perché gli uomini in sostanza sono sempre gli stessi ed hanno le medessime passioni: così quando le circunstanze sono identiche, le medessine cagioni portano i medessimi efetti, e quindi gli stessi fatti debbono suggerire le stesse regole di condotta.*»

Tampoco han dejado de señalar los críticos antes mentados sorprendentes paralelismos con Hobbes. A propósito del ἔρως elemental de la naturaleza humana que tiende necesariamente al poder, de acuerdo con ciertas expresiones de algunos personajes tucidídeos, no dejan de aducir algunos pasajes del filósofo inglés, quien, por ejemplo, se expresa del modo siguiente en un pasaje del *Leviathan*[56]: «En primer lugar, yo pongo como general inclinación de toda la humanidad, un perpetuo e incesante deseo de poder tras poder, que sólo cesa con la muerte.»

Ya desde finales del siglo pasado fue abriéndose paso la tesis según la cual las doctrinas «realistas» que sostienen algunos personajes tucidídeos eran,

---

[55] *Art. cit.* en nota 51.

[56] *Leviathan,* XI.

en realidad, ideas del propio historiador. Gomperz[57], al comentar el diálogo de los Melios, afirma sin ambages que «el realismo político tan crudamente expresado traduce los sentimientos del propio Tucídides». Tras las huellas de Gomperz, W. Nestle, en un artículo aparecido en 1914[58], hizo un balance de las ideas que Tucídides debe a las corrientes sofísticas, en especial en el campo de la lengua y el estilo; pero en otro trabajo posterior[59] ya no se contenta con esta sencilla idea; ahora convierte ya a Tucídides en un defensor de las doctrinas realistas, y presenta a nuestro historiador como un auténtico precursor del Calicles platónico.

Cabe no olvidar las circunstancias que motivaron la aparición de estos estudios de Nestle (la primera guerra mundial), circunstancias que, según hemos visto, estimularon, asimismo, la aparición del famoso libro de E. Schwartz. Sin embargo, cuando nos acercamos con cierta cautela a la obra tucidídea, no podemos dejar de observar ciertos hechos que invitan a una prudente reflexión y a juicios menos radicales.

Ante todo es importante no perder de vista que cuando Tucídides, en un pasaje con razón famoso (III, 82 y s.), analiza las consecuencias morales

---

[57] *Griechische Denker*. Citamos por la versión francesa, *Les penseurs de la Grèce*, Lausana II (1905), p. 27.

[58] *Art. cit.* en nota 1.

[59] *Politik und Moral im Altertum*, «NJb» 41 (1918), p. 225.

de la guerra civil de Corcira y reflexiona sobre el impacto que tales fenómenos causó en la psicología y la moral de su tiempo, adopta un punto de vista muy claro y definido: se trata, sin ningún género de duda, de una decadencia social, decadencia que sólo tiene sentido formular desde una posición contraria a la que el historiador está describiendo: «La causa de todos esos males —escribe el historiador[60]— era el deseo de poder inspirado por la ambición, y, como resultado de estas pasiones, al surgir las rivalidades de partido, el fanatismo... Y así, a consecuencia de las sediciones, la maldad tomó en Grecia toda clase de formas: la ingenuidad, que es el elemento básico de la hidalguía, desapareció, convertida en el hazmerreír, y se impusieron los antagonismos y la falta de confianza.» Y antes había dicho ya, a propósito de los mismos hechos: «Llegaron incluso, para justificar sus actos, a cambiar el sentido normal de sus palabras: la audacia irreflexiva era tenida como el valor propio del camarada leal; la vacilación prudente, excusa del cobarde; la prudencia, máscara del infeliz»[61].

Observaciones parecidas podemos hacer con respecto a la ruptura con la piedad tradicional, que fue secuela de la desmoralización provocada por la peste. He aquí el comentario del historiador: «La peste introdujo, asimismo, en la ciudad otros desórdenes más graves: los hombres iban

---

[60] *Tuc.*, III, 82 y ss.

[61] *Tuc.*, III, 82, 3.

a la caza, con especial descaro, de los placeres que antes les infundían cierto pudor. Y es que veían tan bruscos cambios... Y así, considerando igualmente efímeras la vida y la riqueza, creían tener que gozar rápidamente de ellas... Y no les retenían ni el temor a los dioses ni las leyes humanas, pues al ver que morían todos indistintamente, creían que era indiferente honrar o no a los dioses...»[62].

¿Será, entonces, Tucídides un espíritu piadoso a lo tradicional, fiel a las normas patriarcales, defensor de la religión y de unas ideas periclitadas en su propio tiempo, como con cierta precipitación sostuvo hace años Classen, y como tiende a insinuar en un trabajo más reciente H. Flashar?[63]. Tampoco esta actitud puede explicar, creemos, toda la problemática de la cuestión. Tucídides no es, evidentemente, un Sófocles. Su espíritu es profundamente crítico, aunque no deja de percibir la profunda tragedia inherente a la naturaleza humana. Pero, formado en el ambiente de la ilustración, imbuido de las principales ideas que informan el profundo cambio espiritual que significó, en su época, la sofística, y armado con estos nuevos medios para analizar la conducta del hombre y de la sociedad, ha reflexionado profundamente sobre el hecho del poder, de la guerra, del imperialismo. Que el imperio ateniense constituye

---

[62] *Tuc.*, II, 52.

[63] Classen en la 4.ª edición, p. XLIII. H. Flashar, *Der Epitaphios des Perikles*, Heidelberg 1969, p. 44 y ss.

el centro focal de toda su *Historia*, es una tesis que ha puesto en claro Romilly en su conocido libro [64]. Pero este imperialismo ha provocado, de un lado, la guerra que constituye el objeto primario de su obra histórica; y el poder, la ambición de mando, es el móvil psicológico que provocó el estallido de esta misma guerra cuyos avatares trató de explicar Tucídides. Poder, imperio y guerra, son, pues, los tres objetos a estudiar en la obra de nuestro historiador.

Que Tucídides, pues, ha reflexionado mucho y largamente sobre el fenómeno del poder, es un hecho claro. Una buena parte de los discursos de su *Historia* hablan del tema. Pero no queda excluido que frente al poder está, para Tucídides, la justicia. Esto creemos que ha quedado bien claro después del reciente libro de Woodhead [65], pese a las objeciones que pueden hacerse a este trabajo. En un estimulante libro sobre Maquiavelo ha escrito L. Strauss [66] las siguientes palabras: «Los lectores contemporáneos encuentran en ambos autores el mismo *realismo*, es decir, la misma negación del poder de los dioses y de la justicia...» Hasta aquí, la tesis de Strauss sigue la línea tradicional de pensamiento, tal como hicieran Gomperz, Nestle y, más recientemente, Reinhardt [67].

---

[64] *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París 1951². Hay traducción inglesa.

[65] *Op. cit.* en nota 54.

[66] *Thoughts on Machiavelli* (1958), p. 292 y ss.

[67] *Thukydides und Machiavelli*, en *Die Krise des Helden*, Munich 1962, p. 52.

Pero añade el autor a continuación: «Sin embargo, Tucídides jamás pone en duda la superioridad intrínseca de la nobleza frente a la villanía, superioridad que se manifiesta particularmente cuando el noble es destruido por el villano.»

Exacto. Aquí radica la fundamental diferencia entre los espíritus amorales y la serena actitud, no exenta de un notable espíritu crítico, que preside los juicios de Tucídides, aunque estos juicios no siempre están expresados por Tucídides en forma directa. Por ello ha podido escribir, y creemos sinceramente que con razón, Woodhead en el libro antes citado: «Lo que introduce el nuevo factor es la forma en que el poder es ejercido, si lo es por medios honorables o deshonrosos, con fines buenos o inconfesables»[68].

[68] *Op. cit.*, en nota 54, p. 15.

II. ETICA Y POLITICA: AYER Y HOY

¿Será verdad que es perfectamente indiferente para las exigencias éticas que a la política se dirigen, el que ésta tenga como medio específico de acción el poder, tras el cual está la violencia?

MAX WEBER

La vida humana entera está entrecruzada de relaciones de poder y de rivalidad.

EDUARD SPRANGER

Siendo, como es, un principio natural el que el débil sea dominado por el fuerte...

TUCÍDIDES

1.

La pregunta que debemos intentar responder a lo largo de este capítulo no es ciertamente fácil. Por lo pronto, he aquí una primera dificultad: ¿Cómo hay que entender el contenido mismo del interrogante *Tucídides, hoy?* Tras una primera reflexión, podría suponerse que se trata de ofrecer un panorama de los estudios que la filología clásica ha consagrado al genial historiador de la guerra del Peloponeso. Trazar lo que, en nuestra terminología, entendemos por «una puesta al día del problema». Pero al hacer tal cosa, aun procurando saltar los límites que a esta tarea deberíamos señalar, tan sólo conseguiríamos movernos en un terreno erudito, o, cuando menos, puramente informativo. Si, por el contrario, procuramos centrar nuestro tema en lo que de vivo pueda haber, en nuestro tiempo, en la obra y el pensa-

miento de Tucídides, nos amenaza el peligro de perdernos en subjetivismos o, cosa aún peor, en paralelismos harto discutibles, cuando no claramente anacrónicos.

Y, sin embargo, estoy plenamente convencido de que, en última instancia, no nos es lícito escamotear, por lo menos en sus líneas generales, los grandes intereses y las preocupaciones que la reflexión de los estudiosos han planteado en torno al historiador ático. Y ello por una razón que creo indiscutible. Cada generación debe replantearse en la medida de sus posibilidades el sentido y el valor de los clásicos, intentar verlos a la luz de las propias experiencias, enfrentarse, con sinceridad y honradez, con su obra y su pensamiento. En otras palabras: interpretarlos bajo el prisma del *hic et nunc*, de las coordenadas temporales y espaciales en que nos movemos y vivimos. Verlos, en suma, al trasluz de nuestra propia circunstancia. Porque los clásicos, precisamente por serlo, hablan en una especie de mensaje cifrado cuyas claves hermenéuticas son distintas para cada generación, para cada período histórico. De suerte que en cada época se procura hallar en los clásicos una respuesta distinta, que varía a tenor de los problemas que tienen planteados los hombres que se enfrentan con el clásico en cuestión. De ahí que un elenco de lo que interesa, hoy por hoy, a la investigación en torno a Tucídides, ilustrará, en no pequeña medida, nuestras propias preocupaciones.

Lo que primero cabe destacar es que el problema de la génesis de la obra, o, dicho en otros términos, la famosa «cuestión tucidídea», no interesa ya como interesó en los dos primeros tercios de siglo. Tras los libros de Schwartz[1] y de Pohlenz[2], seguidos de la obra de Schadewalt[3], sobre la cuestión, y, sobre todo, después del cerrojazo que dio a la cuestión Patzer, prácticamente puede afirmarse que el problema de si Tucídides escribió su obra en diversos momentos, cambiando de punto de vista en cada uno de ellos, o de una sola vez, ha dejado de interesar. Las investigaciones y las interpretaciones se mueven por terrenos menos movedizos[4]. ¿Qué interesa, pues? Por lo pronto, un punto central y básico: ¿Cómo se comporta, Tucídides, en su calidad de historiador? La pregunta no es, ciertamente, arbitraria. Desde Littré, en 1839, se había establecido como principio inconmovible que la producción histórica de Tucídides era una obra «científica», inspirada en la medicina y la ciencia de su tiempo. O, de acuerdo con las palabras de Cochraine[5]: la *Historia*

---

[1] ED. SCHWARTZ, *Das Geschichtswerk des Thukydides*, Bonn 1919. Reeditado en 1969.

[2] *Thukydidesstudien*, «Nachr. Gött. Ges.» (1919), p. 96 y siguientes. *Kleine Schriften*, Hieldesheim 1965, II, página 295 y ss.

[3] *Die Geschichtsschreibung des Thukydides*, Berlín 1929.

[4] H. PATZER, *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydideische Frage*, Berlín 1937.

[5] *Thucydides and the science of History*, Oxford 1929, p. 2 y ss.

de Tucídides sería un genial intento por aplicar al estudio de la vida social los métodos de la medicina hipocrática, al modo como la historia moderna aplica, al estudio de la realidad social, los cánones evolucionistas de interpretación derivados de la teoría darwiniana. Tal interpretación, sin dejar de ser compartida, ha encontrado serios contradictores. Es cierto que aun en nuestro propio tiempo ha llegado a afirmarse que, en su concepción de lo que es el quehacer de un historiador [6], Tucídides se halla más cerca del siglo XX que de su propio tiempo; y que, como ha hecho Weidauer [7], la concepción inicial de Tucídides se modificó profundamente al entrar en contacto con la medicina hipocrática. Pero, por otro lado, hay claros indicios de que esta concepción, netamente positivista, está siendo revisada a fondo. Cuando en los primeros años de nuestro siglo, Cornford, en un revolucionario libro [8], niega a nuestro historiador la capacidad por entender la verdadera causa que provocó la guerra del Peloponeso [9], ¿qué está haciendo, sino reaccionar con-

---

[6] LORD, *Thucydides and the World war,* Cambridge, Mass. 1945, p. 216.

[7] K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratischen Schriften,* Heidelberg 1954.

[8] *Thucydides mythistoricus,* Londres 1907.

[9] Una de las cuestiones más candentes en torno a Tucídides es la determinación de las causas de la guerra del Peloponeso. La tesis básica de Cornford es que fue provocada por las presiones que sobre Pericles ejercía la clase mercantil del Pireo y Atenas. A partir de Cornford no hay historiador que no haya avanzado su propia tesis. En el apéndice bibliográfico del final de este libro

tra la tendencia a ver en Tucídides un historiador de talante positivista que sabe aislar los «hechos» con científica claridad? Tesis que, profundamente modificada, y planteada desde otro ángulo de visión, constituye la base del libro de Stahl en el que se señala la radical «tragicidad» de la concepción histórica de Tucídides [10]. Y acaso nada está tan lejos de la concepción positivista de la historia que la visión trágica de la misma [11].

Segundo punto de interés, y de un modo que cabría calificar de obsesivo: ¿Cómo ha visto Tucídides el imperio ateniense? ¿De qué manera lo ha juzgado? ¿Cuál es su actitud ante este fenómeno? En el interés por tan delicada cuestión se delata, sin ningún género de dudas, las experiencias de los hombres de nuestra generación. ¿No es sintomático que el primer estudio que se dedica, íntegramente, a tales cuestiones, date de 1948, esto es, de los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial? Tras este trabajo de Romilly [12], pionero en muchos aspectos, sigue una serie de estudios que, en uno o en otro aspecto, se ocupan del problema. Unas veces, como en

---

hallará el lector interesado un elenco de las principales explicaciones intentadas.

[10] *Thukydides. Die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess*, Munich 1966. Colección *Zetemata*.

[11] Sobre este punto cfr. J. ALSINA, en «Emerita» XXXVIII, 2 (1970), p. 342 y s.; HERTER, *Freiheit und Gebundenheit des Staatsmannes bei Thukydides*, «Hermes» 93 (1950), p. 139 y s.

[12] *Thucydide et l'imperialisme athénien*, París 1948. Hay traducción inglesa, Oxford 1963.

el caso del artículo de Ste. Croix[13], para sostener que, pese a la actitud negativa de Tucídides, el imperio ateniense gozaba de una gran popularidad entre sus mismos súbditos; otras veces para defender el punto de vista opuesto. La tesis del citado historiador inglés no dejó de provocar una enorme polémica, eslabones de la cual son los trabajos de Bradeen[14] y de Quinn[15], cada uno apuntando a metas distintas. No se trata aquí, ciertamente, de realizar una labor crítica de tales orientaciones, aunque no dejaré de manifestar que, en mi opinión personal, el dominio ejercido por Atenas sobre su imperio no debió de ser aceptado con demasiado entusiasmo[16].

La actitud de Tucídides frente al imperio está íntimamente relacionada con su posición ante el régimen democrático imperante en su tiempo en Atenas. De rechazo, el tema se conecta con la concepción tucidídea del estadista ideal. También aquí la crítica ha realizado considerables modificaciones en los puntos de vista y en los enfoques.

---

[13] G. E. M. de Ste. Croix, *The character of the Athenian Empire*, «Historia» III (1954-55), pp. 1-41.

[14] Bradeen, *The popularity of the Athenian Empire*, «Historia» IX (1960), p. 257.

[15] T. J. Quinn, *Thucydides and the unpopularity of the athenian Empire*, «Historia» XIII (1964), p. 257 y s.

[16] En general, sobre el tema, cfr. últimamente, R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford 1972. Para aspectos concretos, sobre todo la tendencia de Tucídides a poner de relieve los aspectos «realistas» de este imperio, frente a la propaganda oficial de Atenas, H. Strassburger, *Thukydides und die politische Selbstdarstellung der Athener*, «Hermes», 86 (1958), p. 14 y s.

Hubo un momento en que Tucídides fue presentado como un demócrata exaltado, como un militante del partido que, en sus tiempos, estaba en el poder. El mismo discurso fúnebre en honor a los caídos que inserta el historiador en el libro segundo de su obra se interpretaba como un canto de gloria a la democracia, como un himno [17], como un sueño digno del genio ático [18] o, simplemente, como apuntaba recientemente en un amplio comentario al texto Kakridis [19], como un documento para explicar a la generación que había nacido después de la crisis de Atenas, la grandeza prístina de la patria. Hoy las cosas han cambiado, al menos en ciertos detalles. Por lo pronto, ya era algo extraño que un exaltador de la democracia dedicara un elogio tan formal al régimen establecido por Terámenes a raíz de la revolución «derechista» del año 411. Y los esfuerzos realizados por Donini [20] en la monografía dedicada al tema no acaban de resolver, ni mucho menos, todas las cuestiones. Al contrario. De la lectura del libro, que recoge en esencia todo lo que anteriormente se había dedicado al problema, se llega a la conclusión de que, *«non era ne un democratico ne un oligarca né un fautore della tirannia»* [21]. ¿Qué

[17] Así, POHLENZ, *Der hellenische Mensch*, Gotinga, s. a. (1947), p. 147.

[18] W. JAEGER, *Paideia*, II, p. 1.

[19] *Der thukydideische Epitaphios, ein stilistischer Kommentar*, Munich 1961.

[20] G. DONINI, *La posizione di Tucidide verso il governo dei Cinquemila*, Turín 1969.

[21] *Op. cit.*, p. 21.

era entonces nuestro historiador? Posiblemente un espíritu que se hallaba a medio camino entre la democracia y la oligarquía[22]. Un hombre que amaba y deseaba, en política, la eficacia y la autoridad, el realismo. Por ello, aunque hijo de una familia noble, pudo adherirse a los puntos de vista políticos de Pericles y atacar tan duramente a sus sucesores, cuya política no siempre supo comprender enteramente.

Y punto complementario: ¿Cuál era la concepción que del estadista tenía nuestro historiador? He aquí un aspecto de la obra tucidídea que ha merecido interesantes estudios, aunque no todos coincidan en las conclusiones. Uno de los primeros filólogos que, en nuestro siglo, se ocupó con profundidad y extensión del problema fue Bender[23]. Pero el estudio del mencionado crítico se limitaba a detectar las notas que debía tener, en la mente de Tucídides, todo estadista, notas que hallaba explicitadas en el famoso segundo discurso de Pericles en el libro II y que cabría sintetizar con los siguientes términos: ideas, elocuencia, patriotismo, incorruptibilidad. La problemática central, esto es, si en el pensamiento de Tucídides, la inteligencia y capacidad de cálculo es capaz de imponerse por encima de los caprichos del destino o del azar, sólo algunos años más tarde fue abor-

---

22 Cfr. MAC GREGOR, *The politics of the historian Thucydides*, «Phoenix» (1956), p. 93 y s.

23 En su trabajo, *Der Begriff des Staatsmannes bei Thukydides*, Würzburgo 1938.

dada. Cabe mencionar aquí algunos trabajos señeros de Herter[24], Romilly, Stahl, que se plantean, con resultados divergentes, cierto es, la problemática de la tragicidad, o no, de la libertad y de las limitaciones del estadista. A su lado, los estudios concretos sobre determinados estadistas[25] sólo deben mencionarse por mera curiosidad[26].

Mas no podemos detenernos más tiempo en esta temática, que nos alargaría considerablemente sin permitirnos hablar de otros aspectos que creemos lo merecen. Basta lo dicho para ofrecer un buen panorama de los centros que ocupan el interés la obra de Tucídides, hoy[27].

2.

Justificada o injustificadamente, traicionando o no las reales intenciones, buena parte de los his-

---

[24] HERTER, *art. cit.* en nota 11; ROMILLY, «Rev. des Etud. grecques» (1965), p. 551; STAHL, *op. cit.* en nota 10.

[25] Sobre el Cleón de Tucídides, cfr. A. G. WOODHEAD, *Thucydides' Portrait of Cleon,* «Mnemosyne» (1960) página 289 y s.

[26] Sobre algunas de las figuras políticas de Tucídides, cfr. en general, W. R. CONNOR, *The new politicians of the Fifth-Century Athens,* Princeton 1971 (con ciertas tesis muy discutibles); y en particular, WESTLAKE, *Individuals in Thucydides,* Cambridge 1968.

[27] Una recopilación de varios trabajos sobre Tucídides puede verse ahora, en la colección alemana *Wege der Forschung,* el tomo *Thukydides,* editado por Herter (Darmstadt 1968). Cfr. el apéndice bibliográfico del final de este libro.

toriadores y pensadores occidentales han visto en Tucídides, el gran historiador de la guerra del Peloponeso, al descubridor de unas leyes generales de acuerdo con las cuales se rigen no ya tan sólo las grandes conflagraciones bélicas, sino, también, el mismo ritmo de la Historia. Eso es verdad, especialmente, de aquellos historiadores que tienden, ante todo, a afirmar la esencial identidad entre pasado y presente; de quienes, poniendo entre paréntesis los elementos particulares, individuales, de los hechos históricos, ponen de relieve las grandes líneas ideales, paradigmáticas, del acontecer histórico. En una palabra, los críticos que sostienen que el conjunto de acontecimientos humanos que llamamos Historia es, en última instancia, un fenómeno de repetición, y que, al hablar de la historia humana, pueden aplicarle la doctrina del «eterno presente», por usar la expresión de W. Deonna, o «el eterno retorno», si preferimos la expresión de Mircea Eliade.

Esa actitud no la hallamos tan sólo entre los pensadores contemporáneos. Puede hallarse en todos los tiempos y en todas las latitudes. Ya Polibio pudo inspirarse en el gran historiador para elaborar su teoría de la historia pragmática; Alfonso V de Aragón ordenó en varias ocasiones que se copiara su obra, con ánimo de leerla y estudiarla; Carlos V no deja nunca su ejemplar de Tucídides cuando parte hacia numerosas campañas bélicas en las que se vio envuelto; Maquiavelo —lo ha puesto últimamente de relieve

K. Reinhardt[28]— es un auténtico discípulo de Tucídides, y se ha inspirado, en no pocas ocasiones, en el gran historiador para establecer su filosofía del poder, que se basa, como señalara el propio Tucídides, en la unidad psicológica de la naturaleza humana. «Si consideramos los sucesos actuales y los del pasado —ha escrito el historiador florentino— se reconoce sin dificultad que en todos los Estados y en todos los pueblos hay siempre los mismos deseos y la misma complexión, de suerte que es fácil, para quien analiza los acontecimientos pasados, prever los que sucederán en cada Estado y prever los remedios que aplicaron los antiguos»... [29].

Una actitud semejante hallaremos en Hobbes, en Michel de l'Hôpital, y ya en nuestra propia época, toda una escuela de filólogos, a cuya cabeza se encuentran Schwartz y Regenbogen[30], señalan que Tucídides debe verse a la luz de sus propias intenciones de convertirse en maestro de políticos. «Tucídides escribe como político para políticos», ha dicho Regenbogen acuñando una fórmula que es válida para una buena parte de autores que han pretendido ver en su *Historia* un auténtico manual en el que hallar las normas de conducta del estadista.

---

[28] Cfr. últimamente, *Die Krise des Helden*, Gotinga 1962, p. 52 y ss.

[29] *Discursos*, III, 43.

[30] *Thukydides als politischer Denker*, «Gymnasium» 44 (1933), p. 10, reproducido en el tomo sobre *Thukydides* citado en la nota 27.

En realidad es posible establecer dos grupos diferenciados a la hora de clasificar a los espíritus que ven en Tucídides al maestro de las futuras generaciones. De un lado, aquellos que buscan, en la obra del historiador, lo que cabría llamar las leyes de los grandes conflictos bélicos; de otro, quienes, ampliando mucho más la perspectiva, ven en Tucídides al filósofo o al sociólogo de la historia. Para los primeros la lectura de la *Historia de la guerra del Peloponeso* ofrece una serie de paralelismos entre las vicisitudes de la guerra historiada por el ateniense y los hechos bélicos posteriores. Para los segundos se trata de aprender de Tucídides, ante todo, una metodología, un enfoque, un análisis de las fuerzas que determinan el acontecer histórico en sus principios generales. También de uno y otro tenemos ejemplos innumerables en nuestra propia época.

Al terminar la primera guerra europea salieron de las prensas de todo el mundo libros que ponían de relieve lo que podríamos llamar la «contemporaneidad» de Tucídides. Eran libros nacidos de hondas experiencias personales acumuladas a lo largo de la contienda; libros que se proponían ilustrar los grandes principios que determinaron el estallido de la guerra; analizar las causas del conflicto a la luz de lo que ya entonces empezaba a llamarse la «primera guerra europea de occidente». O, simplemente, establecer determinados paralelismos entre hechos de armas de la guerra del 14 y otros semejantes del conflicto entre Ate-

nas y Esparta. Bethe[31], en efecto, publica, cuando aún la guerra no había concluido, un artículo en el que el filólogo analiza la contienda de Atenas y Esparta, a la luz de la guerra mundial. Thibaudet[32] publica un libro parecido, y W. Deonna[33] analiza en un artículo memorable algunos paralelismos —a veces harto superficiales— entre las dos guerras.

Lo mismo cabe decir de la segunda guerra mundial. En 1945 publica Lord un trabajo significativamente titulado *Tucídides y la guerra mundial*[34] y muy recientemente Woodhead[35] nos ha ofrecido un libro sobre Tucídides en el que, aparte insistir sobre «*the perpetual contemporaneity of thucydidean study*», señala que su estudio ha salido de sus reflexiones sobre el mundo tal como estaba estructurado en 1967-68; «*the America of Lyndon Johnson, the Britain of Harold Wilson, the France of Charles de Gaulle, the China of Mao-Tse-tung, the Russia of Leonid Brezhnev and Alekesi Kosygin*».

Nadie negará, posiblemente, que el principio «*Historia magistra vitae*» sea un método legítimo de abordar la reflexión sobre el pasado. Sin pos-

---

31 «NJb» (1917), p. 2 y ss.

32 *La campagne avec Thucydide*, Ginebra 1922.

33 *L'éternel présent*, «Rev. des Etud. grecques» 35 (1922), p. 1 y ss.

34 *Thucydides and the World War*, Cambridge, Mass. 1945.

35 *Thucydides on the nature of Power*, Cambridge, Mass. 1970.

tular, que la esencia del acontecer histórico sea la repetición, el ciclo, el eterno retorno, no es posible, por otra parte, negarse a aceptar que, en determinados casos, uno no puede menos de sorprenderse de las analogías que ciertos hechos históricos patentizan entre sí. Cuando leemos, en cualquier narración contemporánea, la terrible campaña de Rusia, sea de Napoleón, sea la de Hitler, ¿podemos sustraernos a la sugestión de evocar, mentalmente, las duras observaciones que Tucídides hace a propósito de la campaña de Sicilia en el comienzo del libro VI? Y no se trata simplemente de paralelismos, digamos, anecdóticos. Cuando Tucídides pone en boca de Nicias que llevar la guerra a Sicilia es peligroso porque Atenas olvida que tendrá que sostener una guerra de dos frentes, ¿no nos parece estar oyendo a los posibles consejeros del canciller del Reich formulando las mismas advertencias? La creencia básica de Hitler —equivocada, como demostraron los hechos— de que los rusos se levantarían contra el comunismo, ¿no nos evoca las palabras de Nicias advirtiendo que toda Sicilia cerrará filas (ξυστήσεται) frente al invasor? ¿Es infundado comparar el desastre de Asinaros con Stalingrado, el trato dado a Mitilene y a Melos con la represión húngara, alemana o checoslovaca; la dirección que Atenas tiene de la política de su imperio con la doctrina de Brezhnev de la soberanía limitada? El odio que los súbditos de Atenas sienten por ella —y lo reconocen, realísticamente

sus mismos políticos, empezando por Pericles— es el mismo que sentirán los pueblos sojuzgados por una potencia imperialista moderna, como Alemania o la URSS.

Y para ilustrar, en última instancia, cómo se proyecta en el pasado hechos en cierto modo anecdóticos, diremos que acaba de salir de la prensa un libro cuyo autor, L. Losada, ha estudiado el típico *topos* de la «quinta columna durante la guerra historiada por Tucídides»[36].

Cuando leemos en Tucídides sobre el carácter «inevitable», «necesario» de la guerra, acuden a nuestra mente los esfuerzos que algunos de los presuntos responsables de la primera guerra mundial dicen haber hecho para evitarla: «Dios es testigo —afirma el kaiser Guillermo II en una carta dirigida a Hinderburg, una vez terminada ya la guerra, desde su exilio— que para evitar la guerra he ido hasta el último límite de lo que juzgaba compatible con la seguridad e integridad de mi querida patria»[37].

Estas palabras evocan, queramos o no, las de Pericles, cuando intenta convencer a Atenas de que el *ultimátum* presentado por sus enemigos no es sino un «pretexto» para obligarles a aceptar la responsabilidad de la iniciativa bélica. «Espero que ninguno de vosotros irá a creer que inicia-

---

[36] LOSADA, *The Fifth Column in the Peloponesian War*, Leiden 1972.

[37] Cfr. «Journal de Génève», 21 dic. 1921, y, en general, BOURGEOIS-PAGÈS, *Les origines et les responsabilités de la grande guerre*, París 1921.

ríamos la guerra por una bagatela si nos negamos a revocar el decreto megarense, pues ellos pretenden que si se revocara no habría guerra: que no os quede la más leve sombra de remordimiento de haber iniciado el conflicto por un hecho insignificante. Pues de esa aparente bagatela depende por completo la resolución y firmeza de vuestra decisión. Si ahora cedéis, mañana vendrán con imposiciones más duras, por creer que habéis cedido por miedo.» No menos sorprendente es el posible paralelismo que puede establecerse entre las consecuencias políticas, sociales, psicológicas de la guerra de los dos conflictos: Tucídides ha sabido describir con mano maestra la horrible exacerbación de las pasiones políticas a propósito de las guerras civiles —secuela de la guerra general— que estallaron, primero en Corcira, luego en el resto de Grecia. Como ha sabido descubrir la concatenación de causa y efecto entre la peste —otra secuela de la guerra— y la aparición de dos corrientes opuestas, pero psicológicamente emparentadas: la impiedad y la superstición. Los fenómenos naturales adquieren el carácter de admoniciones divinas. La creencia en los presagios se hace insistente: terremotos, eclipses, pestes, todo ayuda a provocar un clima de terror. Y, en última instancia, el refugio de la gente sencilla en el consuelo que les ofrece su religión: los oráculos, las profecías, el recurso a la oración.

Esa coexistencia de fenómenos tan opuestos puede, asimismo, comprobarse en la época mo-

derna: ¿No es significativo que, después de las grandes contiendas mundiales, hayamos asistido a fenómenos parecidos? La primera guerra mundial trajo consigo el redescubrimiento de Kierkegaard y, con él, la aparición de la filosofía existencialista.

Y, en la postguerra última, la literatura del absurdo ha sido, sin duda, uno de los hechos más significativos que hemos vivido. Si la obra de Spengler representa en el campo de la filosofía de la historia la negación más radical de las tendencias historiográficas, propugnando una especie de nihilismo cultural, paralelo a las grandes convulsiones socio-políticas (el marxismo, la revolución soviética), el irracionalismo es uno de los grandes resultados de la segunda contienda. La guerra ha sido, como afirmara Tucídides, un maestro de violencias; con ella se producen las más terribles subversiones de valores. De ellas suele nacer un mundo nuevo, no necesariamente mejor, por supuesto, que el que le ha precedido...

3.

¿Cómo ve al historiador Tucídides nuestro siglo XX? Profundicemos algo más lo que antes decíamos: Porque es indudable que cada generación está capacitada para ver el pasado bajo una luz distinta. Hemos aprendido que la aprensión del pasado no es una operación intelectual que

permita aclarar, de una vez para siempre, su sentido completo. La tarea del historiador —es el gran descubrimiento de la historiografía contemporánea— consiste en aportar, quiera o no, una determinada perspectiva a la hora de intentar la comprensión de los hechos históricos. Y a la elaboración de esa perspectiva coadyuvan los coordenados históricos, en que se mueve el propio historiador. Y el siglo XX ha sido pródigo en hechos importantes, sociales, económicos, políticos, espirituales, suficientes de por sí, para permitirnos ver, bajo una luz distinta, la historia de la guerra del Peloponeso, y, *a fortiori*, de su gran historiador. Vamos, pues, a intentar, en breve y apretada síntesis, seguir los pasos de la interpretación actual del historiador Tucídides.

Comencemos por una simple constatación: Hace algunos años apareció un breve trabajo de H. Flashar que lleva el sencillo título de *Der Epitaphios des Perikles*[38]. Pero tan pronto se han pasado las primeras páginas de ese breve trabajo (56 páginas en total) nos damos cuenta de que estamos asistiendo a una nueva valoración, a un nuevo enfoque del famoso discurso que Tucídides ha puesto en boca del gran estadista en el segundo año de la guerra. Si el *logos epitafios* de Pericles había sido considerado, prácticamente sin excepciones, hasta entonces, como un auténtico himno a la democracia ateniense, al estadista genial que

[38] *Sitzungb. der Heidlb. Akad. der Wiss. (Phil.-hist. Klasse)*, Heidelberg, Winter 1969.

intentó elevar a Atenas al cenit de su poder y de su gloria, o, cuando menos, era un desesperado intento del historiador para evocar, a las generaciones jóvenes de la postguerra, la grandeza de los ideales por lo que Atenas fue a la guerra, estamos ahora en presencia de una demoledora crítica interpretativa que pretende sostener que, de hecho, el *logos epitafios* no es ni más ni menos que una condena formal de Pericles como responsable de la guerra, y por consiguiente, de la derrota. Pericles, un fracasado: tal es la tesis sostenida por el filólogo alemán.

Sin que podamos detenernos en los pormenores de la tesis de Flashar, sí conviene poner de relieve que el argumento básico en que se apoya el autor es que el discurso fúnebre de Pericles, escrito después de la derrota del 404, y en el que el político insiste en que, bajo su dirección, Atenas se ha convertido en una entidad que se basta para la paz y para la guerra, tenía que sonar a ironía en los oídos de la generación contemporánea de la derrota; en una palabra: que la política periclea había resultado un fracaso.

Posiblemente esta afirmación, que no vamos aquí a discutir, sea sintomática a la hora de estudiar la valoración y el juicio que el siglo XX, en sus manifestaciones actuales, ha dado de nuestro historiador. Para comprender en todo su alcance el sentido de la tesis de Flashar, y, sobre todo, para entender la completa inversión que se ha producido en los últimos años respecto a la

actitud de Tucídides frente a Pericles, debemos trasladarnos mentalmente a los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial. Ahora, en efecto, asistiremos a un curioso fenómeno de trasposición de los sentimientos de determinada filología a la situación, aparentemente paralela, que se dio en Atenas a raíz de la derrota del 404.

En efecto: En 1919 aparece en Alemania un libro de Schwartz[39] que habrá de señalar la pauta de toda la interpretación moderna de Tucídides como pensador político hasta los años de la postguerra de la segunda conflagración mundial.

E. Schwartz era un filólogo clásico que se había formado en los últimos decenios del siglo XIX, alimentado por los ideales de la Alemania del II Reich. Como todos los hombres de su generación, el terrible impacto de la guerra europea hizo profunda mella en su espíritu. Y no es aventurado barruntar que, como a muchos compatriotas suyos, la derrota de su patria frente a las potencias aliadas tuvo que afectarle hondamente. Pues bien, en 1919 aparece un libro que, bajo la apariencia de la más objetiva y fría metodología filológica, ocultaba todo el dolor y la pasión del patriota que ha visto a su patria derrotada y maltrecha. Parte del libro de Schwartz da una serie de observaciones concretas relativas a la obra tucidídea: sobre todo, concentra toda su atención en la serie de los cuatro discursos pronunciados en

[39] *Das Geschichtswerk des Thukydides*, ya citado.

el primer libro de Tucídides, en ocasión de la primera asamblea de la Liga peloponesa convocada a instancias de Corinto, que se ve amenazada por Atenas. Del análisis minucioso de esta parte de la obra tucidídea llega el filólogo alemán a la conclusión de que, en esta serie de cuatro discursos estamos en presencia de partes redactadas en épocas distintas; que el autor ha introducido una serie de modificaciones en lo que podríamos llamar el borrador de la obra y que, el editor, que encontró los materiales sin separar, los editó conjuntamente, cuando era claro, según Schwartz, que Tucídides había pensado suprimir partes redactadas para ser sustituidas por otras redactadas posteriormente.

Pero, ¿por qué este deseo hipotético del historiador? Sencillamente, porque Tucídides, en el curso de la redacción, cambió repentinamente de perspectiva. En efecto, según el filólogo alemán, la *Historia* de Tucídides ha sido redactada en dos momentos decisivos: de una parte, tenemos un primer esbozo en el que la tesis central era que la responsable de la guerra había sido Corinto; fue este Estado quien arrastró a Esparta a una guerra que ella no deseaba. Así, quedaría aclarada una cosa: de la serie de los cuatro discursos del libro I, habían sido redactados primero el discurso de los corintios y la débil respuesta de Arquídamo. Las palabras de los embajadores de Atenas y las del Eforo Estenelaidas no figurarían en la primera redacción.

Pero, ¿qué ocurrió después, para que el autor se decidiera a realizar las modificaciones a que nos estamos refiriendo? Sencillamente, que en su ánimo se había producido una profunda experiencia que le obligó a replantear bajo otra luz todos los hechos de la guerra. Vamos a dejar la palabra al propio Schwartz para que nos explique su hipótesis: «Al principio, conformándose a su observación inmediata de los acontecimientos y a la visión personal de los asuntos lacedemonios, obtenida durante su residencia en el Peloponeso después del año 421, vio la causa de la guerra en el odio acumulado contra Atenas entre sus vecinos más próximos. Los de Mégara, Egina y, sobre todo, los comerciantes corintios, a quienes el espíritu emprendedor de la democracia ateniense iba arrebatando una tras otra sus posiciones, intrigaron y azuzaron a unos y otros hasta conseguir ganar a Esparta para su causa. Sin esas intrigas habría sido posible una inteligencia entre Atenas y la política espartana, poco deseosa de guerra. De mala gana exponía Esparta sus rígidas instituciones a la prueba peligrosa de campañas extranjeras...

Pero después de la catástrofe siciliana el cuadro cambió totalmente de aspecto. La Esparta de Lisandro y Filipo no era la Esparta de Arquídamo. Su política imperialista sin escrúpulos dejó atrás cuanto Atenas pudo haber osado en este sentido... Viendo ahora cómo Esparta había alcanzado una posición dominante que nunca había tenido Ate-

nas, creyose Tucídides autorizado para emitir el juicio histórico de que el verdadero enemigo de Atenas había sido siempre Esparta. Los celos de Esparta y no la envidia de los corintios habían sido los culpables de la terrible guerra. Esta concepción hizo ver los acontecimientos anteriores a la luz de los que vinieron después, y reunió en una sola unidad la primera guerra de los diez años, y la última lucha, encaminada a aniquilar el imperio ateniense. Primeramente había narrado la guerra arquidámica con fría objetividad, fijando la atención tan sólo en las fuerzas políticas y militares. Ahora se le reveló el profundo abismo que separaba la psicología espartana y ateniense. Ante la visión de la honda sima en que había caído su ciudad natal, sintió cuán magnífica creación había sido aquel imperio cuyos días brillantes alcanzara en su juventud. Sus contemporáneos más jóvenes pensaban de otro modo. Siempre había sido atacada violentamente la política de Pericles por todos aquellos que, por cualquier motivo, desaprobaban la guerra... A tales opiniones opónese apasionadamente Tucídides en las nuevas partes de la obra, escrita después de 404.

Pericles tuvo razón no retrocediendo un paso ante la envidia espartana: en el fondo, no importan nada las discusiones que acabaron por llevar a la guerra. Esto es lo que ahora enseñaba Tucídides, y no completó la exposición, muy detallada pero inacabada, que antes había hecho de estas discusiones. Explicó que Pericles había calculado

exactamente el poder propio y el del adversario cuando se atrevió a lanzarse a la guerra, y que del desdichado final no era culpable su política, sino las faltas cometidas por los atenienses...» [40].

Sin proponernos discutir aquí las hipótesis de Schwartz, sí debemos poner de relieve, que, de acuerdo con el crítico alemán, los rasgos que caracterizan el historiador Tucídides son, de un lado, una actitud de apología apasionada de Pericles, y de la política intransigente que había defendido siempre el estadista frente a Esparta. Esto nos lleva a plantearnos una serie de aspectos que la crítica más moderna ha tratado y discutido con relación a Tucídides.

Comencemos por la primera, su actitud ante Pericles. Hemos anticipado ya, hace un momento, las últimas posiciones sostenidas por algunos críticos que pretenden, como Flashar, que puede descubrirse, tras la obra del historiador, una condena de la política belicista e imperialista de Pericles. Hay realmente antecedentes de tal posición [41] que, de entrada, se nos antoja absolutamente indefendible. Tucídides ha visto en Pericles al estadista genial que supo intuir claramente la estrategia a seguir ante Esparta, pero que, con su muerte, dejó a Atenas privada de un guía del talento capaz de llevar a término sus planes. «*Thu-*

[40] Ed. Schwartz, *Figuras del mundo antiguo* (trad. española), Madrid 1942, p. 43 y ss.

[41] Cfr., por ejemplo, J. Vogt, *Das Bild des Perikles bei Thukydides,* «Hist. Zeitschr.» 182 (1956), p. 17 y ss.

cyde, c'est un fait —ha dicho J. de Romilly— *approuve et admire Périclès»*[42]. Y cuando Bender[43] realiza un análisis de las cualidades que el historiador atribuye al estadista ideal en su famoso discurso segundo del libro II, lo que está haciendo es abstraer de su admirado personaje los rasgos básicos que después podremos ver aplicados a otros estadistas de talante y cualidades parecidas, aunque de menor talla. Otra cosa es que, al afirmar que Tucídides admiraba a Pericles, debemos admitir, simultáneamente, que también era un defensor de la democracia. Desde hace algún tiempo se ha ido insistiendo en que, efectivamente, una cosa es su ideal político teórico, y otro muy distinto el hecho de que, por unos años, Atenas estuviera regida por una figura excepcional, que, por otra parte, y en determinadas perspectivas, era la negación práctica de la democracia radical, por la que tanta repugnancia sentía Tucídides. Así se concibe que, de un lado, haya definido el régimen de Atenas bajo Pericles como «el gobierno del primer ciudadano», aunque fuera en teoría una democracia. No. «Tucídides —ha dicho Mc Gregor[44]— se adhería a la tradición antidemocrática de su familia; pero ello no fue obstáculo para que se sintiera impresionado por el genio de Pericles.»

---

[42] Cfr. «Rev. des Etud. grecques» (1965), p. 358.

[43] Cfr. el citado trabajo de Bender (en nota 23).

[44] *The politics of the historian Thucydides,* «Phoenix» (1956), p. 93 y s.

Las relaciones entre Tucídides y Pericles pueden enfocarse, empero, bajo otra perspectiva, más amplia. No ha dejado de señalarse, por ejemplo, que Tucídides, en su interpretación de las causas *iniciales del conflicto, ha hecho todo lo posible* por salvar a su admirado estadista de la responsabilidad de la guerra. El problema es importante y conviene que nos detengamos un poco en él. Como es bien sabido, la tesis básica que, por lo menos en la redacción actual de la *Historia*, sostiene Tucídides es que la verdadera responsabilidad del conflicto radicaba en el temor que Esparta sentía ante la potencia ática. Que, en suma, la guerra del Peloponeso fue una especie de «guerra preventiva»[45]. Que este punto de vista tucidídeo sea original creo que es algo que no puede ponerse en duda, si atendemos al énfasis con que el historiador expresa su teoría. Pero es sabido también que, incluso durante la guerra, en la propia Atenas, *no dejó nunca de sostenerse un punto de* vista enteramente opuesto[46], que achacaba al estadista la responsabilidad entera, al haber lanzado a Atenas a una peligrosa aventura para ocultar ciertas dificultades internas en que se encontraba Pericles y su política. La bibliografía moderna

---

[45] Sobre el problema, cfr. ahora, K. W. WELBEI, *Das Problem des Präventivkrieges im politischen Denken des Perikles und des Alkibiades*, «Gymnasium» 79 (1972), p. 289.

[46] Cfr. J. SCHWARZE, *Die Beurteilung des Perikles durch die attische Komödie*, Munich 1971 (y nuestra reseña en BIEH, VI, 1, 1972).

ha sido, asimismo, pródiga en intentar buscar los posibles motivos de las causas del conflicto [47]. El caso más espectacular es, como se sabe, el de Cornford, quien, en su obra *Thucydides mythistoricus,* sostuvo nada menos que la última razón fue la política expansionista que el partido comercial, radicado especialmente en el Pireo, impuso a Pericles, y que le obligó a lanzarse a la guerra por dar satisfacción a los intereses de este partido. Lo más grave es que, según Cornford, Tucídides no habría tenido el más remoto barrunto de tal imposición. Por ello callaría todos los posibles móviles económicos que pudieran desencadenar el conflicto. Ahora bien, ¿es posible que un hombre que poseía importantes minas de oro en las regiones tracias, no tuviera el más ligero conocimiento de la política comercial ateniense? ¿Es lógico suponer que un hombre que llegó a ocupar cargos de tanta responsabilidad como el de *strategós,* estuviera tan poco informado de lo que se estaba cociendo en los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra?

¿Es verosímil que quien, como Tucídides, ha trazado una visión del desarrollo económico y político de Grecia con unos puntos de vista que algunos críticos han emparentado y puesto en paralelo con el marxismo [48], le hubieran escapado,

---

[47] Puede verse un ejemplo en la obra de FLIESS, *Guilt War in the History of Thucydides,* «Traditio» XVI (1960), p. 1 y ss.

[48] THOMSON, *Studies in Ancient Greek Society,* Londres 1949, p. 342 y ss.

de haberlos visto, los factores económicos que motivaron la guerra?

El silencio, por parte de Tucídides, de algunos detalles relacionados con aspectos de la guerra, así como otros que se refieren a Pericles —por ejemplo, el hecho de que silencia toda oposición contra Pericles en los años de la *Pentecontecia*—, deben situarse en una perspectiva más amplia. Podemos hablar de «los silencios de Tucídides» y ponerlos en relación con lo que, de un tiempo a esta parte, tiende a llamarse «la parcialidad del historiador», una parcialidad que, desde luego, sus mismos defensores califican de inconsciente, y, ciertamente, no malintencionado, sino simple resultado de su posición política.

Ya Gomme, en las primeras páginas de su monumental comentario al historiador, ha hecho mención de aquellos puntos que Tucídides consideraba evidentes y que, por ende, no pensaba ocuparse de ellos. Hay otros que metodológicamente caen fuera de la intención del historiador, y por tanto, no podían ser tema de su historia. Por ejemplo, Shotwell[49] ha reprochado a Tucídides que no haya mentado jamás en sus páginas las grandiosas construcciones que, durante la guerra, se estaban llevando a cabo en Atenas (Partenón, etc.); que no se cita jamás a Sófocles ni a Eurípides, a Sócrates, a Anaxágoras, a Protágoras. Lo cierto es que quienes reprochan a nuestro

[49] *An Introduction to the History of History,* Nueva York 1922. Hay trad. española, México, F.C.E.

historiador tales silencios no se dan cuenta de que el propio Tucídides, en el prólogo de su obra, afirma taxativamente que su propósito es «narrar la guerra sostenida entre Atenas y Esparta». La guerra: tal será su tema, al que se mantendrá fiel a lo largo de toda su obra.

Abandonemos, pues, tales silencios, y pasemos a otros aspectos del posible partidismo y parcialidad tucidídea, punto que, como hemos dicho, ha ocupado últimamente el interés de no pocos historiadores y filólogos.

Comencemos por el imperio y su popularidad. Que el imperialismo ateniense es uno de los centros básicos del interés del historiador es algo que ha puesto definitivamente en claro J. de Romilly en su tesis doctoral ya citada, y en el que, por otra parte, refuta de un modo terminante la hipótesis de Schwartz al demostrar que, si ha habido una redacción primera de la *Historia,* en ella el imperialismo ocupaba una importancia tan grande como pudo tenerla en la última redacción, la que ha llegado hasta nosotros. Lo que ha sido posteriormente objeto de polémica, ha sido la cuestión de la popularidad o impopularidad del imperio de Atenas. Abrió el fuego, en 1954, el historiador inglés de Ste. Croix, en un memorable artículo antes mencionado.

En general, como es bien sabido, las fuentes antiguas, y con ellas el propio Tucídides, coinciden en sostener que el imperio ateniense era despótico y explotador, y ello explica que gozara de

tan poca popularidad, de modo que con relativa facilidad los ejércitos espartanos o las «quintas columnas» de las ciudades sometidas a Atenas conseguían una defección al bando de Esparta, que, como es notorio, inició la guerra presentándose como la «liberadora de Grecia». Es cierto que durante el siglo XIX, y sobre todo por parte de algunos historiadores británicos[50] que insistían en el *liberal temper* del talante político ático, se procuró combatir tal punto de vista. Pero poco o casi nada se consiguió. Ste. Croix intentó analizar los datos que nos proporciona el mismo Tucídides para sostener que el cuadro ofrecido por el historiador es incompleto, y que los intentos de rebelión partieron siempre de grupos oligárquicos, que aprovechaban cualquier coyuntura para iniciar un movimiento de defección.

La realidad, empero, es muy distinta. Nunca podremos dejar de agradecer a Ste. Croix el generoso intento de intentar salvar el prestigio de Atenas, pero no es menos cierto que los historiadores modernos no pueden sustraerse a una instintiva simpatía hacia el imperio ateniense porque Atenas ha creado valores grandiosos con su tragedia y su arte. La historia moderna nos ha demostrado, por desgracia, una compatibilidad entre una gran cultura y un imperio despótico y cruel. Son cosas distintas. Cierto que Tucídides, y ello lo acepta el mismo Ste. Croix, se sentía fascinado

[50] GROTE, por ejemplo.

por la grandeza del imperio, y las instituciones que lo hicieron posible. De ahí el himno a Atenas que es, ciertamente, el *logos epitafios* del libro II. Pero Tucídides tampoco pudo dejar de observar que Atenas había hecho un uso abusivo de su poder, como lo hará, a su vez, Esparta, que, si se lee a Tucídides con atención, no resulta mejor parada que Atenas. A pesar de que algunos críticos modernos han insistido en que Tucídides ha callado la existencia de un imperio peloponesio o espartano, creemos que el juicio que le merece Esparta a Tucídides no es, en el fondo, mejor que el que le merece la Atenas postpericlea. Es cierto, que, por ejemplo, trata muy mal, incluso a veces con gran parcialidad, a su personal enemigo, Cleón [51]: Pero no es menos cierto que siente una no inconfesada simpatía por Brásidas.

Es por ese camino, esto es, a través de las simpatías o antipatías que Tucídides haya podido reflejar en su obra que, desde hace algún tiempo, ha empezado a surgir una corriente interpretativa que rebaja en gran manera la tan cacareada imparcialidad del historiador Tucídides. Vale la pena que nos ocupemos brevemente del problema porque puede ser este un camino que nos conduzca hacia nuevas perspectivas hermenéuticas.

Se ha observado ya en las páginas anteriores

[51] Véanse por ejemplo los trabajos respectivos de WOODHEAD, *art. cit.* en nota 25, y H. D. WESTLAKE, *Thucydides and the Fall of Amphipolis*, «Hermes» 90 (1962), p. 276 y s.

que no pocos comentaristas de nuestro historiador han insistido en lo que se ha venido en llamar los silencios tucidídeos; otro, como Gomme, insisten en que muchos de esos silencios son debidos a que nuestro historiador «da mucho por sentado» y que el lector contemporáneo suyo daba todo ello por supuesto. En otros caminos se ha avanzado algo más. Ya se habla, sin reparo alguno, de las parcialidades de Tucídides. Así lo ha hecho un crítico griego moderno, Vlachos, quien no hace mucho tiempo publicaba un libro con el significativo título de *Partialité chez Thucydide* [52]. Lo que ocurre es que, sobre todo en este libro a que nos estamos refiriendo, la llamada parcialidad surge de una concepción específica del historiador, una concepción que pretende exigir al autor unos métodos que no son precisamente los que él mismo se ha impuesto. Pero un breve bosquejo crítico de la obra de Vlachos aclarará mejor, creemos, lo que queremos decir.

Establece Vlachos cinco casos concretos de parcialidades en nuestro autor. Concretamente se ocupa de una pretendida simpatía hacia Esparta en detrimento de Atenas. Un segundo ejemplo sería la forma parcial y subjetiva con que Tucídides habría enfocado la expedición ateniense a Sicilia. Los restantes casos se relacionan con la exposición que hace al historiador de la *Pentecontecia,* que estaría, según Vlachos, desenfocada

[52] Atenas 1970.

porque Tucídides habría compuesto este importante pasaje de su primer libro para engrandecer, exagerar, la importancia de «su guerra», de la guerra del Peloponeso. El retrato que nos ha dejado de Cleón y de Nicias constituyen los otros ejemplos aducidos por Vlachos.

En realidad, y como he señalado anteriormente, no ha sido el escritor griego el primero en plantear la tesis de una deformación consciente del hecho histórico en Tucídides. Sin embargo, en este libro aparece de un modo diáfano el defecto metodológico básico de toda esa orientación interpretativa de la forma como Tucídides escribe la historia. No podremos ocuparnos de cada uno de los casos aducidos, pero tomaremos algunos puntos concretos como «cala» que nos permita detectar el origen de tal postura.

El autor del libro que estamos comentando parece escandalizarse de que Tucídides no haga ningún esfuerzo por aclarar a sus lectores que la política de Esparta, al presentarse como la «liberadora» de Grecia del yugo ateniense, no es más que pura propaganda. La verdadera causa que motivó el estallido de la guerra peloponesia, viene a decir Vlachos, es definida por el propio Tucídides como el temor de Esparta al poderío creciente de Atenas. En consecuencia, el *slogan* espartano es simple y claro: «Guerra contra Atenas para conseguir la liberación de los griegos que gimen bajo el yugo ático.» Pero, continúa nuestro crítico, mientras el imperio ateniense es *leit-motiv* de toda

la obra tucidídea, apenas se insinúa el más ligero comentario en torno a la existencia de un auténtico imperio espartano, como tampoco comenta jamás Tucídides que el gesto liberador de Esparta no es más que pura propaganda.

Vlachos desearía que Tucídides hubiera tomado la palabra y hubiera señalado de un modo inequívoco, a sus lectores, que se trata de puros manejos propagandísticos, y que Esparta no hizo más que favorecer sus propios intereses al hacer suya la causa de la libertad de la Hélade.

Pero ocurre que una lectura atenta de la obra tucidídea obliga a llegar a conclusiones más bien opuestas. En un pasaje memorable del libro tercero, Tucídides describe cómo Esparta entrega fríamente los platenses a la discreción de sus más odiados enemigos, lavándose cínicamente las manos y permitiendo que se cometa una matanza no sólo injusta, sino incluso innecesaria.

Pero el lector intuye claramente que en aquellos momentos el interés de Esparta está en no desairar a sus aliados, y obra en consecuencia. En otro pasaje del mismo libro el general espartano Alcidas da orden de ejecutar a todo prisionero que caiga en manos aliadas. El hecho es tan brutal, que los mismos aliados tienen que recordar a Alcidas que tales órdenes se compadecen muy poco con la pretensión espartana de liberar Grecia. En el libro IV nos presenta a los espartanos apresurándose a pedir la paz a Atenas. ¿Qué la mueve a dar este paso tan importante? ¿Acaso

razones sentimentales? ¿Quizá porque considera que Grecia puede salvarse de una hecatombe nacional? Nada de eso. Las razones que la impelen son harto egoístas: Atenas ha capturado, o está a punto de capturar, un importante contingente espartano, y la «liberadora» de Grecia se dirige a sus «enemigos» ofreciéndole un tratado de paz y de amistad, a cambio de ese contingente. Los intereses de Grecia, la aspiración a la libertad de los griegos, los intereses mismos de sus actuales aliados pasan a un segundo plano. Es el egoísmo, el interés particular lo que mueve los hilos de la política espartana. Y cuando, en fin, en el libro V, el historiador relata los primeros contactos entre Atenas y Esparta para firmar lo que se llamará la paz de Nicias, la conducta de Esparta es exactamente la misma que unos años anteriores.

Y, ¿qué diremos del enfoque dado por Tucídides de la famosa expedición a Sicilia? Lo que molesta a Vlachos es que Tucídides no comente, de un modo concreto y con palabras tajantes que «la conquista de la isla es un motivo constante en la política de Atenas», por decirlo con las mismas palabras de Vlachos (p. 145). Y, sobre todo: que mientras dedica una monografía auténtica a la famosa expedición a Sicilia, que abarcará los libros VI y VII, apenas unas pocas líneas bastan, en el libro I, para despachar la expedición a Egipto, durante la Pentecontecia.

Pero aun dejando aparte el hecho de que la desastrosa expedición a Egipto forma parte de

una narración necesariamente abreviada, quedan en pie dos puntos concretos: primero, que mientras la intervención ateniense a Egipto no tuvo, ni podía tener, consecuencia en la guerra del Peloponeso, por la sencilla razón que aconteció antes de que ésta estallara, la derrota de Sicilia iba a dar un cambio total de rumbo a la guerra historiada por Tucídides. Y, en segundo lugar, que nuestro historiador no ha dejado en ningún momento de señalar, de un modo o de otro, el importante papel que Sicilia desempeñaba en toda la política ateniense. Basta leer el libro IV para verlo claramente.

4.

Resulta altamente sintomático, y es preciso que intentemos aclarar por qué, el hecho de que, de un tiempo a esta parte, aparezcan libros y trabajos cuyo denominador común es la consideración de Tucídides no como el historiador imparcial, objetivo, esclavo de la verdad, sino como un espíritu que ha dejado una profunda huella de su propio subjetivismo en la obra que nos ha legado.

En honor a la verdad, cabe decir que la aparición de esa corriente interpretativa tiene un lejano precedente en la obra, mencionada varias veces a lo largo de nuestro trabajo, de Cornford, *Thucydides mythistoricus,* publicada en los primeros años del siglo XX. Lo que Cornford pretendía,

aparte quizá la intención de reaccionar contra la tendencia a hacer de nuestro historiador un precursor de las modernas corrientes positivistas y cientificistas, era, lisa y llanamente, entender a Tucídides a partir del ambiente intelectual en que había crecido y se había formado nuestro historiador. Contra corriente, pues, escribió Cornford su trabajo, en el que pretendía comprender a Tucídides a partir de la concepción trágica de Esquilo, con el juego teológico decisivo en sus piezas trágicas. Lo que ocurre es que, de un lado, acaso Cornford fuera demasiado lejos, y, por otro, que el terreno espiritual de la crítica histórico-filosófica no estaba suficientemente preparado para digerir la, por otra parte, original intuición del crítico inglés.

Hemos visto, a lo largo de este estudio, que durante mucho tiempo se ha tenido a Tucídides como un historiador cuyo empeño era, por decirlo con la terminología positivista, intentar descubrir el pasado *wie es eigentlich gewesen ist* («tal como realmente ha sucedido»). Pero ocurre que, en la situación actual de lo que cabría llamar «concepción de la crítica histórica» (no nos atrevemos a hablar de filosofía de la historia), se ha llegado a la conclusión de que —por decirlo con H. I. Marrou— «la historia es inseparable del historiador» [53]. La aspiración de los teóricos de la historia que, en el pasado siglo y en parte del nuestro,

[53] H. I. MARROU, *El conocimiento histórico* (trad. esp.). Barcelona 1968 (Labor).

pretendían convertir la Historia en una ciencia exacta de las cosas del espíritu ha quedado arrinconada, digamos incluso que algo trasnochada. La visión del historiador como un instrumento meramente pasivo, como un aparato registrador que no tuviera otra tarea que reproducir el pasado con la fidelidad de una cámara fotográfica, se ha demostrado una simple quimera. Esta imagen, ha dicho el ya citado Marrou, ha resultado engañadora, «porque... hemos aprendido ya a reconocer cuánto de personal, de construido... podían tener esas imágenes, por más que se las obtuviera con unos medios tan objetivos como son unos lentes...» [54].

La imagen de una historia químicamente pura, sin intervención de la persona del historiador, que, con su actividad, obtiene los «hechos» a través de unos documentos previamente analizados y criticados, ha sido calificado por Collingwood de «historia hecha con tijeras y engrudo» [55]. Una historia tal y como la conciben los positivistas, una metodología que pretende obtener la verdad simple y pura con la sola acumulación de unos datos «asépticos», es, en el fondo, una simple degradación de la actividad histórica, a la que se convierte en mera erudición. Casos hubo en que el prurito de alejar de toda investigación histórica el más ligero asomo de la intervención subjetiva del historiador llevó al positivista a acumular sim-

[54] *Op. cit.*, p. 42 y ss.

[55] *The Idea of History*, Oxford 1961, p. 257.

ples series de hechos. Pero al hacer esto se cae en la mera ingenuidad de creer que con ello se evita todo subjetivismo, cuando una simple selección, por el mero hecho de serlo, es ya algo subjetivo, sometido a capricho de quien ha realizado tal selección. Tan lejos se ha ido en la reacción contra esa actitud positivista, enemiga de todo lo que huele a subjetivismo, a selección, a teoría de acuerdo con la cual se ordenan o se construyen los hechos, que R. Aron ha llegado a afirmar: «La teoría precede a la historia.»

Resulta interesante señalar que esta nueva concepción del historiador ha ido aplicándose de un modo paulatino, pero constante, a la figura de Tucídides en un proceso que puede ser muy atractivo seguir en sus líneas generales. Abrió el fuego, según hemos visto anteriormente, Cornford: pero hubo de transcurrir un lapso de tiempo relativamente considerable para que el camino señalado por el crítico inglés empezara a abrirse a una seria consideración.

La ruptura con una concepción clásica de la Historia, y por ende, de la misión del historiador, se produjo, comprensiblemente, a raíz de la primera guerra europea que, en muchos aspectos, significó para el espíritu europeo la superación de posiciones teóricas y filosófico-ideológicas que habían cristalizado a fines del siglo XIX. Hemos hablado en varias ocasiones, a lo largo de estos estudios, de la figura del filólogo alemán Eduardo Schwartz, quien, en su denodado esfuerzo por

entender a Tucídides desde su propia posición de hombre del siglo XX que ha visto hundirse el mundo ideológico en el que se había formado, esboza un cuadro del historiador que se convierte, en la pluma de Schwartz, en un verdadero apologista del mundo representado por el imperialismo ático encarnado en Pericles.

El aldabonazo que significó, en su momento, la tesis del libro de Schwartz hizo que los filólogos se plantearan una serie de preguntas que antes no se habían formulado o no se atrevían a formularse. Si Tucídides había osado convertirse en el defensor de una concepción concreta de la política, sacrificando con ello su fidelidad a los hechos objetivos, podían esperarse otras consecuencias de esta actitud subjetiva ante el tema por él historiado. En un principio, se plantea el problema sobre las bases de una evolución en el espíritu de Tucídides: así formula su tesis Pohlenz, y, sobre todo, es sobre la base de un paulatino cambio en la concepción de la historia que Schadewalt establece las bases teóricas de su estudio sobre nuestro historiador. Ya lo hemos señalado antes.

De rechazo, la atención se centra en torno al famoso *programa,* esto es, en torno a los capítulos del libro primero, donde Tucídides esboza los principios teóricos en que se basaba su quehacer histórico. Pero, sobre todo, es a propósito de los discursos donde se plantean cuestiones más delicadas. Si Schadewalt llega a aceptar la existencia

de discursos inventados por Tucídides, Grosskinsky [56], en un famoso trabajo, sostiene, lisa y llanamente, que todos los discursos del historiador llevan la impronta indeleble de su propia subjetividad. A partir de ahora, deberá tenerse muy en cuenta que cuando habla Pericles, sostiene Grosskinsky, es de hecho Tucídides quien pone en labios del político gran parte de sus propias ideas. La famosa objetividad del historiador comienza a tambalearse.

De hecho, una serie de puntos concretos hacen pensar en la imposibilidad de que los discursos de Tucídides respondan a una absoluta objetividad. En un reciente trabajo sobre el estilo y el método del historiador, ha recogido Günther Wille [57] una auténtica antología de afirmaciones y juicios de los más eminentes filólogos sobre esta cuestión: todo parece conducir a la idea de que ha habido, en la redacción de los discursos tucidídeos cierta manipulación. Por lo pronto, la dificultad real de esos discursos, cosa que los hace poco aptos para ser dirigidos a una asamblea política de hombres de un nivel intelectual, todo lo más, medio; pero tampoco deja de sorprender la, al menos, aparente uniformidad estilística de tales discursos. Aunque por otros caminos se ha podido constatar que existen ligeras diferencias en la forma de hablar individual de algunos ora-

---

[56] *Das Programm des Thukydides*, Berlín 1936.

[57] *Zur Stil und Methode des Thukydides*, «Synusia, Festgabe für W. Schadewalt», Pfullingen 1965, p. 53 y ss.

dores tucidídeos [58], en el fondo no puede negarse una notable regularidad en el estilo de todos y cada uno de los discursos de la *Historia.* Pero existen otros aspectos no menos importantes: por ejemplo, cuando Tucídides pone en boca de un personaje anónimo un discurso (en debate entre atenienses y milesios, pongamos por caso), ¿inventa o recoge un discurso pronunciado realmente? Y, ¿qué ocurre cuando los interlocutores son un grupo, como sucede en algunos casos? Por otra parte, no ha dejado de notarse que en algunas ocasiones el procedimiento de Tucídides ha consistido en sintentizar varios discursos en uno solo. El hecho ha sido observado por Rittelmeyer y Herter [59].

Todo ello tuvo que dar materia a la reflexión. En algunos casos se han llevado a cabo intentos por demostrar, al menos, que Tucídides es fiel a una mentalidad de su propia época, y que los discursos que pone en labios de sus personajes no son meros anacronismos. Así, Finley [60]. En otras ocasiones, lo que se intenta demostrar es que hay en los discursos un fondo objetivo, aunque el autor no ha dejado de aportar algo propio.

Que, en suma, en los discursos estamos en pre-

---

[58] Cfr. el curioso trabajo de TOMPKINS en «Yale class. Stud.» 22 (1972), p. 181 y s.

[59] Cfr. H. HERTER, *Zur ersten Periklesrede,* «Studies Robinson», Saint Louis II (1953), p. 614.

[60] *Euripides and Thucydides,* «Harv. St. in class. Phil.» 1938. *Three Essays on Thucydides,* Harvard Univ. Press (1967), p. 1 y ss.

sencia de un término medio. Así se ha expresado, por ejemplo, Herter[61]. O bien, como ha apuntado Wille en el trabajo antes mencionado, que en el programa no están previstos todos los casos ni todos los detalles de su *praxis*, y que, al parecer, su programa no tenía los alcances metodológicos que los exegetas tucidídeos querían atribuirle. O, como afirma el propio Wille: «El párrafo sobre el método no es ninguna descripción exhaustiva ni precisa del método tucidídeo»[62].

En todo caso, lo que aquí importa poner de relieve es el desplazamiento que se ha producido a la hora de emitir un juicio definitivo sobre la actitud del historiador con respecto a los objetivos de su *Historia*.

En efecto: es un hecho constatable que, en la visión positivista de Tucídides, el error de perspectiva histórica que se cometía consistía, sencillamente, en no haber intentado entender al historiador dentro de las coordenadas de tiempo y espacio en que se había educado y formado. En la empresa de situar a Tucídides en ciertas corrientes del ambiente espiritual e intelectual de su propio tiempo ha destacado de un modo notable Finley. Este filólogo no ha dejado de notar en varias ocasiones[63] que sólo estudiando a Tucídides den-

[61] *Art. cit.*, p. 613.

[62] *Der Methodensatz ist keine erschöpfende und keine präzise Darlegung der thukydideischen Methode* (art. cit. p. 77).

[63] *Thucydides*, Harvard, Univ. Press 1947.

tro de las corrientes de su tiempo podemos llegar a una comprensión profunda de su obra. Insiste, sobre todo, el crítico americano en el amplio y sistemático uso que hizo Tucídides del argumento de «probabilidad» *(tò eikòs)* que, aplicado especialmente por la sofística a un campo relativamente limitado, se convirtió en nuestro historiador en piedra angular de su método historiográfico. Si los sofistas lo aplicaban casi de un modo exclusivo a la explicación de la conducta individual, Tucídides dio un paso adelante al aplicarlo al campo sociológico, a la conducta de los Estados y de las masas. Junto a ello, destaca su concepción materialista de la conducta humana, sobre todo en el campo del poder, que ya el Viejo Oligarca empleara al realizar su frío análisis de la democracia ateniense. «No existe duda —afirma Finley— que llegó a esta opinión esencialmente porque se había difundido largamente la idea de que una clase dada de personas reacciona uniformemente a unas condiciones dadas, y que, por tanto, sus reacciones pueden ser objeto de estudio.»

Es un hecho cierto que la sofística dejó una huella profunda en el espíritu de nuestro historiador, y que los principios básicos de esa corriente han de tenerse muy en cuenta a la hora de determinar la génesis psicológica de la *Historia* de Tucídides. Nestle y Rittelmeyer, Schmid, Guthrie, Jaeger y Lesky tampoco han dejado de insistir en este aspecto de la formación ideológica de

nuestro historiador[64]. Y aunque no deje de ser cierto que en Heródoto podemos hallar ya el empleo del procedimiento del *eikós,* como ha hecho Herter[65], no puede negarse que en Tucídides se aplica con una radicalidad que no hallamos en el historiador de Halicarnaso.

Pero, sobre todo, lo que le distingue especialmente de Heródoto es la forma como Tucídides proyecta sobre el pasado más lejano las condiciones políticas y económicas de la Atenas de los años treinta del siglo v. Las dos condiciones precisas para la creación de un gran imperio son, para Tucídides, claras: recursos financieros y la posesión de una flota. Precisamente las circunstancias que permitieron a Atenas crear su propio imperio. O dicho con otras palabras: la reconstrucción que Tucídides intenta del pasado homérico no se basa en un análisis objetivo de las condiciones de aquella época, sino que aplica circunstancias sólo válidas para la Atenas del siglo v.

No han faltado críticos que se han esforzado en poner de relieve la tendencia general de Tucídides a dejar que los hechos hablen por sí mismos sin que el historiador intervenga personalmente para influir sobre el lector en el juicio que estos hechos puedan merecerle. En un interesante estu-

---

[64] W. NESTLE, *Griechische Studien,* Stuttgart 1948, p. 321 y siguiente; W. SCHMID, *Griechische Literatur-geschichte,* I, 5, p. 140 y ss.; GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy,* Cambridge, III (1969), p. 84 y ss.; JAEGER, *Paideia* (trad. española). México 1946², p. 392.

[65] *Antike und Abendland,* X (1961), p. 19 y ss.

dio sobre la actitud griega ante la poesía y la historia[66], Gomme, tras realizar un pormenorizado análisis de varios pasajes tucidídeos, termina con estas palabras: «Todo eso Tucídides no lo explica con muchas palabras, sin duda porque era familiar a sus lectores, pero principalmente porque aquí, como en otras partes, hace que la narración de los hechos se explique por sí misma»[67]. Y el profesor Kitto, en un estudio dedicado a la relación entre la estructura y el pensamiento de la obra literaria, al ocuparse del método tucidídeo se expresa del modo siguiente: «Tucídides tiene los ojos puestos en los hechos, en las personas, en lo que éstas hicieron, pero él οὐδὲν λέγει»[68]. Y más adelante: «Si merece el nombre de historiador científico es porque él parte de los hechos que ha investigado personalmente con rigor y porque las ideas generales que pone ante nosotros proceden de los hechos.» Palabras que no distan mucho de las que escribiera Meinecke al definir al historiador: «Comprender las formas individuales de la humanidad histórica, pero, al tiempo, su núcleo intemporal, lo general en sus leyes existenciales, lo universal en sus conexiones: he aquí la esencia y la tarea del historiador moderno»[69].

Pero nadie deja de ver que detrás de esas ex-

---

[66] *The Greek attitude to Poetry and History,* Berkeley-Los Angeles 1954, p. 116.

[67] *Op. cit.,* p. 128.

[68] *Poiesis. Structure and Thought,* Berkeley-Los Angeles 1966, p. 285 y ss.

[69] *Die Idee der Staatsraison,* Munich 1921, p. 10.

presiones puede ocultarse, y de hecho se oculta, un falso razonamiento. La *Historia* de Tucídides es, ciertamente, una obra de selección. El historiador ha tenido que escoger entre múltiples hechos a los que concede importancia según un criterio propio y personal. Tanto en lo que se refiere a los discursos pronunciados como en lo que atañe a los hechos históricos por él narrados. En 1956, J. de Romilly publicaba un valioso trabajo cuyo título de por sí es ya todo un programa: *Histoire et raison chez Thucydide.* En él la eminente helenista francesa ponía de relieve la labor de selección, de ordenación, de interpretación, que Tucídides llevó a cabo en su *Historia.* «*Un historien* —dice Romilly— *ne cesse de choisir. Quand il définit son domaine, délimite son enquête, se renseigne, il choisi. Bien plus, entre les données, même incomplètes, qu'il a réunies, entre les documents, même limités, qu'il a connus et retenus, il doit choisir encore. Dès qu'il établit une séquence, dès qu'il écrit une phrase liant entre eux deux événements, il introduit une interprétation.*» Y termina definiendo la actividad de Tucídides con estas palabras: «*Tout y est construit, voulu. Chaque mot, chaque remarque, chaque silence, contribue à dégager une signification qui a été distinguée par lui et imposée par lui.*»

Pero una historia construida sobre este método, una historia basada en la selección, en la elección, en la interpretación, ¿puede ser una historia a lo positivista? ¿Puede un historiador que practica

el arte de imponer a los hechos su propia interpretación, que da al lector la impresión de que los hechos hablan por sí mismos porque, previamente, han sido hábilmente organizados, ser un historiador «objetivo»? He aquí el problema.

A grandes rasgos, cabría afirmar que, al enfrentarse con la *Historia* de Tucídides, los críticos han adoptado dos métodos claramente contrapuestos: de un lado, los historiadores puros suelen aproximarse a Tucídides estableciendo *lo que realmente ha sucedido* para luego intentar descubrir la solución aportada por el historiador ateniense. Los filólogos practican otro método. Sabiendo que su quehacer consiste en buscar en cada escritor las leyes propias de su actividad creadora, lo que primariamente les interesa es ir al descubrimiento de las leyes que presiden su universo interior, su mundo propio, las leyes que configuran a este mundo interior. Desde hace unos pocos años, importantes representantes de la escuela anglosajona se han enfrentado con la obra de Tucídides para llegar a la conclusión de que el historiador griego ha dado a la cuestión de las causas de la guerra del Peloponeso una solución propia que no se compadece con la auténtica realidad. Donald Kagan, por ejemplo, publicó hace unos pocos años un documentado estudio en el que, tras un análisis exhaustivo de los argumentos aducidos por Tucídides y una estricta comparación con la «realidad histórica», llegaba a la conclusión de que no podían resistir un severo aná-

lisis las tesis de Tucídides de acuerdo con las cuales la guerra era en el 431 «inevitable», y que en este momento Atenas había llegado al cenit de su poder [70].

Bien entendido, para Kagan no se trata, en el caso de nuestro historiador, de un intento por engañar a conciencia: «*The purpose of Thucydides* —y con estas palabras concluye Kagan su trabajo— *was to set before us the truth as he saw it, but his truth need not be ours.*»

Ese rasgo típico de la obra de Tucídides imponiendo al lector sus propias concepciones, su propia interpretación de los hechos, ha sido señalada también por W. P. Wallace en un artículo aparecido en la revista canadiense «Phoenix» en el año 1964. Para Wallace, el secreto de Tucídides, calificado de *subliminal persuasión,* consiste en saber ofrecer a sus lectores, previamente digeridos ya, los hechos que ha seleccionado para su *Historia.* Unos hechos que el historiador relaciona mediante hábiles repeticiones de palabras y motivos, de modo que resulta una tarea ciertamente no difícil seguir el curso de los acontecimientos tomando estos ecos como guías, como carriles del pensamiento tucidídeo [71]. Es más, incluso a través de esa hábil repetición de motivos y esquemas puede elaborarse toda una metodología encamina-

---

[70] DONALD KAGAN, *The Outbreak of the Peloponnesian War,* Ithaca, Cornell Univ. Press 1969.

[71] Este método ha sido aplicado últimamente por O. LONGO (cfr. «Studi ital. di Fil. class.» XLVI (1974), p. 5 y ss.; «Quaderni di Storia» I (1975), p. 87 y ss.).

da a desentrañar la concepción previa que el historiador ha querido poner como base para estructurar toda la trama de su obra histórica. Tal es la tarea que muy recientemente se ha impuesto Virginia Hunter en un libro que merece un breve comentario [72].

Hunter se propone, por lo pronto, abordar seriamente y con todo detalle esta apariencia de inevitabilidad con que los hechos dan la sensación de sucederse en la obra de Tucídides, tal como habían señalado ya Kagan y Wallace. Es innegable —el hecho había sido ya en parte abordado por Romilly— que la relación existente entre un discurso y los hechos que siguen a este discurso se presentan de modo tal, que todo produce la impresión de que las precauciones o previsiones hechas por un estadista o un militar se cumplen a rajatabla. O, por el contrario, que estos hechos no suceden tal como se habían previsto, aunque una hábil repetición de términos nos pone en guardia sobre los fallos cometidos por el orador al exponer su plan. Un análisis detallado de varias partes de la *Historia* lleva, pues, a la autora a dos conclusiones importantes: de un lado, que Tucídides convierte los resultados reales en motivos que pone en la mente del estadista o del general, lo que permite dar a la narración el carácter de algo inevitable. Pero, por otro lado, logra descubrir en la trama general de la obra de Tucídides

---

[72] *Thucydides, the artful reporter*, Toronto 1973.

unos esquemas repetidos en torno a los cuales organiza el historiador toda su obra. «*The* History *is a veritable complexity of repetitive patterns.*» Hay un proceso, en todo hecho histórico, que se basa en un esquema mental que se repite circularmente a lo largo de toda la *Historia:* la naturaleza humana se describe en el trabajo de Hunter como una interacción de φύσις, ὀργή γνώμη y τύχη. Tanto la primera parte de la guerra como la gran monografía de la campaña de Sicilia se insertan en ese mismo esquema. En los dos casos hay un «consejero acertado» que no consigue convencer a sus colegas sobre los riesgos de la empresa que se está planeando. En el primer caso es Arquídamo; en el segundo, Nicias. En un caso y en otro se producen errores fatales; en ambos casos la γνώμη juega su importante papel. Y siempre hace su aparición lo inesperado, lo absurdo, lo que Tucídides llama τό παράλογον. La intención fundamental del historiador es definida, en este orden de ideas, como doble: «seleccionar y disponer los hechos de forma tal que los acontecimientos se conformen a este propósito, demostrando con ello el esquema de la historia, y, de otro, mostrar en qué medida y por qué medios el hombre es capaz de intervenir en estos mismos hechos». Y termina Hunter su trabajo con estas palabras: «Y si objetivo significa no permitir que intervenga el propio punto de vista (del historiador)... entonces Tucídides es el menos objetivo de los historiadores.»

El libro de Hunter es altamente sintomático de toda una corriente actual de interpretación de Tucídides, y significa, en cierto modo, la culminación de una serie de intentos por deshacer el equívoco de un historiador proclamado como «objetivo» y, al tiempo, definido como un hombre de fuerte personalidad que sabe organizar los hechos de un modo altamente subjetivo y personal.

Interesante complemento de estas orientaciones de última hora en lo que se refiere a la comprensión de Tucídides es el libro de H. P. Stahl, aparecido en 1966 [73]. El autor se ha enfrentado en este trabajo valientemente con la interpretación tradicional de Tucídides como historiador científico. Stahl se pregunta cómo puede sostenerse seriamente la tesis según la cual Tucídides es un historiador cuya intención básica es, de acuerdo con una opinión muy difundida, ofrecer al lector un manual de política. La idea de un Tucídides que, con su *Historia,* se propuso elaborar una técnica política, como un *pendant* a la técnica médica de un Hipócrates, había ido ganando terreno a partir de los años treinta, sobre todo tras los trabajos de Regenbogen, Weidauer, del mismo Jaeger. Para combatir esa interpretación, Stahl realiza un minucioso análisis de grandes partes de la *Historia* tucidídea para llegar a la conclusión de que lo que domina toda la concepción de la

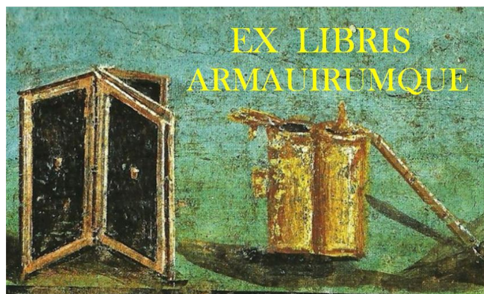
[73] H. P. STAHL, *obra citada* en nota 10.

historia y del proceso político en nuestro historiador es una fuerza irracional, que hace trágicamente inútiles todos los cálculos humanos. Y si la actividad política no puede someterse a un control, viene a concluir el autor, es inútil intentar la codificación de los principios que la rigen. La *Historia* de Tucídides no es, ni podía ser, un manual de política para el político.

Sin embargo, creemos que las conclusiones de Stahl son excesivamente pesimistas. Es cierto que puede descubrirse en nuestro historiador una cierta tendencia a poner de relieve el hecho de que, en determinados casos, un azar, un algo imprevisible da al traste con todas las medidas que el estadista haya podido tomar. El propio Tucídides pone en boca de Pericles, en el umbral mismo de la guerra, unas palabras que llevan toda una carga trágica. Pero, simultáneamente, la obra del historiador está llena de esbozos y de planes que llegan a su cumplimiento tal como habían sido elaborados. Cuando Nicias hace un balance de los pros y contras que ofrece la expedición a Sicilia, sus análisis son certeros, y si no se cumplen es por motivos muy otros que el mero azar. Pero Brásidas traza un inteligente plan para tomar Anfípolis y se cumple a rajatabla.

También el médico hipocrático, por poner un ejemplo apropiado, sabe que en determinados casos su actividad se verá abocada al fracaso, y que, en otros, pueden presentarse circunstancias imprevistas que echen por tierra todas sus previsio-

nes. Pero no por ello renuncia el médico al estudio de la naturaleza humana, ni deja de ofrecer a sus colegas los resultados de sus observaciones. De igual manera puede suponerse que para Tucídides, pese a los casos-límite que puedan presentarse, la actividad racional del estadista le permite penetrar en el meollo más profundo de la realidad política, aun a sabiendas que no siempre esta actividad racional conseguirá salir vencedora en su enfrentamiento con los hechos.



III. SOBRE LA MODERNIDAD DE TUCIDIDES

Su obra no tiene simplemente por objeto la tragedia de Atenas, sino, en un sentido mucho más amplio, la tragedia del hombre mismo.

H. P. STAHL, *Thukydides,* Munich 1966, 157.

1.

Al enfrentarse con el tema de su obra histórica, Tucídides adoptó la única actitud que, visto desde su propio punto de vista, podía adoptar: Era un militar y, en cierto modo, un político; era un hombre al que gustaba ir al fondo de las cosas cuando de analizar un hecho político-militar se trataba; era un intelectual doblado de hombre de acción, apasionado por buscar la «verdadera causa» de los hechos hasta llegar a su médula, era un espíritu con una mirada penetrante y aguda, que sabía distinguir lo aparente de lo real, que estaba acostumbrado a buscar en las raíces de las cosas para emerger con una visión exacta, objetiva de los hechos.

Con esas cualidades, ciertamente no frecuentes, Tucídides emprendió la tarea de intentar comprender, y hacerla comprensible a sus con-

temporáneos, la gran crisis en que se vio envuelta su propia generación y que cristalizó en lo que se ha venido en llamar la «guerra del Peloponeso». La empresa no era, en verdad, fácil. Acaso nada más arduo que el intento de comprender la época en que estamos sumergidos, sobre todo cuando ésta es turbulenta, apasionada, con lo que una posición objetiva es punto menos que imposible. Por otra parte, una guerra puede compararse fácilmente a un *iceberg*. Lo que emerge a la superficie son siempre «epifenómenos», cuya raíz última se halla oculta en las profundidades. De ahí que no siempre haya sido factible reconstruir una conflagración como la que vivió nuestro historiador.

Las raras cualidades de que estaba adornado Tucídides explican la justa fama de que ha gozado, desde siempre, su obra histórica. Su método que, como hemos indicado someramente, consiste en un ir directo a las causas profundas para trazar las líneas maestras y, si se me permite la expresión, «universales», de los acontecimientos por él historiados, explica que en no pocas ocasiones, a lo largo de la historia, su libro haya sido compañero inseparable de estadistas y de políticos, y de militares [1]. En 1922 Thibaudet publica un libro, en el que su autor procura entender, de la mano de Tucídides, los hechos de armas de la primera guerra mundial. Y no es éste

[1] *À la campagne avec Thucydide,* París 1922.

el único caso: Alfonso V de Aragón ordenó una versión de su obra con ánimo de estudiarlo. Maquiavelo es un auténtico discípulo suyo, y lo es también, y acaso más fiel, Hobbes. Y no termina aquí la lista.

¿A qué puede deberse esa fidelidad a la lectura de un historiador que, como Tucídides, es difícil no ya en su lenguaje, sino en sus ideas? La respuesta no es obvia, pero me atrevería a proponer provisionalmente una solución: Yo diría que la razón profunda estriba en que Tucídides ha sabido presentar los hechos de tal manera que, a partir de lo puramente individual y concreto, ha sabido elevarse a la expresión de lo universal que se encierra en ellos. O, dicho en lenguaje orsiano: ha sabido realizar una transformación de la anécdota a la categoría. Para emplear una fórmula de Jacquelin de Romilly, sagaz estudiosa de la obra Tucidídea, nuestro autor ha sabido conjugar la mayor objetividad con la mayor intervención personal: «Si se ha esfumado de su obra como individuo —ha dicho la crítica francesa— es para imponerse todavía más como intérprete y creador» [2]. En una palabra, ha hecho hablar a los hechos por sí mismos, pero, a su vez, estos hechos han sido cuidadosamente escogidos por el historiador teniendo en cuenta su valor «historiable», su significación profunda para la mente del historiador.

---

[2] *Histoire et raison chez Thucydide,* París 1956.

Al enfrentarse con el estudio del hombre —y la guerra es un acto típicamente humano, pese a su inhumanidad— Tucídides ha sabido ser ante todo y sobre todo un «realista» a ultranza. Su empeño es procurar ver la realidad humana en toda su desnudez. Este empeño no lo comparten en la misma medida otros filósofos de la política, otros historiadores. «¿En qué parte de Hobbes, de Bentham, Locke, Burke o Rousseau, en los hegelianos o en los socialistas, encontramos hasta época muy reciente, un intento amplio y razonable de ver al hombre tal como es?» Esta pregunta, que se formulaba hace algunos años el profesor Zimmern al analizar la doctrina política de los griegos, es válida todavía.

No son pocos los historiadores contemporáneos que se han formulado la siguiente pregunta: ¿cómo actuaría Tucídides ante la tarea de realizar un estudio histórico de nuestra época, de algunos de los hechos de nuestra época?[3]. Y todos coinciden en un punto básico: lo primordial, lo que ante todo realizaría Tucídides sería un análisis de las condiciones psicológicas, de la época a estudiar. Un estudio serio de los anhelos, las desilusiones, los recelos de los hombres y de la sociedad objeto de estudio. Pero al mismo tiempo, analizaría las condiciones políticas de los estados y las posibilidades que esas condiciones permitieran desarrollar. En suma, el historiador

[3] Cfr. ZIMMERN, en el volumen colectivo *El legado de Grecia* (trad. cast.), Madrid 1944, p. 447 y ss.

Tucídides, colocado ante la necesidad de historiar nuestra propia época, aplicaría, ante todo, el principio socrático «conócete a ti mismo», aunque, naturalmente, daría a esta máxima un contenido muy distinto del que tenía en Sócrates. Buscaría, ante todo, las masas de hielo sumergidas en las aguas antes de lanzarse a un estudio de lo que emerge del *iceberg*.

2.

La empresa que vamos a intentar es ciertamente delicada, cuando no claramente impertinente. Intentar establecer paralelos entre algunos de los hechos historiados por Tucídides y ciertos aspectos de nuestra historia contemporánea puede parecer no ya solamente caprichosa, sino, lo que es peor, a los ojos de ciertos espíritus, un pecado de lesa historia. Pero estamos convencidos de que, aun aceptando el principio de la irrepetibilidad del hecho histórico, existen determinadas situaciones límite en las que es posible, yo diría incluso que necesario, practicar la comparación, y reflexionar sobre ciertos aspectos que, si no repetición, sí al menos delatan cierta «analogía». Y en la *Historia* de Tucídides son muchos los pasajes que, por su fuerte carga de elementos «paradigmáticos» invitan, cuando menos, a una reflexiva comparación. En algunos casos, la semejanza es puramente externa, y, evidentemen-

te, fortuita. Se trata de pasajes en los que el autor expone o narra algunos de los hechos de la guerra del Peloponeso de un modo tal que inconscientemente exclamamos: «¡Pero si es exactamente lo que ocurrió en nuestra época!». Veamos algunos ejemplos:

En una lluviosa noche de primavera del año 431 a.C.[4], un grupo formado por unos trescientos tebanos penetran en la ciudad de Platea con la intención de ocuparla por sorpresa, anexionándose así una ciudad que Tebas había reivindicado desde la época lejana en que Platea se inscribiera en la órbita política de Atenas. El hecho en sí no es demasiado significativo. Lo que sí lo es, es que este grupo de tebanos armados pudo penetrar en Platea porque, según nos cuenta Tucídides (II, 2), «les abrieron las puertas algunos platenses, Naúclides y sus partidarios, que deseaban dar muerte a sus rivales políticos para tomar el poder y conseguir que la ciudad se pasara a Tebas».

Estamos en presencia del conocido fenómeno, tan común durante la guerra del Peloponeso, por el que los atacantes de una ciudad cuentan con la colaboración, activa y decidida de un grupo de personas que, desde el interior de la plaza atacada, prestan una eficaz y a veces decisiva colaboración con los atacantes. El hecho no ha dejado de despertar su interés por parte de los historia-

---

[4] *Tuc.*, II, 1 y ss.

dores de la antigüedad, que habían señalado casos concretos de una traición desde dentro. Pero ni se había atendido jamás bautizar estos casos con un término que lo definiera taxativamente. Pues bien, hace pocos años salía de la prensa de una editorial holandesa un libro[5] que descubría la profunda semejanza de estos hechos y la expresión, acuñada, parece, por el general Mola, cuando en su marcha sobre Madrid afirmaba que contaba con cuatro columnas más una «quinta columna» de simpatizantes que esperaban levantarse colaborando con la acción de los atacantes.

Un caso más o menos similar al que hemos de analizar es el que se deriva de la cuestión de la responsabilidad de la guerra del Peloponeso: Al estallar una guerra, o, cuando ésta ha concluido, surge espontáneamente la pregunta crucial: ¿Quién ha sido el responsable? ¿Sobre quién recae la culpa de tanta muerte y tanta desolación? Naturalmente, hay una respuesta pragmática, que, por desgracia, no suele, o, al menos, no es siempre verdadera: el responsable es el vencido. La Historia, se ha dicho, la escriben los vencedores. Pero esta respuesta es sólo válida de un modo parcial, y, desde luego, no puede aceptarse como principio. Es verdad que lo ocurrido ha ocurrido, pero también lo es que un historiador, según la famosa definición de Ortega, es un pro-

---

[5] Luis A. Losada, *The fifth Column in the Peloponnesian War*, Leiden 1972.

feta al revés, cuya misión es hacer comprensible lo que ha acaecido ya.

También Tucídides se planteó el problema. Y su respuesta es terminante: La culpa fue de Esparta. Fue el temor de Esparta al engrandecimiento de Atenas lo que la decidió a lanzarse a una *guerra preventiva*[6] —como diríamos ahora— para evitar mayores e insuperables males. Claro que esta respuesta puede parecernos lógica. Tucídides es ateniense, y parece natural que pretenda defender a su patria de la responsabilidad. Por otra parte, Pericles, el jefe del partido democrático ateniense, era acusado, ya en plena guerra, de haber lanzado su patria a una aventura peligrosa para distraer la atención de la opinión pública respecto a las dificultades por las que atravesaba su propia política. Suele ser ésta una de las respuestas que se dan en todas las épocas.

Pero las cosas no son tan sencillas. Pericles, al menos el Pericles tucidídeo, se muestra intransigente frente a Esparta y sus amenazas diplomáticas. Y, desde luego, Pericles jamás intentó, digamos, justificarse. Tras la primera guerra mundial el Kaiser Guillermo II escribe desde su destierro en Holanda, una carta a Hindermburg en la que se leen estas palabras: «Dios es testigo que para evitar la guerra he ido hasta el último límite de lo que juzgaba compatible con la seguridad e in-

---

[6] Sobre el concepto de guerra preventiva en la antigüedad, cfr. K. W. WELBEI, «Gymnasium» 79, 4 (1972), p. 289 y ss.

tegridad de mi querida patria». Pericles no dice nada semejante. Al contrario. En el famoso discurso que Tucídides pone en sus labios cuando los Aliados presentan su ultimátum a Atenas, el estadista pronuncia estas palabras:

> «Atenienses: mi política es ahora la misma de siempre, no ceder ante los peloponesios, aunque sé muy bien que no es igual el estado de ánimo con que los hombres se lanzan a la acción y el que tienen cuando ya están en ella embarcados»[7].

Pero dice más. Convencido de que el ultimátum espartano es un simple pretexto para «cargarse de razón», añade estas palabras:

> «Que ninguno de vosotros piense que irá a la guerra por una cuestión baladí si no derogamos el decreto megarense. Ellos afirman que si lo derogamos no habrá guerra; tampoco debe quedaros el más leve resquemor de que vais a ir a la guerra por una cuestión sin importancia: porque esa futilidad no significa otra cosa que la reafirmación y confirmación de vuestra política. Si accedéis a ello, al punto os vendrán con imposiciones mayores, convencidos de que habréis cedido por temor.»

---

[7] *Tuc.*, I, 140.

Sería muy largo exponer las razones últimas de la actitud que el Pericles tucidídeo adopta ante la posibilidad de una guerra. Hemos hablado de la metodología de Tucídides comparándola a la del hombre que atiende, ante un *iceberg*, a lo que está oculto bajo el agua, antes que observar lo que de ella emerge [8]. Para Tucídides, las verdaderas causas están ocultas, y es fuerza descubrirlas. Un hombre como él no podía satisfacerse con las respuestas que daban la mayoría de sus contemporáneos al sostener que eran causas [9], digamos accidentales, las que habían provocado el estallido del conflicto. Tucídides va más lejos. Traza la historia política del mundo griego a partir de la guerra contra Persia y concluye que era prácticamente inevitable el enfrentamiento [10]. Que los dos bloques encontrados debían, a la corta o la larga, enzarzarse en un conflicto para decidir cuál de los dos se imponía sobre el otro. A eso llamará Tucídides la «verdadera causa» de la guerra, y no las causaciones más o menos formales

---

[8] Cfr. KITTO, *Poiesis. Structure and Thought*, Berkeley-Los Angeles 1966, p. 257 y s.

[9] Un análisis, erróneo a nuestro juicio, de estos puntos puede verse en CORNFORD, *Thucydides mythistoricus*, Londres 1907, cap. I. Sobre el problema en general cfr ahora G. E. M. DE STE. CROIX, *The origine of the Peloponnesia war*, Londres 1973.

[10] La tesis de Kagan, *The outbreak of the Peloponnesian War*, Ithaca, Cornell Univ. Press 1969, según la cual la inevitabilidad de la guerra sólo era en todo caso sostenible con respecto a la llamada primera guerra del Peloponeso (concluida en 445 a.C.) y no a la segunda (431-404), es discutible y no podemos aquí ocuparnos de ella.

que puedan hacerse por vía diplomática los dos bloques. Poder frente a poder: Tal era la situación, comparable a la que se daba en la Europa de los años 1914 o de 1939.

Pero Tucídides se hace sobre todo interesante a los ojos de un lector moderno cuando lo abordamos desde otra perspectiva que no sea, simplemente, la de buscar posibles, y desde luego siempre discutibles, paralelismos entre hechos por él narrados y hechos vividos en nuestra propia época. Tal es lo que ocurre cuando nos planteamos la cuestión del método con que Tucídides ha elaborado y concebido la historia de la guerra.

Ante todo conviene aclarar que nuestro historiador, al narrar los avatares de la guerra del Peloponeso, está guiado por una idea básica y central, que constituye una de sus tesis más ardientemente defendidas. Esta tesis es muy sencilla: la guerra del Peloponeso ha sido el suceso más importante y trascendental que ha vivido el mundo helénico. Porque prosigue Tucídides en el proemio de su *Historia*: «los sucesos anteriores y aún los más antiguos no podían ser conocidos con certeza debido al enorme lapso de tiempo transcurrido; pero de las pruebas fidedignas que encuentro en mis investigaciones, remontándome hasta donde me ha sido posible, deduzco que no fueron importantes ni por lo que atañe a la guerra ni en ningún otro aspecto»[11].

[11] *Tuc.*, I, 2.

Inmediatamente, uno se siente impulsado a exclamar: «¡Claro está!» Cada cual ve como más importantes los hechos por él vividos, y no podía ocurrir de otra manera en el caso de nuestro historiador. Pero las cosas no son tan sencillas. No se trata, simplemente, de atribuir a Tucídides, como han hecho ciertos críticos, una especial ceguera para los hechos del pasado [12], un daltonismo que, por otra parte, no deja de ser frecuente entre los historiadores, que tienden, por una especie de ley, a conceder importancia y transcendencia sólo a lo que conocen mejor, menospreciando lo que es por ellos menos conocido.

3.

Pero la verdad es un poco más complicada. Para Tucídides, una gran conflagración sólo es imaginable en el momento en que los dos bloques enfrentados han alcanzado una madurez económica que conlleva un importante poder militar [13]. Por ello, la tarea que Tucídides se impondrá en los primeros capítulos de su obra, será intentar demostrar que jamás Grecia había alcanzado un grado tan imponente de preparación

---

[12] Cfr. GOMME, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford 1937, p. 116, que cita a Harder y su idea de que Tucídides padecía una especie de daltonismo histórico que le hacía ver menos importante todo lo anterior a su época *(Vergangenheitsblindheit)*.

[13] Cfr. *Tuc.*, I, 3, y, sobre el tema, DIESNER, *Wirtschaft und Gesellschaft bei Thukydides*, Halle 1956.

en recursos económicos, financieros, militares. Y para ello tiene que esbozar una especie de prehistoria del mundo helénico. Son los capítulos que conocemos con el nombre de *Arqueología*[14].

Era la primera vez que en la historia de la Humanidad se emprendía la tarea de reconstruir, a partir de indicios más bien escasos, todo el proceso de formación de una gran cultura, sobre todo de una gran cultura material, pues Tucídides silencia aquí, porque no interesa a su tesis[15], todo lo relativo a la cultura espiritual, literaria, artística, filosófica. Pues bien, en la visión de la historia que traza Tucídides de la Hélade primitiva, la idea más importante es la de «progreso». Desde un caos primitivo, sin comunicaciones, sin comercio, sin recursos humanos, Grecia fue progresando hacia una situación más privilegiada.

> «El comercio —dice el autor[16]— no existía, las comunicaciones eran inseguras tanto por tierra como por mar; cada tribu trabajaba la tierra tan sólo atenta a lo indispensable para vivir; no atesoraba riquezas

---

[14] Sobre ella, cfr. en general J. de Romilly, *op. cit.*, p. 240 y s. y especialmente E. Täubler, *Die Archäologie des Thukydides*, Leipzig 1927 y F. Bizer, *Untersuchungen zur der Archäologie des Thukydides* (Dis. Tubinga) Bottrop 1937.

[15] Se trata de un *tema* de la generación de Tucídides que reaparece en el Corpus hipocrático *(Sobre la antigua medicina)* y en Protágoras. Sobre el tema cfr. especialmente Edelestein, *The idea of progress in Antiquity*, Baltimore 1967, p. 37 y ss.

[16] *Tuc.*, I, 2, 2.

> ni realizaban plantaciones, porque no sabían si llegaría algún invasor y si, sobre todo, como vivían en ciudades amuralladas, les arrebataría sus posesiones.»

Partiendo de esta situación de *inseguridad* (ἀσθένεια) Tucídides concluye que no pudieron realizarse empresas bélicas importantes.

> «Es para mí una prueba convincente de la pobreza de los tiempos antiguos —afirma— el hecho de que antes de la guerra de Troya no parece que Grecia hubiese emprendido acción bélica en común.»

Faltaba, pues, de acuerdo con el pensamiento de Tucídides, una condición indispensable: un estado más o menos centralizado, con una escuadra que le asegurara el control de las islas y de la costa. Ahora bien, el primer imperio importante que se organizó en tierras helénicas fue el de Minos de Creta, y éste sólo pudo ser posible, según el pensamiento de Tucídides, por la posesión de una importante potencia naval que le permitiera limpiar el Egeo de piratas y controlar las islas. Ello le lleva a plantear la situación primitiva de Grecia tras el hundimiento de la talasocracia minoica: Grecia vuelve a ser un país inseguro, sin comercio, sin recursos. La falta de seguridad personal queda demostrada por la costumbre antigua de portar armas, costumbre que Tu-

cídides deduce del hecho de que, entre los pueblos más atrasados del área griega de su tiempo, todavía se portaban.

Pero poco a poco Grecia fue saliendo de esa situación de pobreza: si las ciudades más antiguas estaban edificadas lejos de la costa para sustraerse a las acciones de la piratería, las más recientes ya se asomaban al mar, lo que delata una situación de seguridad más relativa.

Y en estas condiciones se llega a la época homérica. La guerra de Troya sólo pudo ser posible porque el caudillo de la expedición contra esta ciudad, Agamenón, poseía una relativamente importante potencia naval. Después de la guerra de Troya y tras la crisis que vive Grecia a continuación de esas acciones bélicas, Grecia vuelve a entrar en un nuevo período de relativa prosperidad.

> «El retorno de los griegos de Ilión —cuenta Tucídides— tras una ausencia tan prolongada, ocasionó muchos cambios; en casi todas las ciudades surgieron revueltas a consecuencia de las cuales, los que eran expulsados, fundaban nuevas ciudades... Mucho tiempo después, Grecia entró finalmente en un período de calma estable, y, libre ya de agitadores, empezó a enviar colonias a Jonia.»

Tal es, a grandes rasgos, la encuesta que realiza Tucídides sobre el pasado. Una investigación

que no ha dejado de sorprender a los historiadores actuales de Grecia por su profundo modernismo, tanto en lo que se refiere al espíritu general que anima sus reconstrucciones como en lo que concierne al método concreto empleado.

Por lo pronto, lo hemos anticipado ya, la idea central que domina esta parte de la historia tucidídea es la de un «progreso»[17]. Se ha dicho en repetidas ocasiones que los griegos carecieron de esa noción moderna. Así lo ha afirmado, entre otros, Bury en su exhaustiva obra sobre el tema[18]: «Puede parecer particularmente sorprendente —dice el citado historiador— que los griegos, tan fértiles en sus especulaciones acerca de la vida humana, no dieran con una idea aparentemente tan simple y obvia en nuestra opinión como la idea de progreso». Y sin embargo si analizamos algunas de las obras literarias y filosóficas de la época de Tucídides, creemos que ofrecen suficientes testimonios para creer que una idea, al menos aproximadamente, de lo que nosotros entendemos por «progreso» está latente en ellos. En el *Prometeo* de Esquilo[19], en un famoso canto coral de la *Antígona* sofóclea[20], en ciertas especulaciones

---

[17] Cfr. el libro antes citado de Edelstein. Además, DODDS, *The Ancient concept of Progress*, Oxford 1973, p. 1 y ss.

[18] *The Idea of Progress. An Inquiry into its Origin and Growth* (traducción castellana con el título de *La idea del progreso*, Madrid 1971, p. 19).

[19] ESQUILO, *Prometeo*, 440 y ss.

[20] SÓFOCLES, *Antígona*, 332 y ss.

de los sofistas[21], y, sobre todo, en determinados pasajes de algunas obras de la literatura médica hipocrática[22] aparece la idea de que la humanidad ha ido avanzando paulatinamente a una situación más perfecta, más acabada[23]. Incluso se ha dado un paso más y se ha llegado a sostener, en contra de la tesis de Bury, que la noción de «progreso» está viva y muy arraigada en toda la cultura helénica. Es la tesis de Edelstein en su obra *The idea of Progress in Antiquity*.

Dejando aparte aquí lo que verdaderamente hay que entender por «progreso» (el puro progreso material no parece ser suficiente), la forma cómo Tucídides reconstruye el pasado más antiguo de Grecia no sólo estaría presidida por una noción de progreso, sino, lo que todavía es más sorprendente, con un enfoque que algunos historiadores han calificado de «premarxista». Sobre todo se refieren a la noción, básica en el materialismo dialéctico, según la cual las cuestiones económicas son la base de todo desarrollo social y cultural[24].

---

[21] Cfr. JAEGER, *La teología de los primeros filósofos griegos* (trad. cast.), México 1952, cap. X. Asimismo, GUTHRIE, *The Sophists*, Cambridge 1971.

[22] Cfr. especialmente el tratado ya citado *Sobre la antigua medicina*, donde hay un párrafo (cap. II) muy próximo a las ideas expresadas por Tucídides.

[23] La idea se halla asimismo presente en el pensamiento de Anaxágoras, coetáneo de Tucídides y de la primera generación sofística.

[24] Cfr. por ejemplo THOMSON, *Studies in Ancient Society*, I, Londres 1949.

Pero no termina aquí la comparación que podría hacerse de Tucídides con nuestros tiempos. Tucídides puede ser calificado de moderno —con todos los peros que se quieran—, por el método de trabajo adoptado en su reconstrucción de la historia primitiva de Grecia. ¿Puede haber acaso algo más moderno que el procedimiento de reconstruir, por medio de indicios a veces insignificantes, como una costumbre casi olvidada, todo un género de vida anterior? [25]. ¿Acaso obran de otra guisa los actuales etnólogos, los antropólogos y los prehistoriadores?

Cierto que a veces se exageran las posiciones, y en este sentido, se ha tendido en no pocas ocasiones, a exagerar la llamada modernidad de nuestro historiador. Hace algunos años, el profesor Lord, en un trabajo en el que intentaba una comparación entre la historia de Tucídides y la segunda guerra mundial, llegó hasta afirmar que en lo que se refiere a su talante de historiador, «Tucídides está más cerca del siglo XX que del siglo V antes de Cristo» [26]. En otras ocasiones se intenta matizar un poco esas afirmaciones, y se contentan los críticos con afirmar que la gran hazaña de Tucídides consistió en trasponer, al campo de la historia, los métodos de la ciencia médica de su tiempo, exactamente como la moderna historiografía ha aplicado métodos evolu-

[25] ROMILLY, *op. cit.*, p. 251 y ss.

[26] LORD, *Thucydides and the World war*, Cambridge, Mass. 1945, p. 216.

cionistas al análisis histórico[27]. Mucho habría que decir respecto a estas actitudes. No podemos detenernos en ello, pero quede al menos constancia de que, aún rebajando muchas de esas interpretaciones, resulta que no es demasiado arriesgado hablar de una cierta modernidad tucidídea.

4.

Un aspecto de esa modernidad residiría, pues, en el método que utiliza para la reconstrucción de épocas sobre las cuales se poseen datos más bien escasos. Pero aún podemos ahondar un poco más.

En un interesantísimo pasaje del libro II de su *Historia*, Tucídides describe la terrible peste que asoló a Atenas en el tercer año de la guerra. Se trata de un pasaje famoso, muchas veces analizado, y que delata, por los métodos usados en la descripción de la epidemia y su sintomatología, un profundo conocimiento de la ciencia médica de su tiempo. Y sin embargo no está aquí lo esencialmente significativo del texto tucidídeo. Lo verdaderamente importante, lo que sitúa a nuestro historiador en una posición de primerísimo orden es el profundo y detallado análisis de las

---

[27] Cfr. K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratischen Schriften*, Heidelberg 1954, y corrigiendo algunas de las conclusiones de este autor, LICHTENHAELER, *Thucydide et Hippocrate vues par un médecin*, Ginebra 1956.

consecuencias morales que la epidemia tuvo para el espíritu del mundo griego. Leamos sus propias palabras (II, 53):

> «Por otra parte, la epidemia significó el inicio de un profundo desprecio por las leyes de la ciudad. Y, en efecto, las personas se atrevían con mayor facilidad a lo que antes hacían secretamente para satisfacer sus pasiones, pues veían que era repentino el cambio de la fortuna humana entre los ricos, que morían repentinamente, y que los pobres, que antes nada poseían, se veían al punto dueños de los bienes de aquéllos: De forma que querían conseguir el goce de las cosas con rapidez y con la máxima satisfacción, ya que creían efímeras tanto la vida como las riquezas. De suerte que nadie se decidía a realizar sacrificios porque se consideraba una empresa digna... sino que se tuvo por útil y noble lo que proporcionaba placer... Ningún respeto a los dioses ni a la ley humana les contenía, pues si por un lado creían indiferente el ser piadoso o no serlo, por otro nadie creía que iba a sufrir ningún castigo por sus propios crímenes...»

Creo que difícilmente se puede lograr un cuadro más certero, más exacto de lo que cabe definir como las consecuencias morales de una profunda crisis. ¿No nos parece estar leyendo algo

referente a nuestra propia época cuando nuestros ojos recorren estas desgarradas, patéticas páginas que, sin embargo, están despojadas de todo lo melodramático que la situación habría podido inspirar a otro autor que no fuera un espíritu como el de Tucídides? La descripción de la terrible epidemia, con todos los horrores que comporta, no se desliza hacia lo patético: sirve sólo para que su autor extraiga de esa narración un dato en orden a comprender el desgarro interno en que cayó Atenas, y que va a tener sus consecuencias para el curso de la contienda.

Estamos ahora en el cuarto año de la guerra, ciertamente pródigo en hechos sangrientos. El año anterior ha tenido lugar la terrible peste de la que ha caído víctima el líder político y militar de Atenas, Pericles. Ahora será, de un lado, la defección de Mitilene, de la que nos ocuparemos más adelante, y, sobre todo, la terrible guerra civil que estalla primero en Corcira y que se extiende luego al seno de todas las ciudades, que ven surgir las luchas a muerte entre demócratas y oligarcas.

Y he aquí cómo Tucídides describe las consecuencias que ahora llamaríamos no ya morales, sino incluso sociales de esas horribles reyertas intestinas en las que los bandos triunfantes aniquilaban a sus adversarios sin compasión alguna:

«Tal fue el grado de crueldad con que se desarrollaron las guerras civiles de Corcira;

y aún apareció mayor esa crueldad porque fue allí donde surgieron por vez primera. Porque más tarde fue Grecia entera, por decirlo así, desgarrada por las luchas civiles que estallaban por doquier entre los líderes democráticos, que intentaban atraerse a los Espartanos»[28].

Y prosigue luego:

«En efecto, en época de paz y prosperidad, ciudades y ciudadanos se comportan de un modo civilizado pues que no se encuentran ante situaciones límite. Más la guerra al hacer desaparecer las facilidades de la vida diaria se convierte en un maestro de violencias y pone a la par las circunstancias imperantes con la conducta de la mayoría de las personas. Así que se hallaban las ciudades en un estado constante de revolución, y las que entraban más tarde en ese estado, al tener conocimiento de lo que ya había ocurrido, llevaban aún más lejos su cambio de talante... Incluso llegaron a cambiar, para su propia justificación, el significado habitual de las palabras: la audacia irreflexiva se tuvo por valiente adhesión al partido, la vacilación prudente, por cobardía disfrazada; la moderación, por una forma disimulada de falta de hombría... Y, de otro lado,

[28] *Tuc.*, III, 82.

> por contra, la violencia insensata pasó a considerarse como algo necesario al hombre...»

Renunciamos a continuar. De las palabras de Tucídides se deduce claramente que tuvo una diáfana visión de lo que hoy en día llamamos una *inversión de valores.* ¿No nos recuerda este pasaje tucidídeo algunos aspectos de nuestra propia época en la que en algunos casos términos como «democracia» y «libertad» han dejado de tener su sentido habitual para emplearse y aplicarse a situaciones enteramente contradictorias? La modernidad, la radical contemporaneidad de nuestro historiador quedan aquí manifiestas patentes, y de un modo pocas veces igualado.

Es significativo, a este respecto, un hecho historiado por Tucídides en el libro V de sus historias. Es un suceso que, en sí mismo posiblemente carezca de significación decisiva, pero que adquiere, a la luz de las palabras que acabamos de citar del historiador, un aspecto siniestro.

Estamos ahora en el año 416 a.C. Hace algunos años que se ha firmado una paz, llamada Paz de Nicias, efímera y, en el fondo, un simple respiro, que se han buscado los beligerantes. Y he aquí que, de pronto, una escuadra ateniense desembarca en la isla neutral de Melos y sus jefes la conminan a entregarse a Atenas. Los dirigentes isleños invitan a los delegados de Atenas a una conferencia que no tendrá lugar ante la asamblea del pueblo, sino a unas conversaciones que po-

dríamos calificar de «secretas». Lo que más sorprende de ese famoso debate, el llamado diálogo de los Melios [29], es ya, de entrada, la brutalidad, el cinismo, la dureza de los términos empleados por los delegados de Atenas. Sin duda el lector debe tener muy grabada en la mente lo que Tucídides ha dicho antes, a propósito de las consecuencias de la peste, y un poco más tarde, a raíz de la crisis moral de Atenas y de Grecia en general tras las luchas civiles entre ciudades. Ese despojarse de la careta de la hipocresía, a que ha aludido antes Tucídides, está actuando ya sin paliativos. Estamos en plena doctrina de la «ley del más fuerte».

En efecto, una vez que los melios han tomado la palabra para señalar, muy discretamente, que la oferta ateniense de discutir la cuestión por medio del diálogo no se compadece demasiado con el hecho de que estén allí con una escuadra amenazante, les espetan los delegados atenienses con toda brutalidad:

> «Si habéis acudido a la conferencia con ánimo de hacer conjeturas sobre el futuro, o sobre cualquier otro tema que no sea tratar de salvar vuestra ciudad ateniéndoos a la situación presente y a lo que tenéis a la vista, lo mejor es levantar ya la sesión» [30].

---

[29] Sobre este importante pasaje de la obra tucidídea, cfr. el apéndice bibliográfico.

[30] *Tuc.*, V, 87.

O, dicho en otros términos: sois débiles frente a nosotros que somos fuertes. U os sometéis de buen grado o a la fuerza. Pero tenéis que entregaros sea como sea. Los melios —¿quién les recriminará por ello?— intentan agarrarse a cualquier clavo ardiente: «bien, discutamos, pues». Y entonces toman nuevamente la palabra los delegados atenienses y hablan en los siguientes términos:

> «No vamos ahora a pronunciar bellos discursos, sosteniendo que nuestro imperio es justo porque derrotamos a los medos, o bien explicando que hemos realizado esta expedición por las ofensas que de vosotros hemos recibido... Porque sabéis tan bien como nosotros que, en la condición humana, la cuestión de la justicia se plantea entre dos fuerzas iguales; en caso contrario, los más fuertes hacen lo que les permiten sus medios, mientras que los débiles ceden.»

Es evidente que estamos en presencia de un lenguaje duro, realista, de una actitud profundamente cínica que, posiblemente, Tucídides haya exagerado voluntariamente. Obsérvese que cuando Atenas, en otros pasajes de la *Historia*, sobre todo antes de la peste [31], habla de su derecho al imperio que posee, no se expresa jamás con tanta brutalidad con tan pocos tapujos. Ahora, no.

[31] Cfr. H. STRASSBURGER, *Thukydides und die politische Selbsdarstellung Athens*, «Hermes» 86 (1958), p. 17 y ss.

Ahora, Atenas sostiene crudamente la doctrina del «realismo» político cuya base primera es que el fuerte manda y el débil se deja dominar. Es la ley de la selva, que, sabemos por otros textos, fue defendida en la Atenas contemporánea de nuestro historiador.

Es curioso el interés que este pasaje de Tucídides ha despertado siempre entre los historiadores de Grecia. Cegados por la gran floración cultural de Atenas en la época de Pericles, muchos se han resistido a aceptar enteramente el retrato moral que traza de ese imperialismo a ultranza el historiador griego, afirmando que sus ideas antidemocráticas le llevaron a cargar los tintes de las acciones llevadas a cabo por Atenas durante la guerra. Incluso se ha avanzado la tesis según la cual la impopularidad del imperio ateniense no es más que otra consecuencia de la ideología antidemocrática de Tucídides [32]. Craso error. Craso error digo, porque en nuestra propia época hemos podido comprobar cómo una gran floración cultural y científica puede ir acompañada de una profunda desviación moral que lleva a hornos crematorios a millares y millares de seres inocentes.

Pero este tema concreto tiene otras connotaciones. Hace algunos años, Gerhard Ritter publicaba un libro en el que se defendía la tesis según la cual sólo a partir del Renacimiento se abre ca-

[32] Sobre el tema, que ha suscitado amplia polémica, cfr. la bibliografía citada en el apéndice de este libro.

mino una nueva concepción del poder que difiere radicalmente de la que había dominado hasta entonces. Según esta tesis, Maquiavelo habría descubierto, por vez primera, un nuevo campo de la realidad, el que hoy llamamos «demonismo del poder» y por el que entendemos el extraño hecho de que la empresa política puede llevarse a cabo con la destrucción de los valores éticos. Con este «descubrimiento» está en relación la nueva concepción del hombre según la cual éste sería malvado por naturaleza *(homo homini lupus)* y, sobre todo, que todo auténtico político sería, en el fondo, un ser sin ética. Y en este mundo salvaje y amoral la norma ética no tiene cabida. Incluso, para esa idea «nueva» de lo político, la religión y la ética no serán sino puros instrumentos puestos a su servicio. (Según esta extremosa tesis, el «realismo político», que se basa en lo que Nietzsche ha llamado «la voluntad de poder», *Wille zur Macht* cubriría todo el ámbito de la esfera humana.)

Contra la tesis de un origen moderno de las consideraciones sobre el posible carácter «demónico del poder» pueden sin duda oponerse muchas objeciones. La literatura griega está llena de pasajes en los que se ilustra claramente una cierta conciencia de lo que Ritter quiere entender como un descubrimiento moderno. Pero sobre todo ha sido Tucídides —descontando algunos sofistas que han afirmado claramente algunas de las tesis básicas a este respecto— quien ha dejado un

retrato fiel, diáfano, de lo que podemos llamar la otra cara de la noción de poder. Lo hemos visto claramente en el pasaje sobre los melios. Y podemos verlo en otros pasajes no menos patéticos. Por ejemplo, está claramente esbozado el divorcio entre ética y política en el pasaje tucidídeo en que Esparta entrega a los ciudadanos de Platea a la discreción de sus enemigos tebanos, a pesar de los méritos que Platea había contraído para la causa común de los griegos en ocasión de las guerras contra los persas [34]. Y está, en fin, claramente delineado este divorcio cuando se produce en Atenas el famoso debate en torno al trato que hay que dar a la ciudad de Mitilene que se había rebelado contra Atenas [35]. Se enfrentan aquí abiertamente dos posiciones: la de Cleón, partidario de un castigo ejemplar, y la de Diodoto, que propone una medida de prudencia. Pero en el fondo, los dos oradores, están de acuerdo en un hecho básico: que la política no puede prescindir de la utilidad. Si en el caso actual Diodoto defiende la vida de los mitilenios no es atendiendo a razones de orden ético, a razones de humanidad, sino a que, para los intereses, es más conveniente un castigo moderado.

---

[34] *Tuc.*, III, 53 y ss.
[35] *Tuc.*, III, 37 y ss.

IV. ANALISIS DE UN GOLPE DE ESTADO

Dada esta situación de desconfianza mutua, ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre se proteja a sí mismo como la anticipación, es decir, el dominar por medio de la fuerza o la astucia.

HOBBES

El que urdía con éxito un complot era considerado sagaz.

TUCÍDIDES

Se ha sostenido en varias ocasiones que el libro VIII no pudo ser revisado por su autor, y de ahí el carácter de redacción provisional que delatan sus pasajes [1]. Y, sin embargo, este libro contiene, por lo menos en algunas de sus partes, aspectos capitales que merecen un análisis exhaustivo. Sobre todo nos referimos a los capítulos en donde Tucídides describe la revolución de los Cuatrocientos. Descripción tan objetiva, tan bien analizada en sus raíces, su realización, sus causas y su curso, que sin duda podríamos titularlo «Análisis de una revolución». Un análisis que es un modelo de «modernidad» [2].

---

[1] Sobre esto, cfr. DELEBECQUE, *Thucydide, Livre VIII*, Aix-en-Provence 1967.

[2] Sobre los aspectos «modernos» de la descripción tucidídea de las revoluciones, cfr. por ejemplo, H. ARENDT, *Sobre la revolución*, Madrid 1967 (que niega que la *stasis* griega tenga nada que ver con la revolución moderna), y RYFFEL, *Metabolê politeiôn*, Berna 1949. Sobre las relaciones entre terror y revolución véase lo que dice J. JAU-

Tucídides sigue aquí su principio básico de dejar que los hechos hablen por sí mismos. Están tan bien escogidos, ordenados, estructurados, que el autor no necesita hablar en primera persona para comentarlos. Hablan solos, con una claridad diáfana.

¿Qué se necesita para asegurar el éxito a una acción subversiva? Tucídides comienza presentando en el estado de desmoralización en que se encontró Atenas a la víspera de la derrota de su expedición a Sicilia:

> «Al llegar a Atenas la noticia, durante un tiempo no se quería prestar crédito ni siquiera a los soldados que habían escapado del desastre y que lo describían con todos sus pormenores; y cuando, por fin, se rindieron a la evidencia, todo era indignación contra los políticos que habían prestado su apoyo a aquel proyecto expedicionario —como si el pueblo mismo no lo hubiese apoyado con sus votos—, todo cólera contra los agoreros y profetas y contra cuantos, en fin, con sus vaticinios, habían contribuido a infundir la esperanza de conquistar Sicilia. Todo, desde cualquier punto de vista, les

---

RÈS, *Histoire socialiste,* La constituante (1789-1791), página 272 y ss. Un estudio sobre la revolución de Corcira, y sus aspectos «modernos» puede verse en el interesante trabajo de J. J. SAYAS, *Hispania Antiqua* I (1971), página 179 y ss.

> llenaba de pesar, y, atendiendo a las consecuencias de aquel suceso, se apoderó de ellos un miedo cerval y una consternación indescriptible. Y, en efecto, al verse privados —cada uno en lo que le atañía, y la ciudad en su conjunto— de tantos hoplitas y jinetes y de una juventud en flor como les constaba no tener otra, se llenaban de dolor; y, además, al no ver en los astilleros naves en número suficiente ni recursos en el tesoro, ni dotación para las naves, desesperaban de salvación, y se imaginaba que sus enemigos de Sicilia, sobre todo tras aquella enorme victoria, marcharían con su flota inmediatamente contra ellos, atacando el Pireo, y, además, que sus enemigos de Grecia, que ahora se hallaban doblemente preparados que antes, les atacarían a no tardar con todos sus efectivos por tierra y por mar, y con ellos, sus propios aliados, que se habían pasado al enemigo» (Tucídides, VIII, 1, 1-2).

Naturalmente esa actitud derrotista era el terreno más abonado para convertirse en caldo de cultivo de un cambio político. El fracaso del régimen democrático iba a ser el punto de arranque para la acción oligárquica. Por lo pronto, espontáneamente o bien orquestando el fracaso por parte de los bandos oligárquicos de la oposición, surgen voces que preconizan no ceder ante la derrota. Pero, además, que es preciso introducir

ciertas modificaciones en la constitución para conseguir la victoria final:

> «A pesar de todo, creían que su deber era, en la medida que se lo permitieran las circunstancias, no cejar en sus esfuerzos: que se imponía equipar una nueva flota, buscando madera y recursos donde pudieran; poner en estado de alerta a sus aliados, especialmente Eubea; introducir ciertas reformas encaminadas a una política de austeridad, y nombrar una comisión de un cierto número de ancianos, que, previamente a la reunión del Consejo, tomara las decisiones que la ocasión del momento aconsejara» (Tucídides, VIII, 1, 3).

Naturalmente, el pueblo, desmoralizado y aturdido, estaba dispuesto a todo. Como se echa de ver, todas las condiciones previas estaban cumplidas: desmoralización, derrotismo, pánico por parte del partido democrático y de la masa que le apoyaba. Empieza a cristalizar la idea de ciertos recortes en algunos aspectos económicos de la democracia (el cobro de dietas para los cargos) y en los políticos (un consejo de ancianos que, lógicamente, iba a tener un poder superior al del Consejo).

Pero faltaba un catalizador, un hombre que pusiera en movimiento todos esos fenómenos ini-

ciales. Este hombre va a ser Alcibíades[3]. Tras haber perdido la confianza de sus actuales aliados, los espartanos (cfr. VIII, 45, 1), y con el secreto deseo de prepararse la vuelta a Atenas, empieza un doble juego que va a tener las mayores consecuencias. Tras conseguir que Tisafernes detenga el curso de la ofensiva espartano-persa (VIII, 45, 3-6) e intentando, al mismo tiempo, preparar el ánimo de los persas hacia un entendimiento con Atenas (VIII, 46), entra en contactos secretos con los mandos de la escuadra ateniense fondeada en Samos, e insinúa que podrá conseguir que Persia apoye a Atenas si ésta modificaba su constitución política convirtiéndola en un régimen oligárquico. De nada va a servir la actitud de Frínico, descubriendo lo infundado de tal proposición, y acusando al Alcibíades de no perseguir otro propósito que su vuelta a Atenas tras derrocar el régimen que le había condenado a muerte en rebeldía (VIII, 48, 4 ss.). De nada sirvió, entre otras razones porque la maquinaria se había puesto ya en funcionamiento: los oligarcas, o los simpatizantes con la idea de un cambio político que permitiera salvar la desesperada situación, habían ya tomado sus decisiones. Y, efectivamente, comienza una nueva

[3] Sobre Alcibíades y sus posibles relaciones con Tucídides, cfr. especialmente, P. A. BRUNT, *Thucydides and Alcibiades*, «Rev. des Etud. grecq.» (1952), p. 59 y ss., y, sobre todo, el libro de DELEBECQUE, *Thucydide et Alcibiade*, Aix-en-Provence 1965. Sobre la figura de Alcibíades vista por Tucídides, véase H. D. WESTLAKE, *Individuals in Thucydides*, Cambridge 1968, p. 212 y ss.

fase en la preparación del golpe de Estado: la «mentalización» del pueblo. Hasta ahora sólo se trataba de hablar, en términos muy generales, de un cambio y de unas medidas de urgencia. Ahora no: ahora era preciso inculcar una idea muy concreta: el regreso de Alcibíades —el único que podía conseguir la alianza con Persia— y el cambio de constitución, la única garantía que pedía Persia —según el informe de Alcibíades—, para entrar en negociaciones.

Y llegan a Atenas los enviados de Samos, con Pisandro al frente, con la misión de convencer de la necesidad de tales medidas. Naturalmente, hay cierta oposición.

> «Pisandro, empero, toma la palabra para enfrentarse con aquella oposición y protesta, y llama a cada uno de los que se habían manifestado en contra y les pregunta si tienen alguna esperanza de salvar a la ciudad mientras los peloponesios posean en el mar un número no inferior de naves al que ellos tenían dispuestas para el ataque, y un número mayor de ciudades aliadas, y en tanto el rey y Tisafernes les proporcionan apoyo financiero, mientras que ellos mismos no lo tenían ya...» (VIII, 53, 2).

El argumento es definitivo: los objetores se ven desarmados. Y es entonces cuando Pisandro expone con toda claridad su plan:

«Pues bien, todo esto no nos es posible en tanto no adoptemos un régimen más moderado que cuente con una limitación del derecho a acceder a las magistraturas.»

Las palabras clave habían sido pronunciadas: oligarquía, limitación del derecho democrático, gobierno «fuerte». El pueblo se sobresalta en un primer momento al oír pronunciar el nombre de oligarquía, pero pronto Pisandro les ofrece engañosas perspectivas: «cuando haya pasado el peligro, volveremos a nuestro antiguo régimen»...

Naturalmente habría sido ingenuo dejar que la propia democracia votara las medidas oportunas. Ingenuo y peligroso. Por ello, Pisandro toma dos medidas básicas: primero, consigue convencer a los atenienses de que Frínico —el único que, en Samos, se había opuesto a la idea del golpe— era culpable de traición. Había que desembarazarse, desde un primer momento, de las personas que podían hacer peligrar la empresa. Y, segundo, Pisandro entra en contacto con las «asociaciones» de Atenas con el encargo de preparar el terreno para el derrocamiento de la democracia (VIII, 54, 4).

La labor de estas asociaciones, o sociedades secretas, se reveló altamente fructífera para la causa de los conjurados[4]. Su misión concreta consistió

[4] Sobre estas asociaciones (ἑταιρεῖαι) en general, cfr. el luminoso estudio de CALHOUN, *Athenian Clubs in politics and litigation*, «Bulletin of the Univ. of Texas», número 262, 1913, y F. SARTORI, *Le eterie nella vita politica ateniese*, Roma 1967. Además, sobre el papel jugado por

en instaurar un régimen de terror, único medio apropiado para conseguir el intento apetecido. Y, en efecto, así actuaron:

> «Algunos jóvenes, en secreto, se pusieron de acuerdo y asesinaron a Androcles, el principal líder democrático, el hombre que más había contribuido al destierro de Alcibíades» (VIII, 65, 2).

Este es el primer paso hacia el establecimiento de un régimen de terror y de desmoralización:

> «También liquidaron secretamente, con los mismos métodos, a otros ciudadanos incómodos.»

Simultáneamente, empiezan a correr por Atenas *slogans* concretos sobre la reforma que iba a aplicarse:

> «No se debía pagar dietas más que a los soldados en campaña, ni debían participar de la plena ciudadanía más de cinco mil ciudadanos; en concreto, aquellos que, con su dinero o su personal valía, pudieran prestar servicios al Estado.»

Naturalmente, se mantenía todavía la apariencia democrática y, en este sentido, continuaba convo-

---

ellas antes de la guerra del Peloponeso, F. GHINATTI, *I gruppi politici ateniesi fine alle guerre persiane*, Roma 1970.

cándose la Asamblea y el Consejo. Pero estas reuniones estaban preparadas de antemano y eran completamente controladas por los conjurados:

> «No se presentaba a discusión ni a aprobación proyecto alguno que no fuera del agrado de los conjurados; al contrario, quienes tomaban la palabra eran individuos del grupo y de antemano habían acordado ya lo que habían de proponer. Y nadie les replicaba, asustados al ver que los conjurados eran muchos. Y si alguno hablaba en contra de sus propuestas, era eliminado en un momento conveniente sin que nadie buscara a los responsables y sin que se les acusara judicialmente en el caso de conocer quiénes eran; por el contrario, el pueblo estaba tan inmovilizado y aterrorizado, que se consideraba una suerte no sufrir daño alguno aun guardando silencio. Por creer que los conspiradores eran más numerosos de lo que eran en realidad, tenían el ánimo abatido, y no podían descubrir la conjura por la magnitud de la ciudad y por el desconocimiento recíproco de los ciudadanos» (VIII, 66).

En estas condiciones, madura ya la fruta, Pisandro da los últimos y definitivos toques a la empresa: convoca una reunión de la Asamblea y propone poner el poder en manos de diez comisionados con plenos poderes para que ultimen

un proyecto de nueva constitución que será aprobada en una nueva asamblea convocada al efecto en una fecha determinada. Llegada la fecha:

> «Encerraron la Asamblea en Colono (hay allí un recinto sagrado consagrado a Poseidón, en las afueras de la ciudad y distante unos diez estadios) y los comisionados no presentaron otra propuesta sino que cualquier ciudadano pudiera presentar la moción que quisiera sin responsabilidad legal alguna; y que si alguien le acusara de hacer una propuesta ilegal al orador correspondiente, o le causara dificultades de cualquier otro modo se aplicarán al tal grandes sanciones» (VIII, 67, 2).

Con esta auténtica *encerrona* (Tucídides utiliza un término que se corresponde exactamente al término castellano correspondiente: ξυνέκλῃσαν), no había duda que las propuestas que se iban a presentar estaban de antemano aseguradas. Y así ocurrió, en efecto:

> «Entonces se propuso, ya sin tapujos, que no continuara como hasta entonces ningún cargo público ni se percibiera sueldos del Estado; además, que se eligieran cinco 'presidentes' y que éstos, a su vez, designaran a otros tres cada uno» (VIII, 67, 3).

Estos Cuatrocientos —de ahí la denominación de «revolución de los Cuatrocientos»— que, natu-

ralmente, y por la forma en que fueron «elegidos», eran los conjurados más radicales y de mayor «confianza», a su vez se apoderarían del Consejo y, con plenos poderes para gobernar, convocarían a la Asamblea de los Cinco mil (una asamblea popular reducida, como se ve) cuando lo creyeran oportuno. El caso es que su «toma de posesión» se llevó a cabo con el mismo procedimiento de la «acción directa»:

> «Una vez que la Asamblea, sin ninguna oposición, sancionó las anteriores propuestas y se hubo disuelto, los conjurados introdujeron a los Cuatrocientos en el edificio del Consejo de la manera siguiente: dada la presencia del enemigo en Decelia, todos los atenienses estaban constantemente en armas en los puestos asignados, unos en la muralla, otros en el retén. Pues bien, aquel día dejaron marchar a sus puestos, como solían, a los que eran extraños al golpe de Estado, en tanto que a los conjurados se les ordenó que permanecieran quietos, no en sus puestos, sino a una cierta distancia, y, en caso de que se señalara alguna resistencia a estas medidas que lo impidiesen con las armas. Apostadas estas fuerzas, llegaron los Cuatrocientos armados con un puñal oculto, y con ellos iban los ciento veinte jóvenes que utilizaban cuando se trataba de acudir a la violencia. Irrumpieron, pues, en medio de los

consejeros elegidos por sorteo, que se hallaban entonces en el edificio, y les comunicaron que tomaran sus honorarios y se marcharan. Y, efectivamente, les traían el sueldo de todo el tiempo que les faltaba por cumplir, entregándoselo a medida que iban saliendo. Una vez que el Consejo, sin ofrecer resistencia alguna, se hubo eclipsado con este método, y los ciudadanos no hubieran intentado ningún gesto en contra, sino que se mantuvieron quietos, los Cuatrocientos penetraron en el salón del Consejo y eligieron a suertes, entre ellos mismos, a los pritanos... Acto seguido modificaron profundamente el régimen democrático, aunque, a causa de Alcibíades, no llamaron a los desterrados» (VIII, 69-70).

He aquí, pues, cómo se llevó a término una revolución que instaló en Atenas un «terror blanco», descrito por el propio Tucídides de la forma siguiente [5]:

«En general, gobernaron a la ciudad por medio de la violencia. Llegaron a ejecutar

[5] Un análisis muy certero, de estos mismos hechos, puede verse en WOODHEAD, *Thucydides on the nature of Power*, Cambridge, Mass. 1970, pp. 71-77. El libro, muy discutible en algunos puntos, contiene muy inteligentes sugerencias sobre Tucídides y el poder en general.

Sobre los *slogans* políticos de la época de la guerra, como el de «una democracia moderada», «constitución ancestral», delimitación del número de ciudadanos, «bue-

algunos ciudadanos que creían conveniente hacer desaparecer, encarcelaron a otros, a otros, en fin, los enviaron al destierro...» (VIII, 70, 2).

---

nos» y «malos» (en sentido político), cfr. el curioso libro de GROSSMANN, *Politische Schlaqwörter aus der Zeit des poloponnesischen Krieges,* Zurich 1950. Sobre la actitud de Tucídides con respecto al gobierno de los Cinco Mil, véase, últimamente, G. DONINO, *La posizione di Tucidide verso il governo dei Cinquemila,* Turín, Paravia 1969.

V. GUERRA, ETICA Y POLITICA: HABLA TUCIDIDES

Su empeño por la objetividad ha sido siempre reconocido, en la actualidad como en la época antigua. Pero, como toda fuerte personalidad, él tiene también sus fobias y sus filias.

H. HERTER

No es empresa fácil seleccionar unos textos de Tucídides con vistas a ilustrar su pensamiento sobre la guerra, la ética y la política. Podría decirse que en cada página, en cada línea, el tema asoma. Pero los pasajes que hemos escogido creo que pueden servir de piedra de toque para que un lector no familiarizado con la *Historia* tucidídea consiga vislumbrar el núcleo central de sus ideas. Con alguna excepción —el pasaje de la peste, o sus reflexiones sobre el impacto que la guerra hace sobre la moralidad de los pueblos—, estas ideas están tomadas de los discursos, que es donde, por lo general, el historiador, en boca de sus personajes, expone sus puntos de vista. En conjunto, los puntos básicos que centran la ideología tucidídea son: el problema del imperio ateniense; papel del estadista en la tarea de dirigir a su pueblo; choques del interés político con la ética;

psicología de los pueblos, lo que determina su manera de actuar en la paz y, sobre todo, en la guerra; la conducta de Esparta en su papel, teórico al menos, de liberadora de Grecia, y las contradicciones entre tal empeño y el modo concreto de su actuación; la fuerza de los prejuicios en la discusión y análisis de los problemas políticos y bélicos; importancia de la discusión para planificar cualquier empresa...

Todos estos aspectos están contenidos en la breve antología que aquí ofrecemos. Hemos dejado de lado toda descripción concreta de hechos guerreros, aunque también aquí Tucídides destaca por la claridad con que —con sus cualidades de militar— sabe describir los momentos esenciales de toda acción táctica.

La traducción que ofrecemos procura ser fiel al original, aunque, dado el estilo del autor, no ha habido más remedio que sacrificar, a veces, la literalidad en favor de una mayor comprensión del texto.

Atenas y Esparta

En una decisiva sesión de la Liga peloponesia, los delegados toman la palabra para acusar a Atenas de agresión y, al tiempo, para incitar a Esparta a que se decida, de una vez, a declarar la guerra a Atenas. De hecho, empero, el texto tucidídeo tiene una finalidad concreta: exponer al

lector la idiosincrasia de las dos grandes potencias enfrentadas (Historia, I, 68 y ss.).

* * *

I, 68.—«Lacedemonios: la confianza que preside vuestra vida política y social os hace un tanto desconfiados cuando tomamos la palabra para hablar contra terceros. Y así, con esta práctica, ganáis en tacto; en cambio, obráis con cierta ignorancia de la política exterior. Porque, a pesar de nuestras reiteradas advertencias sobre el daño que Atenas iba a causarnos, jamás llegasteis a admitir el verdadero alcance de nuestros consejos, antes bien, os dominaba la sospecha de que quienes exponían sus quejas hablaban llevados de su pasión contra enemigos personales. Ello explica que, no antes de que sufriéramos daño alguno, sino cuando han hablado ya las armas, os hayáis decidido a convocar a los aliados, ante cuya Asamblea nos creemos con mayor derecho que nadie a tomar la palabra, puesto que somos quienes mayores acusaciones podemos formular: contra Atenas, por sus agresiones; contra vosotros, por vuestra contemporización.

Porque si los crímenes que Atenas comete contra Grecia no fueran del todo palmarios, cabría la solución de informaros como a quien no está al corriente de los hechos. Pero, en nuestro caso, ¿a qué alargarse en discursos cuando estáis contemplando cómo una parte de Grecia es escla-

vizada; otra, víctima de sus agresiones (y de un modo especial, nuestros propios aliados), y que con gran antelación se están preparando ante la eventualidad de un futuro conflicto? De no ser así, no nos habrían arrebatado, y ocuparían ahora, Corcira contra nuestra voluntad, ni habrían puesto sitio a Potidea: territorios, ambos, de los cuales éste es de gran importancia estratégica para el control de Tracia, y aquél habría aportado a la Liga una nutrida flota.

69.—De todo ello sois culpables vosotros por haberles permitido fortificar su ciudad después de las guerras médicas, y levantar, con posterioridad, los Muros Largos; y, además, por haberos negado, hasta el día de hoy, a liberar no sólo a quienes se hallan bajo su dominio, sino incluso a vuestros propios aliados. Porque, sin duda, el verdadero responsable de una agresión no es el que impone su dominio sobre otro, sino el que, pudiendo evitarlo, lo consiente; sobre todo cuando éste aspira al glorioso título de campeón de la libertad de Grecia. Ahora mismo, por poner un ejemplo, hemos conseguido, y aun a duras penas, convocar una reunión de la Liga, y ni siquiera con un orden del día concreto. Porque no es ya hora de discutir si hemos sido o no provocados, sino de decidir la forma con que vamos a responder a sus provocaciones: los hombres de acción, una vez se han propuesto sus objetivos, avanzan sin vacilar hacia su meta, mientras que nosotros

no hemos elaborado todavía nuestra propia estrategia.

Por otra parte, conocemos ya la táctica de Atenas, y sabemos cómo, una tras otra, lleva a cabo, sin interrupción, sus agresiones. Su audacia no es el resultado de su confianza en vuestra falta de capacidad de reacción: cuando estén seguros de que vais a tolerarlo todo, atacarán con violencia mayor aún.

Porque, lacedemonios, sois el único Estado de Grecia que practica una política de paz y que se defiende del ataque enemigo no por medio de la fuerza, sino con toda suerte de dilaciones; sois el único que corta las alas a la expansión enemiga no en sus inicios, sino cuando se haya duplicado. Y, con todo, teníais fama de ser hombres en quienes confiar, pero, a lo que se ve, esta fama no corresponde a la realidad. Es un hecho que los persas, que procedían del otro confín de la tierra, pusieron el pie en el Peloponeso sin que vosotros les hubierais salido al paso con fuerzas importantes; y ahora no prestáis la debida atención al caso de Atenas, que no está situada lejos, como Persia, sino cerca, y que, en lugar de atacarla, esperáis a defenderos cuando se os eche literalmente encima, corriendo, de esta suerte, el peligro de tener que combatir con fuerzas mucho más poderosas, aunque sabéis que también el bárbaro debió el fracaso a sus propios errores y que incluso los miembros de la Liga han vencido con frecuencia a los atenienses más bien gracias a los desaciertos

de éstos que a la ayuda que les prestasteis vosotros: porque, a decir verdad, la esperanza puesta en vuestro apoyo ha causado ya la ruina de más de un Estado, que, por confiar en vosotros, se ha encontrado sin una fuerza adecuada.

70.—Por lo demás, nosotros más que nadie tenemos derecho a presentar a los aliados nuestras quejas, dada, sobre todo, la importancia de los intereses en juego, de cuyo alcance, al menos a nuestros ojos, no parece que hayáis llegado a apercibiros. Como tampoco os habéis parado jamás a meditar sobre qué clase de hombres son los atenienses, contra los que tendréis que enfrentaros. Y, ¡qué abismo separa su carácter del vuestro! Ellos son ambiciosos, hábiles en planear sus agresiones y en llevarlas a la práctica; vosotros sois por naturaleza conservadores, incapaces de programar nuevas conquistas y ni siquiera de actuar cuando la acción resulta inevitable; los atenienses llevan su audacia más allá de lo que permiten sus medios, se arriesgan más de lo que aconseja la prudencia, e incluso en los reveses se muestran optimistas; vuestro natural, en cambio, os inclina a actos que no responden a vuestro potencial efectivo, a no confiar en los proyectos más seguros, a creer que jamás podréis superar los obstáculos; ellos son espíritus decididos; vosotros, contemporizadores; ellos se han habituado a vivir lejos de su patria; vosotros sois el pueblo más casero que existe. Y es que ellos creen poder obtener

algún beneficio de sus ausencias; vosotros que, con salir del país, perderéis incluso lo que es vuestro; si vencen al enemigo, ellos avanzan todo lo que pueden; si sufren la derrota, son los que menos terreno ceden; en su persona física ven un instrumento ajeno puesto al servicio de la patria; en su espíritu, un bien personalísimo a ella consagrado. Cuando no logran los fines propuestos, créense desposeídos de algo propio, y una vez alcanzan la meta apetecida, consideran mezquina la ganancia comparada con los logros futuros. Y si fracasan en alguno de sus intentos, se proponen otros objetivos, y con ellos compensan las pérdidas sufridas. Porque son los únicos seres que consideran sinónimo la esperanza en la realización de sus objetivos y la consideración de los mismos, por la presteza con que ejecutan sus planes. Estos desvelos, con los esfuerzos y peligros a ellos inherentes, les ocupan la vida entera: por ello es brevísimo el disfrute de sus bienes, ya que constantemente están realizando nuevas conquistas. Para ellos no hay más fiesta que el cumplimiento del deber, y les pesa más la tranquila inacción que la ocupación que exige esfuerzo. En suma, si, para resumir, afirmáramos que no pueden estar tranquilos ni dejar a los demás estarlo, diríamos la estricta verdad.

71.—A pesar de tener enfrente una ciudad de tal idiosincrasia, lacedemonios, os cruzáis de brazos sin pensar que una política de paz es alta-

mente útil para aquellos Estados que, haciendo un justo empleo de su poder, están, en su fuero interno, decididos a no consentir la menor provocación. Pero vosotros concebís la justicia sobre la base de un simple respeto al derecho ajeno y de la posibilidad de defenderos sin sufrir quebranto. Pero eso tan sólo podríais lograrlo, y aun a duras penas, si enfrente tuvierais un Estado que opinara igual. Pero, en realidad, como os acabamos de mostrar, vuestras instituciones son arcaicas comparadas con las suyas. Y en política, como en cualquier otra especialidad, es preciso asimilar todo progreso. Si para un Estado en paz la mejor política es conservar intactas sus instituciones, para quienes se ven abocados a múltiples crisis se imponen grandes cambios: esta es la causa de que Atenas, en su multivaria experiencia, haya evolucionado más que vosotros.

Poned, pues, fin a vuestra contemporización: enviad ahora mismo, a Potidea y otros puntos, la ayuda que prometisteis, iniciando la inmediata invasión del Atica. No entreguéis un Estado aliado y hermano de raza a su más encarnizado enemigo, ni nos obliguéis a que, en un arrebato de desesperación, nos inclinemos hacia otro bando, con lo que no haríamos nada reprochable ni ante los dioses que presiden los pactos ni ante los hombres que los contemplan: porque en la violación de un tratado incurre no quien, al verse abandonado, se aproxima a un tercero, sino quien niega su ayuda al que, por la fuerza de un pacto, está

obligado a prestar. Si estáis dispuestos a mostrar decisión, permaneceremos en la alianza, porque en tal caso, si desertáramos, ya no obraríamos de acuerdo con nuestra religión, aparte que tampoco podríamos hallar un régimen más afín al nuestro que el de Esparta.

Con esas consideraciones en el ánimo, tomad una justa decisión; haced todo lo posible por conservar en el Peloponeso una hegemonía no inferior a la que os legaron vuestros padres.»

Atenas justifica su política imperialista

Discurso pronunciado por los delegados atenienses en la Asamblea espartana. Estas palabras pretenden, en la mente del historiador, ser la réplica a las palabras pronunciadas antes por los representantes de Corinto (Historia, I, 73 y ss.).

* * *

I. 73.—«La finalidad de nuestra embajada no es polemizar con vuestros aliados, sino resolver los asuntos que nuestra patria nos ha enviado a solventar. Sin embargo, al escuchar las calumnias de que somos objeto, hemos subido a la tribuna con ánimo no de responder a los cargos que se formulan contra nuestra ciudad (pues no sois jueces ante los cuales haya que dirimir nuestras diferencias), sino para evitar que, fácilmente su-

gestionados por vuestros aliados, toméis, en asuntos de gran trascendencia, una resolución que podría ser funesta; y, al tiempo, con la voluntad expresa de mostrar, a propósito de los cargos que se nos hacen, que no sin derecho detentamos nuestro imperio y que, en suma, nuestra patria es digna de admiración.

Pero, ¿para qué mentar los hechos más remotos, cuyo testimonio son más bien las referencias orales que los ojos de quienes van a escucharnos? En cambio, fuerza es hablar de las guerras médicas, y de las gestas que vosotros habéis vivido, aun con el peligro de hacernos prolijos con nuestra constante referencia a ellos. Y es que, con nuestro heroísmo, luchamos al servicio de la Hélade entera, y por más que vosotros hayáis prestado vuestra parte de contribución a esta empresa, no existe razón alguna para que se nos prive de tamaño honor.

Nuestras palabras, por otro lado, se proponen menos recabar vuestra consideración que ofrecer un testimonio y una demostración palpables del tipo de ciudad con la que tendríais que enfrentaros en caso de no tomar una decisión acertada. Y, así, proclamamos que en Maratón hicimos frente, nosotros solos, al bárbaro; y que cuando se presentó por segunda vez, al no poder defendernos por tierra, nuestro pueblo embarcó en masa, y así tomamos parte en la batalla de Salamina, hecho que impidió que aquél atacara, uno tras otro, los Estados del Peloponeso, arrasándolo

todo, ya que a los griegos nos era de todo punto imposible prestarnos mutua ayuda ante tan gran número de naves. La prueba más evidente nos la dio el mismo bárbaro: una vez vencido por mar, al no poder contar ya con su primitivo potencial marítimo, apresuróse a batirse en retirada con el grueso de sus fuerzas.

74.—Y siendo así que esta acción tuvo tal desenlace y resultado, y que es palmario que la suerte de los griegos se decidió con la flota, nosotros aportamos los tres factores decisivos: el mayor contingente naval, el marino más eficaz y el más decidido entusiasmo. Esto es, poco menos de las dos terceras partes del total de cuatrocientas naves, a Temísticles como jefe (a cuya iniciativa se debió que el combate tuviera lugar en los estrechos, cosa que, sin duda alguna, motivó el triunfo de nuestra causa), a quien vosotros mismos por este servicio otorgasteis los máximos honores que concede a un extranjero vuestra patria, y dimos prueba de la mayor voluntad de sacrificio, puesto que, viendo que nadie acudía en ayuda nuestra por tierra, y que los demás Estados colindantes se habían ido sometiendo, tomamos la resolución de abandonar nuestra patria y de sacrificar nuestros bienes, pero sin traicionar la causa común de los aliados que todavía quedaban en pie, sino que, por el contrario, embarcamos en las naves y afrontamos el peligro sin guardaros rencor por no habernos enviado socorro. Proclamamos, en

suma, que el servicio prestado es mayor que el que de vosotros recibimos: pues fue desde ciudades aún en pie y con la perspectiva de habitarlas nuevamente que, tan pronto temisteis por vuestra propia salvación, más que por la nuestra, acudisteis en nuestra ayuda (la verdad es que, mientras todavía nos manteníamos firmes no acudisteis). Nosotros, por el contrario, dejamos detrás una patria cuyas perspectivas eran bastante menos que halagüeñas, y contribuimos a vuestra salvación al tiempo que a la nuestra.

Pues bien; si nosotros, como otros hicieran ya, nos hubiésemos rendido al bárbaro temiendo por nuestro país, o si, más tarde, no hubiésemos tenido el valor de embarcarnos por creer que todo estaba ya perdido, inútil habría sido, por parte vuestra, entablar combate con una flota inadecuada: todo le habría salido al bárbaro a la medida de sus deseos.

75.—Lacedemonios, ¿acaso nuestra voluntad de sacrificio y nuestra clara intuición de entonces merecen, por parte de los griegos, esa envidia que les inspiramos, al menos en lo que respecta a nuestro imperio? Imperio que no hemos adquirido con medios violentos, sino gracias a que vosotros no quisisteis proseguir la lucha contra los restos del ejército persa, y porque los mismos aliados se dirigieron a nosotros con la súplica de que nos convirtiéramos en su caudillo. La fuerza misma de las circunstancias nos obligó,

desde el primer momento, a levantarlo hasta su actual grandeza, presionados, ante todo, por el temor, luego por una razón de prestigio y, finalmente, por interés. Que no era ya, a nuestros ojos, seguro partido exponernos a ceder después de habernos ganado el odio de los más, cuando incluso algunos de nuestros súbditos estaban en franca rebeldía y vosotros, encima, no erais ya nuestros amigos de antaño, sino que nos mirabais con cierto recelo, y teníais intereses opuestos a los nuestros. Al fin y al cabo, las ciudades que podían sublevarse se habrían inclinado a vuestro bando. En fin, no merece reproche de nadie quien, ante tamaño peligro, asegura su propio interés.

El caso es que vosotros, lacedemonios, ejercéis vuestra hegemonía en el Peloponeso organizándolo según vuestra exclusiva conveniencia. Y si en aquel entonces hubiéseis conservado vuestro caudillaje, ganándoos, con ello, la impopularidad, como es nuestro caso ahora, estamos convencidos de que seríais tan odiosos a los ojos de vuestros súbditos como lo somos nosotros a los de los nuestros, y que, en consecuencia, os habríais colocado ante el dilema de imponer vuestro dominio por la fuerza, o de poner en peligro vuestra propia existencia. Así, nada tiene de extraño, ni repugna a la humana naturaleza, el hecho de que aceptáramos un imperio que se nos brindaba, y que nos resistamos a liquidarlo movidos por tres poderosos imperativos, el prestigio, el temor y el interés. Pero es que no hemos sido tampoco nos-

otros los introductores de tal principio, ya que es ley natural que el débil sea dominado por el fuerte, aparte el hecho de que somos dignos de este imperio, y de que a vosotros os lo ha parecido siempre así hasta este momento en que, considerando vuestros exclusivos intereses, esgrimís el argumento de la justicia, término con cuya invocación nadie todavía ha hecho desistir a otro de sus ambiciones si se le presenta ocasión de aumentar sus dominios. Más aún, merecen toda clase de elogios aquellos Estados que, aun obrando de acuerdo con el instinto natural del hombre por el dominio sobre los demás, actúa con una equidad mayor de lo que toleraría su propia fuerza. Y así opinamos que si cualquier otro Estado consiguiera un imperio como el nuestro, al punto se proclamaría por doquier nuestra moderación, aunque la equidad de que hace gala nuestro imperio nos ha ganado, incomprensiblemente, más ataques que aplausos.»

Consecuencias morales de la peste

Descripción de la peste que asoló Atenas en el primer año de la guerra. El historiador analiza las consecuencias que tuvo sobre la moralidad y las creencias religiosas de los atenienses (Historia, II, 47 y ss.).

* * *

II, 47.—«Tan pronto se inició el verano, los peloponesios y sus aliados, con los dos tercios de sus efectivos, invadieron, como el año anterior, el territorio del Atica (al frente de las tropas estaba el rey de Esparta Arquídamo, hijo de Zeuxidamo). No llevaban aún muchos días en el Atica cuando se declaró en Atenas la epidemia que, según se dice, había asolado otros muchos territorios, como Lemnos y comarcas vecinas; pero en parte alguna se recuerda un azote y una mortandad semejantes. Los médicos que, en su desconocimiento del mal, lo trataban por vez primera, nada podían, y eran las primeras víctimas por ser quienes se acercaban a los enfermos. Las demás ciencias humanas eran igualmente impotentes. Todo era inútil: plegarias en los templos, consultas a los oráculos, o cualquier otro recurso de este tipo. Al final, acabaron por renunciar a ello, abatidos por aquel azote.

48.—Los primeros brotes, según cuentan, se manifestaron en Etiopía, allende Egipto; desde allí descendió a Egipto y Libia, llegando a extenderse por la mayor parte de los dominios de Rey. Sobre Atenas cayó de improviso, y como primero atacó a la población del Pireo, corrió el rumor de que los pelopolonesios habían envenenado las cisternas, porque a la sazón todavía no había allí fuentes. Más tarde alcanzó la ciudad alta, y allí la mortandad fue muy elevada.

Sobre esta epidemia que cada cual, médico o

profano, opine según su capacidad en torno a su origen probable y las causas que pudieron causar una perturbación semejante: yo, por mi parte, me limitaré a exponer sus rasgos generales y los síntomas de cuyo examen, si alguna vez la epidemia se repitiera, podría diagnosticarse mejor, contando con una idea previa de la misma: es el comentario de un hombre que padeció la enfermedad y vio a otros afectados por ella.

49.—El año aquel, según consenso unánime, había sido notablemente inmune a las enfermedades corrientes, y si alguien había contraído previamente alguna enfermedad, su dolencia acabó resolviéndose en ésta. Pero, en general, las demás personas estaban completamente sanas, y, de pronto, sin causa aparente alguna, se veían atacadas de fiebres muy altas localizadas en la cabeza: sus ojos enrojecían y se inflamaban, y, en el interior, la garganta y la lengua al punto tomaban una apariencia sanguinolenta, y exhalaban un aliento extraño y fétido. A estos signos sucedían estornudos y ronquera, y, a los pocos momentos, el dolor descendía al pecho, acompañado de una fuerte tos; cuando se había fijado en el estómago, lo revolvía con todos los subsiguientes vómitos de bilis cuyo nombre han especificado los médicos. La mayoría de los pacientes sufrían, asimismo, amagos de vómito que les causaban unos espasmos violentos que en unos cesaban inmediatamente; en otros, muchos más tarde. El cuerpo,

por fuera, no estaba muy caliente al tacto, ni pálido, sino más bien enrojecido, lívido, y cubierto por una erupción de pequeñas ampollas y úlceras; mas por dentro ardía tanto, que el enfermo no podía soportar el contacto de las prendas y sábanas más finas: sólo podía permanecer desnudo, y con gusto se habría echado al agua fría, cosa que hicieron en realidad muchos de los enfermos que no estaban vigilados por nadie, echándose a un pozo, poseídos de una sed que nada podía apagar. Pero daba igual beber mucho que poco. Además, la falta de reposo y el insomnio les angustiaban constantemente. Y durante el período de máxima exacerbación de la dolencia, su cuerpo no desfallecía, sino que soportaba sorprendentemente el mal, de manera que en su mayoría fallecían a los siete o nueve días consumidos por aquel fuego interno con todas sus fuerzas en parte intactas; y si sobrepasaban este período, el mal bajaba al vientre y provocaba en él una fuerte ulceración acompañada de una diarrea persistente, a consecuencia de la cual sucumbían de debilidad muchos de ellos.

El mal se localizaba primero en la cabeza e iba recorriendo todo el cuerpo de arriba abajo; y el paciente que sobrevivía a los más fuertes ataques conservaba, con todo, las señales en las extremidades: porque atacaba los órganos sexuales y las puntas de las manos y de los pies, y muchos se libraron con la pérdida de estos miembros, e incluso algunos con la de la vista. Otros, en el mo-

mento de empezar su recuperación, eran atacados de una amnesia total que les impedía reconocerse a sí mismos y a sus parientes.

50.—La índole general de la enfermedad no puede describirse, y atacaba a cada uno de los pacientes con una violencia tal que la naturaleza humana era incapaz de resistir; pero hay un detalle que ilustra claramente hasta qué punto difería de las afecciones corrientes: las aves y cuadrúpedos que se alimentan de cadáveres, o no se acercaban entonces a ellos, pese a que los había en abundancia y sin enterrar, o si llegaban a probarlos, morían. Prueba de ello es que este tipo de aves desapareció sin dejar rastro, sin vérselas ni en torno de los cadáveres ni en otra parte alguna. Los perros, por convivir con el hombre, permitían observar mejor sus efectos.

51.—Sin mencionar muchos otros rasgos secundarios de la enfermedad, dado que cada caso seguía un curso relativamente distinto, tales eran en su conjunto sus caracteres. Y durante aquel período de tiempo ninguna de las enfermedades corrientes aquejó a nadie, y si se presentaba alguna, se resolvía en ésta. Y unos morían por falta de cuidados, otros pese a toda clase de solicitudes. No logró encontrarse ni un solo remedio, por así decir, cuya aplicación asegurara alguna eficacia (pues el que mejoraba a uno, perjudicaba a otro). No había constitución, fuese robusta o débil, capaz

de resistir el mal; con todas acababa, fuese el que fuese el régimen terapéutico aplicado.

Lo peor de todo, en esa enfermedad, era el desaliento que se apoderaba del paciente tan pronto se daba cuenta de que había contraído el mal: inmediatamente entregaba su espíritu a la desesperación y se abandonaba más fácilmente sin intentar ni siquiera resistir; como también el hecho de que, al cuidar a los enfermos, se contagiaban y morían como ovejas. Y esto fue lo que causó mayor número de víctimas: si por temor querían evitar todo contacto, entonces los enfermos morían abandonados, y de esta suerte muchas casas quedaron vacías por falta de quien les atendiese; pero si se les acercaban, entonces sucumbían, especialmente los que querían hacer gala de personas humanitarias: éstos, por un sentimiento de pundonor, entraban en casa de sus amigos con desprecio de la propia vida, cuando incluso sus mismos familiares, vencidos por el exceso del mal, habían acabado por cansarse de los ayes de los moribundos. Pero quienes más se compadecían de los agonizantes y de los enfermos eran los que habían sobrevivido a la enfermedad, porque ellos la habían conocido, y, por lo demás, se sentían seguros, pues no atacaba dos veces a la misma persona, al menos con efectos fatales. Y entonces recibían el parabién de los demás, e incluso ellos mismos, en el excesivo entusiasmo del momento, abrigaban la vana esperanza de que ya no iban a morir víctimas de ninguna otra enfermedad.

52.—En medio de aquel infortunio, la concentración de gente del campo a la ciudad contribuyó a aumentar la angustia de la población; y los refugiados sufrieron de un modo especial: carecían de vivienda y vivían, en plena canícula, en chozas asfixiantes, por lo que la muerte se producía en medio de una enorme confusión: a medida que iban pereciendo, sus cadáveres eran amontonados unos encima de otros, o bien se arrastraban por las calles y en torno a las fuentes, agonizantes, buscando, desesperados, un poco de agua. Los templos en los que se les había instalado estaban repletos de cadáveres de quienes allí morían, porque ante la violencia exorbitada de aquel mal, los hombres, ignorando cuál sería su destino, empezaron a sentir un cierto menosprecio por la religión y la ética. En consecuencia, todas las costumbres que habían regido hasta entonces en los enterramientos quedaron transtornadas, y sepultaban a sus muertos como podían: muchas personas, por carecer de los objetos del rito necesarios, ya que habían perdido a muchos familiares, recurrían a formas de inhumación indecorosas. Unos depositaban el cadáver en piras que no les pertenecían, anticipándose a quienes las habían levantado, y unas veces colocaban el cadáver en la pira y le prendían fuego, otras lo echaban encima de la que ardía ya y se marchaban.

Pero la peste introdujo en Atenas otro tipo de inmoralidades aún más graves: las personas se entregaban al placer con un descaro nunca visto;

y es que veían con sus propios ojos los bruscos cambios de la fortuna: ricos que morían inopinadamente y personas pobres que de golpe entraban en posesión de la fortuna de los difuntos. De esta suerte, considerando igualmente efímeras la vida y las riquezas, creían que se imponía la necesidad de un pronto goce y de buscar el placer sensible. Nadie estaba dispuesto a sacrificarse por un noble ideal, en su seguridad de no poder alcanzarlo antes de morir. El placer inmediato y los medios de alcanzarlo: tal fue la norma ética de conducta que se impuso.

Nadie podía contenerles, ni el temor de Dios ni la ley de los hombres, pues, viendo que todos morían sin distingos, creyeron que daba igual honrar o no a los dioses; y, por otro lado, nadie esperaba vivir hasta que llegara la hora de la justicia y de recibir el castigo de sus delitos; más grave era, pensaban, la sentencia que pendía sobre su cabeza, y, antes de caer, era natural que sacasen algún provecho de la vida.»

Pericles contra los derrotistas

Para combatir el desaliento que se ha apoderado de Atenas, Tucídides hace hablar a Pericles con uno de los discursos más famosos de su obra. A la vez, en él se esbozan los rasgos del estadista ideal (Historia, II, 60 y ss.).

* * *

II, 60.—«Ya esperaba yo vuestras manifestaciones de indignación contra mi persona (intuyo muy bien sus causas), y precisamente he convocado la Asamblea con la intención de refrescar vuestra memoria y de reconveniros el que, sin razón alguna por vuestra parte, os volváis resentidos contra mí y os mostréis débiles ante la adversidad.

Mi punto de vista es que, a la postre, resulta más rentable para los ciudadanos un Estado floreciente en su conjunto, que uno que conoce sólo la fortuna de sus súbditos pero que, como tal comunidad, está empobrecido. Pues un hombre cuyos negocios van viento en popa, cuando su patria se arruina no deja de hundirse con ella, en tanto que si pasa por una racha de mala suerte en una ciudad que, como tal, prospera, tiene muchas más probabilidades de desquite. Como sea, pues, que el Estado puede soportar la desgracia del individuo, mientras que éstos, aisladamente, se ven impotentes para soportar la de la patria, ¿cómo no va a ser nuestro deber que todos, como un solo hombre, la defendamos, y no adoptar la actitud que ahora estáis adoptando?: abatidos por el infortunio que pesa sobre vuestras familias, os desentendéis del interés colectivo y me acusáis a mí de haberos aconsejado la guerra, y a vosotros mismos de haberla votado. Y, sin embargo, contra quien dirigís de un modo especial los dardos de vuestra ira es contra mí; contra mí, que no soy, pienso, inferior a nadie a la hora de ima-

ginar una política adecuada y de exponerla en sus líneas maestras; que soy un patriota y un hombre, en fin, inaccesible al soborno. Porque concebir una línea política de acción, pero carecer de facultades para exponerla con claridad, vale tanto como no haberla trazado; poseer estas dos cualidades, pero ser desleal para con la patria, significa no poder hablar con el mismo celo que otros; tener esa virtud, pero ser accesible al soborno, equivale a malvenderlo todo por dinero. En consecuencia, si imaginasteis que yo poseía más que otros, aunque fuese en un grado modesto, esos atributos, y por ello os sumasteis a mi propuesta de guerra, no hay razón alguna para que ahora recaiga sólo sobre mis hombros esa responsabilidad.

61.—Porque mirad: cuando existen posibilidades de elección y, por lo demás, los asuntos marchan favorablemente, es una locura, y grande, ir a la guerra; pero cuando la única alternativa que se ofrece es ceder, y con ello la inmediata sumisión al enemigo, o conseguir la victoria a cambio de unos riesgos, quien merece reproches es aquel que renuncia al peligro, no el que se le enfrenta.

Por lo que a mí respecta, soy el mismo de siempre, no he cambiado de actitud. Vosotros, sí; vosotros habéis mudado de talante porque ha ocurrido que mientras no conocíais la desgracia seguíais mis consignas, pero en cuanto el infortunio se ha cebado sobre vosotros os habéis echado atrás.

Y, en vuestra desmoralización, mi política no os parece ya acertada, porque por ahora el ramalazo del dolor alcanza a todos y cada uno de vosotros, mientras que sus ventajas no se divisan aún; y porque, ante ese cúmulo de adversidades que acaba de caer sobre vosotros, vuestro espíritu está demasiado desconcertado para poder perseverar en las anteriores decisiones. Y es que la desgracia repentina e imprevista, el infortunio que hace su aparición al margen de todo cálculo, abate los ánimos: que es lo que ha ocurrido con vosotros, especialmente por culpa de la peste, que ha venido a sumarse a las demás desgracias. Pero no importa: sois súbditos de una gran ciudad y os habéis fraguado en una atmósfera digna de su grandeza; por tanto, debéis estar prestos a afrontar las más duras pruebas y a no empañar vuestra reputación (y los hombres condenan a quien, por flaqueza, se muestra por debajo de su propio prestigio, y abominan de quien, en su audacia, aspira a una gloria que no le corresponde). Basta, pues, de lamentos por vuestras desgracias personales: ¡sea vuestro único desvelo la salvación de la patria!

62.—Pero, ¿y las penalidades que comporta una guerra?, objetaréis; ¿no puede ocurrir, acaso, que se alarguen en exceso sin que, a la postre, nos alcemos con la victoria? A esta pregunta bastan las razones que ya en otras circunstancias os he expuesto para haceros ver que vuestro temor es

infundado; pero añadiré otra en la que me parece que no os habéis parado a meditar: las ventajas que dimanan de la enorme extensión de vuestro imperio. Tampoco yo, en mis anteriores discursos, he tocado este argumento, que puede tener visos de soberbia, ni lo haría si no fuera porque os veo abatidos en exceso.

Imagináis vosotros que el imperio se reduce tan sólo al dominio de nuestros aliados. Pero yo proclamo que, de los dos elementos abiertos a la actividad del hombre, la tierra y el mar, sois dueños indiscutibles de uno de ellos, en la medida en que ahora lo ocupáis, y aún mayor, si quisierais. Y, hoy por hoy, no existe nadie, ni el mismo rey ni cualquier otro Estado, que os pueda disputar el control de la mar, en las condiciones actuales de vuestra flota. De suerte que vuestro auténtico poderío no se basa en la posesión de unas casas y unas tierras cuya pérdida tanto os acongoja, como si os arrebataran cosas de enorme importancia. Pero no es lógico, no, que esos bienes os muevan a indignación en vez de desdeñarlos cual si de un mezquino jardín o de un mero adorno lujoso se tratara, comparado con este imperio. Pensad que la libertad, si con nuestros sacrificios logramos conservarla, podrá restituirnos fácilmente esas pérdidas, pero que el que sucumbe ante el adversario suele ver comprometido incluso su antiguo patrimonio.

No os mostréis, en estos dos campos, por debajo de vuestros padres, que no heredaron este impe-

rio; lo crearon a costa de sacrificios y supieron conservarlo íntegro para transmitírnoslo sin mengua (y es más deshonroso dejarse arrebatar los bienes ya adquiridos que fracasar en su logro); marchemos, en fin, contra el enemigo rebosantes de orgullo y menosprecio: que la soberbia, hija de una ignorancia afortunada, puede germinar incluso en el cobarde; el menosprecio es prerrogativa del que tiene clara conciencia de su neta superioridad frente al adversario; y esa conciencia, la tenemos.

En condiciones iguales de fortuna, la inteligencia que se apoya en el sentimiento de la propia valía, inspira más firme coraje, y no confía en la vana esperanza, único sostén del que con nada cuenta, sino en la racional cognición de sus medios, base más eficaz para prever los hechos.

63.—Por lo demás, es natural que salgáis en defensa del prestigio que la patria se ha ganado con ese imperio suyo, timbre de orgullo para todos vosotros; y que no rehuyáis las cargas que comporta, a menos que, al tiempo, renunciéis también a los honores. No penséis, ni por un momento, que en esta lucha está en juego una sola alternativa, ser esclavos o libres: se trata, además, de la pérdida de nuestros dominios y del peligro con que nos amenazan los odios que este imperio nuestro nos ha suscitado. Renunciar a él ya no es posible, por más que, en las actuales circunstancias, algunos, por temor y en su desmayo, pre-

senten esa renuncia como un gesto supremo de justicia. Porque ese imperio vuestro es como una tiranía, y si su conquista puede parecer injusta, es cosa muy peligrosa su abdicación. Los hombres imbuidos en esas ideas, si lograran atraer a otros a su causa, podrían en poco tiempo arruinar un Estado, aunque vivieran en un país libre del dominio extranjero: porque una política de pasividad sólo puede perseverar concertada a la acción. Apacible servidumbre: eso no tiene ningún sentido para una ciudad imperial; tan sólo lo tiene para aquella que vive sometida.

64.—No os dejéis seducir por unos ciudadanos de esta índole, ni descarguéis sobre mí vuestra cólera (que, al fin y al cabo, fuisteis vosotros los que, de acuerdo conmigo, votasteis por la guerra) si el enemigo ha hecho lo que era de esperar invadiendo nuestra tierra al no querer ceder a sus pretensiones, y si, superando toda previsión, se ha abatido sobre nuestra patria esta peste, la única cosa que nos ha ocurrido contra todos nuestros cálculos. Es por su culpa, me consta muy bien, que hoy más que nunca estáis en contra mía, y por cierto que muy injustamente, a menos que cuando logremos un éxito imprevisto lo apuntéis en mi haber. Las desgracias que los dioses envían, fuerza es sufrirlas con resignación, con coraje las que nos causa el enemigo: tal ha sido de siempre el talante de Atenas; no vayáis ahora vosotros a renegar de él.

Pensad que el incomparable prestigio de que goza en todo el mundo lo ha ganado la patria a fuerza de no ceder jamás al infortunio y de derramar en la guerra más vidas y más abnegación que ningún otro Estado; que es ahora señora de una potencia tal como nunca se ha visto hasta nuestros días, y cuyo recuerdo perdurará para siempre en el corazón de las generaciones venideras, aunque ahora cediéramos un poco de la misma (en todo, es ley fatal la decadencia), y que ninguna otra ciudad de Grecia ha impuesto su yugo sobre tantos Estados griegos; que hemos sostenido las guerras más importantes contra todas sus fuerzas, reunidas o separadamente; que somos, en suma, ciudadanos del Estado más próspero y brillante, en todos los aspectos, que ha existido. Esta preeminencia, acaso la censure quien no tiene ambiciones, pero aquel que, a su vez, aspira a la gloria, verá en ella un objeto de emulación, y de envidia quien carece de ella. El odio y la hostilidad del momento ha sido siempre el destino de cuantos han aspirado a imponer su dominio sobre otros. Pero atraerse la envidia por ambición de los más nobles ideales, es el mejor partido: porque el odio subsiste poco tiempo, pero el esplendor del presente perdura como gloria inmarcesible aun en los días venideros.

Vosotros, pues, con los ojos puestos en esta gloria futura y en el honor del momento, ganaos ya, desde ahora, con vuestro arrojo, ambos galardones. No mantengáis contacto con Esparta ni

deis la sensación de que os han desmoralizado las presentes desdichas: porque quienes, Estados o individuos, no dejan que su ánimo se doblegue ante la adversidad, y con ella se encaran ardorosamente, son siempre los más fuertes.»

Etica frente a interés político

Aprovechando la circunstancia del debate que se abre en Atenas para decidir el castigo que debía imponerse a Mitilene, que se había rebelado, el historiador hace hablar a dos políticos que sostienen puntos de vista opuestos. Cleón defiende la tesis del castigo ejemplar; Diódoto sostiene que el castigo debe adaptarse a los intereses políticos del imperio (Historia, III, 37 y ss.).

* * *

Cleón: «Castigo inexorable a los culpables»

III, 37.—«Ya en otras muchas ocasiones he llegado yo a la conclusión de que una democracia es incapaz de ejercer el imperio, y ahora más que nunca a la vista de vuestra retractación a propósito de Mitilene. Y es que, dado que en vuestras relaciones cotidianas no reinan ni la intimidación ni la intriga, observáis con vuestros aliados el mismo comportamiento, y cuando cometéis un error seducidos por sus razones o cedéis a la

compasión, no imagináis jamás que vuestra blandura os pone en peligro sin ganaros a cambio su gratitud. Y todo ello porque no habéis tomado conciencia de que vuestro imperio es una tiranía ejercida sobre unos Estados rebeldes al yugo, sojuzgados contra su voluntad, y que no se os someten por los favores que podáis hacerles en perjuicio propio, sino, sencillamente, por la superioridad que os otorga vuestro potencial, no por su adhesión.

Y lo peor de todo es que no se mantegan ninguno de los acuerdos que tomáis, y que no comprendamos que un Estado con leyes imperfectas pero inamovibles es más fuerte que uno que las tenga perfectas pero inoperantes; que la ignorancia hermanada con la disciplina es más útil que el talento unido al desenfreno, y que los espíritus mediocres por lo general gobiernan mejor un Estado que los hombres de genio. Porque éstos quieren siempre parecer más sabios que las leyes mismas y salir triunfantes en todos los debates públicos, como si no pudieran exhibir su capacidad en cosas más importantes. El resultado de todo ello es que a menudo arruinan a los Estados. Aquéllos, en cambio, al desconfiar de su propia habilidad, se consideran inferiores a las leyes, y menos capaces de criticar las razones del buen político; antes bien, siendo como son jueces imparciales más que meros contendientes, aciertan casi siempre. Es así, en suma, como debemos obrar también nosotros, no dejándonos llevar por la retórica y por la porfía

intelectual para aconsejar al pueblo en contra de nuestras propias convicciones.

38.—Pues bien, por mi parte, yo me mantengo fiel a mis principios, y por ello provocan mi extrañeza quienes pretenden volver sobre unos acuerdos ya tomados con respecto a los mitilenios, originando con ello una demora que sólo puede redundar en beneficio de los culpables (pues, en este caso, la víctima se vuelve contra el agresor con indignación atenuada; por el contrario, la reacción inmediata a la ofensa logra una satisfacción proporcionada). Y yo me pregunto: ¿quién podrá contradecirme, quién pretenderá demostrar que los crímenes de los mitilenios nos son provechosos, o que, al contrario, nuestros infortunios causan perjuicio a los aliados? Es claro que el tal, confiando en su elocuencia, intentará mostrar que vuestro unánime acuerdo en realidad no se ha tomado, o bien, apalancado por un soborno, procurará engañarnos con retorcidos sofismas. Lo cierto es, en todo caso, que de esas justas oratorias la ciudad otorga el premio a los demás y para sí se reserva sólo los peligros. ¿Los culpables? Vosotros, por haber dado, sin motivo, ocasión para un nuevo debate; vosotros, sí, acostumbrados a ser espectadores de los discursos y oyentes de los hechos, puesto que consideráis de posible cumplimiento los que aún no han sucedido juzgando sólo por los que hablan de ellos con su elocuencia, mientras que juzgáis los ya aconte-

cidos por los discursos de quienes brillantemente los critican, sin tomar lo que se ha consumado ante vuestros ojos con más crédito que las meras palabras escuchadas. Sois ideales para dejaros embaucar por la novedad de una propuesta y para rechazar la puesta en marcha de las ya aprobadas, esclavos como sois de toda rareza y desdeñosos de todo lo que es normalidad. Y, sobre todo, cada uno de vosotros pretende poseer el don de la elocuencia, o, cuando menos, que, en vuestra emulación con quienes dicen tales paradojas, no parezca que os adherís tardíamente a su opinión, no: cuando se pronuncia una agudeza, os anticipáis al aplauso: tan rápidos sois en adivinar lo que se está proponiendo como lentos en prever sus consecuencias. Buscáis, por así decir, un mundo distinto de aquel en que vivimos, sin tener ni idea de la realidad presente. En una palabra: estáis fascinados por el placer del oído, y antes parecéis espectadores sentados ante una exhibición de sofistas que ciudadanos que están deliberando sobre el interés del Estado.

38.—En mi intención de desviaros de esa actitud, declaro que Mitilene es el Estado que más daño os ha hecho. Porque yo concedo cierta tolerancia a quienes se sublevan por no poder soportar vuestro yugo, o a quienes se ven forzados a ello por el enemigo. Pero cuando los autores viven en una isla fortificada y sólo por mar podían temer a nuestros enemigos (y aun en este aspecto

tampoco estaban del todo indefensos gracias a la protección de las trirremes); si gozaban de autonomía y eran honrados más que nadie por nosotros, ¿qué han hecho esos individuos sino conspirar y sublevarse? (defección, no, que este término se aplica al que ha padecido alguna violencia). ¿Qué otra cosa sino intentar arruinarnos pasándose al bando de nuestros más encarnizados enemigos? Y eso es aún peor que si, provistos de recursos bélicos, nos hubieran hecho la guerra por sí solos. No les ha servido de ejemplo el destino de otros Estados que se rebelaron contra nosotros y fueron, a la postre, sometidos; no les ha hecho vacilar ante el peligro su actual prosperidad, al contrario: sin temor alguno ante el futuro, acariciando esperanzas más vastas que sus posibilidades e inferiores a sus ambiciones, nos declararon la guerra decididos a anteponer la fuerza al derecho. Pues en el instante en que creyeron poder alzarse con la victoria nos atacaron sin haber recibido ofensa alguna.

Los Estados que obtienen éxitos inesperados y a corto plazo suelen caer en la soberbia. Pero, en general, los éxitos humanos son más duraderos cuando suceden según el cálculo previsto que si sobrepasan toda previsión. Y así resulta más fácil, como quien dice, alejar la desdicha que conservar la prosperidad. Nunca debieron haber recibido los mitilenios, de nosotros, mejor trato que los demás Estados, y así no habrían llegado a un grado tan alto de insolencia. Que en estos casos,

como en otros, el hombre, por ley natural, suele menospreciar a aquel que le respeta y halagar al que le atropella.

Sean, pues, castigados ahora como su crimen merece. Y que no se pidan responsabilidades sólo a los aristócratas, absolviendo a los de partido popular. Porque se rebelaron todos sin distinción, a pesar de que éstos tenían, al menos, la posibilidad de ponerse a nuestro lado y, con ello, de continuar ahora viviendo en la ciudad. Pero no; creyeron partido más seguro arriesgarse con los aristócratas y unirse a su rebelión. Tened, además, muy presente, que si imponéis el mismo castigo a aquellos de nuestros aliados que se sublevan forzados por el enemigo y quienes hacen lo mismo por impulso propio, ¿creéis acaso que alguno va a dejar de rebelarse por el más leve pretexto, cuando la alternativa sea la libertad, si triunfa, y ningún castigo irreparable si fracasa? ¿Cuál será, entonces, el resultado? Que tendremos que jugarnos la vida y el dinero luchando con una ciudad tras otra. Y en caso de victoria, conquistaremos una ciudad arrasada, y nos veremos en el futuro privados del tributo anual (¡la base de nuestra fuerza!); si fracasamos, será un nuevo adversario que añadir a la lista de los que ya tenemos. Y el tiempo que invertimos en combatir a nuestros actuales adversarios tendremos que emplearlo en guerras contra nuestros mismos aliados.

40.—No hay, pues, que darles esperanza alguna ni garantizada por la elocuencia ni por el soborno, de que van a alcanzar el perdón con la excusa de que errar es humano. No nos ofendieron sin querer: conspiraron con plena conciencia; y sólo lo involuntario es excusable.

Pues bien, yo ahora, como antes, sostengo con toda mi energía que no debéis revocar los acuerdos ya tomados y cometer un grave error dejándoos llevar por los tres peligros más perniciosos para el imperio: la compasión, la sugestión de la retórica y la clemencia. Compasión, justo es tenerla con quienes son igualmente compasivos no con aquellos que no la han sentido y son, además, enemigos nuestros para siempre; los que encandilan con su oratoria ya tendrán medio de lucirse en otras ocasiones de menor trascendencia, no ahora cuando nuestra patria va a padecer graves quebrantos por el goce de un momento, mientras ellos obtienen un gran beneficio con su palabrería. La clemencia, en fin, se concede a quienes están dispuestos a ser fieles aliados en el futuro, no a los que persistirán en sernos tan hostiles como antes.

Resumiendo: si me escucháis, daréis a los mitilenios el trato que merecen, al tiempo que haréis lo que el interés os dicta. Si tomáis otra actitud, os condenaréis a vosotros mismos sin ganaros su reconocimiento. Porque si admitimos que Mitilene se sublevó con razón, ello significa que no gobernáis con justicia vuestro imperio. Y si queréis

conservarlo, aun contra todo derecho, una de dos: o es forzoso que les castiguéis, aunque ello pueda ser injusto, por vuestro propio bien, o renunciar a este imperio, y, a cubierto de todo riesgo, comportaros como hombres sin tacha. Decidíos a imponerles la pena ya acordada y a no mostraros, una vez repelida la agresión, más sensibles que quienes la realizaron. Tened muy presente el trato que ellos os hubieran reservado con toda probabilidad en caso de victoria, tanto más cuanto que fueron ellos los que llevaron la iniciativa de este delito. Que, por lo general, son los que, sin justo motivo, dañan a terceros quienes persisten hasta aniquilarles, recelosos del peligro que para ellos representa dejar con vida al enemigo. Porque aquel que sin motivo es víctima de una ofensa, si consigue salvarse, resulta más peligroso que el enemigo declarado.

No seáis, pues, vuestros propios traidores. Imaginad, por un momento, y del modo más aproximado posible, el daño que os habrían hecho y cómo habríais dado vosotros todo el oro del mundo para conseguir su sumisión. Pues bien, pagadles con la misma moneda, sin enterneceros por las circunstancias actuales y sin olvidar el peligro que un día estuvo suspendido sobre vuestras cabezas. Castigad a los mitilenios como merecen, convirtiéndoles, al tiempo, en un claro ejemplo para los demás aliados de que la muerte será el castigo de quienes se sublevan. Si llegan a tomar conciencia de ello, no tendréis necesidad de des-

atender al enemigo para combatir a vuestros propios aliados.»

Diódoto: «No actuemos contra nuestros propios intereses»

III, 41.—En tales términos se expresó Cleón. Después de él, Diódoto, hijo de Eucrates, que ya en la asamblea precedente había sido el que con más energía se opusiera al exterminio de Mitilene, subió otra vez al estrado y pronunció el siguiente discurso:

«No censuro a quienes han propuesto nuevo debate sobre el caso de Mitilene, ni aplaudo a los que desaprueban que se delibere repetidamente sobre asuntos de gravedad: lo que yo pienso es que dos son las actitudes más opuestas a una acertada decisión: la precipitación y el apasionamiento. Y si la primera suele ir acompañada de torpeza, la segunda de incivilidad y de ofuscamiento de la razón.

El que se niega a reconocer que las palabras sean pauta para la acción, o es un insensato o le guía en ello algún interés particular. Insensato si cree que existe otro medio posible de hablar sobre hechos futuros e inciertos; le guía algún interés personal si lo que pretende es inducirnos a un acto vergonzoso, pero imagina que no será capaz de aducir buenos argumentos para sostener

una mala causa y que, con el hábil recurso a la calumnia, podrá intimidar a sus oponentes y al auditorio. Y los más peligrosos son aquellos que, por adelantado ya, acusan a un orador de que sólo el dinero dicta sus palabras. Si sólo le acusaran de ignorancia, el que no acertara a convencernos se retiraría de la tribuna dejando más bien la impresión de hombre poco inteligente que de individuo que se ha dejado comprar. Pero si, además, se le imputa un soborno, cuando logra convencer al público se hace sospechoso, y si no lo consigue, aparte de poco inteligente, le creen corrompido. Con ese proceder la ciudad no obtiene beneficio alguno: el miedo la priva de quienes podrían ser sus eventuales consejeros. Gran ventaja fuera para ella que tales ciudadanos no supieran hablar, pues, en este caso, muy raros serían los errores que, arrastrada por ellos, cometería. No; lo que debe hacer el buen ciudadano no es intimidar a sus adversarios, sino, porfiando con armas iguales, mostrarse mejor orador; y el de una ciudad sensata, no acumular honores sobre quien suele darle buenos consejos, mas tampoco arrebatarle los que ya posee; no imponer sanciones, pero mucho menos degradar a quien no consigue imponer su criterio. De este modo, ni el orador triunfante hablará en contra de su propia conciencia, para acumular mayores bazas y adular a la masa, ni el que ha sido vencido lo intentará a su vez, atrayéndose al pueblo con el mismo procedimiento del halago.

43.—Pero nosotros hacemos exactamente lo contrario. Más aún, si respecto de alguien nos invade la sospecha más leve de soborno, por excelentes que puedan ser sus propuestas, al punto lo descalificamos por esa no confirmada sospecha de corrupción, privando así a la patria de un provecho evidente. Y hemos llegado a tal extremo, que los buenos consejos, cuando son dados ingenuamente, devienen no menos sospechosos que los malos. De suerte que el político que quiere convenceros de que votéis una moción execrable se ve forzado a atraerse al pueblo acudiendo al engaño; y quien propone las mejores medidas tiene que obtener, mintiendo, vuestros votos. Con todas esas sutilezas nuestra patria es el único Estado al cual nos cabe beneficiar abiertamente sin recurrir al engaño: porque cuando alguien intenta favorecerla sinceramente, la reacción inmediata es sospechar que busca un tipo u otro de ganancia oculta.

Y bien: ante las cuestiones más trascendentales y en circunstancias como la actual, debéis aceptar el hecho de que los políticos hablamos con mayor conocimiento de causa que vosotros, que dedicáis poco tiempo al tema debatido; y ello tanto más, cuanto que nosotros tenemos que responder de nuestras palabras, vosotros os limitáis a escuchar sin responsabilidad alguna. Si tanto quien logra imponer su criterio como los que se adhieren a él fueran igualmente responsables, vuestras decisiones serían más sensatas. Pero lo que ocurre es

que a menudo fracasáis por haberos dejado llevar del humor del momento y os cebáis únicamente en la capacidad de juicio de vuestro consejero, no en la vuestra, a pesar de que, siendo tantos, habéis cometido el mismo yerro.

44.—Pues bien, yo no he subido a esta tribuna con ánimo de contradecir a nadie en defensa de los mitilenios, ni tampoco para acusarles. Lo que aquí, efectivamente, se está discutiendo, si somos personas inteligentes, no son sus delitos, sino lo acertado de nuestra resolución. Y si consigo demostrar que Mitilene es totalmente culpable, no por ello voy a proponer la ejecución de todos si ello no redunda en beneficio nuestro; y si pongo de evidencia que tienen cierta disculpa, no será motivo para que aconseje dejarles sin castigo si no se demuestra útil para nuestra patria. Opino, en suma, que estamos deliberando más sobre el futuro que sobre el presente.

En cuanto al argumento en que Cleón hace especial hincapié, esto es, que la aplicación a todos de la pena de muerte resultará, a la postre, beneficioso, al evitar que estallen menos revueltas, yo, colocándome a mi vez en la perspectiva de un futuro beneficio, insisto en lo contrario. Y no creo justo que el atractivo de su propuesta os haga rechazar la mía. Porque, al ser su tesis más correcta, vista desde vuestra actual indignación contra Mitilene, acaso podría sugestionaros. Pero es que ahora no estamos enzarzados en un proceso

contra ella, como para precisar argumentos jurídicos: ahora estamos discutiendo el modo de sacar el máximo provecho de su caso.

45.—Mirad: en numerosos Estados la pena de muerte es la sanción establecida para muchos delitos, no ya tan graves como éste, sino incluso más leves. Y, sin embargo, muchos son los que se arriesgan, sugestionados por un esperanzado espejismo. Y aún no ha existido nadie que se lanzara a una empresa erizada de riesgos convencido, en su fuero interno, que habrá de fracasar. ¿Qué ciudad que prepara una revuelta se ha precipitado jamás a la aventura en la convicción de que no dispone de los recursos suficientes, ya propios, ya procurados por su alianza con otra potencia? Pero es cosa connatural el errar en el hombre, tanto a nivel particular como público, y no hay ley capaz de evitarlo; y eso que la humanidad ha recorrido toda la gama de posibles sanciones, haciéndolas cada vez más duras para reducir el crimen. Y es muy probable que, en la antigüedad, las penas para los mayores delitos fueran más suaves, pero como los crímenes proseguían, al final la mayoría de ellas fueron elevadas a pena capital: pero a pesar de todo se sigue delinquiendo. En consecuencia, o hay que inventar un espantajo más disuasivo, o éste al menos no sirve de contención. Y es que la indigencia, con su imperiosa necesidad, azuza a la audacia; la opulencia, con el orgullo y la desme-

sura a ellas inherente, a la ambición, y las otras circunstancias de la existencia arrastran a las pasiones humanas según el impulso irrefrenable que impera en cada cual. Y, por encima de todo, planean la esperanza y la apetencia, ésta guiando, aquélla siguiendo; ésta trazando el proyecto, y aquélla sugiriendo el favor de la fortuna, causan siempre grandes daños, y aunque son cosas invisibles, tienen siempre más eficacia que las dificultades que tenemos ante los ojos. Añádase a ello la fortuna, que contribuye no menos a la exaltación: hay casos en que se presenta de modo inopinado, induciendo así a buscar un riesgo con medios desproporcionados, a los individuos como, en mayor medida aún, a los Estados, tanto más cuanto que lo hacen movidos por intereses muy fuertes, la libertad y el dominio sobre otros, y que el individuo, al tener consigo a un numeroso grupo, se valora, sin razón, en más de lo que vale. Dicho lisa y llanamente: es imposible, y, creerlo, delata una enorme ingenuidad pensar que la naturaleza humana cuando, llena de pasión, se lanza a una aventura, pueda verse frenada por medio alguno, sea por el rigor de la ley o por cualquier otra amenaza.

46.—En consecuencia, no hay que tomar imprudentes decisiones confiando en la garantía de la pena capital, pero tampoco tomar una resolución excesivamente severa, dejando a quienes se sublevan sin la posibilidad de arrepentirse y de reparar

su falta a corto plazo. Tened muy presente que, tal como están ahora las cosas, si una ciudad se subleva y llega al convencimiento de que no conseguirá su objetivo, puede buscar un acuerdo con nosotros cuando aún dispone de medios para pagar una indemnización y seguir abonando su tributo. En el otro caso, ¿creéis que alguna ciudad va a dejar de prepararse mejor que ahora y de resistir nuestro asedio hasta el último aliento si lo mismo da capitular pronto que tarde? Y, por lo que a nosotros respecta, ¿cómo no va a ser un menoscabo tener que prolongar los gastos de asedio a una ciudad, porque no hay manera de reducirla, y, si al fin la expugnamos, encontrarla arrasada, y vernos así privados en el futuro del tributo que de ella devengábamos? ¡El tributo, en el que se basa nuestra fuerza frente al enemigo!

Por todo ello, no debemos dañarnos a nosotros mismos por pretender erigirnos en jueces severos de quienes han delinquido; más bien procurar que, imponiendo comedidas represalias, podamos en el futuro, contar con ciudades de próspera economía, y ver que nuestra seguridad se apoye no en el rigor máximo de la ley, sino en la previsión de nuestras medidas. Ahora obramos de un modo completamente opuesto: un pueblo, originariamente libre y sometido después, por la fuerza, a nuestro imperio, se subleva (¡cosa muy lógica!) para recobrar su independencia; nosotros logramos reducirlo, y entonces estimamos que hay que tomar contra él terribles represalias. No; lo que

tenemos que hacer no es castigar con rigor a los pueblos libres que se subleven, sino montar una celosa vigilancia antes de que lleguen a sublevarse, y tomar previamente las medidas oportunas para que no les venga ni siquiera a las mentes tal idea; y, una vez reducidos, imputar la responsabilidad de los hechos al menor número posible de personas.

47.—Considerad por vosotros mismos el craso error en que ibais a caer prestando oídos a Cleón: hoy por hoy, en todos los Estados, el partido del pueblo os es favorable. O no se adhiere a la sublevación de los aristócratas, o, si se ve forzado a ello, desde el primer momento se muestra hostil a los rebeldes; y, de esta guisa, vais a la lucha contando ya de antemano como aliado al partido popular de la ciudad sublevada. Pero si ejecutáis al elemento popular de Mitilene, que no tomó parte en la rebelión y que, tan pronto dispuso de armas, os entregó espontáneamente la ciudad, en primer lugar cometeréis un crimen al dar muerte a vuestros bienhechores, y, en segundo término, ofreceréis en bandeja a la clase adinerada lo que constituye su más ferviente deseo: en cuanto consigan sublevar una ciudad, automáticamente tendrán al pueblo a su lado, por haber mostrado vosotros que el mismo castigo espera a culpables e inocentes. ¡Si aunque fueran culpables lo que tendríais que hacer sería fingir no apercibiros! De este modo, la única clase que aún simpatiza con vosotros,

no se os hará hostil. Y yo creo que es mucho más eficaz para la conservación del imperio sufrir voluntariamente una ofensa que exterminar, aun con toda justicia, a quienes no debéis.

En cuanto a la tesis de Cleón según la cual en este castigo se pueden conjugar utilidad y justicia, no se ve por ninguna parte que, en nuestro caso, las dos cosas sean compatibles.

Reconociendo, pues, que mis palabras son más acertadas, y sin ceder excesivamente a la compasión y a la clemencia, sentimientos por los que yo tampoco quiero que os dejéis arrastrar, sino tomando como criterio los principios que os he expuesto, aprobad mi propuesta: procesad con sangre fría a los mitilenios que Paquete os ha enviado como responsables y, a los demás, dejadles vivir en paz. Esta decisión resultará eficaz cara al futuro y, al tiempo, será desastrosa, ya desde ahora, para nuestros enemigos. Porque quien adopta sensatas resoluciones es más fuerte, frente al adversario, que el que procede irreflexivamente apoyado en la simple fuerza.»

Proceso contra los defensores de Platea

Platea, aliada de Atenas, sitiada por un ejército combinado de tropas beocias y espartanas, resiste hasta límites que rozan el heroísmo. Al final, se entregan los pocos defensores que quedaban. Pero en vez de ser juzgados por los espartanos, los beo-

cios les someten a un inicuo proceso en el que se formula a los platenses si han prestado algún servicio a la causa de los aliados. La respuesta de los platenses es desesperada, e intentan, en vano, hacer valer su contribución en la guerra de independencia contra los persas (Historia, III, 53 y siguientes).

* * *

III, 53.—«Lacedemonios: os hemos hecho entrega de la ciudad confiando en vosotros, sin imaginar siquiera que se nos iba a someter a un proceso de esa condición, sino que nos instruiríais otro más normal, porque jamás habríamos aceptado comparecer ante unos jueces que no fuerais vosotros, como hacemos ahora, convencidos de que sólo así podría imponerse la equidad. La verdad es, empero, que mucho nos tememos haber cometido una doble equivocación: porque sospechamos, y con buen fundamento, que este juicio va a ser una cuestión de vida o muerte, y que no vais a actuar como jueces imparciales. Nos induce a creerlo el que no se hayan formulado contra nosotros unos cargos que rebatir (en todo caso, hemos sido nosotros quienes hemos pedido la palabra), y el que vuestra pregunta sea tan concisa que, responder a ella de acuerdo con la verdad, pueda incriminarnos, y contestar con la mentira es cosa fácilmente impugnable. Pero, acosados como estamos por doquier, nuestro único recurso,

y el que más seguro nos parece, es arriesgarnos a pronunciar unas palabras. En las circunstancias en que nos hallamos, nuestro silencio podría dejarnos el resquemor de pensar que, de haber hablado, acaso nuestras razones habrían podido significar la salvación.

Y, por añadidura, las dificultades que tendremos que vencer para persuadiros: porque, si nos desconociéramos mutuamente, cabría aducir testimonios que ignoraseis, y, con ello, salir favorecidos; pero el caso es que todo lo que aquí va a decirse se dirigirá a personas que lo conocen ya, y por ello lo que recelamos no es que nos condenéis de antemano por juzgar nuestro valor inferior al vuestro, sino que, por complacer a otros, vayamos a un proceso prejuzgado ya.

54.—A pesar de todo, intentaremos exponer las razones que pueden justificarnos, ante vosotros y ante Grecia entera, en nuestro conflicto con Tebas, haciendo un balance de nuestros servicios e intentando, de esta suerte, convenceros.

A vuestra concisa pregunta «¿habéis prestado algún servicio a la causa de los lacedemonios y sus aliados durante esta guerra?», he aquí nuestra respuesta: si nos la formuláis como a enemigos, no habéis sufrido de nosotros daño alguno por no haber recibido ningún beneficio; si como a amigos, antes habéis faltado vosotros al venir a nuestra tierra a combatirnos.

Durante el período de paz y en el transcurso

de la guerra contra Persia, nuestra conducta fue ejemplar. Ahora, no hemos sido nosotros los primeros en romper aquella, y entonces, fuimos los únicos beocios que nos solidarizamos con la lucha por la libertad de Grecia. Habitantes de una región sin acceso al mar, tomamos parte en el combate naval de Artemisión; y, en la batalla que se libró en nuestra tierra, estuvimos a vuestro lado y al de Pausanias. Compartimos, en suma, todos los peligros que por aquellos tiempos amenazaron a Grecia, y en una medida superior a nuestros medios. Y a vosotros en concreto, lacedemonios, precisamente en un momento en que se apoderó de Esparta un terrible pánico provocado por la retirada de los hilotas a Itome, tras aquel terremoto, os enviamos como socorro la tercera parte de nuestros efectivos: gesto que no es correcto echar en olvido.

55.—Tal fue nuestro comportamiento en aquellas remotas e históricas jornadas. Más tarde, cierto es, nos enemistamos, pero la culpa fue vuestra, porque, al pediros que concertarais con nosotros una alianza, a raíz de la agresión de Tebas contra nuestra patria, la rechazasteis, invitándonos a acudir a Atenas, so pretexto de que era un Estado vecino y el vuestro muy distante. Y, sin embargo, durante el curso de la guerra no habéis recibido de nuestra parte menoscabo alguno ni por asomo. Si, a pesar de vuestra sugerencia, no quisimos desertar de las filas atenienses, no hay en ello mal

alguno, porque, al fin y al cabo, fueron ellos quienes nos prestaron su apoyo contra Tebas cuando vosotros rehusabais hacerlo. No hubiera sido noble por nuestra parte traicionarles ahora, máxime cuando habíamos recibido su protección y, a petición propia, habíamos conseguido una alianza con ellos y gozábamos del derecho de su ciudadanía, y era lógico, por ello, que cumpliéramos sus órdenes con todo entusiasmo. Y, en fin, en las misiones que se llevan a cabo bajo vuestro respectivo caudillaje, el fracaso, si existe, no se imputa a quienes simplemente siguen vuestras consignas, sino a quienes arrastran a empresas mal ejecutadas.

56.—Por su parte, los tebanos nos han ofendido ya en varias ocasiones; la última la conocéis vosotros, y fue la causa de que ahora nos hallemos en este trance: intentaron tomar nuestra ciudad en plena paz, y, lo que es peor, en un día festivo, y nosotros respondimos a tal provocación con toda justicia y de acuerdo con la tradición vigente de considerar sagrada la defensa contra el enemigo invasor. Y no sería ahora justo que por su culpa tengamos que sufrir daño alguno. Si medís la justicia de acuerdo con vuestro interés momentáneo y el de ellos, resultará patente que no sois jueces imparciales, sino más bien servidores del provecho propio. Y, en verdad, si actualmente los tebanos os parecen útiles, mucho más lo fuimos nosotros y los demás griegos cuando os encon-

trabais en un mayor peligro: porque ahora sois vosotros los que atacáis a los demás, esparciendo el terror, mas en aquella ocasión, cuando el bárbaro pretendía imponer a todos la esclavitud, los tebanos estaban a su lado. Es justo, pues, que nuestra culpa —si culpa hay realmente— sea compensada con el entusiasmo que nosotros entonces desplegamos; y descubriréis que este entusiasmo es mayor que la falta, y probado en unas circunstancias en que era raro que un Estado griego se opusiera valientemente al potencial de Jerjes, y en que eran cubiertos de elogios aquellos que, ante la invasión, no buscaban su propia conveniencia, sino que estaban dispuestos a abrazar la causa más noble, a costa de todos los peligros. Nosotros nos contamos entre éstos, y después de haber recibido entonces los más altos honores, tememos ahora que por idéntica conducta vayamos a ser destruidos por haber antepuesto una alianza justa con Atenas a otra interesada con vosotros. Y, sin embargo, debéis patentizar que juzgáis casos idénticos con idéntico criterio, y llegar al convencimiento de que la auténtica conveniencia consiste en conservar siempre una sólida gratitud para el valor de los buenos aliados y conciliarla con vuestro interés del momento.

57.—Considerad, además, que, hoy por hoy, se os considera, por parte de la mayoría de los griegos, como un ejemplo de honorabilidad. Pero si no nos juzgáis equitativamente (y la sentencia de

este pleito no quedará oculta, pues vosotros, los jueces, tenéis un buen nombre, y nosotros no somos en este aspecto insignificantes), tened mucho cuidado: no sea que vayan a reprobar el que haya dictado una sentencia inicua contra un heroico pueblo otro pueblo más heroico todavía; y el que sean consagrados en los templos nacionales los despojos conquistados a nosotros, los bienhechores de Grecia. ¡Qué espectáculo más bochornoso! ¡Asolar los lacedemonios Platea! ¡Que vuestros padres hayan grabado el nombre de nuestra patria en el trípode de Delfos en gracia a su valor, en tanto que vosotros, por complacer a los tebanos, lo borréis, sin dejar rastro, del mapa de Grecia! Porque hemos llegado al colmo del infortunio: con la victoria persa conocimos la ruina, y ahora, ante vosotros, un día nuestros mejores amigos, somos pospuestos a los tebanos en vuestra estimación. De modo que hemos tenido que hacer frente a dos gravísimos peligros: antes, el de morir de hambre si no entregábamos la ciudad; ahora, el de ser sometidos a un juicio capital. Todos nos han rechazado de su lado, y ahora los platenses, el pueblo que mostró un celo superior a sus fuerzas por defender la causa de Grecia, estamos solos e indefensos. Ninguno de nuestros aliados de entonces nos presta su auxilio, y nos invade el temor de que no podemos confiar en vosotros, lacedemonios, que sois nuestra única esperanza.

58.—Sin embargo, en nombre de los dioses que presidieron un día nuestra alianza, en nombre del celo que pusimos al servicio de la causa griega, os rogamos que no os mostréis inflexibles y que revoquéis la resolución que Tebas haya podido inspiraros; que, a vuestra vez, pidáis a los tebanos que accedan a no dar muerte a aquellos que vuestro honor os impide ejecutar; que, en fin, recibáis un agradecimiento honorable, no uno ignominioso, y que, por complacer a terceros, no os veáis cubiertos de oprobio. Destruir nuestras vidas, ¡qué poco tiempo exige!, mas ¡qué difícil borrar el odioso recuerdo de esta acción! Ya no se tratará de castigar, en nosotros, a un pueblo enemigo, cosa que fuera lógica, sino a unos amigos que os han combatido arrastrados por las circunstancias. Así que cumpliréis un deber sagrado si, al emitir vuestro fallo, nos perdonáis la vida y si antes tenéis en cuenta que somos unos prisioneros que se os han entregado voluntariamente y han extendido sus manos hacia vosotros en actitud suplicante —y es costumbre griega no dar la muerte en tales circunstancias— y que, además, han sido siempre vuestros bienhechores. Volved, volved la mirada hacia las tumbas de vuestros padres, caídos bajo los golpes de los persas y enterrados en nuestra tierra, y a quienes cada año honramos públicamente con ofrendas de vestidos y otras ceremonias tradicionales, y dedicándoles, además, las primicias de todos los frutos de nuestra patria como tributo afectuoso de un país amigo y como

aliados a sus antiguos compañeros de armas. Vosotros haríais todo lo contrario si no tomáis una recta decisión. Mirad: Pausanias los enterró aquí en la convicción de que los dejaba en una tierra amiga y entre gentes amigas. Pero si vosotros nos ejecutáis y convertís Platea en un territorio tebano, ¿qué otra cosa vais a hacer sino abandonar, en una tierra enemiga, entre sus propios asesinos, a vuestros padres, a vuestros parientes, privándoles de los honores que ahora reciben? Es más: esclavizaréis la tierra donde se forjó la libertad de Grecia, y dejaréis desiertos los templos de los dioses donde iban a orar antes de la llegada de los persas, privando de este modo de los sacrificios tradicionales al pueblo que los fundó y los erigió.

59.—Lacedemonios: no se compadece con vuestro prestigio el que pequéis contra las tradiciones nacionales de Grecia y contra vuestros mismos antepasados, o que, por el odio de terceros, nos entreguéis a la muerte a nosotros, vuestros bienhechores, de quienes ningún daño habéis recibido; sí se compadecerá, en cambio, el que nos perdonéis y permitáis que se os ablande el corazón dejándoos guiar por una razonable clemencia, teniendo presente no sólo la atrocidad de la pena que nos amenaza, sino también quiénes somos los que íbamos a padecerla, y cómo resulta del todo incierto saber quién, por inocente que sea, puede un día caer en la desgracia.

Nosotros, por lo tanto, de acuerdo con nuestra

situación y con los dictados de la necesidad, os suplicamos, invocando a los dioses que adoramos en los mismos altares y son comunes a todos los griegos, que accedáis a nuestro ruego; e, invocando los juramentos que vuestros antepasados hicieron de no olvidarse de nosotros, os suplicamos, por las tumbas de vuestros antepasados y en nombre de los muertos, que no permitáis que caigamos bajo el poder de Tebas, y que sus mejores amigos no sean entregados a sus más odiosos enemigos. Y os recordamos el día aquel en que, a su lado, realizamos las gestas más gloriosas, en tanto que ahora corremos el peligro de sufrir el más cruel de los destinos.

Y para acabar —¡cuánto cuesta dejar la palabra, cosa al tiempo necesaria y difícil para quien, como nosotros, se encuentra en este trance: que con ello se acerca el peligro de muerte!—, proclamamos que no hicimos entrega de nuestra ciudad a los tebanos (antes habríamos preferido el destino más horrible, morir de hambre), sino que, confiados en vosotros, nos rendimos (y es justo que, si no conseguimos convenceros, nos restablezcáis a nuestra antigua situación y nos dejéis escoger nuestro destino, sea el que sea). Y, en fin, os suplicamos que nosotros, los platenses, el pueblo que un día defendió con el mayor celo la causa común de Grecia, no seamos entregados, arrancados, siendo como somos suplicantes vuestros, de vuestras manos, lacedemonios, y de vuestra lealtad, para ser entregados a los tebanos, nues-

tros peores enemigos. Sed nuestros salvadores. No nos enviéis a la ruina cuando estáis liberando a los pueblos de Grecia.»

Guerra y moralidad

El historiador aprovecha el análisis que hace de las luchas civiles en Grecia para hablar del impacto que la guerra y sus atrocidades ha hecho en la moralidad del hombre griego (Historia, III, 82 y ss.).

* * *

III, 82.—Tal grado de salvajismo alcanzó esta guerra civil, y pareciólo aún más por ser la primera, porque, más adelante, todo el mundo griego, por así decir, fue presa de una terrible conmoción: en todas partes se producían brotes subversivos, y los líderes del partido democrático llamaban en su ayuda a Atenas, los oligarcas a Esparta. En tiempo de paz no habrían tenido pretexto para llamarles, ni se habrían atrevido a hacerlo; pero una vez rotas las hostilidades, a cada uno de los dos partidos se le ofrecían, si se proponía la subversión, fáciles ocasiones de obtener ayuda extranjera para quebrantar al partido contrario, y con ello aumentar su propia influencia. Y, así, muchos fueron los horrores que se abatieron sobre las ciudades en el curso de una revolución, horrores que se suceden y se sucederán

siempre, en tanto sea la misma la naturaleza humana, aunque con variado signo de violencia y de carácter según sean las circunstancias de cada caso. Y es que mientras reinan la paz y la ventura, tanto Estados como individuos actúan con mayor ecuanimidad, porque no se enfrentan con situaciones de emergencia; pero la guerra, al suprimir las facilidades de la vida cotidiana, se convierte en un maestro de violencia y coloca las pasiones de la masa al nivel de las circunstancias imperantes.

Las ciudades, pues, se hallaban en estado de constante revolución, y las que lo hicieron más tarde, aleccionadas por los ejemplos precedentes, llegaron aún más lejos que las primeras en esta subversión de los valores, tanto por el ensañamiento en los golpes como por la atrocidad en las represalias. Incluso, para justificar su conducta, llegaron a cambiar el sentido normal de las palabras: y así, una audacia irreflexiva pasó a significar valerosa adhesión al partido; una precaución sensata, cobardía encubierta; la cordura, embozo del desmayo; la sagacidad en todo, desidia para todo. La exaltación frenética pasó a considerarse atributo de un hombre de verdad, y toda precaución frente a la intriga, linda excusa para hurtarse al peligro. El vehemente inspiraba siempre confianza, y el que se le enfrentaba se hacía sospechoso. El que urdía con éxito un complot, era sagaz, y más hábil aún el que lo descubría; por contra, el que buscaba el medio de poder evitar

tales prácticas, un traidor a la facción, un aturdido ante el adversario. En una palabra, se cubría de elogios al que se anticipaba al golpe del contrario y al que lograba instigar a ello a quien no había pensado en tal posibilidad. Más aún, llegó a concederse menos valor a la familia que a la «hetairía», pues ésta estaba siempre dispuesta para un golpe de audacia sin aducir excusa alguna: porque este tipo de asociaciones no funcionaba al amparo de las leyes vigentes para asegurar la salud pública; su finalidad era la conquista del poder al margen de ellas.

Las garantías de fidelidad recíproca, no las avalaba la ley divina, sino más bien la complicidad en el crimen. Las propuestas sensatas del adversario eran sólo aceptadas si éste llevaba ventaja, en previsión de lo que pudiera ocurrir, no por nobleza de espíritu. Tenía más valor vengarse de una ofensa que conseguir hurtarse a ella; los juramentos que sellan una reconciliación, si por azar se prestaban, tenían un valor provisional, porque se firmaban tan sólo ante una situación apurada, y cuando no tenían más remedio; pero a la primera ocasión, el primero que cobraba nuevos bríos, al ver desprevenido al adversario, encontraba más placer en tomarse el desquite abusando de su buena fe que abiertamente; con ello, no sólo se aseguraba la propia inmunidad, sino que al triunfar por medio del engaño, se ganaba una reputación de hombre avisado. Y es que, en general, resulta más fácil aplicar a uno el califica-

tivo de astuto entre bribones, que el de ingenuo entre hombres de bien: esto les sonroja, aquello les llena de orgullo.

La fuente de todas esas aberraciones era la sed de poder inspirada por la codicia y la ambición; de ellas manaba, al enzarzarse en rivalidades partidistas, el fanatismo: porque en cada ciudad los jefes de los partidos respectivos recurrían a la propaganda de atractivos programas —«igualdad política para todos», o bien «régimen aristocrático moderado»—, pero *la verdad es que la riqueza* nacional, su gran preocupación a juzgar por sus proclamas, se convertía en propio botín. Y en su porfía por aplastar al bando opuesto, cometieron horribles salvajadas, y se tomaron venganzas más horribles aún, sin respeto alguno a la *justicia* ni al bien de la ciudad, sino buscando tan sólo satisfacer el eventual capricho de su partido. Y, una vez instalados en el poder, se entregaban a saciar su odio del momento o por medio de condenas injustas o *acudiendo a la violencia. Cuando* algunos cometían algún crimen impulsados por la envidia, aumentaban aún más su reputación gracias a los pomposos nombres con lo que lo adornaban. Los ciudadanos que permanecían al margen del conflicto se convertían en víctimas de uno y otro bando o porque no colaboraban o por no tolerar que sobrevivieran.

83.—De esta forma, por obra y gracia de las sediciones, la inmoralidad adquirió carta de natu-

raleza en el mundo griego bajo todas las formas imaginables: y el candor, ingrediente principal de la hidalguía, se esfumó en medio del escarnio general, mientras conseguían imponerse la hostilidad mutua y la falta absoluta de confianza. Y no había nada capaz de reconciliar a los adversarios, ni firme pacto ni grave juramento; y unos y otros, en cuanto llegaban al poder, aferrados a la idea que no cabía esperar seguridad alguna, estaban más atentos a precaverse de cualquier golpe que a ganarse la confianza de nadie.

Generalmente jugaban con ventaja los espíritus más mediocres, pues el miedo a sus propios defectos y al talento del adversario les impulsaba temerariamente a la acción, recelosos de caer en la trampa de las promesas y de que se le anticipara en sus añagazas merced a la sutileza de su ingenio. En cambio, las personas cultas, como se imaginaban despectivamente que lo advertirían a tiempo y que no era preciso tomar unas precauciones que, llegado el caso, podría inspirarles su propia intuición, quedaban indefensos y solían sucumbir.

Esparta propone la paz a Atenas

El primer tropezón de Esparta en la guerra —son hechos prisioneros trescientos espartanos— la induce a pedir la paz a su enemigo. El pasaje es interesante para comprender el feroz egoísmo

de Esparta, dispuesta a abandonar a sus aliados para atender a sus propios intereses. Pero, a la vez, este texto ilustra, de modo general, el carácter inseguro de los éxitos bélicos (Historia, IV, 17 y siguientes).

* * *

IV, 17.—«Atenienses: Esparta nos ha enviado con la misión de negociar con vosotros la entrega de los soldados que se encuentran en la isla y sugiriéndoos una solución que, al tiempo que ventajosa para vosotros, nos procure, en nuestra actual adversidad, una salida lo más decorosa posible, dadas las presentes circunstancias. Y si vamos a pronunciar un discurso relativamente largo, ello no significa que nos apartemos de nuestra costumbre: que es propio de nuestra idiosincrasia no utilizar muchas palabras cuando unas pocas bastan, pero emplear muchas cuando se trata de exponer una cuestión de vital importancia y alcanzar, por medio de un discurso, nuestro objetivo; discurso que no debéis recibir con hostilidad, ni como una lección que se imparte a personas ignorantes, sino considerándolo un memorándum dirigido a hombres que saben decidir sabiamente.

Ahora se os presenta la ocasión de sacar provecho de vuestra buena suerte, conservando vuestros actuales dominios y recibiendo, encima, honor y gloria, y sin tener que padecer lo que les ocurre a los Estados que consiguen un éxito inusitado:

llevados de la esperanza, aspiran aún a más, simplemente por su inesperada fortuna. En cambio, los que han experimentado a menudo los reveses y los favores de la suerte, desconfían, justamente, y mucho, de su buena estrella. Y eso, naturalmente, es nuestra ciudad, por propia experiencia, y la vuestra, las que más deben saberlo.

18.—Persuadidos de ello, echad una mirada a nuestro presente infortunio: nosotros que gozamos del más alto prestigio entre los griegos, estamos ante vosotros cuando antes creíamos ser los más indicados para concederos lo que ahora os venimos a implorar. Y, con todo, no hemos ido a parar a esta situación por falta de poder ni por el orgullo inspirado por un aumento de nuestro potencial; sencillamente, nuestra situación es la misma de siempre, sólo que hemos sufrido un error de cálculo, cosa a la que está expuesto cualquiera. No es por ello razonable que, en base a la superioridad actual de vuestra patria y a la que os proporcionan vuestras recientes conquistas, lleguéis a imaginar que la fortura estará siempre a vuestro lado. Son hombres prudentes quienes, para su propia seguridad, consideran sus éxitos como algo precario (y éstos son precisamente los que con más inteligencia se comportarían ante el infortunio); quienes no se imaginan que la guerra se deja manejar conforme a sus deseos, sino que son los golpes de la fortuna los que juegan con ella: hombres de ese talante apenas

conocen el fracaso, porque no les ensoberbece la confianza que dan los éxitos militares y por ello más prestos están a firmar una paz a la hora del triunfo. Esto es, precisamente, atenienses, lo que ahora tenéis ocasión de hacer con nosotros; no vaya a ocurrir que en un futuro, si rehusáis escucharnos y llegáis a tener algún tropiezo —cosa harto posible— llegue a pensarse que debéis a la suerte el éxito por vosotros ahora conseguido, cuando podéis, sin peligro alguno por vuestra parte, legar a las generaciones venideras el renombre de vuestra sagacidad.

19.—Esparta os invita a firmar un tratado y a poner fin a la guerra: os ofrece la paz, una alianza, amistad perfecta e intimidad recíproca. A cambio, reclama los soldados que se encuentran en la isla, en su creencia de que es mejor para ambas partes no exponerse al peligro de que logren escapar por la fuerza aprovechando una ocasión propicia, o que, reducidos por el asedio, queden a vuestra discreción. Por lo demás, somos de la opinión que las mayores enemistades pueden hallar firme y completa reconciliación, no cuando una de las partes intenta imponer su venganza, y, tras conseguir en la guerra grandes victorias, se propone atar al adversario con juramentos concertando de esta suerte una paz injusta, sino cuando, pudiendo conseguir el mismo resultado con equidad, lo vence, asimismo, en generosidad y le ofrece unas condiciones de paz mucho más moderadas de lo que

cabía esperar. En este caso, el adversario, no viéndose en la tesitura de practicar el revanchismo por un trato inicuo, está mejor dispuesto, por pundonor, a mantener los convenios firmados. Más con sus peores enemigos que con quienes tienen diferencias insignificantes obran así los hombres: por naturaleza ceden gustosos ante aquellos que, espontáneamente, hacen concesiones; por el contrario, desafían, aun de un modo irracional, al adversario que se muestra arrogante.

20.—Nunca como ahora dispondremos de mejor ocasión para reconciliarnos. Aprovechémosla antes de que sobrevenga algún obstáculo insalvable que nos fuerce a convertir en odio implacable y personal nuestras actuales diferencias nacionales y os prive a vosotros de las ventajas que ahora os bridamos. En este momento en que aún la guerra no está decidida, cuando vosotros podéis obtener, con la gloria, nuestra amistad, y nosotros, sin mengua de nuestra dignidad, alcanzar una solución razonable de nuestro revés, hagamos las paces. Prefiramos, los dos bandos, la paz a la guerra, pongamos fin al sufrimiento de los demás Estados griegos, quienes verán en vosotros los principales artífices de la paz; porque ahora se hallan en guerra sin saber a ciencia cierta cuál de los dos bandos rompió las hostilidades. Y si llega el armisticio, del que vosotros sois ahora los árbitros, será a vosotros a quienes lo agrade-

cerán. Si tomáis tal decisión, podéis ganaros la firme amistad de Esparta; ella os la ofrece, de modo que antes haréis un acto de benevolencia que de hostilidad. Y, en fin, tened presente las ventajas que es lógico prever van a derivarse de tal decisión: si llegamos a ponernos de acuerdo nosotros y vosotros, estad convencidos de que el resto de Grecia, al ser más débil, nos tendrá el máximo respeto.»

La conferencia de Melos: la ley del más fuerte

En el año 416 a.C. una flota ateniense se presentó ante la isla de Melos conminándola a rendirse al poder de Atenas. Los melios se resisten a entregarse: se abren entonces unas conversaciones entre delegados de ambos Estados. Es el único pasaje de la obra donde el autor utiliza la forma dialogada (Historia, V, 85 y ss.).

* * *

V, 85.—Los embajadores atenienses se expresaron del modo siguiente: «Dado que el presente debate no se desarrolla ante el pueblo, sin duda para que la multitud, al escuchar de nuestros labios, en un discurso seguido, argumentos sugestivos e irrefutables (pues tenemos conciencia de que esta es la razón de que nos hayáis invitado a tomar la palabra ante un pequeño comité de no-

tables), vosotros, los que os sentáis a la mesa de conferencias, adoptad un procedimiento más seguro aún: exponed vuestra postura punto por punto, no con un único discurso, sino interrumpiendo inmediatamente cada vez que hagamos una propuesta que no os parezca atinada. Y así, manifestad ante todo si os parece bien el procedimiento que proponemos.»

86.—Los delegados melios contestaron: «Nada hay que objetar a este equitativo procedimiento de que nos expongamos mutuamente, en una atmósfera de paz, los respectivos puntos de vista; pero la guerra, que es ya un hecho y no una simple posibilidad, no se compadece muy bien con esa proposición. Porque vemos que habéis acudido aquí en calidad de jueces de nuestras palabras y, por lo tanto, que el resultado de estas conversaciones, como es natural, será para nosotros, si triunfamos en el terreno del derecho y, por consiguiente, no cedemos, la guerra, y si nos dejamos convencer la esclavitud.»

87.—*Atenienses:* «Si habéis acudido a la conferencia para hacer conjeturas sobre el futuro o con cualquier otra finalidad que no sea negociar la salvación de vuestra patria ateniéndoos a la situación presente y a lo que tenéis ante la vista, podemos levantar ya la sesión. Si no, podemos proseguir.»

88.—*Melios:* «Es natural, y merece disculpa, que, en la situación en que nos hallamos, nos desviemos con frecuencia, en nuestras palabras e ideas, de la cuestión. Pero, en fin, el propósito de esta conferencia es, realmente, nuestra salvación; por tanto, que el debate se realice, si os parece, en la forma que proponéis.»

89.—*Atenienses:* «Bien; no vamos ahora a aduciros una larga retahíla de argumentos —poco persuasiva, por otra parte— proclamando, con pomposos términos, que nuestro imperio es justo porque derrotamos a los medos, o bien que, víctimas de vuestras ofensas, queremos tomarnos el desquite; pero no esperamos tampoco que vayáis a creer poder convencernos manifestando que no os habéis puesto a nuestro lado porque sois una colonia de Esparta, o que no nos habéis causado daño alguno; de lo que se trata es de alcanzar los objetivos posibles sobre la base de las verdaderas intenciones de ambas partes. Lo sabemos tan bien como vosotros: en el cálculo humano la cuestión de la justicia se plantea sólo entre fuerzas iguales; si no, el fuerte impone y el débil cede.»

90.—*Melios:* «Pero según nuestra opinión al menos, es útil (y hay que emplear este término una vez que vosotros mismos habéis propuesto hablar de conveniencia dejando al margen la justicia), es útil, repetimos, que no destruyáis un bien co-

mún a todos, y que aquel que se halle en peligro reciba un trato equitativo y pueda protegerse, incluso acudiendo a argumentos que no sean rigurosamente lógicos. Actitud que no dejaría de favoreceros a vosotros mismos, tanto más cuanto que vuestra eventual derrota, que iría acompañada de una represalia implacable, se convertiría en una lección para los demás.»

91.—*Atenienses:* «No nos angustia el fin que pueda tener nuestro imperio, si llega algún día a ser destruido. No son los Estados que imperan sobre otros, como los lacedemonios, los que pueden ser terribles para los vencidos (y, por otra parte, ahora no estamos en guerra con Esparta), sino los pueblos sometidos que se rebelan contra su opresor y consiguen vencerle. Así que dejadnos correr este riesgo. Lo que sí queremos demostraros es que estamos aquí por el bien de nuestro imperio, y que nuestras palabras irán encaminadas a conseguir la salvación de vuestra patria, porque queremos añadiros a nuestros dominios sin causaros trastornos, y conseguir que os salvéis en beneficio de ambos.»

92.—*Melios:* «Pero, ¿cómo puede sernos útil a nosotros convertirnos en esclavos como lo es para vosotros conseguir nuestra sumisión?»

93.—*Atenienses:* «Lo es, porque en vez de sufrir un cruel destino, ibais a ser súbditos nuestros,

en tanto que nosotros saldríamos beneficiados ahorrándonos vuestra aniquilación.»

94.—*Melios:* «¿Y no aceptaríais que permaneciéramos neutrales y fuésemos amigos vuestros en vez de enemigos, sin ser aliados de ninguno de los dos bandos?»

95.—*Atenienses:* «No, porque no nos perjudica tanto vuestra enemistad como vuestra amistad, que nuestros súbditos interpretarían como un signo de impotencia, en tanto que vuestro odio puede ser para ellos un signo manifiesto de nuestra fuerza.»

96.—*Melios:* «¿Es ésta la idea que tienen vuestros súbditos de la lógica? ¿Es que conceden la misma importancia a los que no tienen lazo alguno de parentesco con vosotros y a las ciudades que, en su mayoría, son colonias vuestras, y que, en algunos casos, se han sublevado y han sido sometidas?»

97.—*Atenienses:* «Sí, porque consideran que ni unos ni otros carecen de razón, pero que éstos, gracias a su potencial, conservan su independencia, y que nosotros, por temor, no les atacamos. De suerte que, aparte el hecho de aumentar nuestros dominios, vuestra sumisión nos dará seguridad, especialmente porque vosotros, unos isleños, *sin duda menos fuertes que otros*, habréis sucumbido ante los dueños del mar.»

98.—*Melios:* «¿Y no consideráis que en nuestra proposición anterior puede tener cabida también la seguridad? Porque también en este punto, de la misma manera que nos habéis constreñido a dejar de lado todo argumento jurídico e intentáis persuadirnos a que nos sometamos a vuestro interés, también nosotros debemos mostraros lo que nos es útil, y, si nuestra conveniencia y la vuestra coinciden, intentar, a nuestra vez, persuadiros. Pues bien: ¿cómo no vais a tener que enfrentaros con todos los pueblos actualmente neutrales cuando observen vuestra conducta y piensen que también algún día les atacaréis a ellos? Y obrando de este modo, ¿qué otra cosa vais a conseguir sino reforzar el poderío de vuestros actuales enemigos e incitar, muy a pesar suyo, a enemistarse con vosotros quienes ni siquiera pensaban hacerlo?»

99.—*Atenienses:* «No, porque no consideramos auténticamente peligrosos para nosotros a los pueblos continentales que gozan de libertad, y que se lo pensarían mucho antes de tomar medidas defensivas contra nosotros, sino a los pueblos insulares no sometidos, como vosotros, y aquellos que se sienten exasperados por un yugo que no pueden sacudir: éstos sí que, entregándose a vanas ilusiones, podrían arrastrarnos, y con nosotros a sí mismos, a un peligro evidente.»

100.—*Melios:* «Pero si vosotros estáis dispuestos a exponeros a tan grandes riesgos para no

perder vuestro imperio, y lo mismo hacen los que ahora se hallan bajo el yugo para liberarse de él, la conclusión clara es que para nosotros que todavía conservamos la libertad, es una gran bajeza y cobardía no recurrir a cualquier medio antes de caer en la esclavitud.»

101.—*Atenienses:* «No, si reflexionáis con cordura: porque en vuestro caso no se trata de una competición de heroísmo entre iguales para evitar el deshonor; más bien se trata de un examen para buscar el medio de salvaros renunciando a hacer frente a quienes son mucho más fuertes.»

102.—*Melios:* «Bien, pero sabemos que las guerras presentan unos avatares que se reparten con mayor imparcialidad de lo que cabría suponer a juzgar por la desproporción de las fuerzas de ambos bandos. Y para nosotros ceder inmediatamente significa abandonar toda esperanza, en tanto que si hacemos algo cabe aún la esperanza de mantenernos en pie.»

103.—*Atenienses:* « ¡La esperanza! Sí, es ciertamente un consuelo en el peligro; y a los que recurren a ella desde una situación de superioridad puede dañarles, mas nunca arruinarles. Pero los que todo lo arriesgan a una sola jugada (y la esperanza es pródiga por naturaleza) constatan su vacuidad cuando están ya perdidos, y descubren su verdadera faz cuando no les queda ya recurso para

protegerse contra ella. No queráis caer en este error ahora vosotros, que sois débiles y disponéis de una sola alternativa; no actuéis como la mayoría de los mortales, que pudiendo todavía salvarse por medios humanos cuando, cuitados, les abandonan las esperanzas basadas en realidades tangibles, recurren a las que están basadas en medios inciertos, la adivinación, los oráculos y otras prácticas semejantes que, con su carga esperanzada, causan verdaderos estragos.»

104.—*Melios:* «Difícil nos parece también a nosotros, podéis creerlo, luchar contra una potencia como la vuestra y contra la fortuna, si ésta no ha de repartirse por igual. Y, sin embargo, por lo que a la fortuna se refiere, confiamos en que la divinidad no permitirá que nosotros llevemos la peor parte, pues defendemos una causa noble contra quienes obran impíamente; y en que a nuestra inferioridad militar vendrá a sumarse la alianza de Esparta, que comporta ciertas obligaciones. Ella nos mandará ayuda, si no por otra razón, al menos por los lazos de sangre que nos unen, y por un sentimiento de pundonor. No es, pues, tan irracional nuestra confianza.»

105.—*Atenienses:* «En cuanto a la benevolencia divina, tampoco nosotros creemos que vayamos a quedar en inferioridad: ni exigimos ni hacemos nada que contradiga lo que los hombres piensan de los dioses ni los principios en que basan sus

mutuas relaciones. Y, en efecto, partimos del supuesto que los dioses y los hombres —respecto a los primeros en base a la opinión, a los segundos con toda certeza— por una ley natural inexorable, dominan sobre los que superan en poder. No hemos sido nosotros quienes hemos decretado esta ley, ni fuimos los primeros en aplicarla; existía ya cuando la recibimos y la legaremos a la posteridad para que continúe vigente. Simplemente, nos sometemos a ella, convencidos de que también vosotros y cualquier otro pueblo haríais lo mismo en caso de llegar a poseer un poder como el nuestro. De suerte que, por lo que respecta a la protección divina, no tenemos por qué temer que vayamos a recibirla en proporción menor.

Ahora bien, por lo que se refiere a vuestra opinión sobre Esparta, si confiáis en que acudirá en vuestra ayuda por pundonor, os felicitamos por vuestra ingenuidad, pero en modo alguno envidiamos vuestra inconsciencia. Mirad: los lacedemonios, en sus relaciones mutuas y en sus instituciones nacionales practican el código del honor, pero de su comportamiento con los demás pueblos habría mucho que hablar. En resumen, cabría afirmar que, de todos los pueblos que conocemos, son los que más inequívocamente identifican lo que les complace con el deber y su propio interés con la justicia. Y en verdad que tales principios no se compadecen demasiado con esa irracional esperanza de salvación que abrigáis ahora.»

106.—*Melios:* «Precisamente esto es lo que justifica más nuestra actual confianza: en su propio interés no querrán traicionar Melos, que es una colonia suya, destruyendo con ello la confianza que en ellos han depositado los Estados amigos, y prestando, en cambio, un servicio a sus enemigos.»

107.—*Atenienses:* «A lo que se ve, olvidáis que interés y seguridad marchan juntas, y que servir a la causa de la justicia y cumplir con el deber comporta siempre peligros, cosa que, por lo general, suelen evitar los espartanos.»

108.—*Melios:* «Sí, pero creemos que por nuestra causa estarán mejor dispuestos a arriesgarse, y que la empresa no les parecerá tan peligrosa en defensa nuestra que de otros. Al fin y al cabo, para una intervención, nuestra patria está situada cerca del Peloponeso, y, por otro lado, dada nuestra comunidad de origen, les ofrecemos mayores garantías de lealtad.»

109.—*Atenienses:* «Bien, pero para un eventual aliado la garantía no reside justamente en la lealtad de quienes han pedido su ayuda, sino en su enorme potencial militar. Y ésta es precisamente una condición que los lacedemonios consideran más que nadie: por poner un simple ejemplo, dada la desconfianza en sus propias fuerzas, cada vez que entran en guerra contra un Estado vecino,

se hacen acompañar de un gran contingente de aliados suyos a la campaña. Así que no es lógico suponer que envíen a una isla un ejército propio cuando nosotros controlamos la mar.»

110.—*Melios:* «Pero podrían enviar a otros. Es muy extenso el mar de Creta, y, en su vasta extensión, resulta más difícil para el que lo controla apresar naves enemigas que el que éstas puedan burlar el bloqueo. Y si fallara este recurso, podrían volverse contra vuestro propio territorio y contra el de vuestros aliados que Brásidas no llegó a atacar. Y, en tal caso, ya no se tratará de luchar por un país que en nada os concierne, sino para defender vuestra propia tierra y la de vuestros aliados.»

111.—*Atenienses:* «No sería ésta para nosotros una experiencia nueva, y menos para vosotros que no ignoráis que jamás Atenas ha levantado un solo asedio por temor a un segundo frente.

Por lo demás, advertimos que, pese a haber declarado que ibais a examinar las medidas adecuadas para salvaros, en esta dilatada conferencia no habéis aducido ningún argumento que justifique en un pueblo la confianza y la certeza de la salvación. Vuestra fuerza se basa en esperanzas diferidas, y los recursos de que ahora disponéis son débiles comparados con las fuerzas alineadas ya contra vosotros. Así que daréis una muestra de gran insensatez si nos invitáis a retirarnos sin

tomar una decisión más inteligente que ésta. Porque sin duda no iréis ahora a refugiaros en aquel sentimiento que tan grandes daños ocasiona en momentos de claro y humillante peligro, es decir, la dignidad. ¡Cuántas veces hombres que veían lo que les esperaba permitieron que lo que llamamos honor, por la fuerza de esa seductora palabra, los dominara! Y entonces, vencidos por ese simple nombre, cayeron voluntariamente en desgracias irreparables, atrayéndose, con ello, en oprobio aún más vergonzoso por deberlo a su insensatez, no a un simple golpe de la fortuna. Si tomáis una actitud razonable, evitaréis ese infortunio, y no juzgaréis indigno inclinaros ante una ciudad más poderosa cuando os presenta una proposición tan moderada: convertiros en aliados tributarios suyos pero continuando dueños de vuestra tierra, y no obstinaros en el peor partido cuando se os ofrece la posibilidad de elegir entre la guerra y la seguridad. No ceder ante un igual, mostrarse razonable con el fuerte, tratar al débil con moderación: tal es el mejor medio de alcanzar el éxito. Reflexionad, pues, una vez nos hayamos retirado, y pensad una y otra vez que estáis deliberando sobre vuestra patria, la única que tenéis, y que su prosperidad y su ruina dependen de vuestra única decisión.»

112.—Y los delegados atenienses salieron de la conferencia. Los melios, una vez solos, como sostenían el mismo punto de vista opuesto al de Ate-

nas, dieron la siguiente respuesta: «Atenienses: nuestra decisión es la misma de antes: ni por un instante consentiremos en arrebatar la libertad a un Estado fundado hace setecientos años, sino que intentaremos salvarlo confiando en la protección que hasta el día de hoy nos ha otorgado la divinidad, y en el apoyo de los hombres. Os proponemos ser amigos vuestros, pero manteniéndonos neutrales, y os invitamos a abandonar nuestra tierra tras firmar un tratado de paz en términos que parezcan convenientes a ambas partes.»

113.—Tal fue la escueta respuesta de los delegados melios. Y, una vez disuelta ya la conferencia, los atenienses hicieron la siguiente declaración: «A juzgar, al menos, por la decisión que habéis tomado, nos parece que sois el único pueblo que considera más claro el futuro que lo que tenéis ante vuestros propios ojos, y que vuestros deseos os hacen confundir lo incierto con la realidad. Y cuanto más plenamente confiéis en los lacedemonios, en la suerte y en vuestras esperanzas, cuanto más confiéis en todo ello, tanto más os sentiréis defraudados.»

114.—Y los delegados atenienses regresaron a su campamento. Sus generales, dado que los melios no querían someterse, se dispusieron a atacarles: dividiéronse el territorio por ciudades y construyeron un muro en torno a la capital. Acto seguido regresaron a Atenas con el grueso del ejército, dejando una guarnición de tropas atenien-

ses y aliadas. Y los que se quedaron allí prosiguieron el asedio.

115.—(...) Los melios, en un asalto nocturno contra el muro ateniense, consiguieron apoderarse del sector cercano al ágora, dieron muerte a algunos centinelas y se retiraron llevándose víveres y todos los productos útiles que pudieron, permaneciendo tras esto en estado de pasividad. Y terminó el verano.

116.—(...) Por las mismas fechas, los melios ocuparon nuevamente una parte del muro ateniense, que contaba con pocos efectivos para su protección. Al ocurrir este hecho, llegó de Atenas otro ejército al mando de Filócrates hijo de Demeas; y, a partir de entonces, se prosiguió el asedio con mayor energía; mas se produjo una traición y los melios se entregaron a la discreción de los atenienses. Estos ejecutaron a todos los hombres comprendidos en la edad militar que pudieron apresar y vendieron como esclavos a las mujeres y los niños. Y fueron a establecerse ellos mismos allí más tarde, enviando a la isla quinientos colonos.

La doctrina de Hermócrates: «Sicilia para los sicilianos»

En Gela (Sicilia) tiene lugar una conferencia de los principales Estados de Sicilia para intentar

una reconciliación entre todos y poner fin a las luchas intestinas. Hermócrates, delegado de Siracusa (el Estado más importante), toma la palabra y sostiene la tesis de que la reconciliación puede conseguir la auténtica independencia de Sicilia, amenazada por el imperialismo ateniense (Historia, IV, 59 y ss.).

* * *

IV, 59.—«Voy a tomar la palabra como delegado de una ciudad no precisamente insignificante ni castigada de un modo especial por la guerra, con ánimo de exponer ante esta conferencia la política que me parece más conveniente para toda Sicilia. Ahora bien, ¿a qué extenderme sobre la dureza de la guerra explicando, a quienes los conocen perfectamente, los males que comporta? Evidentemente, nadie se ve forzado a ella por desconocimiento de la misma, ni se echa atrás, por temor, si cree que le va a proporcionar ciertas ganancias. No; lo que ocurre es que a unos los beneficios les parecen mayores que los males y que otros prefieren afrontar cualquier peligro antes que consentir una humillación inmediata. Y si se da el caso que unos y otros obran de este modo en un momento inoportuno, es entonces cuando resulta útil una llamada a la reconciliación. Tal es precisamente nuestro caso: cada uno de nosotros entramos en guerra con la buena intención de proteger nuestros propios intereses; y ahora,

por medio del diálogo, debemos procurar la reconciliación. Y si no es posible retirarnos sin que cada cual haya obtenido sus justas reivindicaciones, reemprenderemos la lucha.

60.—Con todo, fuerza es reconocer que, si somos inteligentes, esta conferencia no va a proponerse como tema tan sólo intereses particulares; no, debemos discutir si aún es posible salvar a Sicilia entera, amenazada en estos momentos, a mi juicio, por las intrigas de Atenas. Debemos hacernos a la idea que los atenienses son unos árbitros mucho más persuasivos que mis palabras: ellos, la primera potencia de Grecia, están ahora aquí espiando, con unas pocas naves, nuestros errores, y amparados en el pretexto legal de una alianza, intentan con buenas maneras resolver en beneficio propio nuestra natural hostilidad contra ellos. Porque, efectivamente, si tomamos el partido de la guerra y llamamos en auxilio nuestro a estos hombres —que demasiado intervienen sin que se les invite a ello—; si empleamos nuestros recursos en causarnos daños a nosotros mismos, y si, al tiempo, favorecemos su expansión imperialista, nada más natural que, cuando nos vean exhaustos, acudan con una escuadra más nutrida e intenten someter el país entero a su dominio.

61.—Por el contrario, si somos inteligentes, lo que no debemos hacer es atraernos aliados y lanzarnos al peligro para añadir a nuestros actuales

dominios nuevos territorios en vez de comprometer los que ya tenemos; tomar conciencia de que la discordia es la ruina de los Estados, y lo será de Sicilia si sus habitantes, en tanto nos encontramos bajo la amenaza del enemigo común, nos hallamos divididos por conflictos interestatales.

Convencidos de este hecho, lo que debemos hacer es buscar la reconciliación general, individuo con individuo y Estado con Estado, y esforzarnos en salvar, todos a una, a Sicilia entera. Y que a nadie se le ocurra pensar que tan sólo los dorios, de entre nosotros, son enemigos de los atenienses, y que los calcidios están fuera de peligro por su pertenencia a la raza jónica: ¡Son las riquezas de Sicilia, nuestro patrimonio común, lo que codician! ¡Y bien lo han demostrado ahora, con ocasión de la llamada que les han hecho los pueblos de raza calcídica! A pesar de que nunca les habían enviado auxilio alguno en virtud de una alianza, Atenas ha cumplido con un celo que realmente supera todas las obligaciones exigidas por un pacto. Ahora bien, que Atenas acaricie tales ambiciones, que se trace tal política, es cosa harto comprensible. Y no critico a los que aspiran a crearse un imperio, sino a aquellos que se muestran excesivamente dispuestos a prestarles vasallaje: que por naturaleza impone el hombre siempre su dominio sobre el débil, y se protege, en cambio, de su agresor. Y si sabiendo todo eso no tomamos las medidas adecuadas; si alguien ha acudido a esta conferencia sin considerar que nuestro prin-

cipal deber es eliminar, todos a una, el peligro común, cometemos un gran error. La forma más rápida de conseguir una reconciliación general es un acuerdo entre todos nosotros; porque los atenienses no nos atacan desde su propio país, sino desde el de los Estados que les han llamado. De este modo no pondremos fin a la guerra con otra guerra; con la paz se acabarán nuestras discordias, y estos invitados que han venido con un bello pretexto, pero contra toda justicia, se marcharán por una buena razón sin haber alcanzado sus objetivos.

62.—Si tomamos una prudente resolución, tal será la gran ventaja que, a propósito de los atenienses, podremos obtener. Y, en cuanto a la paz, si todo el mundo está de acuerdo en reconocer que es el supremo bien, ¿por qué no hemos de implantarla entre nosotros? ¿No os parece que si uno posee un bien apreciado o si le ocurre lo contrario, la armonía y no la guerra es el mejor medio de poner fin al mal y de asegurar la continuidad del bien? ¿No creéis que la paz procura dignidades y esplendores menos peligrosos, y otras ventajas cuya enumeración sería dilatada? Meditad bien este punto, no para desatender mis razones, sino para hallar en él, cada cual, su propia salvación. Y si alguno de vosotros cree tener asegurado el éxito de su empresa porque tiene de su lado la razón o la fuerza, ¡cuidado!, que sus esperanzas pueden resultar fallidas. Piense que son ya

muchos los que han querido vengar una injuria o han abrigado la esperanza de satisfacer sus ambiciones amparados en la fuerza; y, sin embargo, los primeros no sólo no han conseguido su propósito, sino que ni siquiera lograron salvar su propia vida; y los otros, en vez de aumentar sus dominios, se han visto privados de los que ya tenían. Y es que una reparación justa no triunfa simplemente porque se haya cometido una injusticia, ni la fuerza se impone por el mero hecho de abrigar esperanzadas ilusiones: los imponderables del futuro casi siempre se imponen, y, a pesar de ser la cosa más insegura del mundo, son, sin embargo, altamente útiles, porque al compartir todos el mismo temor, nos lo pensamos mucho antes de atacarnos mutuamente.

63.—Ahora, alarmados a la vez por estas dos amenazas: por ese indefinido miedo ante la incertidumbre del futuro, y por el temor inmediato de la presencia ateniense; convencidos, además, de que el fracaso de las empresas que pensábamos realizar se debe a estos obstáculos, expulsemos de nuestra tierra a los enemigos que han hollado nuestro suelo y firmemos, nosotros, un tratado de paz que dure para siempre, y si no, concertemos un pacto de duración lo más largo posible, y aplacemos para otra ocasión nuestras diferencias. En suma, convenzámonos de que, si me escucháis, cada uno de nosotros tendrá libre su ciudad, y desde ella, actuando soberanamente, pa-

garemos con la misma moneda, equitativamente, el bien o el mal que se nos cause; pero si no me prestáis atención, y nos sometemos a otra potencia, ya no se tratará de castigar al agresor: no, en el mejor de los casos, nos convertiremos en amigos de nuestros peores enemigos y en rivales de quienes no debemos serlo.

64.—En fin, por lo que a mí respecta, como dije al comienzo, aunque yo soy delegado de una ciudad muy importante que más bien tiende al ataque que a la defensa, previendo todos estos obstáculos, propongo que lleguemos a un acuerdo mutuo; no vaya yo a causar tanto daño a mis enemigos que tenga que sufrir las consecuencias en mi propia carne, ni a pensar que, impulsado por una loca porfía, soy tan absolutamente dueño de la fortuna, sobre la que no tengo poder alguno, como de mis propias decisiones: sino a hacer concesiones en la medida en que sean razonables. Y exhorto a los demás a adoptar la misma postura, no obligados por el enemigo, sino por propia y libre decisión. Nada tiene de humillante que pueblos de la misma raza se hagan concesiones recíprocas, el dorio al dorio y el calcidio a sus hermanos de estirpe, porque, en última instancia, todos somos vecinos, habitantes del mismo país, que es además una isla, y todos llevamos un nombre común: el de sicilianos. Sin duda, cuando llegue el momento, haremos nuestras guerras, y volveremos a reconciliarnos acudiendo al recurso de

las conversaciones; mas, si somos inteligentes, nos defenderemos como un solo hombre ante el invasor, pues el mal de uno es el de todos; y, en el futuro, no nos busquemos aliados fuera, ni árbitros. Si ahora obramos de esta guisa, no privaremos a Sicilia de dos ventajas: librarla de los atenienses y de la guerra civil. Y, en el futuro, viviremos en ellas nosotros solos, en un país libre y no expuesto a las agresiones de potencias extranjeras.»

Alcibíades en Esparta: política y cinismo

Para evitar su segura ejecución, Alcibíades, al ser llamado a declarar a Atenas, consigue escapar y se pasa al enemigo. Una vez en Esparta pronuncia ante las autoridades de esta ciudad unas palabras en las que les informa sobre el verdadero alcance de la invasión de Sicilia, y les aconseja sobre la táctica a seguir para vencer a Atenas (Historia, VI, 89 y ss.).

* * *

VI, 89.—«Es preciso que, ante todo, me refiera a determinadas imputaciones que se me han hecho, a fin de que vuestro recelo hacia mí no os haga escuchar con prevención lo que pueda redundar en común beneficio:

Mi familia, es cierto, renunció en su día, por

ciertos motivos, al título de 'próxeno' vuestro, pero yo intenté recuperarlo con mi esfuerzo personal mediante mis buenos oficios para con vosotros, y, de un modo notorio, con ocasión de vuestro tropiezo en Pilos. Sin embargo, pese a que mis simpatías jamás se vieron desmentidas, vosotros buscabais la reconciliación con Atenas, y, al negociarla a través de mis enemigos, lo que hicisteis fue granjearles a ellos cierto prestigio y a mí, en cambio, la humillación. Ello fue el justo motivo de los trastornos que os causé al orientar mi política en favor de Mantinea y Argos, con las restantes muestras que di de hostilidad hacia vosotros. Y si alguno en aquella ocasión, al sufrir las consecuencias, llegó a irritarse sin razón contra mí, que examine ahora los hechos a la luz de la verdad y, en consecuencia, que rectifique su enojo; del mismo modo, si alguien me juzgaba desfavorablemente por mi inclinación hacia la democracia, que no crea tampoco que en este punto está justificada su aversión hacia mí: la verdad es que, desde siempre, mi familia se ha enfrentado a los tiranos (y toda política que se opone al poder despótico recibe el calificativo de democrática), y de ahí que recayera sobre nosotros el título de 'protectores del pueblo'. Por otro lado, dado que la ciudad se regía por un sistema democrático, en la mayoría de los casos no había más remedio que adaptarse a las instituciones existentes. Y, sin embargo, en medio de aquel desenfreno reinante, intentábamos aplicar una política moderada. Hu-

bo, ciertamente, en el pasado, como los hay ahora, individuos que conducían a la masa a un notable desenfreno: precisamente los que han conseguido desterrarme.

Nosotros, en cambio, estuvimos al frente de toda la ciudad, y nos impusimos como un deber la tarea de conservar una forma de gobierno bajo la cual la ciudad conoció el máximo grado de poderío y de libertad, y que constituía un legado de nuestros mayores. La democracia radical, por supuesto, la condenábamos quienes teníamos un mínimo de sensatez, y yo más que nadie podría denigrarla por cuanto me ha causado enormes perjuicios. Pero sobre un régimen que universalmente se considera una auténtica locura, ¿a qué decir algo nuevo? Y, sin embargo, fomentar la subversión nos parecía empresa algo arriesgada, estando vosotros, nuestros enemigos, tan cerca de ella.

90.—Tales son, aproximadamente, las causas que originaron los ataques personales dirigidos contra mí. A continuación, escuchad los puntos sobre los que tenéis que deliberar y sobre los que yo, si en algo tengo mejor información que vosotros, debo haceros algunas sugerencias:

Emprendimos nuestra campaña contra Sicilia primero para someter, si podíamos, a los sicilianos; después de ellos, a su vez, a los italiotas, para intentar, acto seguido, una acción contra el imperio cartaginés y contra la propia Cartago.

Si estos planes se veían coronados por el éxito, total o parcial, nuestro objetivo era atacar el Peloponeso con todos los efectivos griegos que pudiéramos procurarnos allí y contratando, además, como mercenarios, un gran contingente de bárbaros —iberos y otros pueblos bárbaros entre los que tienen fama de ser los más belicosos de aquellas regiones— y con un gran número de trirremes que construiríamos gracias a la abundancia de madera que hay en Italia, y que añadiríamos a las nuestras: bloqueando con tales efectivos el Peloponeso y, simultáneamente, mediante ataques por tierra confiados a la infantería, tomando las distintas ciudades, unas al asalto, otras acudiendo al recurso del asedio, abrigábamos la esperanza de una fácil victoria sobre él, y con ella extender nuestro dominio sobre la Grecia entera. Por lo que se refiere al dinero y a los víveres necesarios para facilitar la viabilidad de esos proyectos, los territorios de aquel país incorporados a nuestro imperio debían facilitárnoslo sin necesidad de echar mano a los ingresos que Grecia nos proporciona.

91.—Tal es la misión que debe cumplir ese ejército expedicionario y de la que os informa quien mejor la conoce. Los generales que allí han quedado proseguirán, si pueden, su realización sin introducir cambio alguno, de modo que, sin vuestro apoyo, la situación allí será insostenible; de eso debéis ser conscientes: en efecto, los sicilianos

son algo inexpertos en el aspecto militar, pero aun así, si llegan a formar un frente unido, cabe la posibilidad de que se salven. Por el contrario, los siracusanos solos, derrotados como han sido ya en una batalla librada con todos sus efectivos, y bloqueados como están por nuestra flota, no podrán hacer frente a las fuerzas que Atenas tiene ahora destacadas allí. Y si esa ciudad es conquistada, cae inmediatamente toda Sicilia en su poder, y a continuación, Italia. Y el peligro que hace un instante os anunciaba yo como una amenaza procedente de allí, no tardará mucho tiempo en abatirse sobre vosotros. Que nadie se imagine, pues, que en este momento está deliberando sólo sobre Sicilia. No; se trata también del Peloponeso si no ponéis en práctica, y sin dilación alguna, las siguientes medidas: ante todo, un ejército de desembarco de tal naturaleza que sus soldados vayan como remeros y dispuestos a actuar inmediatamente como hoplitas. Además, y eso lo estimo más importante aún que esa escuadra, un espartano que asuma el mando supremo con la misión de coordinar las fuerzas que luchan ya allí y obligue a hacerlo a quienes se resisten a ello. De este modo aumentará la moral de vuestros amigos y los que aún vacilan se unirán a vosotros con mayor confianza. Por otra parte, aquí en Grecia debéis imprimir a la guerra un ritmo más acelerado para que Siracusa resista con más firmeza en la convicción de que la apoyáis realmente, y para que Atenas tenga menos facilidades en el

envío de refuerzos a sus tropas. Además, es preciso ir a la fortificación de Decelia, en el Atica, el mayor temor que han abrigado siempre los atenienses y la única prueba, piensan, que todavía no han sufrido en el curso de esta guerra. Ahora bien, la forma más segura de causar un grave ataque al enemigo consiste, precisamente, en descargar contra él, previa información, los más temidos golpes, ya que es lógico que sea él quien mejor que nadie conozca sus puntos flacos y, en consecuencia, les tema.

Y, ¿qué ventajas alcanzaréis vosotros con esa fortificación? ¿De cuáles se privará al enemigo? Voy a omitir muchas para citar en forma resumida las principales:

Todos los recursos del país pasarán a vuestras manos, unos por medio de la captura, otros por sí mismos. Además, se verán privados de los ingresos procedentes de las minas de plata del Laurion, así como de los beneficios que obtienen actualmente de la tierra y de las fábricas; y, de un modo especial, los tributos de los aliados les disminuirán, ya que, al ver éstos que lucháis, por vuestra parte, con una mayor energía, les perderán el respeto.

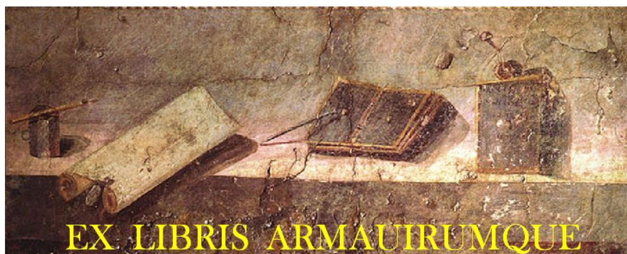
92.—Lacedemonios, en vuestra mano está que una parte, al menos, de esos proyectos se realicen con prontitud y decisión; de que sean, en efecto, viables estoy plenamente convencido, y no creo equivocarme en mis apreciaciones.

Por lo demás, considero justo que ninguno de vosotros me juzgue desfavorablemente por el hecho de actuar yo ahora resueltamente contra mi patria asociado a sus mayores enemigos, cuando antes pasaba por ser un patriota; y que tampoco mi ardor de desterrado origine prevenciones contra mis palabras. Soy un desterrado, es verdad, pero con ese destierro lo que he hecho ha sido sustraerme a la villanía de mis enemigos, no a los servicios que pueda prestaros si me escucháis; y no son más enemigos míos quienes como vosotros en ocasiones han perjudicado a sus propios enemigos que quienes han obligado a sus amigos a convertirse en enemigos suyos. Por lo que atañe a mi patriotismo, este sentimiento no me invade cuando se me humilla; me invadía, sí, cuando ejercía en paz mis derechos civiles. No considero tampoco que en este *momento tengo yo una patria* y que estoy marchando contra ella; al contrario, considero que estoy tratando de ganarme una patria que no tengo: que amante de su patria es, en realidad de verdad, no aquel que se abstiene de atacarla una vez se ha visto privado de ella injustamente, sino el que, con todos los medios a su alcance, en el ardor de su deseo, intenta recobrarla.

Siendo ello así, lacedemonios, os pido que aprovechéis mis servicios para cualquier empresa, por peligrosa y delicada que sea, sin aprensión alguna, reconociendo esas palabras que, según creo, repite todo el mundo: que si como enemigo os he aca-

rreado duros golpes, puedo también, como amigo, seros de gran utilidad, dado que los problemas de Atenas los conozco perfectamente, mientras que de los vuestros sólo tenía una idea aproximada.

En cuanto a vosotros, conscientes ahora de que estáis deliberando sobre vuestros más graves intereses, que la idea de una doble campaña contra Sicilia y contra el Atica no os haga vacilar, a fin de que, asegurándoos allí, por medio de un pequeño contingente de fuerzas, intereses importantísimos, podáis abatir de raíz, para la hora presente y la futura, el poderío de Atenas, y con ello, vivir en paz ejerciendo vuestra supremacía sobre Grecia entera, una supremacía libremente aceptada, no impuesta por la fuerza de las armas, sino acogida por adhesión a vuestra causa.»



VI. LOS CRITICOS TIENEN LA PALABRA

En él la facultad de escribir historia está en su momento culminante.

HOBBES

Como *pendant* de la antología tucidídea que constituye el capítulo anterior, ofrecemos una selección de pasajes significativos, dentro de la bibliografía más importante acerca de Tucídides, sobre el tema de la guerra, la política y la ética en nuestro historiador. Naturalmente, sería pretensión por nuestra parte creer que con esta colección de textos se agota el tema. No puede agotarlo ni ésta ni otra selección más amplia. Lo que pretendemos es, sencillamente, que el lector entre en contacto con algunas páginas de los más prestigiosos estudiosos de la historiografía griega, en especial de Tucídides, para complementar la visión parcial que un contacto con el autor podía ofrecer.

La doble faz del poder y la sabiduría antigua

Podemos aquí renunciar a esbozar las teorías de la Sofística sobre fuerza y derecho, naturaleza y ley. Basta sólo añadir que en oposición a esa doctrina del derecho de los fuertes se considera, asimismo, en sentido opuesto, el orden natural: no es de acuerdo con la naturaleza, sino de acuerdo con la ley de la convención que uno es esclavo y otro señor. A partir de ese principio básico señaló Hipias al Nomos como algo impuesto por la fuerza, y el dominar sobre otros como algo antinatural, y en ese rechazo de la fuerza hay un preanuncio, según opina W. Nestle, del principio según el cual la fuerza es algo intrínsecamente malo...

Todo esto debería ilustrarse a partir de la historia de la guerra del Peloponeso, es decir, a partir de la obra histórica de Tucídides. Tucídides como pensador político ha sido estudiado en repetidas ocasiones en época reciente. Si sobre las convicciones últimas del historiador impera todavía una cierta inseguridad, hay en cambio unanimidad sobre el hecho de que Tucídides ha limitado, curiosamente, su narración a las relaciones entre estados poderosos, y ha analizado este campo limitado de la vida histórica con el realismo de un naturalista. Su aportación consiste en haber transmitido a la posteridad... las formas fundamentales de la política como principios permanentes... La dinámica del hecho político des-

arrollada por él de esta forma, se acerca a las teorías de Maquiavelo, aunque éste no haya conocido a Tucídides, y a pesar de que en él el subjetivismo con el que se enfrentaba con los clásicos no estaba en condiciones de penetrar en su más íntima entraña. Los hombres con sus pasiones, los estados con su idiosincrasia estrictamente definida representan en Tucídides las fuerzas motrices de la política. La naturaleza humana —afirma en el famoso pasaje sobre la patología de la guerra, en el que por una vez abandona su reservada actitud y revela su propia concepción de la vida— tiende hacia el mal, pero en épocas normales está regida por la moralidad y la ley. La voluntad de poder caracteriza al hombre en una doble tendencia: en su esfuerzo por asegurarse su propia libertad, y en su intento por dominar a los demás (3, 45, 6). La Política se define exclusivamente desde el punto de vista del provecho, y el éxito como algo que justifica la acción...

El problema del juicio que le merece a Tucídides la relación entre fuerza y derecho ha sido debatido sobre todo a propósito del «Diálogo de los melios». A partir de esta conferencia, que se desarrolla menos «con un completo y frío realismo» que con una pasión a duras penas contenida, quiere descubrir Ritter un cierto barrunto del carácter demónico del poder; otros ven en el diálogo y el subsiguiente relato de la destrucción de Melos el triunfo del derecho del más fuerte. La interpretación exacta, creo yo, es que Tucídi-

des puede ser definido, ciertamente, como un portavoz de la política de fuerza, pero jamás como un defensor del derecho de los puños. Los fuertes, se dice allí, no hacen sencillamente lo que quieren, sino lo que pueden, lo que les es posible.

J. Vogt, *Dämonie der Macht und Weisheit der Antike*, en «Die Welt als Geschichte» 10 (1950), p. 11 y ss.

La doble faz del poder: respuesta a J. Vogt

Joseph Vogt expresa en el número X, 1 de esta revista reparos contra las sucintas consideraciones contenidas en mi trabajo *Die Dämonie der Macht*, en las que me refiero a la concepción política antigua oponiéndola a la moderna idea del Estado...

¿Qué nos enseñan los argumentos aducidos por Vogt? En el fondo, algo de lo que nunca he dudado: que el mundo antiguo no se hizo nunca ilusiones sobre la peligrosidad de un gran poder político, cuya posesión ciega al hombre con excesiva facilidad, le arrebata las virtudes esenciales de la prudencia y el sentido de la justicia hasta convertirlo en un ser violento, en un tirano. Asimismo, antes de la Sofística griega, el mundo antiguo sabe algo de la ley natural del más fuer-

te, como muestra el pasaje de Hesíodo aducido por Vogt; pero jamás la ha reconocido, contra la Sofística, como principio fundamental de la estructura del mundo político, antes bien, la esencia del orden político consiste en que éste, por medio de la primacía de la justicia, supera el mero estado de naturaleza en la que impera la «ley de los peces»; es decir, crea una ordenación sociojurídica segura. Precisamente esto es lo que yo quería decir al hablar de la feliz superación del caos de las sordas pasiones y de las egoístas inclinaciones por medio de la ley de las Euménides tal como Esquilo la describió en la *Orestía*... De precipitado optimismo hablé sólo con referencia a Cicerón, la principal fuente de la moralidad humanística anterior a Maquiavelo... Por el contrario, la triunfalista confianza en la razón encarnada en la filosofía política ateniense no era atacada de un modo «optimista», sino con dureza; asimismo, sé muy bien que la moderna ciencia de la antigüedad, a medida que va superando el tradicional clasicismo de la visión histórica humanística, se enfrenta con los oscuros y trágicos tintes del helenismo.

Pero ¿hay realmente aquí una clara conciencia del carácter inevitable de la *Dämonie der Macht?* Lo que entiendo por eso lo he explicado repetidamente en mi libro. *Dämonie* no es en modo alguno peligrosidad, sino más bien ambigüedad: la fatal e inextricable combinación —incapaz de ser superada por ninguna voluntad ética— del mal

con el bien en la esfera política; del extremo egoísmo de la aspiración al poder con el extremo altruísmo en el sacrificio por el bien común y por la grandeza del Estado. Una clara conciencia de ese «demonismo» evidentemente sólo puede surgir allí donde el sentimiento individual se ha desligado completamente de la dependencia del *nomos* de la comunidad estricta, de la *polis*, y alcanza su auténtica fuerza allí donde *la fe en el poder victorioso* del hombre —podría decirse: en su bondad natural— ha desaparecido o se ha subvertido. La emancipación de la conciencia individual con respecto de la comunidad de la *polis* lo han llevado a cabo los sofistas, pero éstos no elaboran una doctrina del carácter demónico del poder, sino que en su lugar colocan *otra mucho más radical*, la del descarnado derecho del más fuerte: precisamente una doctrina por cuya superación mediante una ética racional superior ha trabajado la filosofía clásica a partir de Sócrates. Que la bondad natural del hombre y la supremacía de la razón están constantemente amenazadas por oscuras pasiones, por *tendencias demónicas*, lo han sabido, asimismo, ciertamente, los filósofos. Pero la esencia inevitable de una íntima escisión entre la conciencia moral y las duras exigencias de la lucha política por el poder no la conocían aún. Asoma tan sólo, a mi juicio, por lo menos en barrunto, por vez primera al final de la Antigüedad. El Cristianismo *trajo consigo* una completa conmoción de la confianza en la

razón humana. En última instancia, en la visión antigua del hombre no había lugar para el sentimiento de ser una criatura ni para la concepción de una degeneración de la buena voluntad a consecuencia del pecado original. O ¿es que acaso debe explicarse así el sentimiento del destino que hallamos en las grandes tragedias del siglo v?

GERHARD RITTER, *Dämonie der Macht und Weisheit der Antike*, en «Die Welt als Geschichte» 10 (1950), p. 81 y ss.

Fuerza y Derecho

La primacía de la fuerza sobre el derecho es una de las nociones fundamentales que Tucídides fue elaborando en el marco del desarrollo griego a lo largo de la gran guerra. Los atenienses juegan ya con la idea de fuerza en el fundamental discurso del libro primero, pero la conciencia del carácter natural de su poder está hasta tal punto en primer plano, que ni siquiera les viene a las mientes la posibilidad de un conflicto entre las dos esferas, la de la fuerza y la del derecho. Han adoptado el punto de vista de acuerdo con el cual los dos conceptos se cubren perfectamente: fuerza es derecho y derecho es fuerza. El imperio ático es la culminación natural de un proceso orgánico y lógico, y la libre actividad de

cualidades específicamente humanas es para los atenienses la garantía de su sistema. En el diálogo de los melios se rechaza explícitamente esta consideración y no queda sino la esfera de la fuerza moviéndose libremente, actuando según la cruel ley de la causalidad, y cuando se habla de las raíces naturales del poder no se trata ya sino de *un argumento, de una reminiscencia* del desarrollo histórico de los últimos veinte años. Es claro que esta oposición fundamental exige también una oposición formal; y si Tucídides ha cumplido esa exigencia, ello no hace sino mostrar la agudeza de su visión...

La actividad diplomática anterior al comienzo de la guerra muestra repetidamente hasta qué punto *el pensamiento del mundo griego estaba an*clado en las formas jurídicas. Los corintios procuran afianzar cuidadosamente su posición desde un ángulo legal; los atenienses, en I, 145, proponen un arbitraje... y Pericles intenta, en su último discurso, forzar un entendimiento de las dos esferas contrapuestas en el campo de sus propias dificultades, y las de la ciudad, al considerar el *dominio ateniense como una exigencia de su pro*pia defensa, con lo que, lógicamente, concibe el derecho, en el sentido expuesto en el discurso de los atenienses, como un derecho natural humano.

Pericles, punto culminante e irrepetible de la historia de Atenas, eso, a pesar de que está explícitamente delineado directa e indirectamente, no resulta fácil de definir. El proceso tras su muerte

es definido como un retroceso, una depravación, como el paso de un imperialismo moderado a otro radical, como el tránsito del humanitarismo a la crueldad.

Erich Bayer, *Thukydides und Perikles*, en «Würzb. Jahrb» 3 (1948), p. 32 y ss.

Tucídides y Maquiavelo: dos figuras paralelas

Tucídides y Maquiavelo son dos nombres que no solemos citar emparejados. En las discusiones sobre la esencia y las formas de poder político que durante tres siglos parecía que iba a agotarse para recomenzar de nuevo en nuestro siglo, el nombre de Maquiavelo aparece ciertamente por doquier. Incluso una vez se ha aprendido a distinguir entre el *maquiavelismo* y las verdaderas doctrinas de Maquiavelo, su significado se siente como algo que hay que desentrañar no sólo como problema histórico, sino, al tiempo, como un problema que nos afecta cada vez más. El poder, en su estructura sociológica, política y psicológica, el problema de los límites que separan los campos de la moral y de la política; el reconocimiento de unas leyes propias de la política y del hecho político como algo en sí no inmoral, pero sí, al menos, como un fenómeno que no se cubre enteramente con la moralidad; todo ello nos sigue

conduciendo a ideas y tesis de Maquiavelo... La vieja polémica de los dos florentinos contemporáneos, Maquiavelo y Guicciardini, sobre la relación entre moral y política vuelve a renacer.

Tucídides ha sido dejado de lado en esta polémica cotidiana. Por más que en época reciente se haya profundizado en su comprensión, su interpretación ha quedado limitada al quehacer de filólogos y de historiadores de la Antigüedad. Y, sin embargo, el problema de la *política de fuerza* ha sido formulado por vez primera por él; él lo ha meditado y, a su modo, lo ha resuelto hacia el 400 a.C., al igual que, por segunda vez, independientemente de él, fue descubierto de nuevo por Maquiavelo a partir del espíritu moderno, hacia 1512, también con el ejemplo de la historia por él vivida, pero, al mismo tiempo, ilustrado sobre la base de los ejemplos ofrecidos por la Antigüedad, y desarrollados bajo un doble punto de vista: el monárquico en *Il Principe,* y el republicano en los *Discorsi sopra la prima decada di Tito Livio.*

Los dos viven épocas que... buscan soluciones radicales. La conciencia de crisis no debió ser menor en Tucídides que en Maquiavelo. Los dos son grandes patriotas; los dos fueron menospreciados, como políticos, por su patria: el ateniense estuvo desterrado durante veinte años; el florentino se vio privado de su cargo. En ambos la pasión con que se entregan al problema del poder se alimenta de la fuerza inconmovible de su pa-

triotismo. Para ambos la moral y el poder son dos magnitudes que no emplean los mismos módulos. Los dos están igualmente empeñados en la tarea de reducir la pluralidad de fenómenos del poder a algo típico, el juego de la política a algo que se repite. A los ojos de ambos, la historia es tratada como un libro de texto para futuros políticos, para los cuales ellos escriben. A los ojos de Maquiavelo, en numerosos ejemplos de decisiones, genialidades y errores que él reúne y sistematiza... En el espíritu de Tucídides la guerra por él vivida deviene, como conjunto de orden causal sin equivalente, en su carácter de algo único, un ejemplo incomparable de aspecto gigantesco.

KARL REINHARDT, *Thukydides und Machiavelli*, reproducido en el libro *Die Krise des Helden*, Munich 1962, p. 52 y ss.

Trasfondo eticopsicológico de Tucídides

El principal interés de la *Historia de la guerra del Peloponeso* no reside en la viveza incomparable de la narración, ni tampoco en el trágico drama del orgullo y caída de la Atenas imperialista, ni en el sentimiento de compasión que provoca este suicidio de la raza helénica en su momento culminante. Por atractiva que sea la mera trama, su principal atractivo reside para nosotros en el

hecho de que es la encarnación de una filosofía de la vida, sutil y consistente, aunque unilateral; en que es, para adaptar una frase de Carlyle, una faceta de la historia humana penetrada e informada por el espíritu del hombre Tucídides. Esta crítica tucidídea de la vida es lo que me propongo estudiar en sus dos principales aspectos, que, para entendernos llamaré positivismo ético e intelectualismo.

El presupuesto fundamental de ese positivismo ético es que la naturaleza y la conducta del hombre están estrictamente determinadas por su contorno físico y social, y por unos pocos y elementales apetitos y deseos. En torno a ese primitivo núcleo de la naturaleza humana, la sociedad y la convención han cosido varias capas de una apariencia externa —ética, religiosa, social. El hombre ingenuo se deja engañar por esa cobertura moral; acepta la palabra como una realidad, los motivos alegados como si fueran verdaderos, y sólo muy raramente consigue penetrar en la realidad subyacente. El hombre astuto, por el contrario, no se deja engañar: ha conseguido penetrar con su mirada en el mecanismo de su propio corazón; ha estudiado la naturaleza humana a la luz reveladora de la guerra, la peste y la revolución, y, por más arropadas que estén las figuras que halla en su vida cotidiana, su penetrante imaginación descubre al hombre desnudo que se oculta en el fondo. Tal es la concepción de la vida humana sugerida por doquier cuando no ex-

plícitamente afirmada por Tucídides. El primer axioma de esta doctrina es que la naturaleza humana es siempre la misma esencialmente, y que no puede reprimirse o moldearse permanentemente por las convenciones artificiales de la ley y la religión.

En esa creencia basa su concepción de la historia como filosofía que enseña por vía de ejemplo. Recomienda su obra al juicio favorable de aquellos que deseen alcanzar un conocimiento exacto del pasado y así predecir el futuro, que se le parecerá, dada la naturaleza del hombre...

Esto nos conduce a lo que se puede llamar el intelectualismo de Tucídides —su constante preocupación por el papel que desempeña en la vida humana la razón conscientemente calculadora. «Lo moral y lo intelectual —afirma el profesor Jowett— están siempre separados; pero pueden unirse a su vez y en su más alta concepción, son inseparables.» En Homero, afortunadamente, no tenemos nunca conciencia de esa separación: el hombre auténtico es ἀγαθός καὶ ἐχέφρων, y «conocer hechos sin ley» es ponerlos en práctica, del mismo modo que conocer cosas justas es ser justo, de acuerdo con el razonamiento del Sócrates del *Gorgias*. En Tucídides no podemos nunca olvidar esta antítesis. Platón procura reunir las mitades separadas de nuestra naturaleza, y Aristóteles con su formal distinción entre virtudes éticas y virtudes intelectuales, reconoce, desde el punto de vista del sentido común, la impractibi-

lidad del ideal platónico. «No podemos permitir que el malvado dé el nombre de astucia a su falta de escrúpulos», dice Platón (*Teeteto*, 176 d), «pues se gloría de estos reproches». «La mayoría de los hombres —dice Tucídides, III, 82— más fácilmente aceptan ser calificados de malvados astutos que de honrados tontos: se enorgullecen de la primera calificación, pero se avergüenzan de la segunda»...

Su adjetivo laudatorio más característico, aplicado a Arquídamo, a Temístocles, a Teseo, a Pericles, a Hermócrates y a Frínico, es οὐκ ἀξύνετος, «no carente de inteligencia»... Cuando se añade σώφρων, ello indica un juicio, moderación, discreción, prudencia no obnubilada por la pasión, más bien que una excelencia moral sobresaliente. Y el insulto más imperdonable, la imputación más dolorosa para un personaje tucidídeo es la indicación de que es deficiente en penetración, u obtuso en percepción.

PAUL SHOREY, *On the implicit Ethics and Psychology of Thucydides*, en «Trans. of the Amer. Phil. Soc.» (1893), p. 66 y ss.

Sobre la ideología de Tucídides

Entre sus maestros se encontraba, con toda probabilidad, el orador Antifonte, sobre el cual

se expresa en los más calurosos términos. Antifonte, un notable oligarca que recuerda la política de Cimón y la del hijo de Melesias por su defensa de los aliados en 425-24, estuvo seriamente comprometido en la subversión de la democracia en 411.

A esa herencia oligárquica, antidemocrática, habría que añadir su experiencia personal y los juicios a que le condujo. Se hallaba, estoy convencido de ello, en Atenas al estallar la guerra. Su generalato en 424 es nuestra única referencia a una misión oficial, aunque es un buen argumento que la elección como estratega presupone una hoja de servicios competente. Sea como sea, si ésta no era su primera misión, fue ciertamente la última, pues su fracaso —su inevitable fracaso— motivó su destierro por parte de un *demos* que no le era simpático. Durante el resto de la contienda fue espectador, un observador neutral... que pudo examinar desapasionadamente las operaciones y la conducta de los beligerantes, desde una atalaya ventajosa que garantiza la perspectiva que todo historiador debe tener. Ello explica en gran medida por qué la Historia de Tucídides, pese a ser una historia contemporánea es, sin embargo, una lograda obra de estudioso...

La tragedia de Atenas fue que no produjo ningún sucesor que combinara todas las cualidades de Pericles. He oído a veces argumentar que Pericles fue culpable por no haber dejado un heredero político, es decir, que no acabara con la

rivalidad. Tal es, sin duda, la inculpación que comúnmente se echa en cara al gran estadista. Aparte el hecho de que eso presupone un principado que jamás existió, y que Nicias *era* su heredero, aunque no su réplica intelectual, es una empresa formidable mostrar cómo un solo hombre pudo barrer de escena a otros de un talento comparable al suyo en su propio partido y en un sistema en el que un gobernante estaba siempre sujeto a disciplina, y en el que una asamblea popular proporcionaba el palenque ideal a un estadista en potencia para adquirir formación, entrenamiento y reputación.

Puede establecerse un paralelo entre Tucídides y el Viejo Oligarca. El Viejo Oligarca, hay que recordarlo, se llama así por el panfleto antidemocrático escrito hacia 425 a.C. Y escribe, en efecto: «Yo no apruebo la democracia, pero si no hay más remedio que tenerla, admito que los atenienses la han organizado muy bien». Tucídides, el oligarca de nacimiento, pudo haber dicho: «Yo no apruebo la democracia, yo no veo ni fuerza ni inteligencia en la masa; pero admiro y sostendré el régimen de Pericles, que, por supuesto, no tiene nada de democrático».

Tucídides había crecido en medio de una tradición conservadora, antidemocrática. Su espíritu ordenado e imparcial se sintió impresionado por el genio de Pericles, y así se convirtió en un partidario suyo, aunque no en un demócrata; y no había admitido jamás que, al adoptar esa acti-

tud, aprobaba en esencia la democracia. Más tarde, la tradición oligárquica de su familia, que nunca fue abandonada, se reafirmó, cuando vio que los ideales de Pericles se olvidaban, que los consejos de Pericles eran ignorados. El fue testigo, con una mirada brutalmente penetrante, de lo que le parecían los males de la democracia que estaban rebrotando, y que su fibra moral se debilitaba. Acabó su vida tal como la había iniciado, como un convencido oligarca que jamás había renunciado al credo político de sus padres.

M. F. McGregor, *The politics of the historical Thucydides*, en «Phoenix» X, 3 (1956), p. 93 y ss.

Democracia ateniense y democracia moderna

Resulta ocioso preguntarse si las diferencias existentes entre la democracia ateniense y nuestras versiones, angloamericana o continental, del siglo XX son dos, tres o cuatro. La enorme extensión y la complejidad de un estado moderno convierte en incalculable la diferencia existente entre una y otra. Pero es bastante probable que la selección de dos o tres diferencias entre los atenienses y nosotros puede servir de auxilio a la hora de imaginarnos inmersos en la vida política de aquéllos.

La primera es una diferencia filosófica: los atenienses no habían creado su democracia en nombre de la igualdad universal de los hombres, como hicieron americanos y franceses, ni reconocieron jamás la aplicación universal de los principios democráticos, como han hecho los ingleses en varias ocasiones a lo largo de los cambios de su historia constitucional. La democracia ateniense, como proclamó Pericles, ha sido un modelo para ser imitado por otros, pero los atenienses no se sintieron jamás impulsados a hacer nada por extenderla, a no ser como instrumento de utilidad política, fuera de sus fronteras. Que esto último fue, a veces, un factor importante, lo sabemos muy bien: Diódoto, al oponerse a la propuesta de Cleón contra el pueblo de Mitilene, afirma que la dureza contra toda la población de un Estado sometido a la confederación ateniense redundará en la pérdida de popularidad por parte de la democracia ateniense entre la población de ese Estado y de otros. Y él mismo declara que esto es un factor importante para conservar el control ateniense. Lo último, lo hemos apuntado ya, se argumentó con una actitud completamente cínica. Lo vital es la conservación del imperio: la cuestión básica que hay que considerar son los aspectos psicológicos favorables a esa conservación. Y fue precisamente este aspecto estrictamente nacionalista de la democracia ateniense lo que llevó al ala extrema del partido democrático a favorecer abiertamente en el extranjero cons-

tituciones que eran la cara opuesta de la democracia. Ciertamente, como dice Cleón, las características peculiares de la democracia ateniense —las libertades de asociación política y la libertad de palabra— son enormemente desfavorables para una conducta uniforme y estable de los asuntos del imperio. Su conclusión no es, ciertamente, que algo funciona mal en la democracia dentro de Atenas: es, sencillamente, que los atenienses deben decidirse a no comportarse democráticamente fuera de sus fronteras...

La segunda diferencia entre la democracia ateniense y las posteriores es de carácter mecánico: la frecuentemente discutida falta de un sistema representativo en la democracia ateniense. De resultas de esa ausencia, la voluntad del pueblo se manifestaba en la Asamblea por cualquier número de ciudadanos que se hallaran presentes en las sesiones. Admitido que a veces había períodos de apatía por parte de la gran masa de ciudadanos, resultaba que las cuestiones políticas, los informes que daban los generales sobre sus campañas, y las decisiones sobre la paz y sobre la guerra (como en 432), eran sometidos a una masa de varios millares de aficionados sin la más mínima responsabilidad individual ante la opinión pública... Si se añade a ello la corta duración de la administración ateniense —sólo un año—, el hecho de que las autoridades... tenían que responder, ante un tribunal popular, de su conducta si ésta no satisfacía, y la casi total ausencia de

un servicio civil permanente, se ve al punto que la democracia operaba literalmente según la inmediata y cotidiana voluntad del pueblo...

Un tercer punto de comparación... es el sistema ateniense de gobierno en relación con la administración. Los *arcontes,* en número de nueve, y, en teoría, los *gobernantes,* eran, a mediados del siglo v, casi insignificantes: eran elegidos, por sorteo entre todos los ciudadanos, y ni siquiera los atenienses, con su fanática insistencia en los derechos universales para todos los ciudadanos, deseaban una administración elegida por un medio tan azaroso. Los arcontes administraban las fiestas religiosas y algunas formalidades públicas. El poder real de gobierno residía en el cuerpo de los *Diez Estrategos,* que eran elegidos y colaboraban con el Consejo de los Quinientos, que era elegido mediante un sistema mixto de elección y sorteo...

Tal era, en rápido esquema, la democracia ateniense en la época de Tucídides. En términos de adhesión formal a los principios de uno o dos partidos —el de los muchos y el de los pocos— todo parece indicar que la filiación política de Tucídides resulta fácil de describir. Su punto de vista sobre los méritos de los dos bandos parecen, a primera vista, muy claros: él mismo se declara abiertamente en favor de una oligarquía moderada cuando elogia la constitución conservadora de Terámenes, que estuvo poco tiempo vigente en el año 411 a.C. Enumera los defectos de

la democracia como determinante del destino de su patria; explícitamente, cuando habla de la volubilidad y la oposición contra Pericles, y, después del debate sobre la campaña de Sicilia, cuando el fracaso de la expedición se atribuye a la democracia.

Resumiendo, podríamos decir que veía la democracia ateniense como una de las principales razones del fracaso de la ciudad para ganar la guerra; que apoyaba alguna forma de cambio de gobierno que pusiera el poder en manos de unos pocos, de una *élite* presumiblemente más inteligente que la masa codiciosa y estúpida que fue la fuente de la autoridad desde la muerte de Pericles hasta la revolución de los Cuatrocientos; y descubre la enorme diferencia que había entre la democracia periclea y los últimos tiempos sólo en el supremo y hábil control puesto en manos del propio Pericles: «De nombre era una democracia, pero de hecho el gobierno del primer ciudadano».

DAVID GRENE, *Man in his Pride*, Chicago 1950, pp. 36-41.

El imperialismo ateniense

En la obra de Tucídides, el imperialismo ateniense es presentado, pura y simplemente, como

la política práctica seguida por Atenas. No hay ninguna actitud política de partido contra el imperialismo, ni ningún programa político tradicional al que los oradores se refieran. Por consiguiente, no hay formas diversas que ese imperialismo pudiera tender a adoptar bajo tal o cual partido político, no hay *fases diferentes* en la historia política ateniense. Hay sólo este único hecho, como si se tratara de una sola voluntad permanente e inmutable —como si Atenas fuera toda ella imperialista en su actitud, y siempre de la misma manera. Esta unidad es particularmente clara en la Pentecontecia y nunca está ausente del resto de la obra.

Desde el momento en que Temístocles lanzó la idea de que Atenas «debía ocuparse del mar», inaugurando de esta forma lo que más tarde se convirtió en imperio, el movimiento parece avanzar suavemente sin discusión y sin la ulterior intervención de ningún individuo particular. En los primeros cincuenta años de su expansión sólo se hallan nombres propios atenienses en la expresión «bajo el mando de...» e incluso a veces hasta eso falta. Un sujeto único, inmutable, asegura la continuidad de ese desarrollo: οἱ Ἀθηναῖοι, los atenienses. Los individuos aislados parecen estar subordinados a ese único gran personaje colectivo, parecen haber sido simplemente el *instrumento* pasivo de una voluntad exterior a ellos. No se puede hacer nadie una idea de las luchas que debieron dividir a Cimón y a Tucídides, el hijo

de Melesias, y es igualmente imposible sospechar que pudo haber habido un cambio en la política ateniense en 446. Las acciones de Atenas se mencionan, ciertamente, pero sus motivos internos no se describen jamás...

Sin embargo, si queremos entender cómo actuaba la política ateniense, tenemos que establecer de nuevo, como fondo, un cuadro de las luchas teóricas que, a su vez, explique las discusiones sobre la *praxis* y dé sentido a las decisiones que finalmente se toman. Debemos trazarnos nuestro propio camino hacia lo que, para Tucídides, es terreno prohibido, y mirar el conflicto que existe en la ciudad entre las distintas personalidades y programas políticos, o entre los distintos partidos.

Descubrimos así, que los atenienses pueden dividirse en tres grandes grupos según la actitud que adoptan ante el imperialismo: primero, aunque en períodos normales desempeñan un papel muy escaso, hay los que se oponen al imperialismo; es a éstos a quien ataca Pericles en su último discurso; y deben haber existido siempre en Atenas, formando una oposición revolucionaria que puso siempre sus esperanzas en Esparta y que no admiraba a ninguna otra ciudad. Puede verse, por el comportamiento del gobierno de 411 y de 404 qué poco les importaba la grandeza de Atenas.

Con todo, ésta era sólo una pequeña minoría, y la mayoría de atenienses no compartía sus

ideas. Del mismo modo que servían a su ciudad en las instituciones democráticas, en general eran partidarios de su grandeza y de la expansión de su poder. Así que todos eran «imperialistas», pero limitaban su adhesión a ese programa general y estaban divididos sobre cómo realizarlo. De aquí surgieron dos tendencias generales que podemos calificar de extremistas y moderados.

JACQUELINE DE ROMILLY, *Thucydides and Athenian imperialism,* trad. del francés por Ph. Thody, Oxford 1963, p. 58 y ss.

¿Determinismo histórico?

Son expresiones de este tipo lo que hace imposible para mí estar de acuerdo con aquellos que opinan que Tucídides tenía una visión cíclica de la historia, que era un determinista y creía que la historia se repite. No era tan ingenuo. Creía que el mismo tipo de hechos se repetiría, pues la naturaleza humana continuará siendo la misma, y así ha ocurrido en el siglo siguiente en el mediterráneo oriental, y en el siglo XX en la mayor parte del mundo. Se ha convertido en un profeta de nuestro tiempo de un modo más verdadero de lo que él mismo habría considerado posible; pero eso produce un impacto tan directo... A veces, de una forma un tanto arrogante, yo pienso que nadie debería ocuparse de política

internacional contemporánea sin haber estudiado a Tucídides, y cuando digo *estudiado* incluyo en la expresión los detalles lingüísticos e históricos: a veces, por el contrario, pienso que los dioses organizaron el curso de los acontecimientos, en la primera mitad de este siglo, expresamente para que pudiéramos entender a Tucídides y el mundo griego antiguo. Pero decir que él creía que ocurrirían hechos similares no es afirmar que los hechos se sucedan cíclicamente, y menos aún creía, en consecuencia, que eran predecibles por cualquiera con la suficiente sensibilidad para leer su Historia de la guerra del Peloponeso...

Tampoco era Tucídides determinista en cualquier otro sentido. Decir, con Jaeger, que lo era, y que, por tanto, no tenía en cuenta lo moral porque afirmaba que «el engrandecimiento de Atenas obligó (ἠνάγκασε) a Esparta a ir a la guerra» (I, 23, 6), es no prestar atención al resto de los libros, especialmente a aquellos largos párrafos en los que Tucídides abandona su estilo habitual y habla en primera persona sobre los efectos de la guerra civil. Y si se necesita otro ejemplo para mostrar que podía usar, como podemos hacer nosotros, el término *necesidad* sin ser deterministas, ahí está el discurso de Brásidas en Acanto...

A. W. Gomme, *The Greek, attitude to Poetry and History*, Berkeley 1954, p. 156 y ss.

Tucídides y la crisis moral de la polis

En uno de los pasajes más significativos de su obra ofrece Tucídides un insólito análisis a fondo de la crisis en el estado y en la sociedad de su época. Su descripción de las manifestaciones de esa desintegración en el libro III, 82-83 constituye, como el diálogo de los melios y el relato sobre la revolución del 411, un capítulo dentro de la exposición de uno de sus temas capitales: la autodestrucción del mundo helénico provocado por dos fuerzas, la φιλοτιμία y la πλεονεξία, incapaces de poder ser contenidas por ninguna prudencia política... Como en otros casos, utiliza aquí Tucídides los sucesos, no demasiado importantes en sí mismos, ocurridos en Corcira, para exponer a la luz de los mismos, la transformación, provocada por las circunstancias, en la teoría y en la praxis del estado y de la sociedad. Algunas de sus observaciones y de sus conclusiones hallan, naturalmente, un paralelo en los discursos en los que se trata de la lucha entre la visión racional y la emocional de la situación política, como en el debate entre Celón y Diódoto, o de la distorsión de los conceptos eticopolíticos al servicio de los intereses del momento, como en el discurso de Alcibíades en Esparta, o el de los tebanos sobre la *culpabilidad* de los platenses. El análisis tucidídeo, con su combinación de diagnosis y pronóstico, ha sido comparado, y con razón, con pasajes contemporáneos del Corpus hipocrático.

La concepción tucidídea del estado como un organismo vivo, tal como se define curiosamente en el epitafio, hace que, para él, la acción destructora, física y moralmente, de la guerra, se convierta en una enfermedad del cuerpo social. Existe una innegable semejanza entre el capítulo de la crisis (III, 82-83), y su descripción de la peste de Atenas, sobre todo en sus implicaciones psicológicas y sociológicas. Su observación: θεῶν δέ φόβος ἤ ἀνθρώπων νόμος οὐδεγς ἀπεῖρίε (II, 53, 4) pudo haberse formulado en el capítulo sobre las revoluciones, y no estaría fuera de lugar. Sin embargo, no hay que exagerar las relaciones inmediatas con la medicina: se le podría comparar a un médico, a un ἰατρός. Su método viene a combinar —como en la ciencia natural griega— agudas observaciones de los hechos aislados con la facultad de entender y explicar las leyes generales que se ocultan detrás de ellos.

La lucha entre el logos y la pasión, ambos acusados rasgos específicos del carácter griego, es un tema básico del pensamiento helénico desde Homero hasta Platón. En el campo político ve Tucídides la raíz de la trágica caída de su patria, como asimismo del mundo griego en general, en la sustitución del estadista que apela a la razón por los demagogos que avivan las pasiones. La audacia irreflexiva —τόλμα ἀλόγιστος— (III, 82, 4) se convierte, junto con los otros nuevos males de la caja de Pandora del activismo político, en el símbolo de una época de decadencia. El nuevo

ideal de la violencia fanática —τὸ ἐμπλήκτως ὀξύ— *reivindica ahora el primer puesto:* es el tipo que Tucídides pinta, pese a su unilateralidad, en la imagen viva de Cleón... Curiosamente, algunas de las expresiones de Cleón reaparecen en sus formulaciones de su análisis de la crisis: lealtad sin límites al partido, agresividad y ataques sin reserva, odio y venganza, astucia y desconfianza: esas son las virtudes que sólo parecen prometer el éxito en la sociedad descrita en este capítulo.

F. M. WASSERMANN, *Thucydides and the desintegration of the polis,* en «Trans. of the Amer. Phil. Ass.» 85 (1954), p. 46 y ss.

El historiador ante el problema del poder

Junto a la cita del diálogo de los melios, Tucídides sitúa igualmente una cita del *Leviathan* de Tomás Hobbes, que K. C. Brown ha llamado su «espléndida y terrible frase» en la que los sentimientos de los atenienses, tal como Tucídides los describe, son expuestos, haciendo eco a un nuevo clima y a unas nuevas intenciones. No hay ninguna duda sobre el efecto que Tucídides, discurriendo por unos canales como ésos, ha ejercido sobre el pensamiento político moderno; tampoco la hay respecto a la oposición a los proble-

mas planteados por él y por aquéllos en los que ha influido en la segunda mitad del siglo XX. No fue sin una razón que el propio Hobbes haya traducido la *Historia* de Tucídides; y Leo Strauss, en sus *Thoughts on Machiavelli,* tenía razón al afirmar respecto a este autor, que sus doctrinas recuerdan a Tucídides a los lectores contemporáneos... Nietzsche, con el ejemplo de Napoleón ante sí, consideraba al triunfante empuñador del poder como un Superhombre, y creía que su criterio de verdad era el aumento de su conciencia de poder. Tucídides, en su planteamiento del problema del poder político y sus efectos sobre la historia en general a través del espejo de su *Historia* particular se halla, pues, en los orígenes de un largo proceso del pensamiento histórico-político.

Por desgracia es fácil para una investigación sobre este punto, dejarse desviar hacia una preocupación por las actitudes políticas de Tucídides en áreas específicas o en puntos que le interesan. Ha sido moda orientar las investigaciones en campos más estrictos, como por ejemplo, el juicio del historiador sobre Pericles y su régimen implantado en Atenas, y su hostilidad frente a la democracia postpericlea, o bien estudiar su ambigua actitud con respecto al imperio ateniense, que él sostenía que era impopular entre los pueblos a él sometidos, y cuya permanencia parece a veces admirar y, en ocasiones, condenar...

El imperio ateniense es sólo una manifestación

del poder en el mundo de Tucídides. Lo que ahora nos interesa, por ello, no es la actitud personal del historiador ante tales manifestaciones, los sistemas políticos como democracia y oligarquía, las personalidades políticas como Pericles o Cleón, o las instituciones como los tribunales populares o los consejos representativos. Más bien nos interesa su actitud ante la naturaleza del poder que ejercían esos sistemas, esas personalidades o esos órganos de gobierno, con su interpretación de los contextos en los cuales actuaban...

Debemos tener presente que puede haber una relación, conflictiva o no, entre el cronista Tucídides y el analista Tucídides. Tenemos que considerar cómo describe la situación en las que el poder se discute o se ejercita, como en el diálogo de los melios; pero debemos, asimismo, observar cómo construye sus descripciones, qué términos emplea y qué connotaciones conllevan esos términos. Y, al hacerlo, emerge el hecho de que debemos investigar si al Tucídides cronista y al Tucídides intérprete debemos añadir Tucídides el juez... Dicho lisa y llanamente: la intención de este capítulo es mostrar que con respecto al poder y a la legitimidad de su ejercicio, Tucídides está simplemente describiendo, y nada más, y que su actitud ante el poder, al igual que el poder mismo en su esencia, es neutral.

El problema consiste en que —y ello explica, hasta cierto punto, por qué se han hecho tantos esfuerzos para diagnosticar las propias opiniones

de Tucídides— nosotros no queremos que Tucídides sea neutral, ni que el poder, a su vez, sea algo neutral. Queremos modelar al gran historiador a imagen y semejanza nuestra; verle asimismo moral en la condena del poder y de su ejercicio, porque también nosotros queremos ver el poder como algo intrínsecamente inmoral y como vehículo de corrupción. Las relaciones entre poder y moralidad, por antiguas que sean y por más que hayan sido examinadas con una claridad, aún no superada, por los antiguos trágicos griegos, se ha revelado como uno de los grandes temas de nuestro tiempo... Debemos aceptar, creo, que el problema de las relaciones entre la moralidad pública y la privada nos preocupa de un modo que está ausente en el mundo de Tucídides. Que este problema estaba bajo discusión, lo sabemos bien, pero presentaba otros aspectos: se planteaba en torno al choque de distintas pretensiones autoritarias sobre el individuo más que de un conflicto entre la pretensión autoritaria, de un lado, y su ausencia, de otro... La posesión del poder y el uso de la autoridad que de él deriva, no eran puestos en tela de juicio por los antiguos, como ocurre entre nosotros. La cita del diálogo de los melios con la que hemos empezado lo confirma... Los atenienses esperan que un día puedan ellos ser las víctimas de la aplicación de la ley, del mismo modo que en aquel momento, con la conquista de Melos, se benefician de ella; pero no se lamentan de que ese principio sea malo. No quie-

ren emplear términos tales como que su acto es justo, o correcto, salvo en la medida en que el privilegio de usar tales términos se les confiere por el hecho de que poseen el poder. En otras palabras, el mismo poder es neutral en sus caracteres. Puede ser justo según el punto de vista de la persona que lo define así, pero la definición no modifica su esencia. Los atenienses enuncian la ley de la naturaleza y de los dioses. La existencia de esta ley es aceptada por Tucídides, lo mismo que por Maquiavelo, y por Hobbes. Quienes no la aceptamos somos nosotros y todo aquél que, desde Hobbes, ha ido a la búsqueda de medios y caminos para sortear sus conclusiones. Nuestra actitud ante la ley es un resultado ambivalente: y ha sido a través de Hobbes que hemos acertado a ver cómo se produce la ambivalencia. «Tanto si los hombres quieren como si no —afirma, como aproximadamente dijeron también los atenienses en *Melos*— deben someterse al Poder *Divino.*» Y en otra ocasión: «Ocurre que estamos obligados a obedecer a Dios en su reino natural». En un mundo que, aunque en gran medida pagano, deriva su concepto general de moralidad y su motivación del concepto hebreo de Dios y del concepto cristiano de la Revelación, no podemos reconciliar la ley divina tal como queremos entenderla hoy, con la ley divina tal como la expresaron los atenienses, o como Hobbes la modificó. Así pues, los hábitos mentales aceptados por nosotros, y nuestras reacciones a expresiones basadas

en esos hábitos mentales, tienden a perturbarnos en cualquier apreciación de lo que Tucídides nos está contando...

El efecto del poder en quien lo detenta no es, ciertamente, que *lo corrompe*. Basta decir que la posesión del poder predispone a quien lo posee a un cierto número de reacciones y a una determinada aproximación a la política. De hecho, los atenienses llegan a decir a los espartanos, casi de un modo explícito, cuál ha sido su efecto sobre sí mismos. Y eso mismo resuena en alguna parte, cuando Pericles lo afirma en otra situación: «Tres profundos motivos nos impiden ceder en nuestra situación: el honor, el temor y el propio interés». La conservación del poder es vital no sólo por el peligro de que pase a manos de aquéllos a expensas de quienes se detentaba, sino porque es provechoso para quienes lo ejercen, y porque ven que su dignidad se ve aumentada gracias a él. Los honores comportan asimismo cargas, como el propio Pericles recuerda en su último discurso, pero los atenienses no deben evitar esas cargas porque hay que esperar razonablemente que soportarán esa honrosa posición que les enorgullece...

Si el poder es en sí mismo neutral, si los factores que lo conceden son neutrales, los factores que lo quitan —como *tyche*, sobre la que tendremos que volver en un contexto ulterior— son asimismo neutrales: hay un punto en el que la moralidad de quien detenta el poder está obligada a

intervenir. Y al historiar un hecho, la moralidad del cronista debe intervenir igualmente. Del cronista Tucídides y del intérprete Tucídides tenemos que avanzar hasta el juez Tucídides: es el *cómo* se ejerce el poder, según sea por medios honrosos o deshonrosos y con fines honestos y deshonestos, lo que introduce este nuevo factor.

A. Woodhead, *Thucydides on the nature of Power*, Cambridge (Mass.) 1970, p. 4 y ss.

El puesto del hombre en la obra de Tucídides

Para resumirlo en pocas palabras: Tucídides escribe como político para políticos. Era, a su vez, un político y un militar; tomó parte efectiva en el destino de Atenas, o, al menos, intentó tomar parte en él... Si en la obra de Heródoto, la abigarrada realidad que el autor ofrece a nuestros ojos pone de manifiesto el talento de un narrador inagotable en toda su riqueza..., la producción de Tucídides representa, frente a aquél, en cierto sentido, una limitación del panorama, incluso un cierto empobrecimiento, comparada con la desbordante plenitud de su predecesor jónico... A él le interesa sólo el factor político-militar del poder, no los cuadros etnográfico-geográficos en su característica multiplicidad. Pero este punto de vista político-militar lo elabora con toda su fuer-

za. Como narrador es un político en el material que selecciona y en la forma con que lo narra. Es incluso un político como pensador de los hechos generales.

Pero mientras el historiador moderno suele expresar sus ideas teóricas básicas en nombre propio, bajo la forma del razonamiento conceptual, Tucídides lo hace sólo en casos muy raros. Los discursos constituyen, así, esencialmente, el marco en el que Tucídides desarrolla, en forma objetiva, sin hablar en nombre propio, la dinámica del hecho político...

Vehículo del hecho político, tanto en calidad de sujeto como de objeto, es en él siempre, y de un modo absoluto, el hombre. Esta frase puede parecer, en principio, una afirmación obvia: pero basta sólo recordar a Heródoto para comprender cómo, en él, la acción, el hecho y las ideas políticas se han liberado, por vez primera, y con qué dificultades, de otras perspectivas básicas. Basta asimismo recordar sólo los nombres de Eurípides y de Sócrates para juzgar cómo Tucídides, con ese paso, tiende, en su caso, a unas metas iguales o semejantes, a saber, la historia centrada en lo humano...

Bajo un triple aspecto adviene en Tucídides el hombre vehículo del hecho político: como individuo, como tipo y como colectividad. Está en relación con las condiciones de la época y con el concepto de individuo, entonces todavía no bien definido ni teórica ni prácticamente, y sin duda

también con el consciente propósito de Tucídides, el que el hombre, como ser irrepetible, sólo de un modo relativamente raro aparezca, en la obra de Tucídides, caracterizado explícitamente como vehículo del hecho político... Más frecuentemente aparece el hombre como tipo en la acción política tal como lo evocan los pares de discursos contrapuestos. Así, cuando Cleón y Diódoto se enfrentan en el debate de Atenas sobre el destino de los sojuzgados mitilenios, o cuando en Gela Atenágoras y Hermócrates discuten sobre la unión con Atenas, o bien cuando Alcibíades y Nicias polemizan sobre la trascendental decisión respecto a la peligrosa empresa siciliana...

Quizá el más grandioso descubrimiento del pensador político que era Tucídides resida en la visión del hombre como una colectividad políticosocial; acaso, también, su más grandiosa cualidad como genial maestro de la lengua resida en el arte con que sabe dar forma y expresión a este descubrimiento en sus escenas oratorias...

OTTO REGENBOGEN, *Thukydides als politischer Denker*, en «Gymnasium» 44 (1933), p. 9 y ss.

Optimismo de Tucídides ante la misión del estadista

Por lo pronto, Pericles no es sólo inteligente. Ha previsto, es verdad. Pero el análisis mismo que evocábamos hace un instante muestra que un conjunto de cualidades han desempeñado su papel, de entre las cuales la esencial es el patriotismo. Los otros —los *sucesores*— *están movidos* por la ambición personal: sólo aspiran a ser, cada cual, el primero; y, de un extremo a otro de la página, la idea de las ambiciones privadas y de las discusiones particulares no deja de reaparecer... Tales ideas no son muy frecuentes en la obra de Tucídides. A veces las expresa de pasada, en forma crítica, sobre todo en la segunda parte de la obra, cuando se agravan la guerra y la decadencia moral, secuela de la misma. De hecho, los textos muestran muy bien que sobre todo a partir del 411, Tucídides es sensible a la profundidad del mal. Pero no resulta indiferente ver que aquí habla de ello a propósito de Pericles y por contraste con él. Pues el patriotismo evocado en tal contraste es, precisamente, la virtud que celebraba, en la obra, el último discurso del estadista. En *efecto*: si ha habido alguna vez una dura condena del egoísmo, es la de II, 60, 2-3: «Yo opino, por lo que a mí respecta, que un estado sirve mejor los intereses particulares si se mantiene incólume en su conjunto que si prospera en cada uno de sus ciudadanos individualmente, pero

vacilando colectivamente...». Y mirando más allá de estas declaraciones, se piensa en la llamada del discurso funerario, en el recuerdo de esos hombres que ofrendaron su vida a la ciudad «como si pagaran su parte alícuota, la más bella de todas», y que, al dar su vida por la comunidad, recibían por ello un elogio inmarcescible» (43, 1-2). Cuando se pasa de un texto a otro, el acento se hace cada vez más caluroso, más emotivo por momentos; pero la doctrina es la misma, e incluso un mismo sentimiento ha motivado, por parte del autor, la inserción de esos desarrollos, ninguno de los cuales era imprescindible, pero que se prestaban a darse un brillo mutuo.

Cosa curiosa: parece que, por otros diversos detalles, la página que nos ocupa, recuerda, en su sobriedad, de un modo muy notable, esos otros grandes textos del libro II en los que se traduce un ideal dado como fuera el de Pericles. Cierto que el juicio emitido por el propio Tucídides es mucho más reservado; pero en el pasaje resplandecen otros términos en torno a los cuales se reagrupan los textos de Pericles. Citaré algunos ejemplos:

El primero nos lo proporciona el adverbio ἐλευθέρως (libremente), en la frase 8 de nuestro capítulo: Pericles conducía al pueblo «de un modo libre». Indudablemente, el término puede querer decir —como lo entiende, por ejemplo, Gomme— que Pericles lo hacía «sin indecisión y sin timidez» (si bien se puede dudar que tal tér-

mino pueda tener, en Tucídides, un valor tan psicológico). Pero ¡cuánto más natural es entender —como se hace habitualmente— que Pericles conducía al pueblo «respetando su libertad!...»

Me aparto, pues, en este punto particular, del juicio de Gomme. Y si ello es así, se comprenderá fácilmente que, en conjunto, me aparto más claramente aún de quienes, como Strassburger, quieren prestar a Tucídides algunas reservas, y una condena más o menos explícita, del imperialismo encarnado en Pericles. He intentado, por el contrario, mostrar que el texto implica una adhesión profunda, y se combina con las tendencias más personales de Tucídides. Quizá el optimismo material, hecho de confianza en el hombre y en la ciudad, y el optimismo intelectual, hecho de confianza en la eficacia de la razón, son más evidentes que el optimismo moral que ha sido evocado en último lugar, y en el que sentiría el resplandor de un cierto número de valores que pertenecen a un pasado en el que había todavía grandeza. Pero la sobriedad de Tucídides y el realismo objetivo que adopta no deben engañarnos. Al igual que los hechos trágicos justifican a menudo su sacrificio con cálculos que parecen mezquinos, de la misma manera Tucídides habla como un hombre que no se emociona. Tal era el tono normal para un hombre al que hechizaban descubrimientos de la razón. Pero bajo esa reserva voluntaria, las palabras vibran a veces más aún. Y ello es un poco la razón por la que este autor tan sombrío nos

deja, en definitiva, una impresión tan fuerte y tan estimulante.

J. DE ROMILLY, *L'optimisme de Thucydide et le jugement de l'historien sur Péricles*, en «Rev. des Etudes grecques» LXXVIII (1965), p. 371 y ss.

Libertad y determinismo en el estadista Tucídides

La naturaleza humana se consume en la fuerza elemental de sus inclinaciones y vive con una *pleonexía* desenfrenada mientras no se ve cohibida por algún obstáculo: actúa tanto en el individuo como en las asociaciones más amplias... En la vida privada se la puede encauzar en cierto modo, pero nunca suprimirla del todo... Por el contrario, en la vida de los pueblos, donde se trata de alcanzar o de perder lo más importante, el impulso natural se muestra tanto más fuerte cuanto que aquí no se la puede mantener en sus límites acudiendo a una instancia superior. A pesar de las bellas palabras con las que el fuerte pretende disfrazarse, o el débil salvarse, nada valen ni el derecho ni la equidad, ni la piedad, ni el sentido de solidaridad; nada la piedad ni la compasión; vale sólo el principio del interés particular, sean cuales sean los colores bajo los que

está presentado... El político tiene que luchar contra las pasiones y caprichos de la masa; se ve colocado ante la presión de las situaciones provocadas por los procesos que han tenido lugar, y a cada momento se ve abocado a situaciones cambiantes, causadas por el destino y que él no ha podido prever.

Es una deprimente impresión de indefensión la que se recibe de esta imagen de la concepción del mundo de Tucídides: junto al efecto trágico de la catástrofe ateniense como tal, la profunda y desilusionada consideración de la naturaleza humana y sus consecuencias determina aquella resignación del historiador que los lectores modernos sienten de un modo especialmente vivo. Esta manera de ver al historiador juega un importante papel en los más recientes estudios sobre Tucídides.

Pero ¿es realmente tan desesperado como podría parecer la lucha del estadista frente a las distintas situaciones que obstaculizan y limitan su acción? Tucídides —para comenzar por un punto sorprendente— no raramente muestra a los estadistas bajo el efecto de circunstancias imprevistas, y constantemente los políticos aluden a lo inesperado, que puede dar al traste con todas las esperanzas y planes. El perenne sentimiento humano de la constante dependencia de fuerzas superiores se ha vinculado desde muy pronto, entre los griegos, con la concepción de una *Tyche* que proporciona el éxito y que puede asimismo negar-

lo... Y es muy posible, por lo tanto, que algunos políticos hayan hablado realmente de ese poder inflexible durante la guerra del Peloponeso, y le hayan asignado el nombre de *Tyche*; pero a Tucídides no se le ha ocurrido nunca hacer que el estadista pueda referirse, por su propia cuenta, a ella. El problema del *azar* será constantemente, en la historiografía, de gran importancia...

La trágica impresión que, innegablemente, produce la obra de Tucídides consiste en que describe un proceso catastrófico παρ' ἐλπίδα. que, pese a la valoración objetiva de los contendientes, es enfocada desde el punto de vista de Atenas. Pero en contra de este talante está la voluntad decidida de ver los fundamentos de los hechos, y, a partir de ese conocimiento, hacer que puedan evitarse en el futuro los errores cometidos. Por amenazante que se yerga el peligro de Tyche sobre todos los hombres, Tucídides confía en la *gnôme* que puede conseguir equilibrar su peso: el gran ejemplo de una guerra que tuvo un desenlace contra todo lo previsible no le ha hecho desesperar de la prudencia política, sino todo lo contrario, hacer que confiara aún más en ella.

H. HERTER, *Freiheit und Gebundenheit des Staatsmannes bei Thukydides*, «Rhein. Mus.» 93 (1950), p. 133 y s.

La patología del poder en Tucídides

Para volver nuevamente al proemio: la delineación del poder, según decíamos, intenta sustantivizar la importancia de la guerra del Peloponeso. El poder y la guerra están íntimamente unidos por el deseo de seguridad *(phóbos),* el deseo de expansión *(pleonexía)* y, de un modo general, por lo que Tucídides llama «necesidad» *(anănkê),* que significa que, en el poder político, se desarrolla entre antagonistas un mecanismo que normalmente, si bien no de un modo automático, conduce a la guerra. En el proemio de Tucídides hace un número de afirmaciones sobre la importancia de la guerra del Peloponeso. En el capítulo I dice que, en sus comienzos, los recursos de los contendientes eran mayores que en el pasado, y que se produjo un gran movimiento de ciudades que se ponían al lado de uno u otro de los contendientes. La importancia de la *paraskeuê* se repite al final de la Arqueología (I, 19). En los capítulos sobre el método (I, 20-23), Tucídides declara que esta importancia se manifestará a través de los hechos bélicos *(tà érga)* mismos. Pero en el capítulo siguiente, Tucídides introduce dos ideas completamente nuevas al decir que la guerra se diferenció de la guerra médica por su duración y porque causó mayor sufrimiento que las precedentes...

Debo ahora proceder a esbozar algunos rasgos del cuerpo de la obra para dar forma a la idea

de que el proemio nos ofrece el principal tema en la relación entre el poder y el sufrimiento. Aquí la narración más que los discursos parece, a primera vista, proporcionar argumentos más contundentes. Como ha demostrado el profesor Stahl, la narración frecuentemente acentúa el carácter irracional de los hechos y la indefensión del hombre ante ellos. Esta irracionalidad aparece en la narración de hechos decisivos, como la peste, la batalla de Delión, los sucesos de Pilos y las operaciones de Sicilia. Es aún más manifiesta en el desarrollo dramático de hechos que no influyeron de un modo decisivo en el resultado final de la contienda, como el asunto de Mitilene, la historia de Platea y la operación de Corcira y de Melos, por citar sólo los ejemplos más palmarios. Tucídides llega incluso a dramatizar hechos que conciernen sólo a pequeños estados, y que sólo ejercen un impacto puramente emocional en el lector... En todas esas composiciones dramáticas, tanto si muestran el poder afectado por situaciones incontrolables como por situaciones mal comprendidas por los beligerantes, tanto si muestran los efectos del poder como los meros accidentes sobre los débiles, hay un factor común, podríamos decir humanitario, que se expresa por medio de un procedimiento técnico que en otra parte he llamado «afirmaciones patéticas», es decir, la narración se cierra por una observación como que tal o cual suceso fue la mayor desgracia de su género. El poder, pues, unido a los efectos que pro-

duce en el campo político, comporta un factor humano que resulta trágico. En este sentido, Tucídides pinta realmente un cuadro desesperado de la situación humana en sus narraciones.

Pero ¿cómo se adaptan los discursos en el cuadro pintado por la narración?... Un primer grupo de discursos del libro primero ofrece un análisis exhaustivo de los diferentes aspectos de la *dýnamis* en un sentido concreto, político y psicológico. Este grupo —no estoy clasificando los discursos según su ocasión— comprende el discurso de los corcirios, el primer discurso de los corintios y el discurso de los atenienses en Esparta. El hecho de que estos discursos expresen lo que podíamos llamar verdades filosóficas —verdades adaptadas en cada caso a las circunstancias— muestran que los beligerantes fueron a la guerra con un perfecto conocimiento de la naturaleza del poder, un conocimiento similar al del propio Tucídides...

Se ha observado a menudo que en los discursos posteriores hallamos afirmaciones sobre la naturaleza del poder muy semejantes a las que hallamos en los dos primeros libros. Por ejemplo, en el debate sobre Mitilene, Cleón define el imperio ateniense como una tiranía, tal como Pericles había hecho en su último discurso. La diferencia, sin embargo, no reside en la definición, sino en el contexto en que ésta es dada. Cleón, en efecto, se separa de la idea periclea del imperialismo democrático atacando el debate democrá-

tico en frases que, al subrayar la *sophrosyne* y la referencia ciega al *nómos*, antes recuerda a Arquídamo que a Pericles. Cleón adopta esta posición simplemente por las necesidades del momento, ya que desea evitar una ulterior discusión del decreto relativo al destino de Mitilene. Su posición es básicamente deshonesta. E igualmente falsa la posición de Diódoto, que habla a favor de un debate democrático simplemente porque desea que la Asamblea modifique su decisión... Otra repetición de la definición periclea del poder aparece en la conferencia de Melos, donde la idea está expresada de un modo mucho más completo y honesto que en el debate sobre Mitilene. Los atenienses dicen a los melios que la justicia juega su papel sólo cuando el poder de los adversarios es sensiblemente igual; que el odio de sus aliados es la prueba de su propio poder; que la *pleonexía* y la seguridad son razones para sus conquistas; que el hecho de que el fuerte mande sobre el débil no es una ley inventada por ellos; y que no es deshonroso someterse a una gran ciudad. Todas estas declaraciones son repetición de ideas expresadas en los discursos de los dos primeros libros, y todas, a excepción de la *pleonexía*, son pericleas. Pero ello no significa que los atenienses tengan razón y que los melios, con su apasionada esperanza en los dioses y en los espartanos, están equivocados...

Espero que esta breve visión del poder y del *pathos*, en algunos de los discursos ha demostra-

do que la obra de Tucídides tiene, en verdad, una estructura dramática que emana del proemio con su doble énfasis colocado en el poder y en el sufrimiento. En su desarrollo, los discursos y la narración expresan las mismas ideas básicas, es decir, que el poder se corrompe en el curso de la guerra. Pero algunos aspectos del análisis del poder aparecen primariamente en los discursos, especialmente en los dos primeros libros. Las dos ideas hermanas, que el poder puede ejercerse y controlarse por medio de la razón, y que la confianza irracional puesta en el poder es algo heroico, determina la concepción trágica de su obra.

H. R. IMMERWAHR, *Pathology of power and the Speeches in Thucydides*, en el libro colectivo *The Speeches in Thucydides*, ed. por Ph. A. STADTER, Univ. of North Carolina Press, Chapel Hill 1973, p. 16 y ss.

La propaganda oficial de Atenas en Tucídides

¿Cuáles son las ideas fundamentales de esta autopresentación y autopropaganda de Atenas? Muy simples y fáciles de definir en pocas palabras: los ideales de los atenienses son el temor de Dios, la justicia y la libertad. Desde sus orí-

genes, los atenienses han sido los bienhechores de toda la raza helénica, amigos y auxiliadores de los débiles y de los que sufren injustamente, tanto si se trata de individuos como de pueblos enteros; liberadores de los subyugados, enemigos y azote sólo de los malvados que atentan contra el orden moral. Como prueba de estas tesis se aducen una serie estereotipada de ejemplos históricos...

La época del dominio ateniense del mar, es decir, la prehistoria y la historia de la guerra del Peloponeso es para nosotros la más interesante, porque posibilita la inmediata comparación de la concepción oficial ateniense con la descripción de Tucídides. Aquí domina, en los oradores, naturalmente, un completo acuerdo sobre el hecho de que Atenas ha recibido de los estados federados el dominio del mar, es decir, que el fundamento de la Liga marítima no les fue impuesto por Atenas, sino que brotó de su libre voluntad. Esta interpretación oficial, Tucídides se la ha apropiado, y, ciertamente, debemos considerarla verdadera... Pero en el tratamiento ulterior de la *Pentecontecia*, el período de cincuenta años comprendido entre la guerra persa y la del Peloponeso, la concepción de los oradores y la de Tucídides están tan alejadas entre sí, que incluso podemos apenas reconocer, en la tendenciosa desfiguración de los oradores, los puros hechos tal como estamos habituados a verlos de acuerdo con la fidedigna narración de Tucídides. Y eso es tan-

to más sorprendente, cuanto que los discursos pronunciados en las fiestas —por desgracia sólo conocemos muestras completas de este género pertenecientes a una época posterior a Tucídides— utilizan enteramente a Tucídides allí donde sus noticias fácticas o sus juicios comprehensivos se adaptan a su propia interpretación; pero lo ignoran sin consideración alguna cuando su relato puede resultar incómodo a las actitudes propagandísticas, y éste era frecuentemente el caso. Yo no puedo imaginar que esta versión oficial de la historia de la época de Pericles se haya constituido después de Tucídides, es decir, contra su autoridad, ni que se hubiese podido elaborar nuevamente si antes no hubiese existido ya...

Como piedra de toque de nuestra comparación, escojamos esta pregunta objetiva: «¿Cuál es la meta de la política de Atenas?» La respuesta de la propaganda ateniense es, según vimos: «La libertad y el bienestar del mundo griego». En Tucídides los enemigos de Atenas responden: «La esclavización de toda la Hélade según el modelo de la sumisión que han impuesto a sus propios aliados». A los oradores atenienses les hace contestar: «El dominio que nos concede la ley natural del más fuerte». Es lo mismo que dicen sus enemigos, sólo que expresado sin emitir un juicio de valor...

Tampoco en los discursos que Tucídides pone en boca de Pericles hallo ninguna palabra que pueda considerarse como una seria justificación

moral u objetiva del dominio ateniense... En rudo contraste con la tradición de los *epitafios*, no se glorifican los méritos que Atenas ha contraído con el mundo griego, sino sólo los rasgos típicos de su constitución. Mientras en los discursos fúnebres se habla de la libertad y de los servicios que Atenas ha prestado a los demás, aquí se mencionan sólo la libertad y el sentimiento de la vida de que ella goza.

H. STRASSBURGER, *Thukydides und die politische Selbstdarstellung der Atheners*, «Hermes», 86 (1958), p. 22 y ss.

Tucídides y la cultura ateniense

Es difícil, finalmente, dejar la cuestión de los principios básicos de Tucídides sin dedicar unas palabras al en cierto modo vago tema del tipo de cuestiones que consideraba relevantes para la historia. A menudo se ha manifestado un gesto de sorpresa ante el hecho de que, exceptuando una o dos frases de la oración fúnebre, nada dice de las realizaciones artísticas y literarias de Atenas en su período más importante, o, lo que es lo mismo, por estar tan absorbido por sus realizaciones materiales o políticas... hasta el punto de pasar por alto sus realizaciones culturales. Esta

crítica presenta a Tucídides como un materialista que juzgó mal aquello en cuya esfera residen sus más importantes triunfos. Por otra parte, se le han dirigido otro tipo de críticas, es decir, que, aceptando de entrada que era un materialista, era un mal materialista, dado que no tenía la menor idea de lo que eran las fuerzas económicas.

De estas dos críticas extremas, la primera está indudablemente mejor fundamentada que la segunda, que de hecho es completamente infundada. Hace algunas décadas se expuso la novedosa tesis de acuerdo con la cual había un poderoso grupo de comerciantes en el Pireo interesados en la expansión; que este grupo influyó sobre todos los estadistas de la época, y que la expedición a Sicilia en particular era obra suya: en pocas palabras, que la guerra seguía las directrices familiares del imperialismo capitalista, que Tucídides no entendía. Ahora bien, es posible que una poderosa clase de comerciantes de este tipo haya existido en algunos estados antiguos, por ejemplo, en Cartago, y que pueden descubrirse sus manejos en los actos militares de estos estados. Pero ese no era el caso de Atenas...

Si éste es el caso, uno se vuelve hacia la otra crítica, más fundamentada, según la cual Tucídides estuvo ciego para los verdaderos logros de Atenas, que eran culturales. Pero incluso esas críticas están en gran medida equivocadas, y ello por dos razones: la primera es nuestra propia perspectiva... La segunda es más sutil: en lo que

dice de las fuerzas liberadoras de la democracia en gran medida explica los logros culturales de Atenas, si bien con unos procedimientos a los que nosotros no tendemos. En nuestra admiración por el arte y el pensamiento de los griegos, a menudo tendemos a pensar en Ictino y en Fidias, en Sófocles y en Sócrates como si vivieran en un mundo ideal dedicado a las más altas ideas. Pero Tucídides, superando a cualquier otro autor antiguo, *nos* recuerda la verdad de que las realizaciones de una gran época sólo son concebibles como parte integrante del desarrollo total del Estado y del pueblo ateniense, y ello tanto más cuanto que, como dijimos, el arte y la literatura hundían en grado excepcional sus raíces en la vida comunitaria del estado griego.

JOHN H. FINLEY, *Thucydides*, Cambridge (Mass.), 1947 (Harvard Univ. Press), página 315 y ss.

Tucídides y la oligarquía del 411 a.C.

De los diversos argumentos de los que se ha servido este estudio para interpretar el juicio expresado por Tucídides en 8.97.2, es difícil afirmar cuáles tienen una mayor validez, y quizá ni siquiera merece la pena formularse esta pregunta. To-

mados en su conjunto, deberían poder permitir la conclusión de que Tucídides no admiraba el modo con que Atenas fue gobernada por los Cinco mil más de lo que admiraba el gobierno que Pericles y la constitución democrática avanzada dieron a Atenas buena parte del período comprendido entre 455 y 429. Afirmar eso no significa excluir una infinidad de preguntas y consideraciones que aún podrían hacerse. Cabría, por ejemplo, preguntarse si 8.97.2 no es una pura y simple exageración; si el historiador, del mismo modo que, en sentido estricto, es inexacto cuando en 2.65.9 define la Atenas periclea como el gobierno del primer ciudadano, igualmente es inexacto al llamar al gobierno de los Cinco mil el mejor régimen que los atenienses han tenido en su tiempo. Se podría aceptar la ingeniosa explicación propuesta por de Romilly sobre la brusquedad de 8.97.2, brusquedad que había ya dejado perplejo a Momigliano. La estudiosa sugiere que quizá es debida al hecho de que la causa de los Cinco mil no era buena, y que elogiarla era un acto de heroísmo por parte del historiador. El elogio de los Cinco mil podrían aún reflejar una amistad entre Tucídides y el que le informó, o con cualquier otro de Atenas que sintiera simpatías por el régimen. Este no habría sido necesariamente Alcibíades, que en 8.86.6 da indicios de apenas tolerarlo.

Ante la falta de un descubrimiento sensacional, no será nunca posible descubrir exactamente por

qué Tucídides se expresa en 8.97.2 del modo con que lo hace. Dos consideraciones finales pueden quizá contribuir a reducir los límites entre los que se plantea el problema de este pasaje. La primera es que Tucídides era un historiador, no un filólogo ni un hombre dedicado a la política, y los pocos juicios políticos que se hallan en la *Historia* los formulaba como historiador. En el sentido en que no se interesaba tanto por la teoría constitucional como por el buen gobierno, es justo afirmar que no era un demócrata ni un oligarca ni un partidario de la tiranía. Como historiador veía con buenos ojos la democracia dirigida de Pericles y la de los Cinco mil porque Atenas estaba bien administrada durante esos dos regímenes y porque el imperio estaba relativamente seguro del peligro de desintegración en el primero y la situación militar estaba notoriamente mejorada en el segundo. Se ha dicho que el historiador Tucídides no debería separarse del hombre Tucídides. A pesar de que haya en la *Historia* algunos pasajes en los que tal separación parece necesaria especialmente en lo que se refiere al tratamiento de Cleón, donde la animosidad personal deforma ligeramente la exactitud histórica, la norma es buena, y no hay razón para que no deba ser válida en el caso de 8.97.2. De ahí el conflicto entre el juicio de Tucídides sobre el gobierno de los Cinco mil, y su posición frente al gobierno de la Atenas periclea no es irreconciliable si se admite que en la *Historia* el sentido li-

terario, pero más aún el histórico, del autor, son más importantes que la necesidad de una estricta coherencia.

GUIDO DONINI, *La posizione di Tucidide verso il governo dei Cinquemila,* Turín 1969, p. 104 y ss.



Apéndice I

UNAS PALABRAS SOBRE LA CUESTION TUCIDIDEA

Durante toda una centuria los filólogos han intentado descubrir una respuesta probable e indiscutible al problema de cómo y en qué etapas compuso Tucídides su obra.

Adcock

1.

En un interesante libro el profesor Westlake (*Individuals in Thucydides*, Cambridge Univ. Press, 1968) ha vuelto a plantear la secular cuestión de las diferencias existentes entre las dos mitades de la *Historia* de Tucídides. El autor, partiendo del tratamiento que el historiador hace de las principales figuras políticas que juegan un papel durante la guerra del Peloponeso, ensaya una caracterización de las dos partes que unánimemente se reconocen. Las conclusiones de Westlake son, en resumen, que, en la segunda mitad de las *Historias* dedica más atención al examen de la personalidad de las figuras, y esto no porque Tucídides se inclinara los últimos años de su vida hacia el biografismo, sino porque se había convencido de que las cualidades de los líderes polí-

ticos son un factor decisivo en el curso de la Historia.

La tesis central del estudio de Westlake vuelve a plantear, pues, la discusión de las diferencias entre las dos partes de la obra tucidídea y, de hecho, quiere acabar con la tendencia que de unos años a esta parte se iba imponiendo: el reconocimiento de que una buena parte, si no toda la obra de Tucídides, había sido redactada después del 404 y de que, por tanto, la tesis de un cambio de pensamiento y de plan en la obra es una hipótesis difícilmente aceptable.

Un año antes John Finley, el conocido estudioso de Tucídides, recogía una serie de trabajos, anteriormente publicados, con el título de *Three Essays on Thucydides* (Cambridge, Mass., 1967, Harvard Univ. Press), de los cuales uno, titulado *Euripides and Thucydides* (aparecido por primera vez en los años 1938 y 1939) planteaba la posibilidad de que el historiador hubiera realmente redactado su *Historia* después del 404, pero sin que sus ideas hubieran sufrido demasiados cambios. Al contrario, por causa de su exilio, habría permanecido fiel a la mentalidad ateniense anterior al 424. Y, en efecto, Finley señala una buena cantidad de paralelismos formales e ideológicos entre las ideas de Tucídides y las de algunos exponentes de la *Machtpolitik* ateniense, como Eurípides, Antifonte, el Pseudo-Jenofonte, etc. Estos paralelismos hacen referencia a una serie de afirmaciones que debían ser un lugar común en la

época de juventud del historiador: tales serían la afirmación de autoctonía del Atica (que juega un papel tan importante en la introducción de su *Historia,* conocida con el nombre de «Arqueología»), la diferencia entre «causa latente y razones aparentes» [1] (que algunos críticos creen que Tucídides descubrió después del 404 o poco antes), la visión cíclica de la vida (que justifica el pretendido carácter «pedagógico» de la historia), el carácter de Esparta (luminosamente descrito en el discurso de los corintios en el libro I), la doctrina de la política de fuerza (defendida por Cleón en el libro III y por la delegación tebana en el diálogo de Melos), etc.

La conclusión de Finley es que, al menos en los libros I-IV, Tucídides no hace sino expresar, de una manera muy personal, ideas corrientes en la patria del historiador antes de su exilio.

Parece, pues, que la cuestión tucidídea no está del todo resuelta. Que quedan puntos poco claros y que hace falta una nueva consideración, muy profunda, de los pros y los contras para lograr un poco de luz. En este trabajo nos proponemos esbozar la historia de la cuestión y señalar algunos puntos que, según parece, podemos considerar como fijados de una manera definitiva.

---

[1] K. WEIDEAUER, *Thukydides und die hipokratischen Schriften,* Heidelberg 1954, ha sostenido que la idea de «causa verdadera» (ἀληθεστάτη πρόφασις) le fue sugerida a Tucídides por Hipócrates.

2.

Los antiguos, como es bien sabido, no se plantearon el problema de una evolución dentro del pensamiento de Tucídides. Como ha señalado Dihle (*Studien zur gr. Biographie*, Gotinga 1956), la idea de una evolución estuvo ausente de la mentalidad griega. Y cuando se constataba un cambio en la actitud de un personaje, se hablaba de ruptura, no de evolución. Fue en el siglo XIX cuando los críticos se dan cuenta de que en Tucídides hay huellas de un cambio de plan. El mérito de haberse dado cuenta por primera vez corresponde a Ullrich (*Beiträge zur Erklärung des Thukydides*, Progr. Hamburg 1845-1848), el cual defiende la tesis —basada en un estudio de la manera de titular la guerra en Tucídides— según la cual el historiador inició su tarea con la intención de historiar la guerra arquidámica. Pero cuando estallaron de nuevo las hostilidades, Tucídides no tuvo más remedio que reconocer que las dos guerras aparentes no eran más que una sola. Por eso en 404 se puso de nuevo a trabajar, alargó la obra, redactó una nueva introducción (que se conserva en la mitad del libro V) y sostuvo que, de hecho, la causa de la guerra era, sin ninguna duda, el temor de Esparta al poder ateniense [2]. Ullrich, está claro, no sacó todas las consecuencias que comportaba su descubrimiento, pero sí que señaló

[2] Esta idea fue introducida, después, en otros pasajes redactados anteriormente: por ejemplo, en I, 23, 6.

que el *Proemio* fue, más o menos, modificado y que el autor introdujo algunos pequeños retoques en la parte primera, que ahora se veía enriquecida con las nuevas experiencias de Tucídides. Durante muchos años, los críticos no hicieron más que retocar y afinar los puntos de vista de Ullrich, sin, no obstante, llegar a conclusiones revolucionarias. Cwiklinski, por ejemplo (*Questiones de tempore quo Thucydides priorem historiae suae partem composuerit,* Diss. Berlín 1873)[3], intentó distinguir las diversas etapas de redacción de los primeros cuatro libros. Jugando con el principio de una reelaboración parcial de la primera, hecho establecido por Ullrich, sostenía que la primera parte del Proemio (I, 1) y el último capítulo del «programa (I, 23) denotaban una redacción antigua, mientras, en cambio, la segunda parte del «programa» (I, 2) y la Arqueología habían estado redactados posteriormente. Las razones de Cwiklinski no dejan de ser considerables, al menos aparentemente. Por ejemplo, parece lógico pensar que las afirmaciones de Tucídides en la segunda parte del Proemio (I, 2) cuando sostiene que la conmoción de la guerra del Peloponeso se extendió a buena parte de pueblos griegos y bárbaros y, como quien dice, a toda la humanidad, sólo habían podido ser escritas cuando la guerra, a partir al menos del año 413, amplió considerable-

[3] Un análisis muy bien hecho de las ideas de Cwiklinski podemos verlo en J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* París 1948, pp. 25 y ss.

mente su círculo con la expedición ateniense a Sicilia. Por otra parte, la Arqueología, según creía Cwiklinski (y creen incluso hoy algunos críticos), cumplía una finalidad concreta: mostrar cómo, paulatinamente, Atenas había ido fortaleciéndose. Pero, sobre todo, la Arqueología y los pasajes contenidos en lo que se llama la *Pentecontecia* insisten en el fortalecimiento ateniense, y justifican la tesis central de la segunda etapa del pensamiento tucidídeo, es decir, que la verdadera causa de la guerra fue el temor de Esparta en torno a la grandeza y potencia de Atenas [4].

Sea como sea, los trabajos mencionados no aportaban casi nada de nuevo y, sobre todo, se movían en un plano puramente «literario», sin sacar consecuencias revolucionarias de la intuición de Ullrich. Fue Schwartz *(Das Geschichtswerk des Thukydides,* Bonn 1919) [5] quien, por primera vez (¡después de setenta años!), utilizó los estudios existentes con intención de plantearse y resolver el posible problema de una evolución interna en el pensamiento tucidídeo. Resolverlo, ciertamente, a su modo, lo que no quiere decir

---

[4] Contra la fragmentación del Proemio, HOEPKEN, *De Thucydidis proemii compositione,* Diss., Berlín 1911, defendió la unidad de pensamiento, sosteniendo que hasta el capítulo I, 22, no había ninguna ruptura, a excepción de los capítulos 18 y 19 que no habrían sido acabados. Cfr. también a favor de una redacción tardía de todo el Proemio, PATZER, *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydideische Frage,* Berlín 1937, pp. 33 y ss.

[5] La segunda edición apareció en 1929.

que la solución por él aportada se haya aceptado, ni mucho menos, por todo el mundo, pero sí que fue él quien abrió una consideración que habría de ser altamente fructífera.

Schwartz empieza, en principio, estableciendo un hecho: la serie de cuatro discursos que tienen lugar en la famosa asamblea espartana del libro I no pueden haber sido concebidos en la misma época. ¿Cómo es posible, dice el autor, que simultáneamente Esparta defienda dos políticas tan opuestas como la de Arquídamo, que se inclina hacia la conciliación, y la del éforo Estenalaidas, que respira un belicismo a ultranza? ¿Cómo se puede concebir, prosigue Schwartz, que los corintios, en su primer discurso adopten un lenguaje tan duro contra Esparta, que es acusada de alimentar con su indolencia el espíritu aprensivo de Atenas[6], y que, en cambio, en el segundo discurso hagan un elogio de la decisión espartana? No, evidentemente, concluye Schwartz, estos discursos han sido escritos en épocas diferentes.

Hay, pues, en la obra de Tucídides, discursos concebidos y escritos en dos períodos bien diferentes de su vida, períodos marcados por un corte profundo en sus ideas sobre la guerra. ¿Cuándo se produjo este corte? Sin duda, contesta Schwartz, a partir del año 404. Hasta entonces, siempre según el crítico alemán, el historiador se va manteniendo fiel a su idea primera sobre

---

[6] *Tuc.*, I, 68.

las causas de la guerra, es decir, que Corinto y, en general, los aliados de Esparta, sobre todo aquellos que sufrían más directamente las consecuencias del imperialismo económico de Atenas, fueron los que empujaron a Esparta a la guerra, en la que entró contra su voluntad.

Ahora, la gran «retractación» de Tucídides tuvo lugar cuando, acabada la guerra, y, al volver el historiador de su exilio, se dio cuenta de que el Estado que realmente había sacado provecho del conflicto era precisamente Esparta [7]. Que el imperialismo ateniense había sido sustituido por el espartano. Entonces Tucídides habría tenido una genial intuición: habría descubierto que la verdadera enemiga de su patria habría sido Esparta y que, por tanto, la política de Pericles, que ahora los atenienses reprobaban, presentándolo como culpable del desastre, era acertada; que el estadista tenía razón, y que era necesaria la apología tanto del político como del imperio de Atenas. Y Tucídides se puso con ardor y entusiasmo a reelaborar su *Historia*, haciéndola girar en torno de su intuición: que la causa verdadera de la guerra había sido siempre el temor de Esparta y que las causas y los pretextos que habían pasado como verdaderos motivos no eran sino «excusas especiosas», sin contenido auténtico.

---

[7] Un resumen de la tesis de Schwartz, accesible a lectores que no conocen el alemán, puede verse en *Figuras del mundo antiguo*, Madrid 1966[2] (Revista de Occidente), pp. 36 y ss.

Así nacieron una serie de capítulos nuevos: el discurso de los atenienses en el libro I, que tiene por finalidad justificar el imperio ateniense; el discurso de Estenelaidas, incitando a los aliados a la guerra contra Atenas; el segundo discurso de los corintios ante los aliados. Pero, sobre todo, serían de nueva redacción todas aquellas partes que se proponen hacer la apología de la política periclea, especialmente el gran discurso en honor de los caídos en el primer año de la guerra, que es un himno a la Atenas de Pericles. Así también los pasajes donde contrapone la táctica periclea a la que adoptan sus sucesores, en los que Tucídides veía a los verdaderos responsables del desastre[8]. Son también nuevos aquellos capítulos en los que el historiador ilustra la brutalidad espartana, como la conducta con los plateos, en el libro III.

El libro de Schwartz, con su hipótesis de la repentina «retractación» de Tucídides, que transforma su visión inicial de los orígenes del conflicto, tiene otras implicaciones. El crítico alemán, que había vivido a su alrededor una experiencia bien amarga con la derrota de su patria frente a los aliados (recordemos que el libro se publicó el año 1919, uno después de la rendición alemana) sostenía que el *shock* del 404 convirtió a Tucídides de un historiador en un apologeta de la doctrina de la *Machtpolitik*, de la política de fuer-

[8] Sobre las relaciones entre Pericles y Tucídides, cfr. E. Bayer, *Würzb. Jahr B.*, 3 (1948), pp. 1 y ss.

za que él veía ahora encarnada en la figura de un Pericles [9].

Es mérito de Schwartz haber encaminado las investigaciones de los críticos hacia un nuevo planteamiento del problema. De una cuestión puramente literaria —el descubrimiento de dos etapas en la génesis de la obra— saca un problema historicopsicológico, puesto que él planteó con diáfana claridad la hipótesis de una evolución interna en el espíritu de Tucídides. Hoy en día muchas de las tesis de Schwartz han sido refutadas. Por una parte, se acepta que el discurso de Pericles en el libro I, el de los corintios y el gran debate sostenido en Esparta constituyen una verdadera unidad [10]. El discurso de Arquídamo está enlazado formalmente con muchos puntos de los mencionados discursos, lo que delata una unidad formal de concepción. Por otra parte, Hermann Strassburger *(Thukydides und die politische Selbstdarstellung der Athener,* «Hermes» 86, 1958, p. 17 y ss.), en un esfuerzo por comparar la «propaganda política» ateniense tal como aparece en la literatura más o menos oficial de Atenas y la que nos ofrece Tucídides, ha podido darse cuenta de hasta qué punto en los textos de Tucídides está ausente la insistencia en la piedad, humanidad,

[9] Esta visión de Tucídides aún la comparten hoy algunos estudiosos, principalmente de Alemania, pero también de otros países: así A. Momigliano (véase infra), DEL GRANDE, *Nomos Basileus,* Nápoles 1956, p. 188; Maddalena, etc.

[10] Véase los *Thukydidesstudien,* de POHLENZ.

religiosidad de Atenas, a lo largo de su historia. En vez de estas «cualidades» es la «ley del más fuerte» la que tienen siempre a mano los políticos atenienses, que no se avergüenzan de definir (y el mismo Pericles lo dice una vez) el imperio como una «tiranía». Esto llama la atención, ciertamente, y sin duda es un indicio de que Tucídides condena esta política, que el mismo Strassburger ha definido como «trágica»: «Es la tragedia del fuerte, la que escribe él; el héroe de esta tragedia es su propia patria, Atenas» (íd., p. 40).

3.

Pocos meses después de publicarse la obra de Schwartz expresaba sus propios puntos de vista el filólogo Max Pohlenz *(Thukydides studien,* «Nachr. der Gött. Gesells.», 1919, p. 96 y ss.; que se continúan al año siguiente en la misma revista, p. 56 y ss.). Pohlenz nos dice en otra parte *(Gött. Gel. Anz.,* 198, 1936 = *Kleine, Schriften,* II, 1965, p. 295 y ss.) que hacía ya tiempo que estaba preocupado por estas cuestiones y que la aparición del libro de Schwartz le dio estímulos para confrontar sus puntos de vista con los de su eminente colega.

Pohlenz fue evolucionando mucho en sus teorías. En principio, para decirlo con sus propias palabras, «mi conclusión principal fue el descubrimiento de dos capas, la más antigua de las dos

se proponía reproducir discursos auténticos... mientras que después del 404 expresa sus propios puntos de vista históricos de una manera más libre, poniéndolos en boca de personajes» (*Kl. Schriften*, II, p. 294). En esto, pues, está de acuerdo con Schwartz. Pero, lo que diferencia especialmente la visión de Pohlenz es que, mientras Schwartz creía en un cambio repetino en la mente de Tucídides, Pohlenz se imaginaba la evolución de Tucídides mucho más lenta, de manera que el límite entre un período y el otro resultaba difícil de marcar. Por ejemplo, creía que la Arqueología era posterior al primer Proemio, pero anterior al 404.

Otro libro muy importante, orientado también hacia una explicación evolutiva del pensamiento de Tucídides es el trabajo de Schadewalt, *Die Geschichtsschreibung des Thukydides,* Berlín 1929, analítico como los anteriores, pero que contiene puntos de vista diferentes.

El estudio de Schadewalt partía de un análisis de los libros VI-VII, que entonces parecían a gran número de críticos que habían sido escritos inmediatamente después de haberse producido los hechos. Y, ciertamente, en principio parece que las cosas habrían sido así: el desastre de Sicilia cayó como un rayo sobre Atenas (Jenofonte nos describe, en el libro II de las *Helénicas,* el desánimo que la noticia provocó en Atenas). Tucídides, ya en el exilio, debió de sentirse profundamente conmovido ante aquel hecho «absurdo», ilógico, inexpli-

cable[11]. Ahora bien, una consideración más atenta de los hechos permitía llegar a conclusiones opuestas. La monografía sobre la expedición y la catástrofe de Sicilia está llena, ciertamente, de una tensión emocionada, pero al mismo tiempo, refleja una voluntad de autodominio de su autor que permite sostener que los libros VI y VII fueron compuestos algunos años después de 413. Regenbogen, en un estudio publicado en el año 1930, después de hacer un análisis estilístico de toda esta parte de la *Historia* tucidídea, especialmente de la catástrofe del Asinaro dice: «Así habla un hombre que se quiere dominar para no expresar con gritos su dolor. Sólo después de la caída de Atenas se pudo haber escrito esta descripción. Y que esto es así, ha sido confirmado con buenos fundamentos gracias a las investigaciones de Schadewalt» (Regenbogen, *Drei Thukydidesinterpretationen, Monatsschrift für höhere Schule,* Berlín 1930, p. 21 y ss.; *Kleine Schriften,* Munich 1961, p. 216 y ss.). La conclusión que el filósofo alemán saca de su estudio previo es que, al menos en la etapa final de su actividad historiográfica, Tucídides aspiraba a evocar una interpretación profunda de los hechos que constituían el objeto

[11] Es difícil sospechar qué es lo que realmente pensaba Tucídides acerca de esta expedición. Parece que era contrario a ella (véase ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide,* París 1956); pero quizá pensaba en este desastre ilógico cuando puso en labios de Pericles aquellas trágicas palabras, poco antes de iniciarse la guerra: «ἐνδέχεται γὰρ τάς ξυμφορὰς τῶν πραγμάτωυ οὐχ ἧσσον ἀμαδῶς χωρῆσαι ἤ καί τάς διανοίας τῶν ἀνθρώπων» (I, 140).

de sus investigaciones. Ahora bien, ¿habría sido siempre éste su ideal? O en otras palabras, ¿es posible descubrir una evolución espiritual en Tucídides, como había hecho Schwartz? Schadewalt cree que sí, y para demostrarlo lleva a cabo un penetrante análisis del «programa» que Tucídides esboza en los capítulos 20-22 del primer libro. La conclusión de este estudio es que Tucídides, en la primera etapa de su evolución, es decir, al redactar la primera parte de su obra, se proponía formalmente realizar una obra de honrado historiador, pero sin arriesgarse a una explicación última de los hechos. El historiador, pues, habría iniciado su obra como «un sofista que quiere hacer historia», pero paulatinamente, sobre todo después del 404, sus intenciones y metas habrían sido mucho más ambiciosas: de un «*historisierenden Sophisten*» se habría convertido en un «*Geschichtsschreiber, im Sinne eines Erforschers der Wirkungseinheit des Geschehenverlaufes*»[12]. Punto básico de la concepción de Schadewalt era la cronología que fijaba al programa, y que, según él, como hemos visto, había sido redactado en un período primero. Poco a poco, los discursos se fueron apartando de las intenciones fijadas en el programa y eran más libres. Poco a poco las partes narrativas iban perdiendo su carácter de «historia objetiva» para adquirir un matiz «interpretativo».

---

[12] «Historiador en el sentido de un hombre que busca la unidad causal del curso histórico.»

4.

Estas conclusiones fueron objeto de una profunda revisión. Grosskinsky publicaba el año 1936 en Berlín un trabajo *(Das Programm des Thukydides)* inspirado por Regenbogen y que defendía opiniones totalmente opuestas a las de Schadewalt. En esencia podemos resumir los resultados de sus investigaciones de la manera siguiente: Tucídides, al escribir su programa, dice que en lo que se refiere a los discursos, le resultaba muy difícil recordar con exactitud las palabras realmente pronunciadas. Parece, y así lo sostiene Grosskinsky, que las palabras del historiador son un eufemismo para decir que, de hecho, le era absolutamente imposible, no sólo recordar las palabras textuales, sino también el contenido. Tendríamos, pues, siempre según nuestro crítico, que aceptar que Tucídides partía de discursos realmente pronunciados, a pesar de que el autor ponía una dosis muy grande de subjetivismo. Los discursos de Tucídides se convierten así en una versión artística, muy libre, de las palabras pronunciadas por los estadistas durante la guerra. Tampoco se puede hablar, prosigue Grosskinsky, de evolución dentro de este método. A lo sumo, una ampliación de los principios expresados (op. cit., p. 99).

Ahora, como Grosskinsky sostiene que el «programa», como todo el Proemio de Tucídides, fue escrito después del 404, y que este «programa»

afirma una voluntad artística en la composición de los discursos, la consecuencia es que la hipótesis de Schadewalt cae por su base: no quedaba nada de aquel sofista historiador de altos vuelos que aspiraba a una interpretación radical de la guerra que había historiado.

Con todo hay que decir que muchos de los principios metodológicos de Grosskinsky son más que discutibles. Por una parte, él mismo acepta que hay alguna excepción en el principio por él establecido. Por ejemplo, cree que el discurso de los atenienses en Esparta y el diálogo de Melos han sido inventados por el historiador sin ninguna base real [13]. Por otra parte, no siempre sus razonamientos son, lógicamente, ortodoxos. Así, cuando, después de establecer el carácter «artístico» de los discursos de Tucídides basándose en un análisis interno del «programa» y en una consideración global de cada uno de ellos, comete la *petitio principii* de deducir del estudio de los discursos las leyes que se ha impuesto el historiador para su «programa». Pero aún hay más. Al querer fijar el principio básico que Tucídides sigue para la composición de los discursos, Grosskinsky no procede con el debido rigor: establece, sin fundamentos, una contraposición entre la frase οἱ λόγοι (claramente referida a los discursos) y τὰ δ'ἔρτα τῶν πραχθέντων como si Tucídides quisiera decir que la selección sólo la había hecho en lo

[13] Esta doctrina está prácticamente aceptada por todos. Véase Patzer, *op. cit.*, pp. 35 y ss. y passim.

que hace referencia a los discursos, cuando está bien claro que el principio selectivo y de raigambre «poética» de su historia se ha de aplicar igualmente a las partes narrativas. Que esto es así, y que el historiador ha trabajado haciendo selecciones, comprimiendo, alargando, «racionalizando» los hechos históricos lo ha demostrado claramente Gomme *(The Greek Attitude to Poetry and History)* y Jacqueline de Romilly *(Histoire et raison chez Thucydide,* París 1955).

Hasta aquí los estudios sobre la cuestión tucidídea —en gran parte fruto de la filología alemana— estaban, al menos, de acuerdo en un punto: Schwartz, Pohlenz y Schadewalt aceptaban un cambio, brusco o paulatino, en las ideas de Tucídides, pero todos distinguían dos clases de discursos: unos antiguos, otros más recientes. Matizando más que los otros dos, Pohlenz veía en Tucídides una evolución lenta. Del análisis de I, 22, creía deducir que en un principio Tucídides quería apoyarse en discursos realmente pronunciados, pero poco a poco fue cambiando de idea, hasta llegar, después del 404, a poner en boca de otro ideas que sólo eran del historiador.

Ahora, hacia los años treinta, un italiano, Arnaldo Momigliano ensaya un nuevo camino para resolver la *vexata quaestio* tucidídea *(La composizione della Storia di Tucidide,* «Mem. reale Accd. Sc. Torino», LXVII, 1930) intentando «transformar el eterno problema de la composición de la historia tucidídea en el problema del desarrollo

de su pensamiento». El resultado a que llega es un poco sorprendente, pero vale la pena discutirlo. Según Momigliano, Tucídides se había propuesto, de antemano, escribir la historia de la guerra arquidámica, que, para él, se identificaba con la historia del imperialismo ateniense por mar. Esto debió ocurrir hacia el año 416. Esta historia se iniciaría con la «Arqueología» y se concluiría con la conquista de la isla de Melos. Esta primera *Historia* no contenía, según Momigliano, discursos (a excepción de las alocuciones de los generales antes de las batallas). Ahora, al acabar la guerra en 404, y al crearse un nuevo imperialismo, el de Esparta, Tucídides se decidió a continuar el primer esbozo, introduciendo, naturalmente, algunas modificaciones y, está claro, un nuevo espíritu. Ahora el historiador se interesa más por la política interior, que revela los motivos recónditos de las acciones bélicas. Por eso se decide a introducir los famosos discursos, que fueron, naturalmente, creación del viejo Tucídides. Se ve en seguida que las hipótesis de Momigliano son un esfuerzo para armonizar los puntos de vista de Schwartz-Pohlenz y los de Schadewalt. Por una parte, gravita encima de él el peso de la «intuición» de Schwartz con su doctrina de la «retractación» tucidídea ante el poder conseguido por Esparta en 404; por otra parte, la tesis de Schadewalt que sostiene una evolución que convierte a Tucídides de un simple «constatador de hechos» en un «historiador que quiere penetrar en las razones últimas de la gue-

rra». Ahora bien, hay fallos evidentes en el trabajo del historiador italiano. Es cierto que la idea de poner en labios de personajes históricos ideas que no les pertenecen comenzó a abrirse paso los últimos años del siglo V (¡pensemos en la literatura socrática!), pero, ¿se puede aceptar la tesis —que Momigliano sostiene— de que los atenienses que participan en la conferencia de Melos no hacen sino expresar concepciones propias de Tucídides? Cierto que otros críticos han sostenido lo mismo, pero creo que una lectura atenta de los pasajes donde Tucídides expone los cambios de mentalidad que la guerra introdujo en Grecia (por ejemplo, el famoso fragmento del libro III) no permite sostener que el historiador ateniense se hacía solidario de la doctrina de la *Machtpolitik*. Más bien creeríamos que la condena [14]. Más aún: ¿se puede aceptar que una historia de la guerra arquidámica pueda ser identificada con una historia del imperialismo ateniense? Precisamente los años de la guerra arquidámica se caracterizan, por una parte, por la voluntad impuesta por Pericles de no realizar más anexiones; pero, por otro lado, la expedición a Sicilia es el caso más flagrante de imperialismo, y esta expedición cae, *a definitione*, en una época posterior al término de la hipotética historia imaginada por Momigliano.

En el año 1937 apareció un libro muy importante, *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thu-*

[14] Véase, no obstante, H. HERTER, *Pylos und Melos*, «Rh. Mus.» 97 (1954), pp. 316.

kydides und die Thukydideische Frage, publicado en Berlín. El estudio de Patzer se propone, sencillamente, realizar una crítica de la historia de la cuestión tucidídea, haciendo balance general de las aportaciones de los filólogos desde Ullrich hasta Grosskinsky. El resultado es que hay que llegar a la conclusión de que, al menos una parte muy considerable de la obra de Tucídides fue redactada, de una manera definitiva, después del 404; que pasajes que aparentemente podían parecer «antiguos», después de un análisis detallado resultan claramente «recientes»; sobre todo el Proemio y la Arqueología, que hasta hacía poco aún ofrecían a los ojos de los críticos aspectos «antiguos». De pronto la redacción de la *Historia* de Tucídides era definida como «muy probablemente tardía».

5.

Cuatro años antes de la publicación de los *Beiträge* de Ullrich, Roscher [15] había sostenido que Tucídides redactó la totalidad de su *Historia* al volver a Atenas poco después de acabarse la guerra del Peloponeso. Cien años más tarde, la filología griega vuelve a esta hipótesis inicial. Y la pregunta que, involuntariamente nos sale a flor de labios es: ¿fue inútil todo el trabajo de aná-

[15] ROSCHER, *Leben, Werk und Zeitalter des Thukydides*, Gotinga 1842.

lisis que realizaron los filólogos desde Ullrich a Grosskinsky y Patzer? ¿Los esfuerzos que un Schwartz, un Pohlenz, un Schadewalt, un Cwiklinski son inútiles y hay que prescindir de ellos definitivamente?

La respuesta es difícil, pero creo sería desconocer el sentido de la crítica histórica y literaria si contestáramos que, sencillamente, todo ha sido trabajo perdido. El análisis de la obra tucidídea nos ha permitido comprender mucho mejor que antes el arte, el pensamiento, el estilo, las ideas de Tucídides. De la misma manera que en el campo de Homerología, el unitarismo moderno —que es la posición a que hemos llegado después de dos siglos de investigaciones analíticas— es más auténtico que la actitud de los unitarios prewolfianos, porque las investigaciones analíticas nos han permitido valorar mucho mejor el arte homérico, lo mismo hay que decir de la cuestión tucidídea. Hoy podemos ser unitarios con plena conciencia, no sólo por tradición y por rutina. Y esto, en el campo de la crítica, es un valor, y no pequeño.

Apéndice II

BIBLIOGRAFIA TUCIDIDEA EN EL SIGLO XX

(Ensayo de una selección)

1. Obras generales

Abbot, G. F., *Thucydides. A Study in Historical Reality*, Londres 1925.
Adcock, F. E., *Thucydides and his History*, Cambridge 1963.
Bogner, H., *Thukydides und das Wesen der altgriechischen Geschichtsschreibung*, Hamburgo 1937.
Cochrane, Ch. N., *Thucydides and the Science of History*, Londres 1929.
Cornford, F. M., *Thucydides mythistoricus*, Londres 1907.
Eberhardt, W., *Die Geschichtsbedeutung des Thukydides*, «Gymnasium» 61 (1954), p. 306 y ss.
Egerman, F., *Die Geschichtsbetrachtung des Thukydides*, «Das neue Bild der Antike» I (1942), p. 272 y ss.
Fritz, K. von, *Die griechische Geschichtsschreibung*, Berlín 1967.
Finley, D. H., *Thucydides*, Cambridge, Mass. 1947[2].
Gomme, A. W., *The Greek Attitude to Poetry and History*, Berkeley 1954.
Grundy, G. B., *Thucydides and the History of his Age*, Oxford 1948[2].
Howald, E., *Vom Geist antiker Geschichtsschreibung*, Munich 1944.
Jaeger, W., *Paideia. Los ideales de la cultura griega* (traducción cast.), México 1946[2].
Kitto, H. D., *Poiesis. Structure and Thought*, Berkeley 1966.

LESKY, A., *Historia de la literatura griega* (trad. cast.), Madrid 1968.

LUSCHNAT, O., Art. *Thukydides* en la *Realenzykl.* de Pauly-Wissowa.

MARTIN, CH. B., *Thucydides,* Cambridge, Mass. 1930.

SCHADEWALT, W., *Die Geschichtsschreibung des Thukydides,* Berlín 1929.

SCHAERER, R., *L'homme antique et la structure du monde intérieur,* París 1958.

SCHMID-STAEHLIN, *Geschichte der gr. Literatur,* I, 5, Munich 1948.

WASSERMANN, *Das neue Thukydidesbild,* «NJW» VII (1931), p. 248 y ss.

2. TUCÍDIDES COMO HISTORIADOR. MÉTODOS

ALY, W., *Form und Stoff bei Thukydides,* «Rh. Mus.» 77 (1928), p. 361 y ss.

DIESNER, H.-J., *Wirtschaft und Gesellschaft bei Thukydides,* Halle 1956.

ERBSE, H., *Ueber eine Eigenheit der thukydideischen Geschichtsschreibung,* «Rh. Mus.» 96 (1953), p. 38 y ss.

ERBSE, H., *Zur Geschichtsbetrachtung des Thukydides,* «Antike und Abendland» X (1961), p. 19 y ss.

EGERMANN, F., *Zum historiographischen Ziel des Thukydides,* «Historia» X (1961), p. 435 y ss.

HUNTER, V., *Thucydides, the artfull reporter,* Toronto 1973.

IMMERWAHR, H. R., *Ergon: History as a Monument in Herodotus and Thucydides,* «AJPh» LXXI (1960), p. 261 y ss.

KOLBE, W., *Thukydides im Lichte der Urkunden,* Stuttgart 1930.

LENDLE, O., *Die Auseinandersetzung des Thukydides mit Hellanikos,* «Hermes» 92 (1964), pp. 129 y ss.

MEYER, C., *Die Urkunden im Geschichtswerk des Thukydides,* Munich 1955.

MEYER, E., *Thukydides und die Entstehung der wissenschaftlichen Geschichtsschreibung,* «Mitt. d. Wien, Verein d. Freunde d. hum. Gymn.», Heft 14 (1913).

MILMAN-PARRY, A., *Logs and Ergon in Thucydides,* Cambridge, Mass. 1957.

MÜNCH, H., *Studien zu den Exkursen des Thukydides,* Heidelberg 1935.

NESTLE, W., *Thukydides und die Sophistik,* «NJb» 33

(1914), p. 649 y ss. *Griechische Studien,* Stuttgart 1948, p. 321 y ss.
REGENBOGEN, O., *Thukydides als politischer Denker,* «Gymn.» 44 (1933), p. 2 y ss.
RITTELMEYER, F., *Thukydides und die Sophistik,* Leipzig 1915.
ROMILLY, J. DE, *Histoire et raison chez Thucydide,* París 1956.
SMITH, S. B., *The economic motive in Thucydides,* «HS class. Phil.» LI (1941), p. 267 y s.
STAHL, H. P., *Thukydides. Die Stellung des Menschen im geschichtslichen Prozess,* Munich 1966.
STRASSBURGER, H., *Die Entdeckung der politischen Geschichte bei Thukydides,* «Saeculum» V (1954), p. 395 y ss.
TAGLIAFERRO, D., *La storiografia di Tucidide nella problematica dei Sofisti,* «RIL» XCII (1958), p. 581 y ss.
THIMME, O., Φύσις, τρόπος ἦθος, Diss., Gotinga 1935.
TOPITSCH, E., *'Ανθρωπεῖα φύσις und Ethik bei Thukydides,* «WSt.» 61/62 (1943-47), p. 50 y ss.
WALBANK, F. W., *History and Tragedy,* «Historia» IX (1960), p. 216 y ss.
WEIDAUER, K., *Thukydides und die hippokratischen Schriften,* Heidelberg 1954.
WOODHEAD, A. G., *Thucydides on the nature of power,* Cambridge, Mass. 1970.

3. La guerra y su narración por Tucídides

a) *La guerra del Peloponeso. Sus causas:*

ANDREWES, A., *Thucydides on the cause of war,* «CIQ.» IX (1959), p. 223 y ss.
BRAUER, H., *Die Kriegschuldfrage in der geschichtlichen Ueberlieferung des peloponnesischen Krieges,* Emsdetten 1933.
DELEBECQUE, E., *Euripide et la guerre du Péloponnèse,* París 1951.
DIENELT, K., *Die Friedenspolitik des Perikles,* Viena 1958.
DIKINS, G., *The true causes of the peloponnesian War,* «Cl. Q.» V (1911), p. 238 y ss.
FLIESS, P. J., *War Guilt in the History of Thucydides,* «Traditio» XVI (1960), p. 1 y s.
HENDERSON, B. W., *The Great War between Athens and Sparta,* Londres 1927.

KAGAN, D., *The Outbreak of the Peloponnesian War,* Londres 1969.

ST. CROIX, G. E. M. DE, *The Origins of the Peloponnesian War,* Londres 1972.

b) *Los distintos momentos de la guerra* (las citas van en el orden cronológico de los hechos):

ADCOCK, F. E., *The archidamian war, 431-421,* «Cambridge Ancient History» V (1940), p. 193 y ss.

GOMME, A. W., *A Historical Commentary on Thucydides,* Oxford 1950.

GOOSSENS, R., *Euripide et Athènes,* Bruselas 1962.

HENDERSON, B. W., *The Great War between Athens and Sparta,* Londres 1927.

ADCOCK, F. E., *Thucydides in Book I,* «JHS» LXXI (1951), p. 2 y ss.

BIZER, F., *Untersuchungen zur Archäologie des Thukydides,* Diss. Tubinga 1937.

HAMMOND, N. G. L., *The arrangement of Thought in the Proem and other parts of Thucydides,* «ClQ» XLVI (1952), p. 127 y ss.

HAMMOND, N. G. L., *The Structure of Thucydides' Thought in the Archaelogia,* «Proc. of the Class. Phil. Ass.» CLXXII-CLXXIV (1939), p. 10 y s.

KATICIC, R., *Die Ringkomposition im ersten Buche des thukydideischen Geschichtswerkes,* «W. St.» 70 (1957), p. 179 y ss.

WESTLAKE, H. D., *Thucydides in the Pentecontaetia,* «ClQ.» 49 (1955), p. 53 y ss.

PAGE, D. L., *Thucydides' description of the Great Plague at Athens,* «ClQ.» 47 (1953), p. 97 y ss.

ROMILLY, J. DE, *L'optimisme de Thucydide et le jugement de l'historien sur Périclès,* «REG» LXXVIII (1965), p. 557 y ss.

HERTER, H., *Pylos und Melos,* «Rh. Mus.» 97 (1954), p. 316 y ss.

HARRISON, E. L., *The scape from Plataea,* «ClQ.» IX (1959), p. 30 y ss.

BRUCE, I. A. F., *The Corcyrian Civil War,* «Phoenix» 25 (1971), p. 108 y ss.

GILLIS, D., *The revolt at Mytilene,* «AJPh.» XCII (1971) p. 38 y ss.

WESTLAKE, H. D., *Athenian Aims in Sicily, 427-424,* «Historia» IX (1960), p. 385 y s.

GOMME, A. W., *Thucydides and Sphacteria,* «ClQ.» XVII (1923), p. 36 y ss.
WASSERMANN, F., *Thucydides and the desintegration of the polis,* «Trans. Am. Phil. Ass.» LXXXV (1954), p. 46 y ss.
FUKS, A., *Thucydides and the stasis at Corcyra,* «AJPh.» XCII (1971), p. 48 y ss.
TOPITSCH, A., *Die Psychologie der Revolution bei Thukydides,* «WSt.» LX (1942), p. 9 y ss.
HAMMOND, N. G. L., *The campaigns in Amphilochia during the Archidamian war,* «Proc. Brit. Sch. at Athens» XXXVII (1936/37), p. 128 y ss.
WESTLAKE, H. D., *Thucydides and the Fall of Amphipolis,* «Hermes» 98 (1962), p. 276 y s.
PEREMANS, W., *Thucydide, Alcibiade et l'expédition de Sicile en 415 av. J.C.,* «Ant. Class.» XXV (1956), p. 331 y ss.
REHM, A., *Ueber die sizilischen Bücher des Thukydides,* «Philologus» 89 (1934), p. 133 y ss.
LIEBESCHÜTZ, W., *Thukydides and the sicilian expedition,* «Historia» 17 (1968), p. 284 y ss.
WESTLAKE, H. D., *Phrynichos and Astyochos,* «JHS» 76 (1956), p. 99 y ss.

4. LOS DISCURSOS

Bibliografía general, detallada, con algunas contribuciones sobre el tema en el libro de Stadter (editor), *The Speeches of Thucydides,* Univ. of North Carolina Press, Chapel Hill, 1973.

AMIT, A., *The Melian Dialog and History,* «Athenaeum» XLVI (1968), p. 216 y ss.
ANDREWES, A., *The Mytilenian Debate,* «Phoenix» XVI (1962), p. 64 y ss.
BODIN, L., *Diodote contre Cléon,* «REA» 42 (1940), p. 36 y ss.
CALDER, W. M., *The Corcyrian-Corinthian Speeches in Thucydides,* «Cl.J.L.» (1955), p. 179 y ss.
DEININGER, G., *Der Melier-Dialog,* Erlangen 1939.
EBENER, D., *Kleon und Diodotos,* «Wiss. Zeitschr. d. M. Luther Univ.», Halle-Wittenberg, V (1955/56), p. 1.085 y ss.
KAKRIDIS, J. TH., *Der thukydideische Epitaphios,* Munich 1961.
LANDMANN, G. P., *Interpretation einer Rede des Thukydides,* Kiel 1932.

LUSCHNAT, O., *Die Feldherrenreden im Geschichsstswerk des Thukydides,* «Philologus» Suppl. XXIV, Heft 2, Leipzig 1942.
MÉAUTIS, G., *Le dialogue des méliens et des athéniens,* «REG» XLVIII (1935), p. 250 y s.
OLIVER, J. H., *On the funeral oration of Pericles,* «Rh. Mus.» XCIV (1951), p. 327 y ss.
WINNINGTON-INGRAM, R. P., *Cleon and Diodotus,* «Bull. Inst. Class. St.» XII (1965), p. 70 y ss.
ZAHN, R., *Die erste Periklesrede,* Diss. Kiel 1934.

5. Los políticos

BAYER, E., *Thukydides und Perikles,* «Würz. Jahrb.» 3 (1948), p. 1 y ss.
BRUNT, P. A., *Thucydides and Alcibiades,* «REG» LXV (1952), p. 59 y ss.
CONNOR, W. R., *The new politicians of the Fifth century,* Princeton 1971.
CHAMBERS, M. H., *Thucydides and Pericles,* «HSt. Class. Phil.» 62 (1957), p. 79 y ss.
GROSSMANN, G., *Politische Schlagwörter aus der Zeit des peloponnesichen Krieges,* Basilea 1950.
WESTLAKE, H. D., *Individuals in Thucydides,* Cambridge 1968.

6. El imperio y el imperialismo

BRADEEN, D. W., *The popularity of the Athenian Empire,* «Historia» IX (1960), p. 257 y s.
EHRENBERG, V., Polypragmosyne, «JHS» 67 (1947), p. 46 y ss.
GRENE, D., *Man in his pride,* Chicago 1950.
MÜLLER, FR., *Die blonde Bestie,* «HSt. in class. Phil.» 63 (1958), p. 171 y ss.
MEIGGS, R., *The Athenian Empire,* Oxford 1972.
QUINN, T. J., *Thucydides and the popularity of the Athenian Empire,* «Historia» XIII (1964), p. 257 y ss.
ROMILLY, J. DE, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* París 1951².
STE. CROIX, G. E. M. DE, *The character of the athenina Empire,* «Historia» III (1954), p. 1 y ss.

7. Tucídides y la posteridad

Deonna, W., *L'eternel présent*, «REG» 35 (1922), p. 1 y ss.
Lord, L. E., *Thucydides and the World War*, Cambridge, Mass. 1945.
Reinhardt, K., *Thukydides und Machiavelli*, «Vermächtnis der Antike», p. 184 y ss.
Thibaudet, A., *La campagne avec Thucydide*, París 1922.
Vogt, J., *Dämonie der Macht und Weisheit der Antike*, «Die Welt als Geschichte» 10 (1950), p. 1 y ss.
Ziegler, K., *Thukydides und die Weltgeschichte*, Greifswald 1928.

8. Tucídides como escritor

Huart, P., *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide*, París 1968.
Huart, P., *γνώμη chez Thucydide et ses contemporains*, París 1973.
Finley, D. H., *Three Essays on Thucydides*, Cambridge, Mass. 1947.
Ros, J., *Metabolé (variatio) als Stilprinzip des Thukydides*, Paderborn 1938.
Wille, G., *Zur Stil und Methode des Thukydides*, «Synusia», Festgabe für W. Schadewalt, Pfullingen 1965, p. 53 y ss.

INDICE

LIBROS DE BOLSILLO RIALP

1. VICENTE MARRERO: *El Cristo de Unamuno.*
2. LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS: *Don Quijote y la Vida es Sueño.*
3. VINTILA HORIA: *La rebeldía de los escritores soviéticos.*
4. FEDERICO SOPEÑA: *Introducción a Mahler, Maestro y precursor de la música actual.*
5. FRANCISCO ANSÓN y FERNANDO DE LIÑÁN: *Teoría y técnica de la administración.* Prólogo de JOSÉ A. ESCALANTE.
6. WILLMOORE KENDALL, WLODZIMIERZ BACZKOWSKI, KARL A. WITTFOGEL y otros: *El oso y el dragón. Las relaciones entre Rusia y China.*
7. JORGE USCATESCU: *Hombres y realidades de nuestro tiempo.* Prólogo de VINTILA HORIA.
8. ANTONIO FONTÁN: *Los católicos en la Universidad española actual.*
9. ROBERTO SAUMELLS: *Fundamentos de Matemática y de Física.* (Segunda edición.)
10. VICENTE MARRERO: *Ortega, filósofo «mondain».*
11. RAFAEL GAMBRA: *Historia sencilla de la Filosofía.* (Duodécima edición.)
12. JOSEPH HÖFFNER: *Matrimonio y familia.* (Segunda edición.)
13. VÍCTOR GARCÍA HOZ: *La tarea profunda de educar.* (Quinta edición.)
14. FRANCISCO BERMEOSOLO: *El origen del periodismo amarillo.* Prólogo de PEDRO GÓMEZ APARICIO.
15. HENRY A. KISSINGER: *Armas nucleares y política internacional.* Prefacio de GORDON DEAN.
16. W. GROUSSOUW, A. DE WAELHENS y E. DE GREEFF: *Estudios sobre la angustia.*
17. JUAN ROGER: *Figuras de la literatura francesa contemporánea.*
18. WILLMOORE KENDALL, JOHN COURTNEY MURRAY, JAMES BURNHAM, KARL A. WITTFOGEL y GERHART NIEMEYER: *El Occidente ante el comunismo.*
19. JOSEPH HÖFFNER: *Problemas éticos de la época industrial.*
20. AMINTORE FANFANI: *Economía.* (Segunda edición.)
21. ALVARO D'ORS: *Una introducción al estudio del derecho.* (Cuarta edición.)
22. CHARLES DE KONINCK: *El Universo vacío.*
23. JUAN BAUTISTA TORELLÓ: *Psicoanálisis y confesión.* (Segunda edición revisada.)
24. FLORENTINO PÉREZ-EMBID: *Paisajes de la tierra y del alma.*
25. RAFAEL BENÍTEZ CLAROS: *Visión de la literatura española.*
26. JOSÉ MARÍA PEMÁN: *De Madrid a Oviedo, pasando por las Azores.*

27. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1963. De «Azorín» a Zubiri.*
28. CLAUDE POPELIN: *Los toros desde la barrera.* (Segunda edición.)
29. C. F. VON WEIZSACKER, J. JUILFS: *La Física actual.*
30. CÉSAR ORTIZ - ECHAGÜE: *La arquitectura española actual.*
31. BOHDAN CHUDOBA: *Los tiempos antiguos y la venida de Cristo.*
32. EMILIO OROZCO DÍAZ: *El barroquismo de Velázquez.*
33. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1964. De Unamuno a D'Ors.*
34. D. J. B. HAWKINS: *Problemas cruciales de la filosofía moderna.*
35. JUAN JOSÉ LÓPEZ-IBOR: *Rebeldes.* (Cuarta edición.)
36. RAFAEL ECHAIDE: *El origen de la forma en Arquitectura.*
37. SIDNEY Z. EHLER: *Historia de las relaciones entre Iglesia y Estado.*
38. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1965. De Ortega a Nicol.*
39. ANDRÉ PIETTRE: *Cartas a la juventud.*
40. WILHELM FREIHERR VON SCHOEN: *Alfonso X de Castilla.*
41. JOSÉ ORLANDIS: *La crisis de la Universidad en España.*
42. CORNELIO FABRO: *Introducción al Tomismo.*
43. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1966. De Marañón a López-Ibor.*
44. KAI HERMANN: *Los estudiantes en rebeldía.* Traducción y prólogo de ANTONIO MILLÁN PUELLES.
45. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1967. De Castro a Millán Puelles.*
46. HILDEGARD HAMM - BRÜCHER: *La educación en el año 2000.*
47. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1968. De Amor Ruibal a Zaragüeta.*
48. ANDRÉ FROSSARD: *Dios existe. Yo me lo encontré.* Prólogo de JOSÉ MARÍA PEMÁN. Epílogo de JUAN JOSÉ LÓPEZ-IBOR. (Octava edición.)
49. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Teología en la vida diaria.*
50. JOSÉ LUIS ILLANES: *Hablar de Dios.* (Segunda edición.)
51. VÍCTOR GARCÍA HOZ: *El nacimiento de la intimidad y otros estudios.* (Tercera edición.)
52. ANGEL SANTOS RUIZ: *Vida y espíritu ante la ciencia de hoy.*
53. *Cristianos corrientes. Textos sobre el Opus Dei.* (Quinta edición.)
54. GEORGES COTTIER: *Regulación de la natalidad.*
55. JOSÉ LUIS SORIA: *Paternidad responsable.* (Cuarta edición.)

56. SACHA GELLER: *La temperatura, guía de la mujer.* (Segunda edición.)
57. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1969. De Sanz del Río a Morente.*
58. JOSÉ MANUEL CUENCA: *La Iglesia española ante la revolución liberal.*
59. JOSÉ LUIS COMELLAS: *Historia de España moderna y contemporánea.* (Quinta edición.)
60. VICENTE SERRANO: *Tierra de exilio.*
61. JUAN BAUTISTA TORELLÓ: *Psicología abierta.* (Segunda edición.)
62. JOSÉ MARÍA PICH: *El desafío de los hijos.*
63. JOSÉ MANUEL CUENCA: *Estudios sobre la Iglesia española del XIX.*
64. ERIC VOEGELIN: *Ciencia, política y gnosticismo.*
65. ANGEL MARÍA GARCÍA DORRONSORO: *Charlas en la televisión. II. Dios y la gente.* (Tercera edición.)
66. JUAN JOSÉ LÓPEZ-IBOR: *De la noche oscura a la angustia.*
67. FEDERICO SOPEÑA: *Música y literatura.*
68. ANGEL MARÍA GARCÍA DORRONSORO: *Apuntes de esperanza. Charlas en la televisión. III.* (Segunda edición.)
69. JOSEF PIEPER: *Una teoría de la fiesta.*
70. RAFAEL SÁNCHEZ MANTERO: *Liberales en el exilio.*
71. JESÚS URTEAGA-MANUEL AGUADO: *Siempre alegres para hacer felices a los demás.* (Undécima edición.)
72. CORMAC BURKE: *Conciencia y libertad.*
73. MAX JACOB: *Consejos a un joven poeta, seguidos de consejos a un estudiante.*
74. ANGEL MARÍA GARCÍA DORRONSORO: *Tiempo para creer. Charlas en la televisión. I.* (Cuarta edición.)
75. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *La minoría cristiana.*
76. FEDERICO SOPEÑA: *Historia de la música española contemporánea.* (Segunda edición.)
77. CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Una ciudad de la España cristiana hace mil años.* (Octava edición.)
78. VÍCTOR GARCÍA HOZ: *Familia, sexo, droga.* (Segunda edición.)
79. ANTONIO MILLÁN PUELLES: *Universidad y sociedad.*
80. JEAN GUITTON: *El trabajo intelectual.* (Segunda edición.)
81. GUSTAVE THIBON: *Entre el amor y la muerte. Conversaciones con Christian Chabanis.*
82. SERGIO GOTTA: *El hombre tolemaico. (La crisis de la civilización tecnológica.)*
83. ANDRÉ PIETTRE: *Carta a los revolucionarios bien pensantes. (Acerca del precio y el desprecio de las formas.)*
84. ANTONIO OROZCO DELCLÓS: *La libertad en el pensamiento.*

85. ANDRÉ FROSSARD: *¿Hay otro mundo?* (Segunda edición.)
86. THIERRY MAULNIER: *Diccionario de la terminología política contemporánea.*
87. ALAIN BESANÇON: *Breve tratado de sovietología.* Prólogo de RAYMOND ARON.
88. MONIQUE A. PIETTRE: *La condición femenina a través de los tiempos.*
89. GUSTAVE THIBON: *El equilibrio y la armonía.* (Segunda edición.)
90. JOSÉ ANTONIO GALERA: *Fe con obras. Reflexiones ante las cámaras de televisión.*
91. JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS: *Rilke, Pound, Neruda. Tres claves de la poesía contemporánea.*
92. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Introducción a la Metafísica (Aristóteles y Santo Tomás de Aquino).* (Segunda edición.)
93. JACQUES LARMAT: *La genética de la inteligencia.*
94. JOSÉ MANUEL CUENCA: *Aproximación a la historia de la Iglesia contemporánea en España.*
95. JOAQUÍN NAVARRO-VALLS: *Fumata blanca.* (Segunda edición.)
96. PETER BERGLAR: *Metternich. Conductor de Europa.*
97. ANNIE KRIEGEL: *¿Un comunismo diferente?*
98. VITTORIO MATHIEU: *Temas y problemas de la filosofía actual.*
99. JEAN-FRANÇOIS DENIAU: *Europa. Un continente a descubrir.*
100. PIERRE CHAUNU: *La memoria de la Eternidad.* Presentación de JOSÉ-PATRICIO MERINO.
101. ALVARO D'ORS: *Nuevos papeles del oficio universitario.*
102. PIERRE AUBENQUE, ROBERT ELLRODT y otros: *Para que la Universidad no muera.* Presentación de JULIO R. VILLANUEVA.
103. JOSÉ MARÍA GIL ROBLES: *La aventura de las autonomías.* Prólogo de AUGUSTO ASSÍA.
104. JOSÉ ALSINA: *Tucídides: Historia, ética y política.*

Este libro, publicado por Ediciones Rialp, S. A., Preciados, 34, Madrid, se terminó de imprimir en los talleres de Industrias Gráficas España, S. L., Comandante Zorita, 48, Madrid, el día 30 de mayo de 1981.